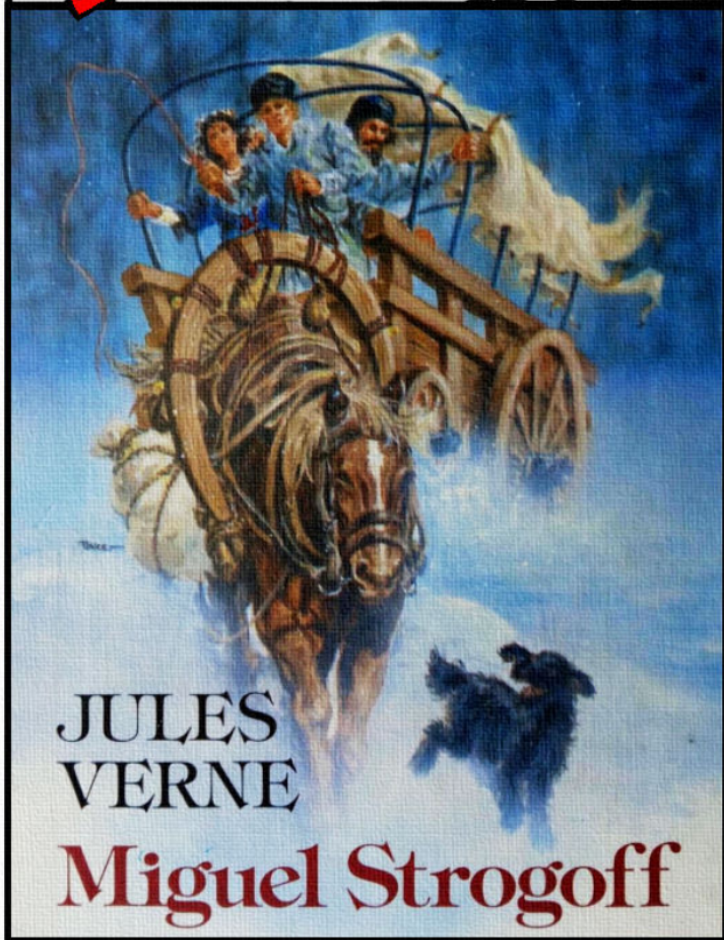


**TUS
LIBROS**



«Y no volverá a ver las cosas de la tierra». Era el versículo del Corán que Miguel Strogoff oyó antes de que la hoja incandescente de un sable al rojo vivo pasara delante de sus ojos. Desde ese momento culminante, el lector, ya irremisiblemente atrapado, acompaña al correo del zar por las estepas siberianas, compartiendo su tesón, sus dudas, tal vez la superstición de aquella liebre de mal agüero que se cruzó en el camino, y acaso su secreto. Novela de aventuras en estado puro, donde el viaje argumental del protagonista se convierte en viaje iniciático del joven, añade la virtud de aliviar la tensión narrativa con las ocurrencias humorísticas de los periodistas Blount y Jolivet.



Jules Verne

Miguel Strogoff (Ilustrado)

Tus libros: 108

ePub r1.0

Titivillus 27.11.2019

Título original: *Michel Strogoff*

Jules Verne, 1876

Traducción: Íñigo Valverde Mordt

Ilustraciones: Jules-Descartes Férat

Grabado del autor: Justo Barboza

Diseño de cubierta: José Ma. Ponce

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.1





JULES VERNE (1828-1905)



La presente obra es traducción directa e íntegra del original francés, en su primera edición en forma de libro, publicada por J. Hetzel, París, 1876. Las ilustraciones, originales de J. Férat, que aparecen en esta edición acompañaron el texto de la edición publicada por J. Hetzel, París, 1876.

PRIMERA PARTE



I. Una fiesta en el Palacio Nuevo

—Señor, un nuevo despacho.

—¿De dónde viene?

—De Tomsk.

—¿Está cortado el hilo más allá de esta ciudad?

—Está cortado desde ayer.

—Haz que envíen un telegrama cada hora a Tomsk, general, y que me tengan al corriente.

—Sí, señor —respondió el general Kissoff.

Estas palabras se intercambiaban a las dos de la mañana, en el momento en que la fiesta que se celebraba en el Palacio Nuevo se encontraba en todo su apogeo. Durante la velada, la música de los regimientos de Preobrajensky y Pavlowsky no había parado de tocar sus polcas, mazurcas, *scottisch* y valeses[1] escogidos entre los mejores de su repertorio. Las parejas de bailarines y bailarinas se multiplicaban hasta el infinito por los espléndidos salones del palacio, que se alzaba a pocos pasos de la «vieja casa de piedra[2]», donde antaño se habían producido terribles dramas, cuyos ecos se reavivaron aquella noche para resonar en las piezas de contradanza.

El gran chambelán de la corte se veía muy bien secundado, por lo demás, en sus delicadas funciones. Los grandes duques y sus ayudantes de campo, los chambelanes de guardia, los oficiales de palacio, por sí mismos, presidían la organización de las danzas. Las grandes duquesas, cubiertas de diamantes, las azafatas de palacio, vestidas con sus ropajes de gala, daban ejemplo valientemente a las mujeres de los altos funcionarios civiles y militares de la antigua ciudad de piedras blancas[3]. Por eso, cuando resonó la señal de la «polonesa» y los invitados de todos los rangos se sumaron a este cadencioso paseo que, en las solemnidades de esta clase, adquiere toda la importancia de un baile nacional, la mezcla de los largos vestidos escalonados de encajes con los uniformes engalanados de condecoraciones ofrecía a la luz de cien arañas, multiplicada por la reverberación de los espejos, un espectáculo indescriptible. Aquello

fue el deslumbramiento.

Además, el salón grande, el más bello de los que posee el Palacio Nuevo, prestaba al cortejo de personalidades y damas espléndidamente ataviadas un marco digno de su magnificencia. La rica bóveda, con sus dorados suavizados ya por la pátina del tiempo, estaba como estrellada de puntos de luz. Los brocados de los cortinajes en puertas y ventanas, cayendo en soberbios pliegues, adoptaban unos tonos cálidos de púrpura que se rompían con violencia en los ángulos de la pesada tela.

A través de los cristales de los amplios vanos de medio punto, la luz que impregnaba los salones, tamizada por un ligero vaho, se mostraba al exterior como el reflejo de un incendio, contrastando vivamente con la noche que, durante unas horas, envolvía al resplandeciente palacio. Por eso, el contraste atraía la atención de los invitados que no se habían entregado a la danza. Cuando se detenían en los huecos de las ventanas, podían divisar algunos campanarios, confusamente difuminados en la sombra, perfilando aquí y allá sus enormes siluetas. Por encima de los esculpidos halcones, veían pasearse en silencio a muchos centinelas con el fusil apoyado en el hombro y el puntiagudo casco coronado por un ígneo penacho que resplandecía bajo los fuegos lanzados al exterior. También escuchaban a las patrullas marcando el paso sobre las losas de piedra, con mayor precisión quizá que los pies de los danzarines sobre los entarimados de los salones. De vez en cuando se repetía de puesto en puesto el grito de los centinelas y, a veces, una llamada de clarín vertía, mezclándose con los acordes de la orquesta, unas notas claras en medio de la armonía general.

Algo más abajo, ante la fachada, se recortaban unas masas sombrías sobre los amplios conos de luz que proyectaban las ventanas del Palacio Nuevo. Eran los barcos que bajaban el curso de un río, cuyas aguas, punteadas por la luz vacilante de algunos fanales, bañaban los primeros basamentos de las terrazas.

El personaje principal del baile, el que daba la fiesta y al que el general Kissoff había dado el tratamiento reservado a los soberanos, estaba vestido simplemente con el uniforme de oficial de cazadores de la guardia. No era afectación suya, en absoluto, sino costumbre de persona poco dada al atildamiento aparatoso. Su porte contrastaba, pues, con los soberbios trajes que a su alrededor se

mezclaban y así era como se mostraba la mayoría de las veces, incluso en medio de su escolta de georgianos, cosacos y lesghios [4], deslumbradores escuadrones espléndidamente ataviados con los brillantes uniformes del Cáucaso.

Este personaje, de elevada estatura, con aire afable y semblante tranquilo, pero de inquieta frente, iba de grupo en grupo, hablando poco y sin que pareciera prestar más que una atención vaga, ya fuera a las alegres palabras de los invitados jóvenes, ya a las más graves de los altos dignatarios o de los miembros del Cuerpo Diplomático que representaban ante él a los principales Estados de Europa. Dos o tres de estos perspicaces políticos —fisonomistas por necesidad— habían creído observar en el semblante de su anfitrión algún síntoma de inquietud, cuya causa se les escapaba, pero ni uno solo se habría permitido interrogarle al respecto. En todo caso, la intención del oficial de cazadores de la guardia era, sin la menor duda, la de que la fiesta no se viera enturbiada de manera alguna por sus secretas preocupaciones y, como era uno de los raros soberanos a los que casi toda una sociedad se había acostumbrado a obedecer, aun con el pensamiento, los placeres de la danza no decayeron ni un instante.

Mientras tanto, el general Kissoff esperaba que el oficial a quien acababa de comunicar el despacho expedido desde Tomsk le diera la orden de retirarse, pero éste seguía silencioso. Había cogido el telegrama, lo había leído y su frente se había ensombrecido aún más. Su mano llegó incluso a acercarse involuntariamente a la guarda de su espada, y volvió a alzarse hasta sus ojos, velándolos por un instante. Diríase que el brillo de las luces se los hería y que buscaba la oscuridad para ver mejor dentro de sí.

—¿Así que —repuso después de conducir al general Kissoff al hueco de una ventana—, desde ayer estamos sin comunicación con mi hermano el Gran Duque?

—Sin comunicación, señor, y es bastante probable que dentro de poco los despachos no puedan atravesar ya la frontera siberiana.

—¿Pero no han recibido aún las tropas de las provincias del Amur y de Irkutsk, igual que las de Transbaikalia, órdenes de marchar inmediatamente sobre Irkutsk?

—Esas órdenes se dieron con el último telegrama que pudimos hacer llegar más allá del lago Baikal.

—Y en cuanto a los gobiernos del Yeniséisk, de Omsk, Semipalátinsk y Tobolsk, ¿seguimos estando en comunicación directa con ellos desde el principio de la invasión?

—Sí, señor, nuestros despachos les llegan y a estas horas tenemos la seguridad de que los tártaros no han avanzado más allá del Irtysh y del Obi.

—Y del traidor Ogareff, ¿no tenemos ninguna noticia?

—Ninguna —respondió el general Kissoff—. El jefe supremo de la policía no puede asegurar si ha pasado o no la frontera.

—¡Que envíen inmediatamente sus señas personales a Nizhni Nóvgorod, Perm, Ekaterinburg, Kasímov, Tiumén, Ichim, Omsk, Elamsk, Kolyvan, Tomsk y a todos los puestos telegráficos con los que aún esté conectado el cable!

—Las órdenes de Vuestra Majestad serán ejecutadas inmediatamente —respondió el general Kissoff.

—¡Silencio sobre todo esto!

Luego, con un signo de respetuosa adhesión, el general se confundió primero entre la multitud, abandonando en seguida los salones, sin que fuera observada su partida. El oficial, por su parte, se quedó pensativo unos instantes, pero, cuando volvió a mezclarse con los distintos grupos de militares y políticos que se habían formado en varios puntos de los salones, su semblante recuperó la calma que por un momento le había abandonado.

Sin embargo, el grave suceso que había motivado estas palabras rápidamente intercambiadas no era tan desconocido como el oficial de cazadores de la guardia y el general Kissoff podían creer. No se hablaba de ello oficialmente, ni siquiera oficiosamente, es cierto, puesto que las bocas estaban selladas «por orden», pero algunas altas personalidades habían sido informadas de forma más o menos exacta de los hechos que se desarrollaban allende la frontera. En todo caso, de aquello que quizá no conocieran más que aproximadamente los miembros del Cuerpo Diplomático y que ni siquiera entraba en sus conversaciones, hablaban en cambio en voz baja dos de los invitados, que no se distinguían en esta reunión del Palacio Nuevo ni por sus uniformes, ni por sus condecoraciones, y que parecían haber recibido informaciones bastante precisas.

¿Cómo, por qué vía, gracias a qué don de gentes sabían estos dos simples mortales lo que tantos otros personajes mucho más

importantes apenas sospechaban? No es posible decirlo. ¿Acaso disponían del don de presciencia o adivinación? ¿Poseerían un sentido extraordinario que les permitiera ver más allá del reducido horizonte al que se limita la mirada humana? ¿Tendrían un olfato particular para seguir la pista de las noticias más secretas? ¿Se habría transformado su temperamento, gracias a esa costumbre de vivir de la información y para la información, que se había convertido en ellos en una segunda naturaleza? Sería fácil caer en la tentación de admitirlo.

De estos dos hombres, uno era inglés y el otro francés, ambos altos y delgados, éste moreno, como los meridionales de Provenza, aquél pelirrojo como un *gentleman* del Lancashire. El anglonormando, envarado, frío, flemático, parco en movimientos y palabras, parecía hablar o gesticular solamente bajo el impulso de un resorte que operaba a intervalos regulares. Por el contrario, el galorromano, vivo, petulante, se expresaba a la vez con los labios, los ojos, las manos, con veinte maneras de reflejar su pensamiento, mientras que su interlocutor sólo parecía tener una, inmutable y estereotipada en su cerebro.

Estas desemejanzas físicas habrían chocado al menos observador de los hombres; pero un fisionomista que observara más de cerca a los extranjeros, habría expresado claramente el contraste fisiológico que los caracterizaba, diciendo que si el francés era «todo ojos», el inglés era «todo oídos».

En efecto, el aparato óptico del uno había quedado singularmente perfeccionado por el uso. La sensibilidad de su retina debía ser tan instantánea como la de los prestidigitadores, que reconocen una carta con nada más que un rápido movimiento de corte, o sólo con la disposición de un naipe que a todos los demás pasa desapercibido. Este francés poseía, pues, en su más alto grado, lo que se ha dado en llamar la «memoria del ojo».

El inglés, por el contrario, parecía especialmente organizado para escuchar y para oír. Cuando a su aparato auditivo llegaba la impresión del sonido de una voz, ya no podía olvidarla, y diez, veinte años después, la habría reconocido entre mil. Sus orejas no tenían, desde luego, la posibilidad de moverse, como las de los animales que están provistos de grandes pabellones auditivos; pero, puesto que los sabios han llegado a la conclusión de que las orejas

humanas no son absolutamente inmóviles, se habría podido afirmar con todo derecho que las del citado inglés, enderezándose, torciéndose, ladeándose, intentaban percibir los sonidos de una forma algo aparente para los naturalistas.

Hay que destacar que esta perfección de la vista y del oído de estos dos hombres les hacía un maravilloso servicio en su profesión, porque el inglés era corresponsal del *Daily Telegraph* y el francés del... De qué periódico o periódicos, no lo decía, y cuando se le preguntaba con quién mantenía correspondencia, respondía chistosamente «con mi prima Madeleine». En el fondo, este francés, bajo su aspecto ligero, era muy perspicaz y fino. Hablando un poco a tontas y a locas, quizá para esconder mejor su deseo de enterarse, no se traicionaba jamás. Su propia locuacidad le servía para callarse y quizá fuera más cauteloso, más discreto que su colega del *Daily Telegraph*. Y si ambos asistían a esa fiesta, que se celebraba en el Palacio Nuevo en la noche del 15 al 16 de julio, era por su condición de periodistas y para mayor edificación de sus lectores.

Ni que decir tiene que estos dos hombres estaban apasionados por su misión en este mundo, que les encantaba lanzarse como hurones tras la pista de las noticias más inesperadas, que nada los asustaba ni los desalentaba hasta triunfar, que poseían la imperturbable sangre fría y la auténtica bravura de las gentes del oficio.

¡Verdaderos *yóqueys* de este *steeple-chase*[5] de la caza de la información, salvaban setos, franqueaban ríos, saltaban vallas con el ardor incomparable de esos corceles de pura sangre que sólo quieren llegar en cabeza o morir!

Por otra parte, sus periódicos no les escatimaban el dinero, el más seguro, rápido y perfecto recurso de información que se conoce hasta hoy. Hay que añadir también en su honor que ni uno ni otro observaban jamás por encima de los muros de la vida privada y que sólo operaban cuando había intereses políticos o sociales en juego. En una palabra, hacían lo que desde hace algunos años se viene llamando el «gran reportaje político y militar».

Sin embargo, siguiéndolos de cerca, se verá que la mayoría de las veces tenían una singular manera de juzgar los hechos y, sobre todo, sus consecuencias, cada uno con su «peculiar» forma de ver y apreciar las cosas. Pero en fin, como jugaban limpio, no tenían

problemas de dinero y no se amilanaban ante nada, sería mezquino echárselo en cara.

El corresponsal francés se llamaba Alcide Jolivet. Harry Blount era el nombre del corresponsal inglés. Acababan de encontrarse por primera vez en esta fiesta del Palacio Nuevo, de la que estaban encargados de informar en sus periódicos respectivos. Sus diferencias de carácter, unidas a ciertos celos del oficio, debían de hacerlos mutuamente poco simpáticos. Sin embargo, no se esquivaron e intentaron más bien sondearse recíprocamente sobre las noticias del día. Al fin y al cabo, eran dos cazadores que estaban de expedición en el mismo territorio, en las mismas reservas. El tiro que fallara uno podía atinarlo el otro, y su propio interés los obligaba a mantenerse mutuamente al alcance de verse y escucharse.

Aquella noche, pues, estaban ambos al acecho. Había algo en el aire, efectivamente.

«¡Aunque no sean más que bulos [6] —se decía Alcide Jolivet—, vale la pena gastar un cartucho!».

Los dos corresponsales se vieron inducidos a conversar entre ellos durante el baile, unos instantes después de la salida del general Kissoff, y lo hicieron tanteándose un poco.

—¡Realmente, señor mío, esta fiestecita es encantadora! —dijo con aire amable Alcide Jolivet, creyéndose obligado a entrar en conversación con esta frase, típicamente francesa.



«¡Realmente, Señor mío, esta fiestecita es encantadora!»

—Ya he teleografiado: ¡espléndido! —respondió Harry Blount fríamente, empleando esa palabra, especialmente consagrada para expresar cualquier admiración de un ciudadano del Reino Unido.

—Sin embargo —añadió Alcide Jolivet—, he creído que debía señalar al mismo tiempo a mi prima...

—¿Su prima...? —repitió Harry Blount con tono sorprendido, interrumpiendo a su colega.

—Sí —prosiguió Alcide Jolivet—, mi prima Madeleine... ¡Con ella es con quien mantengo correspondencia! ¡A mi prima le gusta que se le informe pronto y bien! Así que he creído que debía señalarle que durante esta fiesta una especie de nube ha oscurecido la frente del soberano.

—A mí me ha parecido radiante —respondió Harry Blount, deseando quizá disimular su pensamiento a este respecto.

—¡Y, naturalmente, la habrá hecho usted «irradiar» en las columnas del *Daily Telegraph*!

—Precisamente.

—¿Se acuerda usted, señor Blount, de lo que ocurrió en Zakret en 1812?

—Me acuerdo como si hubiera estado allí, señor mío —respondió el corresponsal inglés.

—Entonces —prosiguió Alcide Jolivet—, ¿sabe usted que en medio de una fiesta le fue anunciado al emperador Alejandro [7] que Napoleón acababa de cruzar el Niemen con la vanguardia francesa? Sin embargo, el emperador no abandonó la fiesta y, a pesar de la extrema gravedad de la noticia, que podía costarle el Imperio, no dejó que asomara más inquietud...

—Que la que acaba de mostar nuestro anfitrión cuando el general Kissoff le ha informado que los hilos del telégrafo acaban de quedar cortados entre la frontera y el gobierno de Irkutsk.

—¡Ah!, ¿conoce usted este detalle?

—Lo conozco.

—Por mi parte, me sería difícil ignorarlo, puesto que mi último telegrama ha llegado hasta Udinsk —observó Alcide Jolivet con cierta satisfacción.

—Y el mío sólo hasta Krasnoiarsk —respondió Harry Blount con un tono menos satisfecho.

—Entonces, también sabe usted que han enviado órdenes a las

tropas de Nikolaevsk.

—Sí, señor, al mismo tiempo que telegrafiaban a los cosacos del gobierno de Tobolsk con órdenes de concentrarse.

—Nada más cierto, señor Blount; también yo conocía esas medidas, y créame que mi amable prima sabrá mañana algo de eso.

—Exactamente igual que los lectores del *Daily Telegraph* señor Jolivet.

—¡Así es! ¡Cuando se ve todo lo que ocurre...!

—¡Y cuando se oye todo lo que se dice...!

—Una interesante campaña para seguirla, señor Blount.

—La seguiré, señor Jolivet.

—Entonces, es posible que nos encontremos en un terreno menos seguro quizá que el entarimado de este salón.

—Menos seguro, sí, pero...

—¡Pero también menos resbaladizo! —respondió Alcide Jolivet, sosteniendo a su colega en el momento en que éste iba a perder el equilibrio al echarse para atrás.

Y, en éstas, los dos corresponsales se separaron, bastante contentos, en suma, de saber que ninguno de los dos se había adelantado al otro. Efectivamente, ambos seguían estando en liza.

En aquel momento se abrieron las puertas de las salas contiguas al gran salón. En ellas se habían dispuesto vastas mesas maravillosamente servidas y profusamente cargadas de porcelanas preciosas y vajilla de oro. En la mesa central, reservada a los príncipes, princesas y miembros del Cuerpo Diplomático, resplandecía un centro de mesa de valor inestimable, llegado de los talleres de Londres y alrededor de esta obra maestra de orfebrería refulgían bajo el fuego de las arañas las mil piezas del más admirable servicio que jamás saliera de las manufacturas de Sèvres.

Los invitados al Palacio Nuevo empezaron entonces a dirigirse hacia las salas donde se servía la cena.

En aquel instante, el general Kissoff, que acababa de entrar, volvió a acercarse presurosamente al oficial de cazadores de la guardia.

—¿Y bien? —le preguntó éste con la misma energía que la primera vez.

—Los telegramas no pasan ya de Tomsik, señor.

—¡Un correo, al instante!

El oficial abandonó el gran salón y entró en una amplia cámara contigua. Era un despacho muy sencillamente decorado con muebles de roble antiguos y situado en una esquina del Palacio Nuevo. De sus paredes colgaban varios cuadros, entre ellos, varias telas firmadas por Horace Vernet [8].

El oficial abrió vivamente la ventana, como si faltara oxígeno a sus pulmones, y salió a un amplio balcón a respirar el aire puro que destilaba aquella hermosa noche de julio.

Ante sus ojos, bañado por los rayos lunares, surgía el contorno de un recinto amurallado, en el que se elevaban dos catedrales, tres palacios y un arsenal. Alrededor de aquel recinto se perfilaban tres ciudades distintas, Kitái-Górod, Beli-Górod y Zemlianói-Górod, inmensos barrios europeos, tártaros o chinos, dominados por las torres, campanarios, minaretes, por las cúpulas de trescientas iglesias, con verdes cimborrios coronados de cruces de plata.

Un pequeño río de cauce sinuoso rielaba bajo los rayos de luna. Todo aquel conjunto formaba un curioso mosaico de casas de colores diversos que se encerraba en un vasto marco de diez leguas [9].

Aquel río era el Moskova; la ciudad, Moscú; el recinto fortificado, el Kremlin, y el oficial de cazadores de la guardia que, con los brazos cruzados y la frente pensativa, escuchaba vagamente el rumor que el Palacio Nuevo vertía sobre la vieja ciudadela moscovita era el zar [10].



Salió a un amplio balcón a respirar el aire puro

II. Rusos y tártaros

Si el zar había abandonado de forma tan inopinada los salones del Palacio Nuevo, en el momento en que la fiesta que daba a las autoridades civiles y militares, así como a los principales notables de Moscú, estaba en todo su apogeo, era porque más allá de las fronteras del Ural se estaban produciendo graves acontecimientos. Ya no cabía duda, una temible invasión amenazaba con sustraer de la autonomía rusa a las provincias siberianas.

La Rusia asiática o Siberia cubre un área de quinientas sesenta mil leguas y cuenta con alrededor de dos millones de habitantes. Se extiende desde los montes Urales, que la separan de la Rusia europea, hasta el litoral del Océano Pacífico. Al Sur limita con el Turkestán y el Imperio chino, siguiendo una frontera bastante indeterminada. Al Norte, con el Océano Glacial [11], desde el Mar de Kara hasta el estrecho de Bering. Se divide en gobiernos o provincias, que son los de Tobolsk, Yeniséisk, Irkutsk, Omsk, Yakutsk; comprende dos distritos, el de Ojotsk y el de Kamchatka, y posee dos territorios, ahora sometidos a la dominación rusa, el de los kirguiz y el de los chukchi [12].

Esta inmensa extensión de estepas, que cubre más de ciento diez grados de Oeste a Este, es tierra de deportación para criminales y a la vez tierra de exilio para los expulsados en virtud de algún *ucase* [13].

Dos gobernadores generales representan la autoridad suprema de los zares en esta inmensa tierra. Uno reside en Irkutsk, capital de la Siberia oriental; el otro en Tobolsk, capital de la Siberia occidental. El río Chuna, afluente del Yeniséi, separa las dos Siberias.

Ningún ferrocarril recorre aún estas inmensas llanuras, algunas de las cuales son, por cierto, extraordinariamente fértiles. Ninguna vía férrea comunica las minas preciosas que hacen que el suelo siberiano sea, en vastas extensiones, más rico por debajo que por encima de la superficie. En verano, los viajes se hacen en *tarantás* o

en *telegra*[14] y, en invierno, en trineo.

Sólo una vía de comunicación, que es eléctrica, une las dos fronteras del Oeste y del Este de Siberia, por medio de un cable que mide más de 8 000 *verstas* de longitud (8 536 kilómetros)[15]. Al dejar el Ural, atraviesa Ekaterinburg, Kasímov, Tiumén, Ichim, Omsk, Elamsk, Kolyvan, Tomsk, Krasnoiarsk, Nizhni-Udinsk, Irkutsk, Verkne-Nerchinsk, Strelink, Albazino, Blagovéschensk, Radde, Orlomsкая, Alexándrovsk y Nikoláievsk, cobrando seis rublos y diecinueve kopeks por cada palabra lanzada hasta la estación límite[16]. Desde Irkutsk, un ramal va a unirse en Kiajka con la frontera de Mongolia, y desde allí, a treinta kopeks la palabra, el servicio de Correos lleva los despachos hasta Pekín en catorce días.

Este hilo, tendido desde Ekaterinburg hasta Nikoláievsk, era el que había quedado cortado, primero más allá de Tomsk y, unas horas más tarde, entre Tomsk y Kolyvan.

Por este motivo el zar, después de la comunicación que acababa de hacerle el general Kissoff la segunda vez, sólo había respondido con estas pocas palabras:

—¡Un correo, al instante!

El zar llevaba unos momentos inmóvil ante la ventana de su gabinete cuando los ujieres volvieron a abrir la puerta. En el umbral apareció el jefe supremo de la policía.

—Entra, general —dijo el zar rápidamente—, y dime todo lo que sepas de Iván Ogareff.

—Es un hombre extremadamente peligroso, señor —respondió el jefe supremo de la policía.

—¿Tenía el grado de coronel?

—Sí, señor.

—¿Era un oficial inteligente?

—Muy inteligente, señor, pero imposible de dominar y de una ambición desenfrenada que no se detenía ante nada. Muy pronto se metió en intrigas clandestinas, y entonces fue cuando le degradó Su Alteza el Gran Duque, para exiliarlo después a Siberia.

—¿Cuándo ocurrió eso?

—Hace dos años, señor. Indultado tras seis meses de exilio por la gracia de Vuestra Majestad, volvió a Rusia.

—Y desde esa época, ¿no ha vuelto a Siberia?

—Sí, señor, volvió, pero esta vez voluntariamente —respondió el jefe supremo de la policía.

Y añadió, bajando un poco la voz:

—Hubo un tiempo, señor, en que, cuando alguien iba a Siberia, no volvía.

—¡Pues, mientras yo viva, Siberia es y será un país del que se vuelve!

El zar tenía derecho a pronunciar estas palabras con verdadero orgullo, porque a menudo había demostrado con su clemencia que la justicia rusa sabía perdonar.

El jefe supremo de la policía no respondió, pero era evidente que no era partidario de las medias tintas. En su opinión, todo aquel que hubiese cruzado los Urales entre policías nunca más debía volver a franquearlos.

Ahora bien, no ocurría así en el nuevo reinado, de modo que el jefe supremo de la policía lo deploraba sinceramente. ¡Cómo! ¿No habría más condenas a cadena perpetua sino para crímenes que fueran de derecho común? ¡Cómo! ¿Exiliados que volvían de Tobolsk, de Yakutsk, de Irkutsk? En realidad, el jefe supremo de la policía, acostumbrado a las decisiones autocráticas de los ucases, que antaño no perdonaban, no podía admitir esta forma de gobernar. Pero se calló, esperando que el zar le interrogara de nuevo.

Las preguntas no se hicieron esperar.

—¿No ha vuelto Iván Ogareff —preguntó el zar— a Rusia por segunda vez después de este viaje por las provincias siberianas, viaje cuyo auténtico objetivo sigue siendo desconocido?

—Volvió.

—¿Y desde su vuelta la policía ha perdido su pista?

—¡No, señor, porque un condenado no se vuelve realmente peligroso hasta el día en que obtiene el indulto!

La frente del zar se frunció un instante y el jefe superior de la policía llegó a pensar que había ido demasiado lejos, aunque la obstinación de sus ideas fuera al menos igual a su devoción sin límites por el soberano; pero el zar, desdeñando los reproches indirectos a su política interior, continuó brevemente con su serie de preguntas.

—¿Dónde estaba Iván Ogareff últimamente?

—En la provincia de Perm.

—¿En qué ciudad?

—En la propia Perm.

—¿Qué hacía allí?

—Parecía desocupado y su conducta no mostraba nada sospechoso.

—¿No estaba bajo la vigilancia de la alta policía?

—No, señor.

—¿Cuándo abandonó Perm?

—Hacia el mes de marzo.

—¿Para ir a...?

—Se ignora.

—Y, desde entonces, ¿no se sabe qué ha sido de él?

—No se sabe.

—Pues bien, ¡yo lo sé! —respondió el zar—. Se me han dirigido avisos anónimos, que no han pasado por las oficinas de la policía y, a la vista de los hechos que se desarrollan en estos momentos más allá de la frontera, tengo sobrados motivos para creer que son exactos.

—¿Queréis decir, señor —dijo el jefe superior de la policía—, que Iván Ogareff interviene en la invasión tártara?

—Sí, general, y voy a enseñarte lo que ignoras. Iván Ogareff, después de abandonar la provincia de Perm, ha cruzado los montes Urales. Se ha lanzado hacia Siberia, a las estepas kirguiz y allí ha intentado, no sin éxito, sublevar a aquellos pueblos nómadas. Luego ha bajado hacia el Sur, hasta el Turkestán libre. Allá, en los kanatos[17] de Bujará, de Kokand y de Kunduz, ha encontrado jefes dispuestos a arrojar sus hordas tártaras sobre las provincias siberianas y a provocar una invasión general del Imperio ruso en Asia. El movimiento ha sido fomentado clandestinamente, pero acaba de estallar como el rayo, y ahora las vías y medios de comunicación entre la Siberia occidental y la oriental están cortadas. ¡Además, Iván Ogareff, sediento de venganza, quiere atentar contra la vida de mi hermano, el Gran Duque!



«Sí, general, y voy a enseñarte lo que ignoras»

El zar se había ido animando al hablar y daba grandes zancadas por la habitación. El jefe supremo de la policía no respondió, pero se decía a sí mismo que, en los tiempos en que los emperadores de Rusia jamás indultaban a un exiliado, los proyectos de Iván Ogareff no habrían podido realizarse.

Pasaron algunos instantes, durante los cuales guardó silencio. Luego, acercándose al zar, que se había dejado caer en un sillón, dijo:

—¿Sin duda, Vuestra Majestad ha ordenado que la invasión sea rechazada inmediatamente?

—Sí —respondió el zar—, el último telegrama que ha podido pasar a Nizhni-Udinsk ha debido poner en movimiento las tropas de los gobiernos de Yeniséisk, de Irkutsk, de Yakutsk y las de las provincias del Amur y del lago Baikal. Al mismo tiempo, los regimientos de Perm y de Nizhni Nóvgorod y los cosacos de la frontera se dirigen a marchas forzadas hacia los montes Urales pero, desgraciadamente, ¡harán falta varias semanas antes de que puedan encontrarse frente a las columnas tártaras!

—Y el hermano de Vuestra Majestad, Su Alteza el Gran Duque, aislado en estos momentos en el gobierno de Irkutsk, ¿no está ya en comunicación directa con Moscú?

—No.

—Pero ¿sabe ya, por los últimos despachos, cuáles son las medidas adoptadas por Vuestra Majestad y los socorros que debe esperar de los gobiernos más cercanos al de Irkutsk?

—Lo sabe —respondió el zar—, pero lo que ignora es que Iván Ogareff, al mismo tiempo que el papel de rebelde, debe desempeñar el de traidor, y que tiene en él un enemigo personal y encarnizado. Al Gran Duque es a quien Iván Ogareff debe su primera desgracia y lo que es más grave es que no le conoce. El proyecto de Iván Ogareff consiste, pues, en dirigirse a Irkutsk donde, con una falsa identidad, ofrecer sus servicios al Gran Duque. Luego, tras haber captado su confianza, cuando los tártaros hayan invadido Irkutsk, entregará la ciudad, y con ella a mi hermano, cuya vida está directamente amenazada. ¡Esto es lo que conozco por mis informes, esto es lo que no conoce el Gran Duque, y esto es lo que es necesario que conozca!

—Pues bien, señor, un correo inteligente y valeroso...

—Así lo espero.

—Y que se apresure —añadió el jefe supremo de la policía—, porque, permitidme añadir, señor, esta tierra siberiana es una tierra propicia para las rebeliones.

—¿Quieres decir, general, que los exiliados harían causa común con los invasores? —exclamó el zar, perdiendo el dominio de sí por un momento ante la insinuación del jefe supremo de la policía.

—¡Qué Vuestra Majestad me perdone...! —respondió balbuceando el jefe supremo de la policía, porque ése era precisamente el pensamiento que le había sugerido su mente inquieta y desconfiada.



«¡Que Vuestra Majestad me perdone...!»

—¡Pienso que los exiliados tienen algo más de patriotismo!

—Hay otros condenados en Siberia, además de los exiliados — respondió el jefe supremo de la policía.

—¡Los criminales! ¡Oh, general, éstos te los dejo a ti! Son la hez del género humano. No son de ningún país. Pero la sublevación, o mejor dicho, la invasión, no se hace contra el emperador, sino contra Rusia, contra el país que los exiliados aún no han perdido la esperanza de volver a ver... ¡Y que volverán a ver...! ¡No, un ruso jamás se aliará con un tártaro para debilitar, aunque sólo fuera por una hora, el poderío moscovita!

El zar tenía razón al creer en el patriotismo de aquéllos a quienes su política mantenía momentáneamente alejados. La clemencia, que era el fundamento de su justicia, cuando él mismo podía dirigir sus efectos, la considerable suavidad que había empleado en la aplicación de los castigos, tan terribles antaño, le garantizaban que no podía equivocarse. Pero, incluso sin este poderoso elemento de éxito en favor de la invasión tártara, las circunstancias no dejaban de ser muy graves, porque era de temer que una gran parte de la población kirguiz se uniera a los invasores.

Los kirguiz se dividen en tres hordas, la grande, la pequeña y la mediana, y cuentan con alrededor de cuatrocientas mil «tiendas», lo que viene a representar unos dos millones de almas. De estas diversas tribus, unas son independientes y otras reconocen la soberanía, ya sea de Rusia, ya sea de los kanatos de Kiva, Kokand y Bujará, es decir, de los jefes más temibles del Turkestán. La horda mediana, la más rica, es al mismo tiempo la más considerable, y sus campamentos ocupan todo el espacio comprendido entre los cursos de los ríos

Sara-Su

, Irtish, Ichim superior y los lagos Hadisang y Aksakal. La horda grande, que ocupa las comarcas situadas al Este de la mediana, se extiende hasta las provincias de Omsk y Tobolsk. Si se alzaran, pues, estas poblaciones kirguiz, significaría la invasión de la Rusia asiática y, en primer lugar, la separación de Siberia, al Este del Yeniséi.

Es cierto que estos kirguiz, bastante novicios en el arte de la guerra, son más bien saqueadores nocturnos y asaltantes de caravanas que soldados regulares. Tal como ha dicho el señor

Levchin[18], «un frente cerrado o un cuadro de buena infantería resistirá frente a una masa de kirguiz diez veces más numerosa, y un solo cañón puede causarles una espantosa carnicería».

Cierto, pero para ello es necesario que ese cuadro de buena infantería llegue hasta el territorio sublevado y que las bocas de fuego dejen los cuarteles de artillería de las provincias rusas, que se encuentran a una distancia de dos o tres mil verstas. Y, salvo en la ruta directa que une Ekaterimburg con Irkutsk, las frecuentemente pantanosas estepas no son fácilmente practicables, por lo que habrían de pasar varias semanas antes de que las tropas rusas encontraran la posibilidad de rechazar a las hordas tártaras.

Omsk es el centro de la organización militar de la Siberia occidental destinada a mantener el control sobre las poblaciones kirguiz. Allí se encuentran las fronteras violadas más de una vez por estos nómadas, no sometidos aún completamente, de modo que el Ministerio de la Guerra tenía sobradas razones para pensar que Omsk estaba ya muy amenazada. La línea de las colonias militares, es decir, de estos puestos de cosacos escalonados desde Omsk hasta Semipalátinsk, debía de haber sido forzada en varios puntos. Así, pues, era de temer que los «grandes sultanes» que gobiernan los distritos kirguiz hubiesen aceptado voluntariamente o sufrido involuntariamente el dominio de los tártaros, musulmanes como ellos, y que al odio provocado por el avasallamiento se hubiese unido el odio debido al antagonismo entre las religiones griega [19] y musulmana.

Desde hacía mucho tiempo, en efecto, los tártaros del Turkestán y principalmente los de los kanatos de Bujará, Kokand y Kunduz intentaban, tanto por la fuerza como mediante persuasión, sustraer a las hordas kirguiz del dominio moscovita.

Unas pocas palabras sobre estos tártaros.

Los tártaros pertenecen más especialmente a dos razas distintas, la caucásica y la mongola.

La caucásica que, según Abel de Rémusat[20], «es considerada en Europa como el canon de belleza de nuestra especie, porque todos los pueblos de esta parte del mundo han surgido de ella», reúne bajo un mismo dominio a los turcos y a los indígenas de origen persa.

La raza puramente mongola comprende a los mongoles, a los

manchúes y a los tibetanos.

Los tártaros que amenazaban entonces el Imperio ruso eran de raza caucásica y ocupaban particularmente el Turkestán. Este vasto territorio se divide en distintos estados, gobernados por kanes, de donde viene la denominación de kanatos. Los principales son los de Bujará, Kiva, Kokand, Kunduz, etc.

En esta época, el kanato más importante y el más temible era el de Bujará. Rusia había tenido que luchar ya en varias ocasiones con sus jefes que, por intereses personales y para imponerles otro yugo, habían sostenido la independencia de los kirguiz contra el dominio moscovita. El jefe actual, Feofar Kan, seguía los mismos pasos que sus predecesores.

Este kanato de Bujará se extiende de Norte a Sur, entre los paralelos treinta y siete y cuarenta y uno, y de Este a Oeste, entre los meridianos sesenta y uno y sesenta y seis, es decir, sobre una superficie de unas diez mil leguas cuadradas [21].

Se cuentan en ese estado una población de dos millones quinientos mil habitantes, un ejército de sesenta mil hombres, que llega al triple en tiempo de guerra, y treinta mil jinetes. Es un país rico, variado en su producción animal, vegetal y mineral, que se ha visto agrandado por la anexión de los territorios de Balj, Aukoi y Meimaneh. Posee 19 ciudades considerables: Bujará, ceñida por una muralla que mide más de ocho millas inglesas [22], flanqueada de torres, ciudad gloriosa que fue ilustrada por Avicena [23] y otros sabios del siglo x, considerada como el centro de la ciencia musulmana y situada entre las más célebres de Asia central; Samarcanda, donde se encuentra la tumba de Tamerlán [24] y el famoso palacio donde se guarda la piedra azul sobre la que debe ir a sentarse a su advenimiento cada nuevo kan, defendida por una ciudadela extraordinariamente fortificada; Karshí, con su triple recinto amurallado, situada en un oasis rodeado de pantanos poblados de tortugas y saurios, prácticamente inexpugnable; Charjuí, defendida por una población de casi veinte mil almas; y finalmente, Kata-Kutgán, Nurata, Jizah, Paikanda, Karakul, Kuzar, etc., forman un conjunto de ciudades difíciles de reducir. Este kanato de Bujará, protegido por sus montañas, aislado por sus estepas, es pues un estado verdaderamente temible y Rusia tendría que enfrentarse a él con una fuerza importante.

Así, pues, era el ambicioso y cruel Feofar quien gobernaba entonces aquel rincón de la Tartaria. Apoyado en los demás kanes, especialmente los de Kokand y Kunduz, guerreros crueles y saqueadores, siempre dispuestos a lanzarse a empresas tan propias del instinto tártaro, ayudado por los jefes que mandaban sobre todas las hordas de Asia central, se había puesto a la cabeza de aquella invasión, cuya alma era Iván Ogareff. Este traidor, impulsado tanto por una insensata ambición como por el odio, había organizado todo el movimiento de forma que pudiera cortar la gran ruta siberiana. En realidad, estaba loco si creía poder desmembrar el Imperio moscovita. Bajo su inspiración, el emir — éste es el título que adoptan los kanes de Bujará— había lanzado sus hordas más allá de la frontera rusa. Había invadido la provincia de Semipalátinsk y los cosacos, que en aquel lugar se encontraban en número demasiado escaso, habían tenido que retirarse ante él. Había avanzado más allá del lago Baljash, arrastrando a su paso a las poblaciones kirguiz. Saqueando, arrasando, reclutando a los que se le sometían, capturando a los que se le resistían, se trasladaba de una ciudad a otra, acompañado de toda la impedimenta de un soberano oriental, lo que podría llamarse su casa civil, sus mujeres y sus esclavos, todo ello con la audacia de un moderno Gengis Kan[25].

¿Dónde se encontraba en aquel momento? ¿Hasta dónde habían llegado sus soldados a la hora en que la noticia llegaba a Moscú? ¿Hasta qué punto de Siberia habían tenido que retirarse las tropas rusas? Era imposible saberlo. Las comunicaciones estaban interrumpidas. ¿Había sido cortado el cable entre Kolyvan y Tomsk por alguna avanzadilla del ejército tártaro o había llegado el emir hasta las provincias del Yeniséisk? ¿Se había alzado en armas toda la baja Siberia occidental? ¿Se extendía ya la sublevación hasta las regiones del Este? Era imposible decirlo. El único agente que no teme ni al frío ni al calor, a quien no pueden detener ni los rigores del invierno, ni los calores del verano, que vuela con la rapidez del rayo, la corriente eléctrica, no podía propagarse ya a través de la estepa, ni era posible ya prevenir al Gran Duque, encerrado en Irkutsk, del peligro con que le amenazaba la traición de Iván Ogareff.

Sólo un correo podía sustituir a la corriente interrumpida. Este

hombre necesitaría algún tiempo para franquear las cinco mil doscientas verstas (5 523 kilómetros) que separan a Moscú de Irkutsk. Para atravesar las filas de los rebeldes y de los invasores, tendría que desplegar a la vez un valor y una inteligencia realmente sobrehumanos. Pero con la cabeza y con el corazón se puede llegar lejos...

—¿Encontraré esa cabeza y ese corazón? —se preguntaba el zar.

III. Miguel Strogoff

La puerta del gabinete imperial se abrió en seguida y el ujier anunció al general Kissoff.

—¿Y ese correo? —preguntó rápidamente el zar.

—Aquí está, señor —respondió el general Kissoff.

—¿Has encontrado al hombre que necesitamos?

—Me permito responder de él ante Vuestra Majestad.

—¿Estaba de servicio en Palacio?

—Sí, señor.

—¿Lo conoces?

—Personalmente, y varias veces ha efectuado con éxito misiones difíciles.

—¿En el extranjero?

—En la misma Siberia.

—¿De dónde es?

—De Omsk. Es siberiano.

—¿Tiene sangre fría, inteligencia, valor?

—Sí, señor, tiene todo lo necesario para triunfar donde otros quizá fracasarían.

—¿Edad?

—Treinta años.

—¿Es un hombre vigoroso?

—Señor, puede soportar hasta los últimos límites el frío, el hambre, la sed, y la fatiga.

—¿Tiene un cuerpo de hierro?

—Sí, señor.

—¿Y un corazón...?

—Un corazón de oro.

—¿Se llama...?

—Miguel Strogoff.

—¿Está listo para partir?

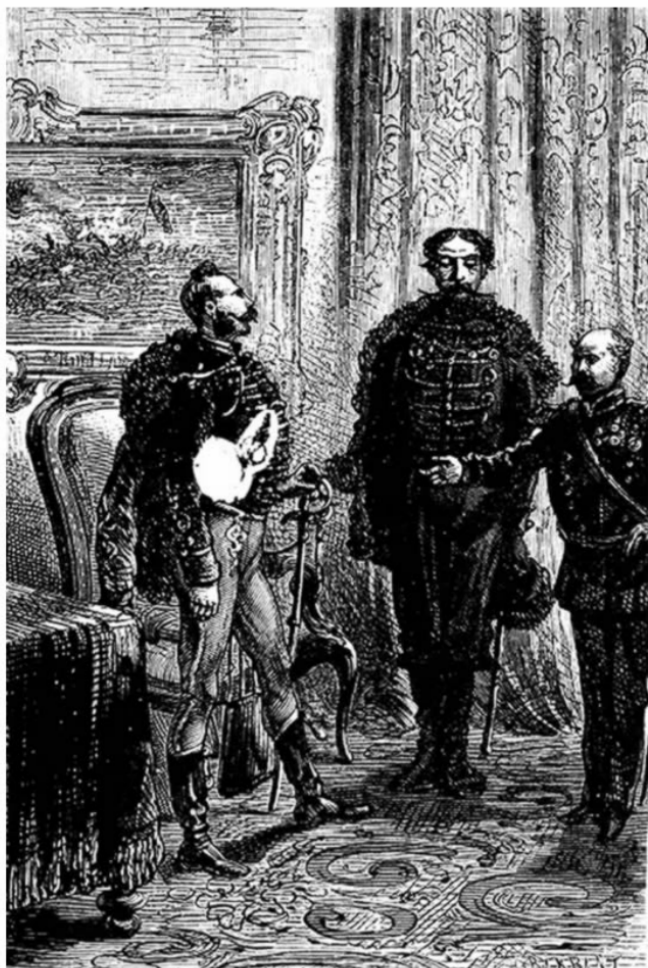
—Espera en la sala de guardias las órdenes de Vuestra Majestad.

—Que venga —dijo el zar.

Algunos instantes después, el correo Miguel Strogoff entraba en

el gabinete imperial.

Miguel Strogoff era de elevada estatura, vigoroso, ancho de espaldas y de vasto pecho. Su poderosa cabeza presentaba los hermosos caracteres de la raza caucásica. Sus bien proporcionados miembros eran otras tantas palancas mecánicamente dispuestas para la óptima realización de trabajos que exigieran fuerza. Sólido y apuesto muchacho, bien plantado y afirmado, no habría sido fácil moverlo de su sitio en contra de su voluntad, porque, una vez que hubiera puesto sus pies en el suelo, parecía que hubiesen echado raíces. Sobre su cabeza, cuadrada en la parte superior, amplia de frente, crecía una abundante cabellera que se le escapaba en rizos cuando se tocaba con la gorra moscovita. Su rostro, por lo general pálido, sólo se alteraba por el influjo de alguna aceleración de las pulsaciones del corazón, de una circulación más viva que le enviaba un rubor arterial. Sus ojos eran de un azul intenso, con una mirada recta, franca, inalterable y brillaban bajo un arco cuyos músculos superciliares, levemente contraídos, daban testimonio de un valor elevado, «ese valor sin cólera de los héroes», según la expresión de los fisonomistas. Su poderosa nariz, de anchas ventanas, dominaba una boca simétrica de labios algo prominentes dignos de un ser generoso y bueno.



Algunos instantes después, el correo Miguel Strogoff
entraba en el gabinete imperial

Miguel Strogoff tenía el temperamento de un hombre decidido, que toma partido con rapidez, que no se muerde las uñas en la incertidumbre, que no se rasca tras la oreja en la duda, que no se desliza por la indecisión. Sobrio de gesto y de palabra, sabía quedarse inmóvil como un soldado ante su superior; pero cuando andaba, su paso mostraba una gran seguridad, una notable limpieza de movimientos, lo que demostraba a la vez la confianza y la enérgica voluntad de su espíritu. Era uno de esos hombres cuyas manos siempre parecen «tener pelos arrebatados a la ocasión», figura un tanto forzada, pero que los pinta con fidelidad [26].

Miguel Strogoff estaba ataviado con un elegante uniforme militar, parecido al de campaña de los oficiales de los cazadores montados, con botas, espuelas, calzón ajustado, pelliza ribeteada de piel y adornada de pasamanería amarilla sobre fondo castaño. Sobre su vasto pecho brillaban una cruz y varias medallas.

Miguel Strogoff pertenecía al cuerpo especial de los correos del zar y tenía el rango de oficial entre estos hombres distinguidos. Lo que se notaba particularmente en su actitud, en su fisonomía, en toda su persona, era que se trataba de un «ejecutor de órdenes». Poseía, por tanto, una de las cualidades más recomendables en Rusia, según el célebre novelista Turguenev [27], cualidad que conduce a los puestos más elevados del Imperio moscovita.

En realidad, si había un hombre capaz de llevar a término este viaje desde Moscú hasta Irkutsk, a través de una comarca invadida, superar los obstáculos y enfrentarse a los peligros de toda clase, éste era desde luego, Miguel Strogoff.

Circunstancia muy favorable para el éxito de sus proyectos, Miguel Strogoff conocía admirablemente el país que iba a atravesar y comprendía sus distintos dialectos, no sólo por haberlo recorrido ya, sino también porque era de origen siberiano.

Su padre, el viejo Pedro Strogoff, fallecido hacía diez años, había vivido en la ciudad de Omsk, situada en la provincia del mismo nombre, y su madre, Marfa Strogoff, seguía viviendo en ella. Allí, en medio de las estepas salvajes de las provincias de Omsk y Tobolsk, había educado el temible cazador siberiano a su hijo Miguel, «a las duras», según la expresión popular. El verdadero oficio de Pedro Strogoff había sido el de cazador. En verano y en invierno, tanto bajo tórridos calores, como soportando fríos

inferiores a cincuenta grados bajo cero, recorría la llanura endurecida, las breñas de alerces y álamos, los bosques de pinos, colocando sus trampas, acechando a la caza menor con la escopeta y a la caza mayor con la horca o el cuchillo. La caza mayor consistía nada menos que en el oso siberiano, animal terrible y feroz, cuya talla iguala a la de sus congéneres de los mares glaciares. Pedro Strogoff había matado más de treinta y nueve osos, lo que quiere decir que el cuadragésimo también había caído ante su cuchillo y, de creer en las leyendas cinegéticas de Rusia, ya se sabe cuántos cazadores han sido afortunados hasta el trigésimo noveno oso, ¡pero han sucumbido ante el cuadragésimo!

Pedro Strogoff había superado, pues, el número fatal sin un solo rasguño. Desde aquel momento, su hijo Miguel, de once años de edad, no dejó de acompañarle una sola vez en sus cacerías, llevando la *ragatina*, es decir, la horca, para acudir en ayuda de su padre, armado únicamente de un cuchillo. A los catorce años, Miguel Strogoff había matado su primer oso, él solo, lo que no era cualquier cosa...; pero después de haberlo desollado, había arrastrado la piel del gigantesco animal hasta la casa de su padre, a varias verstras de distancia, lo que indicaba en el chiquillo un vigor poco común.

Esta vida le fue muy útil y, al llegar a la edad de los hombres hechos, era capaz de soportarlo todo, el frío, el calor, el hambre, la sed, la fatiga. Era, como el yakuto de las comarcas septentrionales, un hombre de hierro. Era capaz de quedarse veinticuatro horas sin comer, diez noches sin dormir, y hacerse un abrigo en plena estepa, allí donde otro cualquiera se habría congelado al aire libre.

Dotado de unos sentidos extremadamente finos, guiado por un instinto de Delaware[28] en medio de la llanura blanca, cuando la niebla ocultaba el horizonte, aun cuando se encontrara en el país de las altas latitudes, donde la noche polar se prolonga durante días, encontraba su camino allí donde otro cualquiera no habría sabido dirigir sus pasos. Conocía todos los secretos de su padre. Había aprendido a guiarse por síntomas casi imperceptibles: la proyección de agujas de hielo, la disposición de las ramas menudas de un árbol, las emanaciones que le llegaban de los confines del horizonte, las pisadas en la hierba del bosque, los sonidos difusos que atravesaban el aire, las detonaciones lejanas, el paso de las aves en la atmósfera

brumosa, mil detalles que componen mil jalones para los que saben reconocerlos. Además, templado en la nieve como el acero damasquinado en las aguas de Siria, tenía una salud de hierro, tal como había dicho el general Kisofov, y, lo que no era menos cierto, un corazón de oro.

La única pasión que tenía Miguel Strogoff era por su madre, la anciana Marfa, que nunca había querido abandonar la vieja casa de los Strogoff, en Omsk, en la ribera del Irtysh, donde el viejo cazador y ella habían vivido tanto tiempo juntos. Cuando su hijo la dejó, lo hizo con pena en el corazón, pero prometiéndole volver tan a menudo como pudiera, y siempre mantuvo religiosamente su promesa.

Se había decidido que Miguel Strogoff entrara con veinte años al servicio personal del emperador de Rusia, en el cuerpo de correos del zar. El joven siberiano, osado, inteligente, lleno de celo, de buena conducta, tuvo la primera ocasión de distinguirse especialmente en un viaje al Cáucaso, en medio de un territorio difícil, sublevado por algunos revoltosos sucesores de Chamil [29], y, más tarde, durante una importante misión que le llevó hasta Petropávlovsk, en la Kamchatka, en el último confín de la Rusia asiática. Durante estos largos viajes, desplegó unas maravillosas cualidades de sangre fría, prudencia y valor que le valieron la aprobación y protección de sus jefes, así como un rápido ascenso.

En cuanto a las licencias que le correspondían después de estas lejanas misiones, nunca dejaba de consagrárselas a su anciana madre, aunque estuviera separado de ella por miles de verstas y el invierno dejara los caminos impracticables. Sin embargo, por primera vez, Miguel Strogoff, que venía de una misión muy dura en el Sur del Imperio, no había vuelto a ver a la anciana Marfa desde hacía tres años, ¡tres siglos! Y cuando se le iba a conceder la licencia reglamentaria en unos pocos días y ya estaba haciendo sus preparativos para partir hacia Omsk, se produjeron los acontecimientos que conocemos. Miguel Strogoff fue llevado, pues, ante el zar, en la más completa ignorancia de lo que de él esperaba el emperador.

Sin dirigirle la palabra, el zar lo miró durante unos instantes, observándole con mirada penetrante, mientras Miguel Strogoff permanecía absolutamente inmóvil.

Después, satisfecho sin duda de este examen, el zar volvió a su escritorio y, haciendo una señal al jefe supremo de la policía para que se sentara, le dictó en voz baja una carta que sólo contenía unas cuantas líneas.

Una vez escrita la carta, el zar la releyó con gran atención y la firmó, tras anteponer a su nombre las palabras: *Byt po semu* que significan «Así sea», y constituyen la fórmula sacramental de los emperadores de Rusia.

La carta fue introducida entonces en un sobre, lacrado con el sello de las armas imperiales.

Levantándose de nuevo, el zar dijo entonces a Miguel Strogoff que se acercara.

Éste dio algunos pasos adelante y quedó de nuevo inmóvil, dispuesto para responder.

El zar lo miró otra vez de frente y a los ojos, y con una voz breve preguntó:

—¿Tu nombre?

—Miguel Strogoff, señor.

—¿Tu grado?

—Capitán del cuerpo de correos del zar.

—¿Conoces Siberia?

—Soy siberiano.

—¿Has nacido...?

—En Omsk.

—¿Tienes parientes en Omsk?

—Sí, señor.

—¿Qué parientes?

—Mi anciana madre.

El zar suspendió por un instante la serie de preguntas. Luego, mostrando la carta que tenía en la mano, le dijo:

—He aquí una carta que te encargo a ti, Miguel Strogoff, de entregar en propia mano al Gran Duque, y a nadie más que a él.

—Se la entregaré, señor.

—El Gran Duque está en Irkutsk.

—Iré a Irkutsk.

—Pero tendrás que atravesar un territorio sublevado por rebeldes, invadido por tártaros, que tendrán interés en interceptar esta carta.

—Lo atravesaré.

—Deberás desconfiar sobre todo de un traidor, Iván Ogareff.

—Desconfiaré de él.

—¿Pasarás por Omsk?

—Es mi camino, señor.

—Si ves a tu madre, correrás el riesgo de ser reconocido. Es necesario que no la veas.

Miguel Strogoff tuvo un segundo de vacilación.

—No la veré —dijo.

—¡Júrame que nada podrá hacerte confesar, ni quién eres, ni a dónde vas!

—Lo juro.

—Miguel Strogoff —repuso entonces el zar, entregando el pliego al joven correo—, toma, pues, esta carta, de la que depende la salvación de toda Siberia y, quizá, la vida del Gran Duque, mi hermano.

—Esta carta será entregada a Su Alteza el Gran Duque.

—¿Pasarás, pues, a pesar de todo?

—Pasaré, o me matarán.

—¡Necesito que vivas!

—Viviré y pasaré —respondió Miguel Strogoff.

El zar pareció satisfecho de la sencilla y tranquila seguridad con la que Miguel Strogoff le había respondido.

—¡Ve, pues, Miguel Strogoff, ve por Dios, por Rusia, por mi hermano y por mí!

Miguel Strogoff se cuadró para saludar, abandonó inmediatamente el gabinete imperial y, algunos instantes después, el Palacio Nuevo.

—Creo que has tenido un gran acierto, general —dijo el zar.

—Lo creo, señor, —respondió el general Kissoff— y Vuestra Majestad puede estar seguro de que Miguel Strogoff hará todo lo que un hombre es capaz de hacer.

—Es todo un hombre, en efecto —dijo el zar.



«¡Ve, pues, Miguel Strogoff...!»

IV. De Moscú a Nizhni Nóvgorod

La distancia que Miguel Strogoff iba a recorrer entre Moscú e Irkutsk era de cinco mil doscientas verstas (5 523 kilómetros). Cuando aún no había sido tendido el hilo telegráfico entre los montes Urales y la frontera oriental de Siberia, el servicio de despachos se hacía mediante correos, los más rápidos de los cuales empleaban dieciocho días para dirigirse de Moscú a Irkutsk. Pero eran la excepción, pues esta travesía de la Rusia asiática solía durar de cuatro a cinco semanas, por más que todos los medios de transporte quedaran a disposición de estos enviados del zar.

Como hombre que no teme al frío ni a la nieve, Miguel Strogoff habría preferido viajar durante la ruda estación invernal, que permite organizar el servicio de trineos a lo largo de todo el recorrido. Las dificultades inherentes a los distintos tipos de locomoción disminuyen parcialmente entonces sobre estas inmensas estepas niveladas por la nieve. Ya no hay cursos de agua que atravesar. Por todas partes hay una sábana helada sobre la que el trineo se desliza fácilmente y con rapidez. Quizá haya que temer algunos fenómenos naturales, en esa estación, como la permanencia e intensidad de las nieblas, los fríos excesivos, las terribles y prolongadas ventiscas, cuyos torbellinos a veces envuelven y hacen perecer caravanas enteras. Ocurre también que la llanura quede cubierta de millares de lobos, empujados por el hambre. Pero más hubiera valido correr estos riesgos, porque, con este duro invierno, los invasores tártaros habrían preferido acantonarse en las ciudades, sus merodeadores no abrían recorrido la estepa, cualquier movimiento de tropas habría sido impracticable y Miguel Strogoff habría pasado con mayor facilidad. Pero éste no podía elegir ni el tiempo ni la hora. Cualesquiera que fuesen las circunstancias, debía aceptarlas y partir.

Ésta era, pues, la situación, que Miguel Strogoff vio con toda claridad, preparándose a hacerle frente.

En primer lugar ya no se encontraba en las circunstancias normales de un correo del zar. Era incluso necesario que nadie

pudiera sospechar a su paso que tuviera esa calidad. En un país invadido, los espías surgen como hormigas. Si fuera reconocido, su misión quedaría comprometida. Por eso, al darle una importante suma de dinero, que debía bastarle para el viaje y facilitárselo en alguna medida, el general Kissoff no le dio orden escrita alguna que llevara la inscripción «servicio del emperador», que es el «ábrete sésamo» por excelencia, contentándose con proporcionarle un *podaroshna*.

Este *podaroshna* estaba expedido a nombre de Nicolás Korpanoff, comerciante, residente en Irkutsk y le autorizaba para viajar, si fuera necesario, en compañía de una o varias personas. Además, por concesión especial, era válido incluso si el gobierno moscovita prohibiera a todos los demás ciudadanos abandonar Rusia.

El *podaroshna* no es otra cosa que un permiso para tomar caballos de posta, pero Miguel Strogoff sólo debía servirse de él cuando no corriera el riesgo de levantar sospechas sobre su calidad, es decir, mientras se encontrara en territorio europeo. Resultaba, pues, de esta circunstancia que, en Siberia, esto es, cuando atravesara las provincias sublevadas, no podría dar órdenes en las postas, ni tener preferencia frente a todos para que se le entregaran los caballos, ni requisar medio de transporte alguno para su uso personal. Miguel Strogoff no debía olvidarlo, ya no era un correo, sino un simple mercader, Nicolás Korpanoff, que iba de Moscú a Irkutsk y, como tal, sometido a todas las eventualidades de un viaje ordinario.

Pasar inadvertido, más o menos rápidamente, pero pasar, ése debía ser su programa.

Hace treinta años, la escolta de un viajero de calidad no comprendía menos de doscientos cosacos a caballo, doscientos infantes, veinticinco jinetes bashkir[30], trescientos camellos, cuatrocientos caballos, veinticinco carretas, dos barcos portátiles y dos piezas de artillería. Éste era material necesario para un viaje por Siberia.

Él, Miguel Strogoff, no tendría ni cañones, ni jinetes, ni infantes, ni bestias de carga. Iría en coche o a caballo, cuando pudiera, y a pie, si era necesario ir a pie. Las mil cuatrocientas primeras verstas (1 493 kilómetros) que había entre Moscú y la frontera rusa no

debían suponer ninguna dificultad. Ferrocarril, coches de posta, barcos de vapor, caballos de varias paradas de posta, estaban a disposición de todo el mundo y, por consiguiente, a disposición del correo del zar.

Así, pues, aquella misma mañana del 16 de julio, despojado de su uniforme, provisto de un saco de viaje que llevaba en hombros, vestido con un simple traje ruso, túnica ceñida al talle, el cinturón tradicional del mujik[31], calzones anchos, botas altas ceñidas a las corvas. Miguel Strogoff se dirigió a la estación para tomar el primer tren. No llevaba arma alguna, ostensiblemente al menos, pero bajo el cinturón disimulaba un revólver y en el bolsillo uno de esos machetes que tienen un poco de cuchillo y otro poco de yatagán[32], con los que un cazador siberiano sabe destripar limpiamente un oso, sin estropear su valiosa piel.

Había bastante concurrencia de viajeros en la estación de Moscú. Las estaciones de los ferrocarriles rusos son lugares de reunión muy frecuentados, tanto por los que ven partir a otros como por los que se van. Hay en ellas como una especie de bolsa de noticias.

El tren en el que tomó asiento Miguel Strogoff debía dejarlo en Nizhni Nóvgorod. Allí se detenía en aquella época la vía férrea que, uniendo Moscú con San Petersburgo, debe continuarse hasta la frontera rusa. Era un trayecto de unas cuatrocientas verstas (426 kilómetros) y el tren iba a franquearlas en una docena de horas. Al llegar a Nizhni Nóvgorod, Miguel Strogoff tomaría, según las circunstancias, ya fuera la ruta terrestre, ya los buques de vapor del Volga, para llegar lo antes posible a las montañas del Ural.

Miguel Strogoff se arrellanó en su rincón, como un digno burgués a quien sus asuntos no inquietan más de lo debido y que trata de matar el tiempo mediante el sueño.

Sin embargo, como no estaba solo en su compartimiento, se durmió con un ojo y los dos oídos abiertos.



Miguel Strogoff se arrellanó en su rincón

En efecto, el rumor del levantamiento de las hordas kirguiz y de la invasión tártara no había dejado de trascender. Los viajeros, a los que el azar había convertido en compañeros de viaje, hablaban de ello, pero no sin cierta circunspección.

Estos viajeros, así como la mayor parte de los que transportaba el tren, eran mercaderes que se dirigían a la famosa feria de Nizhni Nóvgorod. Un mundo necesariamente muy mezclado, compuesto por judíos, turcos, cosacos, rusos, georgianos, calmulos [33] y otros, pero que se expresaban casi todos en la lengua nacional.

Se discutían, pues, los pros y los contras de los graves acontecimientos que se producían más allá del Ural y estos mercaderes parecían temer que el gobierno ruso se viera obligado a tomar medidas restrictivas, especialmente en las provincias limítrofes con la frontera, medidas que perjudicarían, sin duda, al comercio.

Hay que decirlo, estos egoístas sólo consideraban la guerra, es decir, la represión de la revuelta y la lucha contra la invasión, desde el único punto de vista de sus intereses amenazados. La presencia de un simple soldado, vestido de uniforme —y ya se sabe la gran importancia que tiene el uniforme en Rusia—, habría bastado para contener las lenguas de estos mercaderes. Pero en el compartimiento de Miguel Strogoff nada podía hacer sospechar la presencia de un militar y el correo del zar, obligado al incógnito, no era hombre que se delatara.

Se limitaba, pues, a escuchar.

—Dicen que los térs de caravana están en alza —decía un persa, al que se reconocía por su gorro forrado de astracán y su túnica oscura de amplios pliegues, gastada por el roce.

—¡Sí! Los térs no tienen por qué temer una caída —respondió un viejo judío de ceño fruncido—. Los que hay en el mercado de Nizhni Nóvgorod se expedirán por el Oeste, pero no ocurrirá lo mismo, desgraciadamente, con las alfombras de Bujará...

—¡Cómo! ¿Espera usted un envío desde Bujará? —le preguntó el persa.

—¡No, pero sí un envío desde Samarcanda, que es todavía más expuesto! ¡Piense en las expediciones por un territorio que está sublevado por los kanes desde Jiva hasta la frontera china!

—Bueno —respondió el persa—, si no llegan las alfombras,

tampoco llegarán las letras de cambio, supongo.

—¿Y el beneficio? ¡Dios de Israel! —exclamó el pequeño judío—. ¿No cuenta usted con él?

—Tiene usted razón —dijo otro viajero—, se corre un gran riesgo de escasez de artículos de Asia central en el mercado, y afectará a las alfombras de Samarcanda, tanto como a las lanas, sebos y chales de Oriente.

—¡Eh, tenga cuidado, padrecito! —respondió con aire burlón un viajero ruso—. Va usted a poner perdidos de grasa los chales si los mezcla con el sebo.

—¡Así que le da a usted mucha risa...! —replicó con tono agrio el mercader, a quien no gustaban nada las bromas de esta clase.

—¡Eh! Aunque se mese uno los cabellos, aunque se cubra uno de cenizas —respondió el viajero—, ¿acaso puede uno cambiar el curso de las cosas? ¡No, como tampoco el precio de las mercancías...!

—¡Cómo se nota que no es usted comerciante! —observó el pequeño judío.

—¡A fe mía que no, digno descendiente de Abraham! No vendo ni lúpulo, ni plumón, ni miel, ni cera, ni cañamones, ni carnes saladas, ni caviar, ni madera, ni lana, ni cintas, ni cáñamo, ni lino, ni tafilete, ni pieles...

—Pero ¿las compra usted? —preguntó el persa, interrumpiendo la nomenclatura del viajero.

—Lo menos que puedo, y sólo para mi consumo particular —respondió éste, guiñando un ojo.

—Es un bromista —dijo el judío persa.

—O un espía —respondió éste bajando la voz—. Desconfiemos y no hablemos más de lo necesario. ¡La policía no se anda con ternuras en estos tiempos que corren y nunca se sabe con quién viaja uno!

En otro rincón del compartimiento se hablaba un poco menos de productos mercantiles, pero un poco más de la invasión tártara y de sus funestas consecuencias.

—Van a requisar los caballos de Siberia —decía un viajero—, y las comunicaciones entre las distintas provincias de Asia central se harán más difíciles.

—¿Es cierto —le preguntó su vecino— que los kirguiz de la horda mediana han hecho causa común con los tártaros?

—Eso dicen —respondió el viajero bajando la voz—, pero ¿quién puede presumir de saber algo en este país?

—He oído hablar de concentraciones de tropas en la frontera. Los cosacos del Don están concentrados va a lo largo del Volga y van a enfrentarse con los kirguiz rebeldes.

—Si los kirguiz han bajado ya el curso del Irtysh, la ruta de Irkutsk no debe ser segura —respondió el vecino—. Además, ayer quise enviar un telegrama a Krasnoiarsk y no pudo pasar. Es de temer que en poco tiempo las columnas tártaras aíslen la Siberia oriental.

—En resumen, padrecito —dijo el primer interlocutor—, estos mercaderes tienen razones para estar inquietos por su comercio y sus transacciones. Después de haber requisado los caballos, requisarán los barcos, los coches, todos los medios de transporte, hasta el momento en que no habrá permiso para dar un paso por toda la extensión del Imperio.

—Me temo mucho que la feria de Nizhni Nóvgorod no termine tan brillantemente como ha empezado —respondió el segundo interlocutor, sacudiendo la cabeza—. Pero la seguridad e integridad del territorio ruso están por encima de todo. ¡Los negocios sólo son negocios!

Si en aquel compartimiento el tema de las conversaciones particulares no variaba gran cosa, lo mismo ocurría en los demás vagones del tren; pero, por todas partes, un observador habría podido comprobar una extremada circunspección en las frases que intercambiaban los contertulios. Cuando, a veces, se aventuraban en el terreno de los hechos, nunca llegaban hasta intuir las intenciones del gobierno, ni menos aún a juzgarlas.

Esto es lo que observó con mucha razón uno de los viajeros de un vagón situado en cabeza del tren. Este viajero, evidentemente extranjero, miraba con los ojos bien abiertos y no paraba de hacer preguntas a las que nadie respondía más que con evasivas. A cada rato, inclinado sobre la portezuela, cuya ventanilla mantenía abierta con gran disgusto de sus compañeros de viaje, no perdía de vista ni un momento el horizonte a su derecha. Preguntaba el nombre de las localidades más insignificantes, su orientación, cuál era su comercio, su industria, el número de habitantes, la media de mortalidad por sexo, etc., y lo anotaba todo en un cuadernillo ya

atestado de notas.

Era el corresponsal Alcide Jolivet y, si hacía tantas preguntas insignificantes era porque, entre tantas respuestas que recibía, esperaba sorprender algún hecho interesante «para mi prima». Pero, naturalmente, le tomaban por un espía y nadie decía ante él una sola palabra que tuviera que ver con los acontecimientos del día.

Por eso, viendo que no podía enterarse de nada relacionado con la invasión tártara, escribió en su cuadernillo:

«Viajeros de una discreción absoluta. En materia política, muy duros de pelar».

Y, mientras Alcide Jolivet anotaba con gran minuciosidad sus impresiones de viaje, su colega, que viajaba en el mismo tren y con el mismo objetivo, se entregaba a la misma labor de observación en otro compartimiento. No se habían encontrado aquel día en la estación de Moscú y ninguno de los dos sabía que el otro hubiese partido de visita hacia el teatro de la guerra.

Sólo que Harry Blount, que hablaba poco, pero escuchaba mucho, no había inspirado a sus compañeros de viaje la misma desconfianza que Alcide Jolivet. De esta forma, tampoco le habían tomado por un espía y sus vecinos hablaban sin recatarse ante él, dejándose llevar incluso más allá de lo que su natural circunspección hubiera debido permitirles. El corresponsal del *Daily Telegraph* había podido observar, pues, cuánto preocupaban los acontecimientos a estos mercaderes que se dirigían a Nizhni Nóvgorod y hasta qué punto se veía amenazado en su tránsito el comercio con el Asia central.

Así, pues, no dudó en anotar en su libreta esta observación perfectamente justa:

«Viajeros extremadamente inquietos. Sólo se habla de la guerra y con una libertad que debe de ser sorprendente entre el Volga y el Vístula».

Los lectores del *Daily Telegraph* no podían dejar de estar tan bien informados como la «prima» de Alcide Jolivet.

Y además, como Harry Blount, sentado a la izquierda del tren, sólo había visto una parte de la comarca que era bastante accidentada, sin molestarse en mirar la parte de la derecha, formada por grandes llanuras, añadió con británico aplomo:

«Tierra montañosa entre Moscú y Wladimir».

Sin embargo, estaba a la vista que el gobierno, ante aquellos graves acontecimientos, tomaba algunas medidas severas, incluso en el interior del Imperio. La sublevación no había cruzado la frontera siberiana, pero en estas provincias del Volga, tan próximas al territorio kirguiz, podía temerse el efecto de las malas influencias.

En efecto, la policía aún no había podido encontrar el rastro de Iván Ogareff. ¿Se habría unido a Feofar Kan este traidor, apelando al extranjero para vengar sus rencores personales, o bien intentaría fomentar la revuelta en la provincia de Nizhni Nóvgorod, que tenía en aquella época del año una población compuesta por tantos elementos diferentes? ¿No habría entre aquellos persas, armenios, kalmucos, que afluían hacia el gran mercado, agentes encargados de provocar un movimiento en el interior? Todas estas hipótesis eran posibles, sobre todo en un país como Rusia.

En efecto, este vasto Imperio, que cuenta con doce millones de kilómetros cuadrados, no puede tener la homogeneidad de los estados de la Europa occidental. Entre los distintos pueblos que lo componen existe necesariamente algo más que simples matices. El territorio ruso, en Europa, en Asia, en América [34] se extiende desde el meridiano

15°

de longitud Este hasta el

133°

de longitud Oeste, es decir, un desarrollo de casi

200°

[35], y desde el paralelo

33°

Sur, basta el

91°

Norte, o sea,

43°

[36]. Tiene más de setenta millones de habitantes. Se hablan treinta lenguas diferentes. Domina desde luego la raza eslava, pero además de los rusos tiene polacos, lituanos y curlandeses. Añádanse los fineses, estonianos, lapones, chermisos, chuvaches, premios, alemanes, griegos, tártaros, las tribus caucasicas, las hordas mongolas, kalmucas, samovedas, kamchadalas y aleutianas, y se

comprenderá que la unidad de un estado tan vasto sea tan difícil de mantener y que sólo haya podido ser obra del tiempo, ayudada por la sabiduría de los gobiernos.

Sea como fuere, Iván Ogareff había sabido escapar hasta entonces a todas las investigaciones, y era muy probable que se hubiera reunido con el ejército tártaro. Pero en cada estación en que se paraba el tren subían inspectores a examinar a los viajeros, sometiendo a todo el mundo a una inspección minuciosa, puesto que, por orden del jefe supremo de la policía, estaban a la busca de Iván Ogareff. El gobierno creía saber, en efecto, que este traidor no había podido abandonar aún la Rusia europea. Si un viajero tenía aspecto sospechoso, se lo llevaban a dar explicaciones al puesto de policía y, mientras tanto, el tren volvía a ponerse en marcha sin que nadie se preocupase en absoluto del retrasado.



El tren volvía a ponerse en marcha sin que nadie se preocupase en absoluto del retrasado

Con la policía rusa, que es muy expeditiva, es absolutamente inútil querer razonar. Sus funcionarios ostentan grados militares y actúan de forma militar. No es posible desobedecer, por otra parte, las órdenes de un soberano que tiene derecho a emplear en el encabezamiento de sus ucases esta fórmula: «Nos, por la gracia de Dios, emperador y autócrata de todas las Rusias, de Moscú, Kiev, Wladimir y Nóvgorod, zar de Kazán, de Astrakán, de Polonia, de Siberia, del Quersoneso Táurico, señor de Pskof, gran príncipe de Smolensk, de Lituania, de Volinia, de Podolia y de Finlandia, príncipe de Estonia, de Livonia, de Curlandia y de Semigalia, de Bialystok, de Karelia, de Yugria, de Perm, de Viatka, de Bulgaria y de otros varios países, señor y gran príncipe del territorio de Nizhni Nóvgorod, de Chernigoff, de Riazán, de Polotsk, de Rostof, de Yaroslav, de Rielozersk, de Udoria, de Obdoria, de Kondinia, de Vitepsk, de Mstislaf, dominador de las regiones hiperbóreas, señor de los países de Iveria, de Kartalinia, de Grucinia, de Kabardinia, de Armenia, señor hereditario y soberano de los príncipes cherkesos, de los de las montañas y de otros, heredero de Noruega, duque de Schleswig-Holstein, de Stormarn, de Dittmarsen y de Oldenburg». ¡Poderoso soberano en realidad éste cuyas armas consisten en un águila bicéfala que sostiene un cetro y un globo terráqueo, rodeada por los escudos de Nóvgorod, de Wladimir, de Kiev, de Kazán, de Astrakán, de Siberia, y circundada por el collar de la orden de San Andrés y coronada de una corona real!

En cuanto a Miguel Strogoff, sus papeles estaban en regla y, por lo tanto, al resguardo de cualquier medida de policía.

En la estación de Wladimir, el tren se detuvo por unos minutos, lo que pareció bastar al corresponsal del *Daily Telegraph* para obtener, desde el doble punto de vista físico e intelectual, una visión completa de esta antigua capital de Rusia.

En aquella estación subieron nuevos pasajeros al tren. Entre otros, una joven se presentó ante la portezuela del compartimiento ocupado por Miguel Strogoff.

Había una plaza vacía frente al correo del zar. La joven se acomodó en ella, tras haber dejado a su lado un modesto bolso de viaje de cuero rojo que parecía constituir todo su equipaje. Luego, con los ojos bajos, sin dirigir una mirada a los compañeros de ruta que el azar le deparaba, se dispuso para un trayecto que aún debía

durar algunas horas.

Miguel Strogoff no pudo dejar de considerar atentamente a su nueva vecina. Como ella se había situado de espaldas al sentido de la marcha, llegó a ofrecerle su puesto, por si lo prefería, pero ella se lo agradeció inclinándose ligeramente.

Esta muchacha debía tener entre dieciséis y diecisiete años. Su cabeza, verdaderamente encantadora, mostraba el tipo eslavo en toda su pureza, tipo algo severo, que la haría ser más bella que graciosa, cuando algunos años más hubieran fijado definitivamente sus rasgos. De una especie de pañuelo que la cubría se escapaba en profusión una cabellera de un rubio dorado. Tenía los ojos castaños, con una mirada aterciopelada de una dulzura infinita. Su nariz recta se unía a las mejillas, algo delgadas y pálidas, por unas aletas levemente móviles. Su boca estaba finamente dibujada, mas parecía haber olvidado desde hacía tiempo la sonrisa.

La joven era alta y esbelta, según podía juzgarse su talla bajo la amplia y simplísima pelliza que la cubría. Aunque fuera todavía una «chiquilla», en toda la pureza de la expresión, el desarrollo de su elevada frente, la limpia forma de la parte inferior de su rostro, daban la idea de una gran energía moral, detalle que no escapó a Miguel Strogoff. Evidentemente, esta joven había debido sufrir ya en el pasado y el porvenir no se le ofrecía con tintes risueños, pero no era menos cierto que había sabido luchar y que estaba resuelta a seguir luchando contra las dificultades de la vida. Debía tener una voluntad viva, persistente, y una calma inalterable, incluso en circunstancias en que un hombre estaría expuesto a ceder o a llenarse de ira.



Luego, con los ojos bajos..., se dispuso para un trayecto
que aún debía durar algunas horas

Ésta era la sensación que inspiraba esta muchacha a primera vista. Como Miguel Strogoff era también de naturaleza enérgica, debía estar impresionado por el carácter de esa fisonomía y, cuidando mucho de no importunarla con la insistencia de su mirada, observó a su vecina con cierta atención.

El vestido de la joven viajera tenía a la vez una sencillez y una limpieza extremas. No era rica, se adivinaba fácilmente, pero en vano habríase buscado en su ropa cualquier rastro de negligencia. Todo su equipaje consistía en un bolso de cuero cerrado con llave que, por falta de espacio, sostenía sobre sus rodillas.

Llevaba una larga pelliza de color sombrío, sin mangas, que se ajustaba con gracia al cuello por una cinta de color azul. Bajo la pelliza, un jubón igualmente oscuro, cubría un vestido que le caía hasta los tobillos, cuyo pliegue inferior estaba ornado de bordados no muy vistosos. Unas botas de media caña, de cuero labrado, con suelas bastante gruesas, como si hubieran sido escogidas previendo un largo viaje, le calzaban los pies, que eran pequeños.

Por algunos detalles, Miguel Strogoff creyó reconocer en estas ropas el corte de los vestidos de Livonia [37] y pensó que su vecina debía tener sus orígenes en estos países bálticos.

Pero ¿a dónde iba esta joven, sola, con esa edad en que, por decirlo así, son obligados el apoyo de un padre o una madre, o la protección de un hermano? ¿Venía, pues, después de un trayecto ya largo, de las provincias de la Rusia occidental? ¿Se dirigía simplemente a Nizhni Nóvgorod o estaba el objetivo de su viaje más allá de las fronteras orientales del Imperio? ¿La esperaba algún pariente o algún amigo a la llegada del tren? ¿No sería más probable, por el contrario, que al bajar del vagón se encontrara tan aislada en la ciudad como en el compartimiento, en el que nadie — pensaría — parecía preocuparse por ella? Era probable.

En efecto, las costumbres que se adoptan en el aislamiento se mostraban de manera muy visible en la forma de ser de la joven viajera. Su manera de entrar en el vagón y de disponerse para el viaje, la poca agitación que produjo en torno a ella, el cuidado que puso en no estorbar ni molestar a nadie, todo indicaba la costumbre que tenía de estar sola y de no contar más que consigo misma.

Miguel Strogoff la observaba con interés, pero, siendo él mismo de carácter reservado, no intentó dar lugar a una ocasión de

hablarle, por más que tuvieran que pasar varias horas antes de la llegada del tren a Nizhni Nóvgorod.

Solamente una vez, al haberse dormido el vecino de asiento de la muchacha, aquel mercader que mezclaba tan imprudentemente los chales y los sebos, y amenazar a su vecina con su cabezota, que vacilaba de un hombro al otro, Miguel Strogoff lo despertó con bastante brusquedad, haciéndole entender que debía mantenerse derecho y de una forma más conveniente.

El mercader, bastante grosero por naturaleza, gruñó algunas palabras contra «la gente que se mete en lo que no le importa»; pero Miguel Strogoff lo miró con una expresión tan poco benévola, que el dormilón se apoyó sobre el lado contrario, liberando a la joven viajera de su incómoda proximidad.

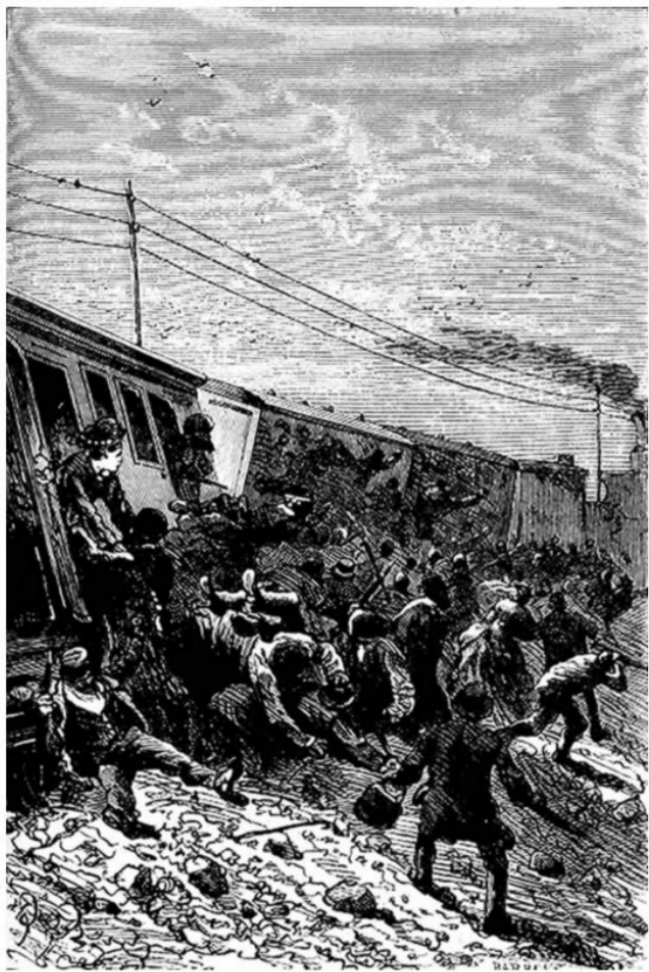
Ésta observó un instante al joven y hubo en su mirada un mudo agradecimiento lleno de modestia.

Pero algo ocurrió después que dio a Miguel Strogoff una idea muy justa del carácter de la muchacha.

Doce versts antes de llegar a la estación de Nizhni Nóvgorod, en una curva pronunciada de la vía férrea, el tren experimentó un violento choque. Luego, durante un minuto, se deslizó por la pendiente de un terraplén.

Viajeros más o menos sacudidos, gritos, confusión, desorden general en los vagones, tal fue el efecto que se produjo al principio. Podía temerse que se tratara de un accidente grave. Por eso, incluso antes de que se detuviera el tren, se abrieron las portezuelas y los viajeros, asustados, sólo tuvieron un pensamiento: salir de los coches y buscar refugio en la vía.

Miguel Strogoff pensó en primer lugar en su vecina; pero, mientras que los viajeros de su compartimiento se precipitaban al exterior gritando y empujándose, ella se había quedado tranquilamente en su sitio, con el rostro apenas alterado por una leve palidez.



Viajeros más o menos sacudidos, gritos, confusión,
desorden general en los vagones

La joven esperaba. Miguel Strogoff esperó también.

Ella no había hecho un solo movimiento para bajarse del vagón. Él tampoco se movió.

Ambos se quedaron impasibles.

«Una naturaleza enérgica», pensó Miguel Strogoff.

Mientras tanto, había desaparecido el peligro. El choque y la detención del tren se habían producido a causa de la rotura de un enganche del vagón de equipajes, pero poco había faltado para que, al descarrilar, se precipitara en una hondonada desde lo alto del terraplén. Se produjo un retraso de una hora. Al final, despejada la vía, el tren reanudó la marcha y, a las ocho y media de la noche, llegó a la estación de Nizhni Nóvgorod.

Antes que nadie pudiera descender de los vagones, se presentaron los inspectores de la policía frente a las portezuelas para examinar a los viajeros.

Miguel Strogoff mostró su podaroshna, expedido a nombre de Nicolás Korpanoff. Así, pues, no tuvo ninguna dificultad.

En cuanto a los demás viajeros del compartimiento, todos ellos con destino en Nizhni Nóvgorod, ninguno pareció sospechoso, por fortuna para ellos.

La joven, por su parte, presentó, no ya un pasaporte, puesto que este documento no se exige ya en Rusia, sino un permiso provisto de un sello particular, que parecía de naturaleza especial.

El inspector lo leyó con atención. Luego, tras examinar atentamente a aquélla cuyas señas describía el documento, dijo:

—¿Eres de Riga?

—Sí —respondió la joven.

—¿Vas a Irkutsk?

—Sí.

—¿Por qué ruta?

—Por la de Perm.

—Bien —respondió el inspector—. Cuida de hacer visar el permiso en el puesto de policía de Nizhni Nóvgorod.

La joven se inclinó en señal de afirmación.

Al oír estas preguntas y respuestas, Miguel Strogoff experimentó un sentimiento a la vez de sorpresa y de piedad. ¡Cómo! ¿Esta muchacha, iba sola, de camino para la lejana Siberia, precisamente cuando, a los peligros habituales, se añadían los riesgos de un país

invadido y sublevado? ¿Cómo podría conseguirlo? ¿Qué sería de ella...?

Concluida la inspección, las portezuelas de los vagones pudieron abrirse, pero, antes de que Miguel Strogoff hubiera podido hacer un movimiento hacia ella, la joven livonia, que había bajado la primera, desapareció entre la muchedumbre que se agolpaba en los andenes de la estación.

V. Un decreto en dos artículos

Nizhni Nóvgorod, Nóvgorod la Baja, situada en la confluencia del Volga y del Oka, es la capital del gobierno del mismo nombre. Allí era donde Miguel Strogoff tenía que abandonar el ferrocarril, que en aquella época no llegaba más allá de esta ciudad [38]. Así, pues, a medida que avanzaba, los medios de comunicación se iban haciendo primero menos rápidos, luego menos seguros.

Nizhni Nóvgorod, que en época ordinaria no contaba más que con treinta o treinta y cinco mil habitantes, contenía entonces más de trescientos mil, de modo que su población se veía multiplicada por diez. Este crecimiento se debía a la famosa feria que se celebra entre sus muros durante un período de tres semanas. Antaño, era Makariew la que disfrutaba de esta reunión de mercaderes, pero desde 1817, la feria se trasladó a Nizhni Nóvgorod.

La ciudad, bastante triste habitualmente, mostraba entonces una animación extraordinaria. Diez razas diferentes de comerciantes, europeos o asiáticos, confraternizaban en ella bajo la influencia de las transacciones comerciales. Aunque la hora en que Miguel Strogoff abandonó la estación ya era avanzada, había aún gran aglomeración de gente en estas dos ciudades que, separadas por el curso del Volga, conforman Nizhni Nóvgorod, y de las cuales, la más alta, construida sobre una roca escarpada, está defendida por una de esas fortificaciones a las que se da el nombre de *kremł* en Rusia.

Si Miguel Strogoff se hubiera visto obligado a quedarse en Nizhni Nóvgorod, le habría costado trabajo encontrar un hotel o albergue más o menos decoroso. Todo estaba lleno. Sin embargo, como no podía partir inmediatamente, puesto que necesitaba tomar el *steam-boat* [39] del Volga, tuvo que buscarse un cobijo cualquiera. Pero antes quiso averiguar la hora exacta de la salida y se dirigió a las oficinas de la compañía cuyos barcos hacen el servicio entre Nizhni Nóvgorod y Perm.

Allí pudo enterarse, con gran disgusto, de que el «Cáucaso», pues

ése era el nombre del barco, no partía hacia Perm hasta el día siguiente a mediodía. ¡Diecisiete horas de espera! Era un fastidio para un hombre con tanta prisa, pero no iba a tener más remedio que resignarse. Y así lo hizo, porque jamás se irritaba inútilmente.

Por otra parte, en aquellas circunstancias, ningún coche, telega o tarantás, berlina o cabriolet de posta, ni caballo alguno le habría conducido más deprisa, ya fuera de Perm, ya a Kazán. Más valía esperar a que zarpara el vapor, vehículo más rápido que ningún otro y que debía hacerle recuperar el tiempo perdido.

He aquí, pues, a Miguel Strogoff andando por la ciudad y buscando, sin inquietarse demasiado, algún albergue para pasar la noche. Pero eso no le preocupaba en absoluto y, a no ser por el hambre que le acuciaba, probablemente habría estado vagando hasta el amanecer por las calles de Nizhni Nóvgorod. Más que de una cama, de lo que se puso en busca fue de una cena. Y ambas las encontró en la posada «Ciudad de Constantinopla».

Allí, el posadero le ofreció un cuarto bastante decente, poco amueblado, pero en el que no faltaban ni la imagen de la Virgen, ni los retratos de algunos santos, enmarcados en paño dorado. En seguida le sirvieron un pato relleno de picadillo agrio, nadando en una crema espesa, pan de cebada, leche cuajada, azúcar en polvo mezclada con canela y una jarra de *kwass*, que es una especie de cerveza muy común en Rusia, sin que necesitara tanto para quedar harto. Se hartó, pues, y aun más que su vecino de mesa que, en calidad de «viejo creyente» de la secta de los Raskolniks[40] con voto de abstinencia, apartaba las patatas de su plato y se guardaba mucho de azucarar el té.

Terminada la cena, Miguel Strogoff, en vez de subir a su cuarto, reemprendió maquinalmente su paseo por la ciudad. Pero, aunque el largo crepúsculo aún se prolongaba, la multitud ya se iba disipando, las calles se iban quedando desiertas, y todo el mundo volvía a su alojamiento.

¿Por qué no se había metido Miguel Strogoff en la cama tranquilamente, como convenía después de toda una jornada en el tren? ¿Pensaba acaso en la joven livonia que durante unas horas había sido compañera suya de viaje? No teniendo nada mejor que hacer, pensaba en ella. ¿Temía que, sola en esta ciudad tumultuosa, se viera expuesta a algún insulto? Lo temía y tenía razones para

ello. ¿Esperaba, pues, encontrarse con ella y, si fuera necesario, convertirse en su protector? No. Encontrarse con ella era difícil. En cuanto a protegerla... ¿con qué derecho?

«¡Sola! —se decía—. ¡Sola en medio de estos nómadas! Y aún, los peligros de ahora no son nada comparados con los que le reserva el porvenir. ¡Siberia! ¡Irkutsk! Lo que yo voy a intentar por Rusia y por el zar, ella lo va a hacer por... ¿Por quién? ¿Por qué? ¡Está autorizada a cruzar la frontera! ¡Y el territorio del otro lado está sublevado! ¡Y con hordas tártaras que recorren las estepas...!».

Miguel Strogoff se detenía de vez en cuando a reflexionar.

«Sin duda —pensaba—, esta idea del viaje se le ocurrió antes de la invasión. ¡Quizá incluso ignore lo que está pasando...! Pero no, aquellos mercaderes hablaron delante de ella de los disturbios de Siberia y ella no pareció extrañarse... Ni siquiera pidió una explicación... ¡Entonces, lo sabía y, sabiéndolo, continúa! ¡Pobre muchacha...! El motivo que la empuja debe ser muy poderoso. Pero, por muy valiente que sea —y desde luego tiene que serlo—, las fuerzas la traicionarán en el camino y, sin hablar de los peligros y obstáculos, no podrá soportar las fatigas de un viaje como éste... ¡Nunca podrá llegar a Irkutsk!».

Mientras tanto, Miguel Strogoff seguía andando al azar pero, como conocía perfectamente la ciudad, no podía resultarle difícil volver a encontrar el camino de vuelta.

Tras haber caminado cerca de una hora, fue a sentarse en un banco adosado a una gran caseta de madera que se alzaba, entre otras muchas, frente a una vasta plaza.

Llevaba allí cinco minutos cuando una mano se apoyó en su hombro con fuerza.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó con voz áspera un hombre de elevada estatura al que no había visto venir.

—Estoy descansando —respondió Miguel Strogoff.

—¿Acaso tienes intención de pasar la noche en este banco? —repuso el hombre.

—Sí, si así lo creo conveniente —replicó Miguel Strogoff, con un tono algo acentuado para el simple mercader que se suponía que era.



«¿Qué haces aquí?»

—¡Acércate, que te vea! —dijo el hombre.

Miguel Strogoff, recordando que debía ser prudente ante todo, retrocedió instintivamente.

—No hay ninguna necesidad de verme —respondió, poniendo con sangre fría entre su interlocutor y él una distancia de diez pasos.

Entonces, observándolo bien, le pareció que se trataba de una especie de gitano, como los que se encuentra uno en todas las ferias, con los que no resulta agradable mantener contacto ni físico ni espiritual. Luego, mirando más atentamente en las sombras que comenzaban a espesarse, reconoció junto a la caseta un gran carromato, vivienda habitual y ambulante de estos cíngaros o gitanos que pululan en Rusia, allá donde haya unos kopeks que ganar.

Mientras tanto, el gitano había dado dos o tres pasos hacia delante y ya se preparaba para interpelar más directamente a Miguel Strogoff, cuando se abrió la puerta de la caseta. Una mujer, apenas visible, se adelantó bruscamente y en un dialecto bastante rudo, que Miguel Strogoff reconoció como una mezcla de mongol y siberiano, dijo:

—¡Otro espía! Déjalo en paz y ven a cenar. La *papluka*[41] está en la mesa.

Miguel Strogoff, que desconfiaba particularmente de los espías, no pudo dejar de sonreír ante el calificativo con que le gratificaban.

Pero en el mismo dialecto, aunque el acento que empleaba era muy distinto del de la mujer, el gitano respondió algunas palabras que significaban:

—¡Tienes razón, Sangarra! ¡Además, mañana nos habremos ido!

—¿Mañana? —replicó la mujer con un tono que denotaba cierta sorpresa.

—Sí, Sangarra —respondió el gitano—, mañana. ¡Es el propio Padre quien nos envía... donde queremos ir!

Dicho esto, el hombre y la mujer volvieron a la caseta, cerrando la puerta cuidadosamente.

«¡Bueno —se dijo Miguel Strogoff—, si estos gitanos no quieren que se les entienda cuando hablen delante de mí, les aconsejo que empleen otro dialecto!».

En su condición de siberiano y por haber pasado su infancia en

la estepa, Miguel Strogoff comprendía casi todos los dialectos usados desde la Tartaria hasta el Océano Glacial. En cuanto al preciso significado de las palabras intercambiadas entre el gitano y su compañera, no volvió a preocuparse. ¿En qué podrían interesarle?

Como la hora ya era muy avanzada, pensó en volver a la posada para descansar un poco.

Al marcharse, siguió el curso del Volga, cuyas aguas desaparecían bajo la masa sombría de innumerables barcos. La orientación del río le permitió entonces reconocer el lugar que acababa de abandonar. Aquella aglomeración de carromatos y casetas, ocupaba precisamente la vasta plaza donde se celebraba todos los años el principal mercado de Nizhni Nóvgorod, lo que explicaba que se concentraran allí aquellos titiriteros y gitanos procedentes de todos los rincones del mundo.

Una hora después, Miguel Strogoff dormía con un sueño algo agitado en una de esas camas rusas que parecen tan duras a los extranjeros y, a la mañana siguiente, 17 de junio, se despertaba cuando ya era de día.

Cinco horas todavía para pasar en Nizhni Nóvgorod le parecieron un siglo. ¿Qué podía hacer para ocupar la mañana sino vagar como la víspera por las calles de la ciudad? Una vez concluido el almuerzo, cerrado el saco de viaje, visado su podaroshna por la policía, no tendría más que partir. Pero, como no era hombre que soliera levantarse después que el sol, abandonó su lecho, se vistió, guardó cuidadosamente la carta con las armas imperiales en el fondo de un bolsillo practicado en el dobladillo de su casaca, sobre la que se ciñó el cinturón; luego cerró el saco y se lo sujetó a la espalda. Hecho esto, como no quería volver al «Ciudad de Constantinopla» y pensaba almorzar en las orillas del Volga, junto al embarcadero, pagó su cuenta y dejó la posada.

Para mayor precaución, se dirigió en primer lugar a las oficinas de los vapores, y allí se aseguró que el «Cáucaso» zarparía a la hora precisa. Entonces se le ocurrió por primera vez que, si la joven livonia tenía que ponerse en camino hacia Perm, era muy posible que tuviera también el proyecto de embarcarse en el «Cáucaso» y, si así fuera, no dejaría de hacer el camino con ella.

La ciudad alta, con su kremlin, cuya circunferencia mide dos

verastas y que se parece mucho al de Moscú, estaba entonces muy abandonado. El gobernador ni siquiera vivía ya en él. Pero, así como la ciudad alta estaba muerta, la ciudad baja estaba llena de vida.

Después de haber atravesado el Volga por un pontón de barcasas guardado por cosacos a caballo, Miguel Strogoff llegó al emplazamiento en que se había encontrado la víspera con el campamento de gitanos. Aquella feria de Nizhni Nóvgorod, con la que ni la propia feria de Leipzig puede rivalizar, se celebraba en un lugar un poco apartado de la ciudad. En una vasta llanura, situada al otro lado del Volga, se alzaba el palacio provisional del gobernador general y allí era donde reglamentariamente residía este alto funcionario mientras duraba la feria, que, debido a los elementos que a ella concurrían necesitaba de vigilancia permanente.

La llanura se encontraba entonces cubierta de casas de madera, simétricamente dispuestas, para permitir que se formaran entre ellas avenidas, lo bastante anchas como para que pudiera pasar fácilmente la multitud. Algunas de las aglomeraciones de casetas, de todos los tamaños y formas, formaban barrios diferentes, destinados a un género especial de comercio. Estaban los barrios de los hierros, de las pieles, de las lanas, de la madera, de los pescados secos, etc. Algunas casetas estaban construidas, incluso, con materiales de gran fantasía, unas con té en tablillas, otras con trozos de carne salada, es decir, con las muestras de la mercancía que sus propietarios servían a los compradores. ¡Singular reclamo, un tanto a la americana!

En aquellas avenidas, a lo largo de aquellas calles, con el sol muy alto sobre el horizonte, porque se había levantado aquella mañana antes de las cuatro, la afluencia de gente era ya considerable. Rusos, siberianos, alemanes, cosacos, turcomanos, persas, georgianos, griegos, otomanos, indios, chinos, mezcla extraordinaria de europeos y asiáticos, charlaban, discutían, peroraban, traficaban. Todo lo que se vende o se compra parecía haberse amontonado en aquella plaza. Porteadores, caballos, camellos, asnos, barcos, carretas, todo lo que puede servir para transportar mercancías, se acumulaba en aquel campo ferial. Pielés, piedras preciosas, paños de seda, cachemiras de la India, alfombras

turcas, armas del Cáucaso, tejidos de Esmirna o de Ispahán, armaduras de Tiflis, téis de caravana, bronce europeos, relojes de Suiza, terciopelos y sedas de Lyon, algodones ingleses, artículos de carrocería, frutas, legumbres, minerales del Ural, malaquitas, lapislázuli, esencias, perfumes, plantas medicinales, maderas, alquitranes, cuerdas, cuernos, calabazas, sandías, etc., todos los productos de la India, de la China, de Persia, del Mar Caspio y del Mar Negro, de América y de Europa se habían reunido en aquel punto del Globo.

Era un movimiento, una excitación, un jaleo, una algarabía de la que no es posible dar una idea, al ser tan expresivos los indígenas de clase inferior, y no tener nada que envidiarles al respecto los extranjeros. Había allí mercaderes de Asia central, que habían pasado un año atravesando las inmensas llanuras, dando escolta a sus mercaderías, y que no volverían a ver sus mostradores y sus tiendas hasta un año después. En fin, tan importante es la feria de Nizhni Nóvgorod, que el volumen de las transacciones no baja de los cien millones de rublos [42].



Era un movimiento, una excitación

Además, en las plazas, entre los barrios de aquella ciudad improvisada, había gran aglomeración de titiriteros de toda laya: saltimbanquis y acróbatas, ensordeciendo a todo el mundo con los aullidos de sus orquestas y vociferantes llamadas; gitanos llegados de las montañas, que decían la buenaventura a los mirones de un público que no cesaba de renovarse; cíngaros o tziganos, nombre que dan los rusos a los «egipcios [43]», antiguos descendientes de los coptos, que cantaban sus aires más brillantes y bailaban sus danzas más originales; cómicos de la legua, que representaban dramas de Shakespeare, apropiados al gusto de los espectadores que acudían en tropel. En las largas avenidas, también, domadores de osos paseaban en libertad a sus equilibristas de cuatro patas; casas de fieras que retumbaban con los gritos roncós de los animales, estimulados por el látigo acerado o por la varilla al rojo vivo del domador; finalmente, en medio de la gran plaza central, enmarcado por un cuádruple círculo de diletantes entusiastas, un coro de «batejeros del Volga», sentados en el suelo como sobre el puente de sus barcas, simulaba la acción de bogar, bajo la batuta de un director de orquesta, verdadero timonel de aquel barco imaginario.

Debido a una extraña y encantadora costumbre, por encima de toda aquella multitud, bandadas de pájaros se escapaban de las jaulas en las que habían sido transportados. Siguiendo un uso muy corriente de la feria de Nizhni Nóvgorod, a cambio de unos cuantos Kopeks, caritativamente ofrecidos por algunas almas buenas, los carceleros abrían la puerta a sus prisioneros y éstos alzaban el vuelo a centenares, lanzando alegres chillidos.

Tal era el aspecto de la llanura y así debía seguir durante las seis semanas que suele durar la famosa feria de Nizhni Nóvgorod. Luego, tras este ensordecedor período, el inmenso jaleo se apagaría como por ensalmo, la ciudad alta recuperaría su carácter oficial, la ciudad baja volvería a caer en su ordinaria monotonía y, de la enorme afluencia de mercaderes pertenecientes a todas las comarcas de Europa y de Asia central, no quedaría un solo vendedor que tuviera aún algo que vender, ni un solo comprador que tuviera todavía nada que comprar.

Hay que añadir aquí que, al menos aquella vez, Francia e Inglaterra estaban representadas en el gran mercado de Nizhni Nóvgorod por dos de los productos más distinguidos de la

civilización moderna: los señores Harry Blount y Alcide Jolivet.

En efecto, ambos corresponsales habían venido a buscar impresiones en beneficio de sus lectores y empleaban como mejor podían las pocas horas que tenían que perder, porque también ellos iban a tomar pasaje en el «Cáucaso».

Uno y otro se encontraron precisamente en el campo ferial y apenas se extrañaron de ello, puesto que el mismo instinto debía arrastrarlos detrás de la misma pista: pero esta vez no se hablaron, y se limitaron a saludarse de forma bastante fría.

Alcide Jolivet, optimista por naturaleza, parecía encontrar que todo iba a las mil maravillas y, como el azar le había proporcionado mesa y cobijo, había vertido en su libreta algunas notas particularmente honrosas para la ciudad de Nizhni Nóvgorod.

En cambio, Harry Blount, tras haber buscado en vano donde cenar, se había visto obligado a dormir al sereno. Así, pues, había considerado las cosas desde un punto de vista completamente distinto y meditaba un artículo fulminante contra una ciudad en la que los hoteleros se negaban a recibir a los viajeros, que no aspiraban más que a dejarse desollar «en lo espiritual y en lo físico».

Miguel Strogoff, con una mano en el bolsillo y en la otra su larga pipa de cerezo, parecía el más indiferente y el menos impaciente de los hombres. Sin embargo, por cierta contracción de sus músculos superciliares, un buen observador se habría dado cuenta de cómo tascaba el freno.

Desde hacía unas dos horas, recorría las calles de la ciudad para volver invariablemente al campo ferial. Sin dejar de circular por entre los grupos, observaba que había entre los mercaderes que venían de las comarcas vecinas de Asia una inquietud real, de la que se resentían las transacciones. Que los titiriteros saltimbanquis y equilibristas armaran mucho ruido a las puertas de sus barracas era comprensible, porque aquellos pobres diablos no tenían nada que arriesgar en una empresa mercantil, pero los comerciantes no se decidían a contraer compromisos con los traficantes de Asia central, cuyo territorio estaba trastornado por la invasión tártara.

Otro síntoma que también había que tener en cuenta: en Rusia, el uniforme militar siempre está presente. Los soldados se mezclan encantados con la multitud y, precisamente en Nizhni Nóvgorod, durante el período de la feria, los agentes de la policía suelen

recibir ayuda de numerosos cosacos que, con la lanza al hombro, mantienen el orden en esa aglomeración de trescientos mil extranjeros.

Sin embargo, aquel día, los militares, cosacos o no, brillaban por su ausencia en el enorme mercado. Sin duda en previsión de una partida súbita, estaban acuartelados.

Pero, aunque no se veían soldados por ninguna parte, no ocurría lo mismo con los oficiales. Desde la víspera, los ayudantes de campo, que salían del palacio del gobernador general, se precipitaban en todas direcciones. Había, pues, un movimiento desacostumbrado que sólo la gravedad de los acontecimientos podía explicar. Se multiplicaban los correos por las carreteras de la provincia, ya fuera hacia Wladimir, ya hacia los montes Urales. El intercambio de despachos telegráficos con Moscú y San Petersburgo era incesante. La situación de Nizlmi Nóvgorod, no lejos de la frontera siberiana, exigía evidentemente que se adoptaran serias precauciones. No era posible olvidar que, en el siglo XIV, la ciudad había sido tomada dos veces por los antepasados de estos tártaros, empujados a través de las estepas kirguiz por la ambición de Feofar Kan.

Otro alto personaje, no menos ocupado que el gobernador general, era el jefe de la policía. Encargado con sus inspectores de mantener el orden, de recibir las reclamaciones, de velar por la ejecución de los reglamentos, no tenía tiempo para el ocio. Las oficinas de la administración, abiertas día y noche, se veían asediadas, tanto por los habitantes de la ciudad, como por los extranjeros, europeos o asiáticos.

Miguel Strogoff se encontraba precisamente en la plaza central cuando se extendió el rumor de que el jefe de la policía acababa de ser llamado mediante un correo al palacio del gobernador general. Un importante despacho, decían, llegado desde Moscú, era la causa de aquel desplazamiento.

El jefe de la policía se dirigió, pues, al palacio del gobernador e inmediatamente, como por un presentimiento general, circuló la noticia de que se iba a adoptar alguna medida grave, fuera de todo lo previsto, de todo lo habitual.

Miguel Strogoff escuchaba todo lo que se decía, para sacar ventaja de ello, si fuera necesario.

—¡Van a cerrar la feria! —exclamaba uno.

—¡El regimiento de Nizhni Nóvgorod acaba de recibir la orden de marcha! —respondía otro.

—¡Dicen que los tártaros amenazan Tomsk!

—¡Ahí está el jefe de la policía! —gritaban desde todas partes.

Súbitamente se había elevado una gran algarabía, que se disipaba poco a poco, y a la que sucedió un silencio absoluto. Cada cual presentía algún grave comunicado de parte del gobierno.

El jefe de la policía, precedido por sus agentes, acababa de abandonar el palacio del gobernador general. Le acompañaba un destacamento de cosacos que ponía orden en la multitud a fuerza de golpes, violentamente propinados y pacientemente recibidos.

El jefe de la policía llegó al medio de la plaza central y todo el mundo pudo ver que tenía un despacho en la mano.

Entonces, en alta voz, leyó la declaración siguiente:

Decreto del Gobernador de Nizhni Nóvgorod.

Se prohíbe salir de la provincia, por la causa que sea, a todo súbdito ruso.

Se ordena abandonar la provincia en el término de veinticuatro horas a todos los extranjeros de origen asiático.



Entonces, en voz alta, leyó la declaración siguiente...

VI. Hermano y hermana

Aquellas medidas, funestísimas para los intereses particulares, se justificaban absolutamente por las circunstancias.

«Se prohíbe salir de la provincia, por la causa que sea, a todo súbdito ruso». Si Iván Ogareff se encontraba aún en la provincia, significaba impedirle, no sin enormes dificultades al menos, reunirse con Feofar Kan, privando al jefe tártaro de un temible lugarteniente.

«Se ordena abandonar la provincia en el término de veinticuatro horas a todos los extranjeros de origen asiático», significaba alejar de golpe tanto a los traficantes llegados de Asia central, como a las distintas bandas de gitanos, más o menos afines a las poblaciones tártaras o mongolas, que se habían reunido con motivo de la feria. Tantas cabezas..., tantos espías. Por lo tanto las circunstancias obligaban a expulsarlos.

Pero es fácil comprender el efecto de estas dos bombas, que caían sobre la ciudad de Nizhni Nóvgorod, por fuerza la que más se encontraba en el punto de mira y la más afectada.

Así pues, los ciudadanos a quienes sus negocios hubiesen llamado más allá de las fronteras siberianas, no podían abandonar la provincia, al menos de momento. La letra del artículo primero del decreto era tajante. No admitía la menor excepción. Todo interés privado debía desaparecer ante el interés general.

En cuanto al artículo segundo del decreto, la orden que contenía tampoco admitía réplica. Sólo afectaba a los extranjeros de origen asiático, pero éstos no tenían más remedio que volver a embalar sus mercaderías, y emprender de vuelta el mismo camino que acababan de recorrer. Por su parte, para todos aquellos saltimbanquis, cuyo número era considerable y que tenían que franquear más de mil verstas para llegar a la frontera más cercana, era la miseria a corto plazo.

Por eso, contra la insólita medida, se levantó primero un murmullo de protesta, luego un grito de desesperación, que la presencia de los cosacos y de los agentes de la policía reprimió en

seguida.

Y, casi inmediatamente, empezó lo que podría llamarse la mudanza de aquella vasta llanura. Se replegaron las telas extendidas ante las tiendas, se fueron deshaciendo a trozos los teatros ambulantes; cesaron las danzas y cantos; callaron las llamadas; se apagaron los fuegos; se soltaron las cuerdas de los equilibristas; volvieron de las cuadras a las varas de los carros los viejos caballos de tiro. Agentes y soldados, con el látigo o la porra en la mano, estimulaban a los que se retrasaban y no se molestaban en desmontar las tiendas, incluso antes de que las hubieran abandonado los pobres gitanos. Evidentemente, bajo la influencia de esas medidas, antes de caer la noche, la plaza de Nizhni Nóvgorod estaría completamente evacuada y al tumulto del gran mercado sucedería el silencio del desierto.

Y, hay que repetirlo, porque significaba una agravación de las medidas, a todos aquellos nómadas a quienes afectaba directamente el decreto de expulsión les estaban prohibidas también las estepas de Siberia y tendrían que lanzarse hacia el sur del Mar Caspio, ya fuera a Persia, ya a Turquía, ya a las llanuras del Turkestán. Los puestos militares del Ural y de las montañas que forman la prolongación de ese río por la frontera rusa no les habrían permitido pasar. Era por tanto un millar de verstas lo que se veían obligados a recorrer antes de poder pisar un suelo libre.

Al terminar la lectura del decreto el jefe de la policía, Miguel Strogoff sintió cómo un recuerdo le surgía instintivamente en el espíritu.

«Singular coincidencia —pensó— entre este decreto que expulsa a los extranjeros oriundos de Asia y las palabras intercambiadas anoche por aquellos feriantes de raza gitana: “¡Es el propio Padre quien nos envía... donde queremos ir!”, había dicho aquel viejo. Pero el “Padre” es el emperador... ¡La gente del pueblo no le llama de otra manera! ¿Cómo podrían haber previsto aquellos cingaros la disposición que se iba a adoptar respecto a ellos? ¿Cómo se han enterado de antemano, y a dónde quieren ir? ¡Esa gente es sospechosa y me parece que el decreto del gobernador les debe ser más útil que perjudicial!».

Pero esta reflexión, muy justa con toda seguridad, fue interrumpida por otra que iba a desalojar del espíritu de Miguel

Strogoff cualquier otro pensamiento. Olvidó a los cingaros, sus sospechosas palabras, la extraña coincidencia con la promulgación del decreto... El recuerdo de la joven livonia se le acababa de presentar de improviso.

«¡Pobre niña! —exclamó como sin querer—. ¡Nunca podrá cruzar la frontera!».

En efecto, la muchacha era de Riga, era de Livonia y, por tanto, rusa, luego no podía dejar ya el territorio ruso... Era evidente que aquel permiso que le habían entregado antes de las nuevas medidas había perdido su validez. Todas las rutas de Siberia le habían quedado implacablemente cerradas y, cualquiera que fuese el motivo que la condujera a Irkutsk, desde aquel momento le estaba prohibido seguir su viaje.

Aquel pensamiento preocupó vivamente a Miguel Strogoff. De manera vaga al principio, se había dicho que, sin descuidar en nada lo que de él exigía su importante misión, quizás le sería posible aportar algún socorro a aquella valiente niña y aquella idea le agradó. Conociendo los problemas que tendrían que afrontar personalmente, él, hombre enérgico y vigoroso, en un país cuyos caminos le eran, sin embargo, familiares, no podía ignorar que los peligros serían infinitamente más temibles para una muchacha. Puesto que se dirigía a Irkutsk, tendría que seguir el mismo camino que él y se vería obligada a pasar entre las hordas de invasores, como iba a intentar hacerlo él mismo. Si, además y con toda probabilidad, sólo tenía a su disposición los recursos necesarios para un viaje emprendido en circunstancias ordinarias, ¿cómo alcanzaría a llevarlo a cabo en las que los acontecimientos iban a tornarlas no sólo peligrosas, sino también costosas?

«¡Bueno! —se dijo—. Puesto que emprende la ruta de Perm, es casi imposible que no me la encuentre. Entonces, podré velar por ella sin que se dé cuenta y, como muestra todo el aspecto de tener la misma prisa que yo en llegar a Irkutsk, no me causará retraso».

Pero un pensamiento conduce a otro. Miguel Strogoff sólo había razonado hasta entonces siguiendo la hipótesis de realizar una buena acción, de hacer un favor. Una nueva idea acababa de nacer en su cerebro y la cuestión se le presentó bajo un aspecto completamente distinto.

«Pero, en realidad —se dijo—, yo puedo necesitarla a ella más

que ella a mí. Su presencia puede serme útil y serviría para alejar de mí toda sospecha. En un hombre que corre en soledad a través de la estepa se puede fácilmente adivinar a un correo del zar. Por el contrario, si me acompaña esta muchacha, pasaré mucho mejor a los ojos de todo el mundo por el Nicolás Korpanoff de mi podaroshna. ¡Es necesario que me acompañe! ¡Tengo que encontrarla a cualquier precio! No es probable que haya podido conseguir coche para salir de Nizhni Nóvgorod. ¡Busquémosla y que Dios me guíe!».

Miguel Strogoff dejó la plaza mayor de Nizhni Nóvgorod, donde el tumulto producido por la ejecución de las disposiciones adoptadas alcanzaba en aquel momento su punto álgido. Protestas de los extranjeros proscritos, gritos de los agentes y cosacos que los maltrataban, era un escándalo indescriptible. La muchacha que él buscaba no podía encontrarse allí.

Eran las nueve de la mañana. El vapor no zarpaba hasta el mediodía. Miguel Strogoff tenía, pues, aproximadamente dos horas para encontrar a la que quería convertir en su compañera de viaje.

Volvió a atravesar el Volga y recorrió los barrios de la otra orilla, donde la multitud era mucho menos numerosa. Recorrió la ciudad alta y la baja, podría decirse que calle por calle. Entró en las iglesias, refugio natural de todo aquel que llora, de todo aquel que sufre. Por ningún lado encontró a la joven livonia.

«Y sin embargo —se repetía—, todavía no puede haber abandonado Nizhni Nóvgorod. ¡Sigamos buscando!».

Miguel Strogoff anduvo errante durante dos horas. Iba sin detenerse, no sentía la fatiga, obedecía a un sentimiento imperioso que no le permitía ya reflexionar. Y todo ello en vano.

Se le ocurrió entonces que la joven podía no haberse enterado del decreto, circunstancia improbable, sin embargo, porque una bomba como aquélla no habría podido estallar sin que la oyera todo el mundo. Evidentemente, interesada en conocer hasta las menores noticias que vinieran de Siberia, ¿cómo habría podido ignorar las disposiciones adoptadas por el gobernador, que le afectaban tan directamente?

Pero, de todas formas, si las ignoraba, iría dentro de algunas horas hasta el muelle de embarque, donde algún agente sin piedad le cerraría el paso brutalmente. Era necesario que Miguel Strogoff la

viera antes a cualquier precio, para que pudiera evitar gracias a él tamaño fracaso.

Pero su búsqueda resultó vana y pronto perdió toda esperanza de encontrarla.

Eran ya las once. Aunque en cualquier otra circunstancia no le habría sido útil, Miguel Strogoff pensó presentar su podaroshna en las oficinas del jefe de la policía. El decreto no podía afectarle, desde luego, puesto que en su caso todo estaba previsto, pero quería asegurarse que nada se opondría a su salida de la ciudad.

Miguel Strogoff tuvo que volver, pues, a la otra orilla del Volga, al barrio en que se encontraban las oficinas del jefe de la policía.

Había allí gran afluencia de gente, porque si bien los extranjeros habían recibido orden de abandonar la provincia, no por ello dejaban de tener que cumplimentar algunas formalidades para irse. Sin esta precaución, algún ruso más o menos comprometido con el movimiento tártaro habría podido cruzar la frontera con algún disfraz, que es lo que el decreto trataba de evitar. Los expulsaban, pero aún faltaba que tuvieran el permiso para irse.

Así, pues, feriantes, titiriteros, cíngaros, gitanos, mezclados con los mercaderes de Persia, Turquía, India, Turkestán, China, abarrotaban el patio y las oficinas del puesto de policía.

Todos se apresuraban porque los medios de transporte iban a ser muy buscados por aquella multitud de expulsados, y los que se pusieran a ello con retraso corrían un gran riesgo de no poder salir de la ciudad en el plazo prescrito, lo que los expondría a alguna intervención brutal de los agentes del gobernador.

Gracias al vigor de sus codos, Miguel Strogoff pudo atravesar el patio. Pero entrar en las oficinas y llegar a la ventanilla de los empleados era una tarea bastante más difícil. Sin embargo, una palabra que dijo al oído de un inspector y algunos rublos que dio a tiempo fueron lo bastante poderosos para permitirle pasar.

Después de haberle introducido en la sala de espera, el agente fue a avisar a un oficial superior. Miguel Strogoff no podía tardar, pues, en quedar en regla con la policía y en libertad de movimientos. En espera de ello, miró a su alrededor y ¿qué vio...?

Allí, en un banco, derrumbada más que sentada y presa de muda desesperación, aunque apenas pudo ver su cara, cuyo perfil únicamente se recortaba contra el muro, se encontraba una

muchacha.



Allí, en un banco, derrumbada más que sentada

Miguel Strogoff no se había equivocado. Acababa de reconocer a la joven livonia.

¡Ignorante del decreto del gobernador, había venido a las oficinas de la policía a que le visaran el permiso...! Y le habían negado el visado. Sin duda, estaba autorizada a viajar hasta Irkutsk, pero el decreto era tajante: anulaba todas las autorizaciones anteriores y los caminos de Siberia le estaban vedados.

Miguel Strogoff, muy satisfecho de haberla encontrado por fin, se acercó a la joven.

Ésta lo miró un instante y su mirada se iluminó con un brillo fugaz al volver a ver a su compañero de viaje. Se levantó instintivamente y, como un náufrago que se aferra a un pecio [44] flotante, fue a pedirle ayuda...

En aquel momento, el agente tocó a Miguel Strogoff en el hombro.

—El jefe de policía le espera —dijo.

—Bien —respondió Miguel Strogoff.

Y sin decir una sola palabra a aquella que tanto había buscado desde la víspera, sin tranquilizarla con un gesto que los hubiera comprometido a ambos, siguió al agente por entre los compactos grupos.

Al ver desaparecer al único que quizá hubiera podido venir en su ayuda, la joven livonia se dejó caer de nuevo en el banco.

Aún no habían pasado tres minutos, cuando Miguel Strogoff volvió a aparecer en la sala, acompañado de un agente. Tenía en la mano su podaroshna, que le dejaba libres todas las rutas de Siberia.

Se acercó entonces a la joven livonia y, tendiéndole la mano, le dijo:

—Hermana...

¡Ella comprendió inmediatamente! ¡Se levantó, como si alguna inspiración repentina le impidiera titubear!

—Hermana —repitió Miguel Strogoff—, estamos autorizados a continuar nuestro viaje a Irkutsk. ¿Vienes?

—Te sigo, hermano —respondió la joven, asiendo la mano de Miguel Strogoff.

Y ambos salieron del puesto de policía.



«Hermana...»

VII. El descenso del Volga

Un poco antes del mediodía, la campana del vapor atraía al embarcadero del Volga gran concurso de gente, puesto que estaban allí los que partían y los que habrían querido partir. Las calderas del «Cáucaso» tenían ya presión suficiente. Su chimenea sólo dejaba escapar ya un humo ligero, mientras que la extremidad del tubo de escape y la tapa de las válvulas se coronaban de vapor blanco.

Ni que decir tiene que la policía vigilaba la partida del «Cáucaso» y se mostraba implacable con aquellos viajeros que no reunían los requisitos para abandonar la ciudad. Numerosos cosacos iban y venían por el muelle, dispuestos a ayudar a los agentes con la energía necesaria, pero no tuvieron que intervenir, y todo se hizo sin resistencias.

A la hora reglamentaria resonó la última campanada, se largaron amarras, las potentes ruedas del *steam-boat* batieron el agua con sus paletas articuladas y el «Cáucaso» se deslizó rápidamente entre las dos ciudades que componen Nizhni Nóvgorod.

Miguel Strogoff y la joven livonia habían tomado pasaje a bordo del «Cáucaso». Su embarque se había producido sin la menor dificultad. Ya se sabe que el podaroshna extendido al nombre de Nicolás Korpanoff autorizaba al comerciante a llevar compañía en su viaje a Siberia. Eran, pues, un hermano y una hermana que viajaban con garantía de la policía imperial.

Sentados en la popa, ambos miraban cómo huía la ciudad, tan profundamente perturbada por el decreto del gobernador.

Miguel Strogoff no había dicho nada a la joven, ni la había interrogado. Esperaba a que hablara ella, si le parecía conveniente. Ésta tenía prisa por abandonar aquella ciudad, en la que, sin la intervención providencial de aquel protector inesperado, habría tenido que quedarse prisionera. Aunque no dijera nada, su mirada mostraba su agradecimiento.

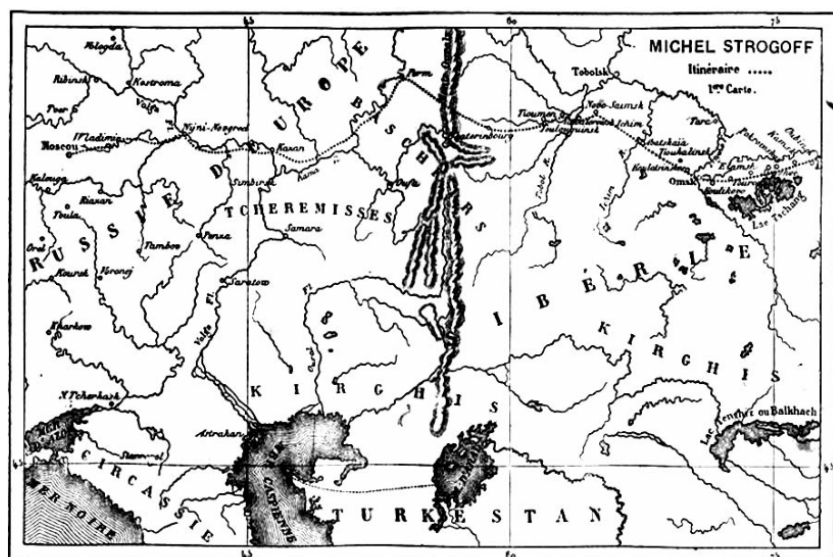
El Volga, Rha para los antiguos, es considerado el río más importante de toda Europa, no siendo su curso inferior a cuatro mil

verstas (4 300 kilómetros). Sus aguas, bastante insalubres en la parte superior, cambian en Nizhni Nóvgorod al encontrarse con las del Oka, rápido afluente que escapa de las provincias centrales de Rusia.

El conjunto de canales y ríos rusos se ha comparado con bastante razón a un árbol gigantesco cuyas ramas se extienden por todo el Imperio. Es el Volga el que forma el tronco de ese árbol, y tiene por raíces las setenta embocaduras que se abren sobre el litoral del Mar Caspio. Es navegable desde Rjef, ciudad de la provincia de Tver, es decir, en la mayor parte de su curso.

Los buques de la compañía de transportes entre Perm y Nizhni Nóvgorod cubren con bastante rapidez las trescientas cincuenta verstas (373 kilómetros) que separan a esta ciudad de la de Kazán. Es cierto que los vapores no tienen más que descender por el Volga, lo que añade unas dos millas de corriente a su propia velocidad. Pero cuando llegan a la confluencia del Rama, un poco más abajo de Kazán, se ven obligados a dejar un río por otro y tienen que navegar río arriba hasta Perm. Hechas, pues, todas las cuentas y aunque sus máquinas fuesen muy potentes, el «Cáucaso» no debía de hacer más de dieciséis verstas por hora. Dejando una hora de parada en Kazán, el viaje de Nizhni Nóvgorod a Perm duraría unas sesenta o sesenta y dos horas.

Por otra parte, el buque estaba muy bien acondicionado y los pasajeros, según su condición o recursos, ocupaban tres clases distintas. Miguel Strogoff había cuidado de reservar dos camarotes de primera clase, con el fin de que su joven compañera pudiera retirarse al suyo y aislarse cuando le pareciera bien.



El «Cáucaso» estaba atestado de pasajeros de todas las categorías. Un cierto número de mercaderes de origen asiático había creído oportuno abandonar Nizhni Nóvgorod inmediatamente. En la parte del vapor reservada a la primera clase se veían armenios de largas túnicas, tocados con una especie de mitra; judíos, a los que se reconocía por sus bonetes cónicos; chinos adinerados, con sus trajes tradicionales, túnica muy amplia, azul, violeta o negra, abierta por delante o por detrás y cubierta por una segunda túnica de mangas anchas, cuyo corte recuerda a la de los popes; turcos, que aún usaban el turbante nacional; indios, de gorro cuadrado, con la cintura ceñida por un simple cordón, de los que, especialmente los llamados con el nombre de *shikarpuris*, tienen en sus manos todo el tráfico de Asia central; finalmente, tártaros, calzados con botas adornadas de trencillas multicolores y con el pecho cubierto de bordados. Todos estos comerciantes habían tenido que amontonar en la bodega y en el puente sus numerosos equipajes, cuyo transporte debía costarles muy caro, porque, reglamentariamente, sólo tenían derecho a un peso de veinte libras por persona.

Hacia la proa del «Cáucaso» estaban agrupados otros pasajeros más numerosos, no sólo extranjeros, sino también rusos, a los que el decreto no impedía volver a las ciudades de la provincia.

Había entre ellos mujiks, tocados con bonetes o gorras, vestidos de camisa a cuadros bajo la amplia pelliza, y campesinos del Volga con el pantalón azul metido en la caña de las botas, camisa de algodón rosado, ceñida por una cuerda, gorra plana o bonete de fieltro. Algunas mujeres, con vestidos de algodón estampados de flores, llevaban delantal de vivos colores y pañuelo de dibujos encarnados en la cabeza. Eran sobre todo los pasajeros de tercera clase, a los que, por fortuna, no preocupaba la perspectiva de un largo viaje de regreso. En suma, aquella parte del puente estaba muy concurrida. Así, pues, los pasajeros de popa no se aventuraban a mezclarse con aquellos grupos tan variopintos, cuyo lugar estaba marcado delante de los tambores de las ruedas motrices.

Mientras tanto, el «Cáucaso» se deslizaba a toda la velocidad que le permitían sus paletas, cruzándose con numerosos barcos, arrastrados por remolcadores río arriba, que transportaban toda suerte de mercancías a Nizhni Nóvgorod. También pasaban balsas

de troncos, tan largas como las interminables filas de sargazos del Atlántico, y chalanas cargadas hasta los topes, con el agua casi llegándoles a las bordas. Viaje inútil a aquellas horas, puesto que la feria se había disuelto bruscamente nada más empezar.

Las orillas del Volga, salpicadas por la estela del vapor, se coronaban de bandadas de patos que huían lanzando graznidos ensordecedores. Un poco más lejos, por aquellas llanuras secas, bordeadas de alisos, sauces y álamos, se esparcían algunas vacas de color rojizo oscuro, rebaños de corderos de lanas de color castaño, innumerables piaras de cerdos y cochinitillos blancos y negros. Algunos campos, sembrados de trigo sarraceno y de centeno, se extendían hasta el fondo de unas colinas a medio cultivar, sin que, en suma, ofrecieran panorama notable alguno. En aquellas monótonas perspectivas, nada habría encontrado que reproducir el lápiz de un dibujante en busca de algún paraje pintoresco.

Dos horas después de zarpar el «Cáucaso», la joven livonia, dirigiéndose a Miguel Strogoff, le dijo:

—¿Vas a Irkutsk, hermano?

—Sí, hermana —respondió el hombre—, ambos hacemos la misma ruta. Por consiguiente, por donde yo pase, pasarás tú.

—Mañana, hermano, sabrás por qué he dejado las riberas del Báltico para llegar más allá de los Urales.

—No te pregunto nada, hermana.

—Lo sabrás todo —respondió la joven, cuyos labios esbozaron una sonrisa triste—. Una hermana no debe esconder nada a su hermano. Pero, hoy, no podría... ¡La fatiga y la desesperación me han destrozado!

—¿Quieres descansar en tu camarote? —preguntó Miguel Strogoff.

—Sí... sí... y mañana...

—Ven, pues...

Titubeó al terminar la frase, como si hubiera querido terminarla con el nombre de su compañera, que aún ignoraba.

—Nadia —dijo ella, tendiéndole la mano.

—Ven, Nadia —respondió Miguel Strogoff—, y sítete sin cumplidos de tu hermano Nicolás Korpanoff.

Y condujo a la muchacha al camarote reservado para ella sobre el salón de popa.

Miguel Strogoff volvió al puente y, ávido de noticias que pudieran modificar quizá su itinerario, se mezcló con los grupos de pasajeros, escuchando, pero sin tomar parte en las conversaciones. Además, si el azar hiciera que le interrogaran y que se viera obligado a responder, se presentaría como el comerciante Nicolás Korpanoff, a quien el «Cáucaso» llevaba de regreso a la frontera, porque no quería que nadie se diera cuenta de que un permiso especial le autorizaba a viajar hasta Siberia.

Evidentemente, los extranjeros que transportaba el vapor no podían hablar más que de los acontecimientos del día, del decreto y de sus consecuencias. Aquellas pobres gentes, apenas repuestas de las fatigas de un viaje a través del Asia central, se veían forzadas a regresar, y si no expresaban en alta voz su cólera y su desesperación era porque no se atrevían. Los contenía un temor, mezclado de respeto. Era posible que se hubieran embarcado en secreto en el «Cáucaso» algunos inspectores de la policía, con el encargo de vigilar a los pasajeros, y valía más callar la boca, puesto que, después de todo, aún era preferible la expulsión a quedar preso en alguna fortaleza; de esta forma, entre aquellos grupos, en los que todos se callaban, donde se intercambiaban frases con tanta circunspección, era imposible sacar ninguna información de utilidad.

Pero, si Miguel Strogoff no encontró nada de qué enterarse por aquel lado, si las bocas llegaron incluso a cerrarse más de una vez al verlo acercarse, porque no lo conocían, sus oídos percibieron en seguida el estrépito de una voz poco cuidadosa de que se la oyera o no.

El hombre de voz jovial hablaba ruso, pero con acento extranjero, y su interlocutor, más reservado, le contestaba en la misma lengua, que tampoco era la de su nacimiento.

—¿Cómo —decía el primero—, cómo, usted en este barco, mi querido colega, usted, a quien he visto en la fiesta imperial de Moscú, y simplemente entrevistado en Nizhni Nóvgorod?

—Yo mismo —respondió el segundo con tono seco.

—¡Pues, francamente, no esperaba que me siguiera usted tan pronto y tan de cerca!

—¡No le sigo, señor mío, le precedo!

—¡Me precede!, ¡me precede...! ¡Pongamos que marchamos de

frente, al mismo paso, como dos soldados que desfilan y, al menos provisionalmente, convengamos, ninguno adelantará al otro!

—Al contrario, yo le adelantaré a usted.

—Ya lo veremos, cuando nos encontremos en el teatro de la guerra; pero, mientras tanto, ¡qué diablos! Seamos compañeros de camino. ¡Ya tendremos tiempo y ocasión más tarde para convertirnos en rivales!

—Enemigos.

—¡Sea, enemigos! Tiene usted en sus palabras, mi querido colega, una precisión que me resulta la mar de agradable. ¡Al menos con usted sabe uno a qué atenerse!

—¿Dónde está el problema?

—No lo hay. Por mi parte, le pido permiso para precisar nuestras recíprocas situaciones.

—Precise.

—¿Va usted a Perm... como yo?

—Como usted.

—Y, ¿se dirigía usted, probablemente, desde Perm hasta Ekaterinburg, puesto que es la mejor y más segura carretera por la que se pueden franquear los montes Urales?

—Probablemente.

—Una vez pasada la frontera, estaremos en Siberia, es decir, en plena invasión.

—¡Estaremos!

—Pues entonces, y sólo entonces, será el momento de decir: «Cada uno en su casa y Dios en la...».

—¡Dios en la mía!

—¡Dios en la de usted! ¡Muy bien! Pero, como tenemos ante nosotros ocho días de neutralidad y como seguramente no nos van a llover las noticias por el camino, seamos amigos hasta el momento en que volvamos a ser rivales.

—Enemigos.

—¡Sí! ¡Es cierto, enemigos! ¡Pero hasta entonces actuemos de común acuerdo y no nos devoremos mutuamente! Por otra parte, le prometo reservarme todo lo que pueda ver...

—Y yo, todo lo que pueda oír.

—¿Estamos?

—¡Estamos!

—¿Su mano?

—Hela aquí.

Y la mano del primer interlocutor, es decir, cinco dedos ampliamente abiertos, sacudió vigorosamente los dos dedos que flemáticamente le tendió el segundo.

—A propósito —dijo el primero—, esta mañana he podido telegrafiar a mi prima el propio texto del decreto a las diez y diecisiete minutos.

—Y yo lo he enviado al *Daily Telegraph* a las diez y trece.

—Bravo, señor Blount.

—Excelente, señor Jolivet.

—¡Me tomaré la revancha!

—¡Será difícil!

—¡De todos modos lo intentaré!

Dicho esto, el corresponsal francés saludó con familiaridad al corresponsal inglés que, inclinando la cabeza, le devolvió el saludo con una rigidez totalmente británica.

A aquellos dos cazadores de noticias no les afectaba el decreto del gobernador, puesto que no eran ni rusos ni extranjeros de origen asiático. Habían salido pues de Nizhni Nóvgorod y, si lo habían hecho al mismo tiempo, era porque el mismo instinto les impulsaba hacia delante. Era natural, por tanto, que hubiesen tomado el mismo medio de transporte y que siguieran la misma ruta hasta las estepas siberianas. Compañeros de viaje, amigos o enemigos, tenían ante ellos ocho días antes de que «se levantara la veda». Y entonces, ¡que ganara el mejor! Alcide Jolivet, había dado el primer paso y, por mucha frialdad que mostrara, Harry Blount había aceptado el desafío.

Sea como fuere, durante la cena de aquella noche, el francés, siempre abierto y hasta un poco locuaz, y el inglés, siempre hosco y envarado, brindaban en la misma mesa, bebiendo un *Cliquot* auténtico, a seis rublos la botella, generosamente elaborado con la fresca savia de los abedules de los alrededores[45].

Al oír hablar así a Alcide Jolivet y a Harry Blount, Miguel Strogoff se había dicho:

—He aquí a unos curiosos indiscretos, a los que seguramente me volveré a encontrar en mi camino. Me parece que será prudente mantenerlos a distancia.

La joven livonia no fue a cenar. Dormía en su camarote y Miguel Strogoff no quiso despertarla. La noche llegó, pues, sin que volviera a aparecer por el puente del «Cáucaso».

El largo crepúsculo impregnaba entonces la atmósfera de una frescura ávidamente buscada por los pasajeros tras el aplastante calor del día. Ni siquiera cuando la hora empezó a ser avanzada, la mayor parte de ellos pensó en volver a los salones o a los camarotes. Tendidos en los bancos, respiraban con delicia un poco de aquella brisa que engendraba la velocidad del vapor. En aquella época del año y en aquella latitud, el cielo apenas se oscurecía entre el atardecer y el amanecer, dejando maniobrar al timonel con toda facilidad por entre las numerosas embarcaciones que descendían o subían por el Volga.

Sin embargo, al ser luna nueva, entre las once de la noche y las dos de la mañana se hizo prácticamente de noche. Casi todos los pasajeros del puente dormían entonces y sólo el ruido de las paletas al golpear el agua a intervalos regulares turbaba el silencio.

Una especie de inquietud mantenía despierto a Miguel Strogoff. Iba y venía, pero siempre por la popa del vapor. Una vez, sin embargo, llegó más allá de la sala de máquinas. Se encontró entonces en la zona reservada a los pasajeros de segunda y tercera clase.

Allí dormían no sólo sobre los bancos, sino también sobre los fardos, paquetes e, incluso, sobre las planchas del puente. Los únicos que seguían de pie eran los marineros, en el castillo de proa. Dos luces, una verde y otra roja, proyectadas por los fanales de estribor y de babor, lanzaban algunos rayos oblicuos sobre los costados del vapor.

Había que ir con algún cuidado para no pisar a los durmientes, tendidos caprichosamente por cualquier parte. La mayor parte eran mujiks, acostumbrados a dormir en el duro suelo y a los que debían bastar las planchas del puente. A pesar de todo, sin duda, habrían acogido de muy mala manera al torpe que los hubiera despertado a puntapiés.

Miguel Strogoff cuidaba pues de no tropezar con nadie. Al dirigirse de aquella forma hacia el extremo del barco, no se proponía otra cosa que combatir el sueño con un paseo algo más largo.

Pero ya había llegado a la parte anterior del puente y subía por la escalerilla del castillo de proa, cuando oyó a alguien hablar cerca de él. Se detuvo. Las voces parecían venir de un grupo de pasajeros envueltos en chales y mantas, a los que no se podía reconocer entre las sombras. Pero ocurría a veces, cuando la chimenea del vapor, entre las volutas de humo, se coronaba de llamas rojizas, que las chispas parecían correr a través del grupo, como si miles de lentejuelas se hubiesen encendido de pronto bajo un rayo luminoso.

Miguel Strogoff iba a seguir adelante, cuando oyó más distintamente algunas palabras pronunciadas en aquella lengua extraña que ya había alcanzado a su oído la noche antes, en el campo ferial.

Instintivamente, decidió escuchar. Protegido por la sombra del castillo de proa, no podía ser visto. En cuanto a ver él a los pasajeros que charlaban, le resultaba imposible. Tuvo, pues, que limitarse a aguzar el oído.

Las primeras palabras que se intercambiaron no tenían ninguna importancia, al menos para él, pero le permitieron reconocer las dos voces de hombre y de mujer que ya había escuchado en Nizhni Nóvgorod. A partir de aquel momento, redobló su atención. No era imposible, en efecto, que aquellos cíngaros, a los que había sorprendido en un retazo de conversación, expulsados ahora con todos sus congéneres, estuviesen a bordo del «Caúcaso».

E hizo bien en escuchar, porque pudo oír con bastante claridad esta pregunta y esta respuesta en lengua tártara:

—¿Dicen que ha salido un correo de Moscú para Irkutsk?

—Eso dicen, Sangarra, ¡pero ese correo llegará demasiado tarde, o no llegará!



Allí dormían no sólo sobre los bancos

Miguel Strogoff se estremeció involuntariamente ante aquella respuesta que le afectaba tan directamente. Trató de ver si el hombre y la mujer que acababan de hablar eran efectivamente los que él sospechaba, pero la sombra era entonces demasiado espesa y no pudo conseguirlo.

Unos instantes después, sin que nadie lo viera, Miguel Strogoff había vuelto a la popa del vapor y, con la cabeza entre las manos, se sentaba en un rincón. Cualquiera habría podido creer que dormía.

No dormía y no tenía la menor intención de dormir. Reflexionaba con una aprensión bastante viva.

«¿Quién conoce, pues, mi partida y a quién interesa conocerla?».

VIII. Remontando el río Kama

Al día siguiente, 18 de julio, a las seis cuarenta de la mañana, llegaba el «Cáucaso» al embarcadero de Kazán, separado por siete verstas (7 kilómetros y medio) de la ciudad.

Kazán está situada en la confluencia del Volga con el Kanzanka. Es una importante capital de gobierno y sede de un arzobispado de rito ortodoxo griego, al mismo tiempo que de Universidad. La variopinta población de este *gouvernie*[46] se compone de cheremisos, mordvianos, chuvaches, volsalcos, vigulitches y tártaros, habiendo conservado más específicamente esta última raza el carácter asiático.

Aunque la ciudad estaba bastante lejos del embarcadero, una gran muchedumbre se agolpaba en el muelle. Venían a por noticias. El gobernador de la provincia había promulgado un decreto idéntico al de su colega de Nizhni Nóvgorod. Se veían por allí tártaros vestidos con caftanes de manga corta y tocados con gorros puntiagudos cuyos anchos bordes recuerdan al del Pierrot tradicional. Otros, envueltos en una larga hopalanda, con la cabeza cubierta con un gorrito, parecían judíos polacos. Mujeres con el pecho cubierto de lentejuelas doradas, la cabeza coronada con una diadema alzada en forma de media luna, formaban grupos en animada conversación. Algunos oficiales de policía, mezclados con la multitud, algunos cosacos, con la lanza en la mano, mantenían el orden y obligaban a dejar paso tanto a los pasajeros que desembarcaban del «Cáucaso» como a los que se embarcaban, aunque sólo después de haber examinado cuidadosamente a ambas clases de viajeros. Se trataba, por una parte, de asiáticos a los que afectaba el decreto de expulsión y, por otra, de algunas familias de mujiks que se detenían en Kazán.

Miguel Strogoff miraba con aire bastante indiferente aquel vaivén típico de cualquier embarcadero al que llega a atracar un vapor. El «Cáucaso» debía hacer escala en Kazán durante una hora, el tiempo necesario para renovar el combustible.

En cuanto a desembarcar, ni siquiera se le ocurrió. No deseaba dejar sola a bordo a la joven livonia, que aún no había vuelto a aparecer por el puente. Los dos periodistas, por su parte, estaban en pie desde el alba, como corresponde a todo cazador diligente. Bajaron a la orilla del río y se mezclaron con la multitud, cada uno por su lado. Miguel Strogoff divisó, por un lado a Harry Blount, con su libreta en la mano, esbozando algunos tipos del natural o anotando alguna observación y, por el otro, a Alcide Jolivet, contentándose con hablar, seguro de su memoria, que no podía olvidar nada.

Por toda la frontera oriental de Rusia corría el rumor que la sublevación y la invasión tomaban proporciones considerables. Las comunicaciones entre Siberia y el Imperio eran ya extremadamente difíciles. Eso era lo que Miguel Strogoff, sin tener que abandonar el puente del «Cáucaso», escuchaba decir a los recién embarcados.

Aquellas informaciones no dejaban de producirle una verdadera inquietud, aumentando el imperioso deseo que sentía de llegar más allá de los montes Urales, para juzgar por sí mismo la gravedad de los acontecimientos y ponerse en situación de prever cualquier eventualidad. Iba ya casi a pedir información más precisa a algún indígena de Kazán, cuando de pronto se distrajo su atención.

Entre los viajeros que abandonaban el «Cáucaso», Miguel Strogoff reconoció entonces a la banda de cingaros que la víspera estaba todavía en el campo ferial de Nizhni Nóvgorod. Allí, sobre el puente del vapor, se encontraban tanto el viejo gitano como la mujer que le había calificado de espía. Con ellos, bajo su dirección, sin duda, desembarcaba una veintena de bailarinas y cantantes de quince a veinte años, envueltas en viejas mantas que cubrían sus faldas bordadas de lentejuelas.

Aquellas telas, al brillo de los primeros rayos de sol, recordaron a Miguel Strogoff el singular efecto que había observado la noche anterior. Eran aquellas lentejuelas las que relucían en la sombra cuando la chimenea del vapor vomitaba alguna llama.

«Es evidente —se dijo—, que esta banda de cingaros, después de haberse quedado todo el día bajo el puente, había venido a refugiarse bajo el castillo de proa durante la noche. ¿Querrían, pues, que se les viera lo menos posible aquellos gitanos? ¡No es esa la costumbre de su raza!».

Miguel Strogoff ya no dudó entonces que aquellas palabras que le afectaban directamente habían salido de aquel grupo sombrío, cuyas lentejuelas iluminaban las luces de a bordo, y las habían intercambiado el viejo cingaro y la mujer a la que había dado el nombre mongol de Sangarra.

Miguel Strogoff, con un movimiento involuntario, se acercó al portalón del vapor en el momento en que el grupo de gitanos iba a abandonarlo para no volver más.

El viejo gitano allí, en actitud humilde, poco conforme con el descaro habitual de sus congéneres. Habríase dicho que intentaban más bien evitar las miradas que atraerlas. Su lamentable sombrero, tostado por todos los soles del mundo, se inclinaba profundamente sobre su arrugado rostro. Su encorvada espalda se abombaba bajo un viejo gabán en el que se envolvía estrechamente a pesar del calor. Habría sido difícil juzgar su estatura y su tamaño bajo aquel miserable atavío.

Junto a él, la cingara Sangarra, mujer de treinta años, morena de tez, alta, bien plantada, con ojos magníficos y cabellos dorados, se mantenía en actitud orgullosa.



Se acercó al portalón del vapor en el momento en que
el grupo de gitanos

De aquellas jóvenes bailarinas, algunas eran particularmente bonitas, sin dejar de tener el tipo, francamente acusado, de su raza. Las cingaras son generalmente atractivas y más de uno de esos grandes señores rusos a quienes apasiona rivalizar en excentricidad con los ingleses, no ha dudado en tomar esposa entre estas gitanas.

Una de ellas tarareaba una canción de extraño ritmo, cuyos primeros versos podrían traducirse así:

*¡Luce el coral en mi piel morena,
la aguja de oro en el moño!
Voy a buscar fortuna,
a la tierra de...*

La risueña muchacha debió continuar con su canción, sin duda, pero Miguel Strogoff ya no la escuchaba.

En efecto, le pareció que la cingara Sangarra lo miraba con singular insistencia. Habría podido decirse que aquella gitana quería grabarse indeleblemente sus rasgos en la memoria.

Luego, tras unos instantes, Sangarra desembarcó la última, cuando el viejo y su banda ya habían dejado el «Cáucaso».

«¡Vaya una gitana descarada! —se dijo Miguel Strogoff—. ¿Me habrá reconocido como el hombre a quien trató de espía en Nizhni Nóvgorod? ¡Estas condenadas cingaras tienen ojos de gato! Ven de noche como si fuera de día y ésta podría estar perfectamente enterada...».

Miguel Strogoff estuvo a punto de seguir a Sangarra y a su cuadrilla, pero se contuvo.

«¡No, nada de decisiones irreflexivas! —pensó—. Si hago detener a este echador de buenaventura y a su tropa, podría desvelarse mi incógnito. Además, ya han desembarcado, y antes de que hayan pasado la frontera, ya estaré lejos del Ural. Ya sé que pueden tomar la carretera de Kazán a Ichim, pero no encontrarán ningún recurso, y un *tarantás* tirado por buenos caballos de Siberia, irá siempre por delante de una carreta de gitanos. ¡Vamos, amigo Korpanoff, quédate tranquilo!».

Además, en aquel momento, el viejo cingaro y Sangarra habían desaparecido en la multitud.

Si Kazán es llamada con justicia la «puerta de Asia», si está considerada como el centro de todo el tránsito del comercio de Siberia y Bujará, es porque empiezan en ella dos carreteras que dan

paso a través de los montes Urales. Pero Miguel Strogoff había hecho una elección muy juiciosa al escoger la que iba a Perm, Ekaterinburg y Tiumén. Es la gran ruta de postas, bien provista de caballos de relevo, cuidados a costa del Estado, y se prolonga desde Ichim hasta Irkutsk.

Es cierto que una segunda carretera, en la que Miguel Strogoff acababa de pensar, une Kazán con Ichim, evitando el ligero desvío de Perm, pasando por Yelabuga, Menzelinsk, Birsck, Zlatoust, donde acaba Europa, Chelabinsk, Chadrinsk y Kurgán. Quizá sea incluso un poco más corta que la otra, pero esta ventaja, queda muy disminuida por la ausencia de casas de postas, el mal cuidado del pavimento, y la escasez de pueblos. Miguel Strogoff tenía razón, no había más remedio que aprobar la elección que había hecho y si, como parecía probable, los gitanos seguían esta segunda ruta hacia Ichim, tenía todas las posibilidades de llegar antes que ellos.

Una hora después sonaba la campana en la proa del «Cáucaso», llamando a los nuevos pasajeros y a los antiguos. Eran las siete de la mañana. Acababa de concluirse la carga del combustible. Las planchas de las calderas se estremecían bajo la presión del vapor. El *steam-boat* estaba listo para zarpar.

Los viajeros que iban de Kazán a Perm ya ocupaban sus lugares a bordo.

En aquel momento, Miguel Strogoff se dio cuenta de que, de los dos periodistas, sólo Harry Blount había vuelto al vapor.

¿Iba, pues, a perder el barco Alcide Jolivet?

Pero en el mismo instante en que se largaban las amarras, apareció el francés a todo correr. El vapor ya había desatracado, la pasarela incluso reposaba ya sobre el muelle, pero Alcide Jolivet no se preocupó por tan poca cosa y, saltando con la ligereza de un acróbata, cayó sobre el puente del «Cáucaso», casi en brazos de su colega.



¿Iba, pues, a perder el barco Alcide Jolivet?

—Creía que el «Cáucaso» iba a zarpar sin usted —le dijo éste con un tono medio en serio, medio en broma.

—¡Bah! —contestó Alcide Jolivet—. Ya me habría arreglado para alcanzarles, aunque hubiera tenido que fletar un barco a costa de mi prima, o correr postas a veinte kopeks por versta y por caballo. ¿Qué quiere? El telégrafo estaba muy lejos del embarcadero...

—¿Ha ido usted al telégrafo? —preguntó Harry Blount, con los labios repentinamente fruncidos.

—¡Así es! —respondió Alcide Jolivet con su más amable sonrisa.

—¿Y sigue funcionando hasta Kolyvan?

—Lo ignoro, ¡pero puedo asegurarle que funciona de Kazán a París!

—¿Ha enviado usted un despacho... a su prima?

—¡Con gran entusiasmo!

—¿Entonces se ha enterado...?

—Mire, padrecito, para hablar como los rusos —respondió Alcide Jolivet—, soy buen chico y no quiero ocultarle nada. Los tártaros, con Feofar Kan a la cabeza, han pasado de Semipalátinsk y bajan por el curso del Irtysh. ¡Aproveche la noticia!

¡Cómo! ¿Una noticia tan grave y Harry Blount no la conocía? ¡Y su rival, que seguramente se había enterado de ella por algún habitante de Kazán, la había transmitido inmediatamente a París! ¡El periódico inglés se había quedado atrás! Harry Blount, cruzando las manos a la espalda, se fue a sentar a popa sin añadir una palabra.

Hacia las diez de la mañana, la joven livonia dejó el camarote para subir al puente.

Miguel Strogoff, yendo hacia ella, le tendió la mano.

—Mira, hermana —le dijo, después de haberla llevado hasta la proa.

Y, en efecto, el paraje merecía ser observado con alguna atención.

El «Cáucaso» llegaba a la confluencia del Volga con el Kama. Allí era donde iba a abandonar el curso del gran río, después de haber descendido por él a lo largo de más de cuatrocientas verstas, para remontar el del afluente en un recorrido de cuatrocientas sesenta verstas (490 kilómetros).

En aquel lugar, las aguas de los ríos mezclaban sus tintes algo diferentes, y el Kama, prestando a la orilla izquierda el mismo servicio que el Oka a la derecha al atravesar Nizhni Nóvgorod, saneaba de nuevo el Volga con su limpia corriente.

El Kama se ensanchaba entonces y sus boscosas riberas eran encantadoras. Algunas velas blancas animaban sus hermosas aguas, impregnadas de rayos solares. Las colinas, pobladas de álamos, de alisos y, a veces, de grandes encinas, cerraban el horizonte con una línea armoniosa que la deslumbrante luz del mediodía confundía en algunos puntos con el fondo del cielo.

Pero estas bellezas naturales no parecían desviar, ni por un instante, los pensamientos de la joven livonia. No veía más que una cosa: el objetivo que tenía que alcanzar, y el Kama sólo era para ella un camino más fácil para conseguirlo. Sus ojos brillaban extraordinariamente mirando hacia el Este, como si hubiera querido traspasar con su mirada aquel impenetrable horizonte.

Nadia había dejado su mano en la de su compañero y, en seguida, volviéndose hacia él, le preguntó:

—¿A qué distancia estamos de Moscú?

—A novecientas versts —respondió Miguel Strogoff.

—¡Novecientas, de un total de siete mil! —murmuró la joven.

Era la hora del almuerzo, que se anunció con algunos toques de campana. Nadia siguió a Miguel Strogoff hasta el comedor del vapor. No quiso ni tocar los entremeses que se servían aparte, como caviar, arenques cortados en finas rajas, aguardiente de centeno anisado, destinados a abrir el apetito, según la costumbre de todos los países del Norte, tanto en Rusia, como en Suecia o en Noruega. Nadia comió poco, quizá como una pobre muchacha con recursos muy escasos. Miguel Strogoff pensó entonces que debía contentarse con el menú que bastaría a su compañera, es decir, un poco de *kulbat* especie de pastel hecho con yemas de huevo, arroz y carne picada, algo de col roja rellena de caviar [47] y té por toda bebida. La comida no fue, pues, ni larga ni costosa y, menos de veinte minutos después de haberse sentado a la mesa, ambos volvieron juntos al puente del «Cáucaso».

Entonces se sentaron a popa y Nadia, sin más preámbulos y bajando la voz de forma que no pudiera oírla más que él, dijo:

—Hermano, soy la hija de un exiliado. Me llamo Nadia Fedor.

Mi madre ha muerto en Riga, hace apenas un mes, y voy a Irkutsk a compartir su exilio.

—Yo también voy a Irkutsk —respondió Miguel Strogoff—, y veré como un favor del cielo poder entregar a Nadia Fedor, sana y salva, en brazos de su padre.

—¡Gracias, hermano! —respondió Nadia.

Miguel Strogoff añadió entonces que había obtenido un podaroshna especial para Siberia y que, por parte de las autoridades rusas, no habría obstáculos en su camino.

Nadia no pidió más. Sólo veía una cosa en el encuentro providencial con aquel hombre bueno y sencillo: el remedio para llegar hasta su padre.

—Yo tenía un permiso —le dijo— que me autorizaba a viajar hasta Irkutsk; pero el decreto del gobernador de Nizhni Nóvgorod lo anuló y, sin ti, hermano, nunca habría podido dejar la ciudad en que me has encontrado y en la que, con toda seguridad, habría muerto...

—¿Y sola, Nadia —respondió Miguel Strogoff—, sola, te atrevías a aventurarte por la estepa de Siberia?

—Era mi deber, hermano.

—Pero ¿no sabías que el país, sublevado e invadido, se había vuelto casi infranqueable?

—No se sabía nada de la invasión tártara cuando salí de Riga —respondió la joven livonia—. ¡Sólo me enteré de la noticia en Moscú!

—Y, a pesar de todo ¿seguiste tu camino?

—Era mi deber.

Esta palabra resumía todo el carácter de aquella valerosa muchacha. Era su deber, y Nadia jamás dudaba en cumplir con él.

Habló entonces de su padre, Vasili Fedor. Era un médico estimado en Riga. Ejercía su profesión con éxito y vivía feliz en medio de los suyos. Pero, al haberse descubierto su afiliación a una sociedad secreta extranjera, recibió la orden de partir para Irkutsk y los policías que le llevaron la orden le condujeron inmediatamente al otro lado de la frontera.

Vasili Fedor sólo tuvo tiempo de abrazar a su mujer, ya muy enferma, y a su hija, que quizás iba a quedarse sin sustento, y, llorando por aquellos dos seres a los que amaba, partió.

Desde hacía dos años vivía en la capital de Siberia oriental, donde había podido continuar, aunque casi sin provecho, su profesión de médico. Sin embargo, podía haber sido feliz, todo lo que puede serlo un exiliado, si su mujer y su hija hubiesen estado junto a él. Pero la señora Fedor, ya muy debilitada, no habría sido capaz de abandonar Riga. Veinte meses después de la partida de su marido, falleció en brazos de su hija, a la que dejaba sola y casi sin recursos. Nadia Fedor pidió entonces, y la obtuvo sin dificultad del gobierno ruso, una autorización para reunirse con su padre en Irkutsk. Le escribió diciéndole que partía. Apenas tenía bastante para aquel largo viaje y, sin embargo, no titubeó a la hora de emprenderlo. ¡Ella hacía lo que podía...! Dios haría el resto.

Mientras tanto, el «Cáucaso» remontaba la corriente del río. Había llegado la noche y el aire se impregnaba de una deliciosa frescura. De la chimenea del vapor, alimentada con madera de pino, se escapaban millares de chispas y, con el murmullo de las aguas cortadas por la roda [48] del buque, se mezclaban los aullidos de los lobos que infestaban las sombras de la orilla derecha del Kama.

IX. En tarantás noche y día

Al día siguiente, 18 de julio, el «Cáucaso» se paraba en el embarcadero de Perm, última escala que hacía en el Kama.

Esta provincia, de la que Perm es la capital, es una de las más vastas del Imperio ruso y, franqueando los montes Urales, avanza sobre el territorio de Siberia. En ella se explotaban a gran escala canteras de mármol, salinas, yacimientos de platino y oro, minas de carbón. Mientras Perm no se convierta, gracias a su situación, en una ciudad de primer orden, seguirá siendo muy poco atractiva, sucia, llena de barro y sin el menor recurso. A los que van de Rusia a Siberia, esta falta de comodidades les resulta bastante indiferente, porque vienen del interior provistos de todo lo necesario; pero a los que llegan de las comarcas de Asia central, después de un largo y fatigoso viaje, no les disgustaría, sin duda, que la primera ciudad europea del Imperio, situada en la frontera asiática, estuviera mejor surtida de provisiones.

En Perm es donde los viajeros revenden sus vehículos, más o menos averiados tras una larga travesía por las llanuras de Siberia. Aquí es también donde los que van de Europa a Asia compran coches en verano y trineos en invierno, antes de aventurarse durante varios meses en medio de las estepas.

Miguel Strogoff ya había decidido su programa de viaje y sólo era cuestión de ejecutarlo.

Hay un servicio de correos que cruza con bastante rapidez la cadena de los Urales, pero, dadas las circunstancias, el servicio estaba desorganizado. Aunque no lo hubiera estado, Miguel Strogoff, que quería ir rápidamente y sin depender de nadie, no habría tomado el coche correo. Prefería, con razón, comprar un coche y correr de posta en posta[49], excitando con *na vodku*[50] suplementarias el celo de los postillones, llamados *yemschiks* en aquel país.

Desgraciadamente, a consecuencia de las medidas tomadas contra los extranjeros de origen asiático, un gran número de

viajeros había abandonado Perm y, por lo tanto, los medios de transporte eran extremadamente escasos.

Miguel Strogoff tendría que conformarse, pues, con las sobras de los demás. En cuanto a los caballos, mientras el correo del zar no se encontrara en Siberia, podría exhibir sin peligro su podaroshna y los maestros de postas le darían preferencia para enganchárselos. Pero, luego, una vez que hubiera salido de la Rusia europea, no podría contar más que con el poder de los rublos.

¿Pero a qué tipo de vehículo enganchar los caballos? ¿A una telega o a un tarantás?

La telega no es más que un auténtico carro descubierto de cuatro ruedas, en cuya construcción sólo entra la madera. Ruedas, ejes, clavijas, caja y varas proceden de árboles de los alrededores, y el ajuste de las diversas piezas se consigue con la simple ayuda de bastas cuerdas. Nada hay más primitivo ni menos confortable, pero tampoco lo hay más fácil de reparar si se produce un accidente en ruta. No faltan pinos en la frontera rusa y los ejes crecen por sí solos en los bosques. Gracias a la telega se hace el correo extraordinario, conocido con el nombre de *perekladnoi*, para la que todos los caminos son buenos. Algunas veces, hay que confesarlo, se rompen las ligaduras que sujetan el aparejo y, mientras el eje trasero se queda empantanado en cualquier barrizal, el delantero llega a la siguiente posta con sus dos ruedas, pero este resultado ya se considera satisfactorio. Miguel Strogoff se habría visto obligado a emplear una telega si no hubiera tenido la suerte de encontrar un tarantás.

No es que este último vehículo sea la última palabra del progreso de la industria carretera. Carece de ballestas, al igual que la telega; a falta de hierro, abunda la madera; pero sus cuatro ruedas, separadas por ocho o nueve pies, le dan algún equilibrio por aquellos caminos llenos de baches y con demasiada frecuencia desnivelados. Un guardabarros protege a los viajeros contra los lodos del camino y una recia capota de cuero, que se puede bajar y cerrar casi herméticamente, les permite viajar con menor incomodidad durante los grandes calores y los violentos vendavales del verano. Por otra parte, el tarantás es tan sólido y fácil de reparar como la telega y, además, está menos expuesto a dejarse el tren trasero abandonado por los caminos reales[51].

Por lo demás, Miguel Strogoff no dejó de tener que llevar a cabo minuciosas investigaciones para encontrar un tarantás; era probable que no se hubiera podido encontrar otro más en toda la ciudad de Perm. A pesar de ello, regateó enérgicamente el precio, por una cuestión de forma, con el fin de ser fiel al personaje de Nicolás Korpanoff, simple comerciante de Irkutsk.

Nadia había seguido a su compañero en sus correrías para encontrar un vehículo. Aunque sus objetivos fueran diferentes, los dos tenían la misma prisa por llegar y, en consecuencia, por partir. Habríase dicho que les animaba una misma voluntad.

—Hermana —dijo Miguel Strogoff—, habría querido encontrarte algún coche más confortable.

—¡Me dices eso a mí, hermano, que habría ido incluso a pie a buscar a mi padre!

—No dudo de tu valor, Nadia, pero hay fatigas físicas que una mujer no puede soportar.

—Yo las soportaré, sean las que sean —respondió la muchacha—. ¡Si oyes escaparse una queja de mis labios, déjame en el camino y sigue solo tu viaje!

Media hora más tarde, contra la presentación del podaroshna, tres caballos estaban enganchados al tarantás. Los animales, cubiertos de largo pelo, parecían osos de largas patas. Eran pequeños, pero ardientes, puesto que eran de raza siberiana.



Media hora más tarde..., tres caballos estaban
enganchados al tarantás

Así los había enganchado el postillón, el yemschik: uno, el más grande, estaba sujeto entre dos largas varas que llevaban en su extremo delantero un cerco, llamado *duga* cargado de borlas y cascabeles; los otros dos estaban atados simplemente con cuerdas a los estribos del tarantás. Por lo demás, nada de arneses y, por riendas, bastaba con un simple cordel.

Ni Miguel Strogoff ni la joven livonia llevaban equipajes. Las condiciones de rapidez en las que tenía que hacerse el viaje del uno y los recursos más que modestos de la otra les habían impedido cargarse de bultos. En aquella circunstancia, era una suerte, porque, o bien el tarantás no habría podido llevar los equipajes, o bien no habría podido coger a los viajeros. Estaba hecho sólo para dos personas, sin contar al yemschik, que no se sostiene en su estrecho pescante más que por un milagro de equilibrio.

El yemschik, por otra parte, cambia en cada nueva posta. Aquél a quien le tocó guiar el tarantás en la primera etapa era siberiano, como sus caballos, y no menos peludo que ellos, con cabellos largos, de corte recto en la frente, sombrero de alas levantadas, cinturón rojo y capote con galones cruzados sobre los botones, grabados con la marca imperial.

El yemschik, al llegar con el tronco de caballos, había lanzado una primera mirada inquisidora a los viajeros del tarantas. ¡No llevaban equipajes! —Y ¿dónde demonios los habría podido meter? —. Pinta de poca fortuna, entonces. Hizo una mueca de lo más significativo.

—¡Cuervos! —dijo, sin preocuparse de si le oían o no—. Cuervos de a seis kopeks la versta...

—¡No! ¡Águilas! —respondió Miguel Strogoff, que comprendía perfectamente la jerga de los yemschiks—. Águilas, ¿me oyes?, a nueve kopeks la versta y además la propina.

La respuesta fue un alegre chasquido del látigo. El «cuervo», en la lengua de los postillones rusos, es el viajero avaro o indigente que en las postas del campo sólo paga los caballos a dos o tres kopeks por versta. El «águila» es el viajero que no retrocede ante los precios altos, sin contar con las propinas generosas. De esta forma, el cuervo no puede pretender volar con tanta rapidez como el ave imperial.

Nadia y Miguel Strogoff tomaron asiento rápidamente en el

tarantás. Por si sufrieran algún retraso, llevaban guardadas en una caja algunas provisiones poco abultadas, que debían permitirles llegar a las casas de postas, vigiladas por el Estado. Se bajó la capota porque el calor era insoportable y, a mediodía, tirado por sus tres caballos, el tarantás dejaba Perm en medio de una nube de polvo.



El tarantás dejaba Perm en medio de una nube de polvo

La forma en que el yemschik mantenía la marcha de su tronco de caballos habría llamado seguramente la atención de cualquier otro viajero que, sin ser ruso ni siberiano, no hubiese estado acostumbrado a esas maneras de actuar. En efecto, el caballo de cabeza, regulador de la marcha, algo mayor que sus congéneres, guardaba imperturbablemente y sin importarle las cuestras del camino un trote muy largo, pero perfectamente regular. Los otros dos caballos no parecían conocer otra marcha que el galope y trotaban entre mil fantasías muy divertidas. El yemschik tampoco los golpeaba. Todo lo más, les estimulaba con los secos trallazos del látigo. Pero ¡cuántos epítetos les prodigaba, cuando se portaban como bestias dóciles y conscientes, sin contar con los nombres de santos que les ponía! La cuerda que le servía de rienda no habría hecho ningún efecto en dos animales casi desbocados, pero, con sus *na pravo*, a la derecha, *na levo*, a la izquierda, aquellas palabras, pronunciadas con voz gutural, eran más eficaces que la brida o el bridón[52].

¡Y cuántas amables interpelaciones según las circunstancias!

—¡Vamos, palomas mías! —repetía el yemschik—. ¡Vamos, amables golondrinas! ¡Volad, pichoncitos míos! ¡Valor, primo mío de la izquierda! ¡Adelante, padrecito mío de la derecha!

Pero también, cuando aminoraban la marcha, ¡cuántas expresiones insultantes, cuyo valor parecían comprender los susceptibles animales!

—¡Venga ya, caracol de los demonios! ¡Desgraciada seas, babosa! ¡Te desollaré viva, tortuga, y te condenarás en el otro mundo!

Cualesquiera que fuesen estas maneras de guiar, que exigen más solidez de garganta que vigor de brazos a los yemschiks, el tarantás volaba por el camino, devorando de doce a catorce versts por hora.

Miguel Strogoff estaba acostumbrado a este tipo de vehículos y a esa forma de transporte. Ni los sobresaltos ni los traqueteos podían incomodarlo. Sabía que un tiro de caballos ruso no esquivaba ni los cantos, ni las carriladas, ni los barrizales, ni los árboles caídos, ni los fosos que forman barrancos en los caminos. Estaba hecho a todo eso. Su compañera, en cambio, corría el riesgo de herirse con las sacudidas del tarantás, pero no se quejaba.

En los primeros momentos del viaje, Nadia, así transportada a

toda velocidad, permaneció en silencio. Luego, obsesionada siempre por este único pensamiento: llegar, llegar, dijo:

—He contado trescientas verstas entre Perm y Ekaterinburg, hermano. ¿Me he equivocado?

—No te has equivocado, Nadia —respondió Miguel Strogoff—, y, cuando hayamos llegado a Ekaterinburg, estaremos a los pies de los montes Urales, en la ladera opuesta.

—¿Cuánto durará la travesía de la montaña?

—Cuarenta horas, porque viajaremos noche y día. Digo noche y día, Nadia, porque no puedo detenerme ni un instante, y tengo que correr sin descanso hasta Irkutsk.

—No te retrasaré, hermano, ni siquiera una hora, y viajaremos noche y día.

—Pues entonces, Nadia, si la invasión tártara nos deja el camino libre, antes de veinte días habremos llegado.

—¿Has hecho ya este viaje alguna vez? —preguntó Nadia.

—Varias veces.

—En invierno habríamos ido más deprisa y con más seguridad, ¿no es cierto?

—Sí, más deprisa sobre todo, pero habrías tenido que sufrir mucho con el frío y las nieves.

—¡No importa! El invierno es amigo de los rusos.

—Sí, Nadia, pero ¡qué temperamento a toda prueba hay que tener para resistir esa amistad! He visto a menudo caer la temperatura en las estepas siberianas por debajo de los cuarenta grados bajo cero. ¡A pesar de mi vestimenta de piel de reno [53], he sentido helarse mi corazón, retorcerse mis miembros, congelarse mis pies bajo tres calcetines de lana! ¡He visto a los caballos de mi trineo cubiertos por una coraza de hielo, con la respiración petrificada en sus ollares! ¡He visto el aguardiente de mi cantimplora tornarse en dura piedra donde el cuchillo no podía hacer mella!, ¡pero mi trineo corría como el huracán! ¡Ningún obstáculo en la llanura nivelada y blanca hasta donde alcanzaba la vista! ¡Ningún curso de agua donde hubiera que buscar los vados! ¡Ningún lago que hubiera que atravesar en barca! Por todas partes hielo duro, vía libre, camino franco. ¡Pero a costa de qué sufrimientos, Nadia! ¡Sólo podrían decirlo los que no han vuelto, cuyos cadáveres cubrió de nieve la ventisca!

—Y sin embargo, has vuelto, hermano —dijo Nadia.

—Sí, pero yo soy siberiano y desde niño, cuando seguía a mi padre de caza, me acostumbré a estas duras pruebas. Pero, cuando me has dicho que el invierno no te detendría, que te habrías ido sola, dispuesta a luchar contra las terribles intemperies del clima siberiano, me ha parecido verte perdida en las nieves y caída para no volver a levantarte.

—¿Cuántas veces has atravesado la estepa en invierno? —preguntó la joven livonia.

—Tres veces, Nadia, cuando iba a Omsk.

—Y ¿que ibas a hacer en Omsk?

—¡Ver a mi madre, que me esperaba!

—¡Y yo voy a Irkutsk, donde me espera mi padre! ¡Voy a llevarle las últimas palabras de mi madre! ¡Con esto quiero decirte, hermano, que nada habría podido impedirme partir!

—¡Eres una muchacha valiente, Nadia —respondió Miguel Strogoff—, y el propio Dios te habría guiado!

En aquella jornada, el tarantás fue conducido con rapidez por los yemshiks que se fueron sucediendo en cada posta. Las águilas de la montaña no habrían considerado su nombre deshonrado por aquellas «águilas» del camino real. El alto precio pagado por los caballos, las propinas generosamente concedidas, servían de recomendación de los viajeros. Quizá los maestros de las postas encontraran singular que, después de la promulgación del decreto, un joven y su hermana, ambos obviamente rusos, pudieran correr libremente la Siberia cerrada para todos los demás; pero sus papeles estaban en regla y tenían derecho a pasar. De este modo, el tarantás iba dejando atrás rápidamente los hitos del camino.

Por lo demás, Miguel Strogoff y Nadia no eran los únicos que seguían la ruta de Perm a Ekaterinburg. Desde las primeras postas, el correo del Zar se había enterado que les precedía otro coche, pero como no les faltaban los caballos, no se preocupó demasiado por ello.

Durante aquel día, las pocas paradas en que reposó el tarantás sólo se hicieron para las comidas. En las casas de postas se encuentra donde dormir y de comer. Además, a falta de postas, las casas de los campesinos rusos no habrían sido menos hospitalarias. En estos pueblos, casi todos parecidos, con sus iglesias de paredes

blancas y techos verdes, el viajero puede llamar a todas las puertas. Se le abrirán y vendrá el mujik, con cara sonriente, a tender la mano a su huésped. Le ofrecerán el pan y la sal. Pondrán el *samovar* [54] al fuego y se encontrará como en su casa. La familia se mudará, incluso, para dejarle sitio. Cuando llega el forastero, es el pariente de todos. Es «el que Dios envía».

Al llegar la noche, impulsado por una especie de instinto, Miguel Strogoff preguntó al ventero cuántas horas hacía que había pasado por la posta el coche que iba delante de ellos.

—Hace dos horas, padrecito —le respondió el hombre.

—¿Es una berlina?

—No, una telega.

—¿Cuántos viajeros?

—Dos.

—¿Y van de prisa?

—¡Como águilas!

—Que enganchen inmediatamente.

Miguel Strogoff y Nadia, decididos a no detenerse ni una hora, viajaron toda la noche.

El tiempo seguía siendo bueno, pero se notaba que la atmósfera, cada vez más pesada, se iba saturando poco a poco de electricidad. Ninguna nube interceptaba los rayos estelares, y una especie de bruma cálida parecía subir del suelo. Era de temer que se desencadenara alguna tempestad en las montañas, donde son terribles. Miguel Strogoff, habituado a reconocer los signos atmosféricos, presentía cercana una lucha de los elementos, que no dejó de preocuparle.

La noche transcurrió sin incidentes. A pesar de los traqueteos del tarantás, Nadia pudo dormir algunas horas. La capota, medio levantada, permitía aspirar el poco aire que los pulmones buscaban ávidamente en aquella atmósfera asfixiante.

Miguel Strogoff veló toda la noche desconfiando de los yemshiks, que gustan demasiado de dormirse en su pescante, y no se perdió ni una hora en las postas, ni en el camino.

Al día siguiente, 20 de julio, hacia las ocho de la mañana, se dibujaron por el Este los primeros perfiles de los montes Urales. Sin embargo, esta importante cordillera, que separa Rusia de Siberia, aún se encontraba a gran distancia y no podía esperarse alcanzarla

antes del final de la jornada. El paso de las montañas debería hacerse, pues, en la noche siguiente.

Aquel día el cielo estuvo constantemente nublado y, en consecuencia, la temperatura era un poco más soportable, aunque el tiempo estaba extremadamente bochornoso.

Con aquellas perspectivas, quizá hubiera sido más prudente no aventurarse por la montaña en plena noche, y eso es lo que habría hecho Miguel Strogoff si le hubiera sido dado esperar; pero cuando en la última posta el yemshik le mostró algunos truenos que retumbaban en las profundidades de las montañas, se limitó a decirle:

—¿Va una telega todavía por delante de nosotros?

—Sí.

—¿Qué ventaja nos lleva ahora?

—Alrededor de una hora.

—¡Adelante, y triple propina si estamos en Ekaterinburg mañana por la mañana!

X. Una tempestad en los Urales

Los montes Urales, se extienden sobre unas tres mil verstas (3 200 kilómetros), entre Europa y Asia. Que se les conozca por este nombre de Urales, de origen tártaro, o por el de Poyas, según la denominación rusa, es muy adecuado, puesto que ambos significan «cinturón» en las dos lenguas. Nacidos en el litoral del Mar Ártico, van a morir en las orillas del Caspio.

Ésta era la frontera que debía franquear Miguel Strogoff para pasar de Rusia a Siberia y, como ya se ha dicho, al tomar el camino que va de Perm a Ekaterinburg, situada en la vertiente oriental de los Urales, había obrado con prudencia. Era la ruta más fácil y más segura, la que sirve para el tránsito de todo el comercio de Asia central.

La noche debía bastar para la travesía de las montañas, si no ocurría accidente alguno. Desgraciadamente, los primeros fragores del trueno anunciaban una tempestad que el particular estado de la atmósfera habría de tornar temible. La tensión eléctrica era tal que sólo podría liberarse con un violento estallido. Miguel Strogoff cuidó de que su joven compañera se instalara lo mejor posible. La capota, que podría haberse llevado fácilmente alguna ráfaga de viento, fue sólidamente asegurada mediante cuerdas que se cruzaban por encima y por detrás. Se doblaron los tirantes de los caballos y, para mayor precaución, se llenaron de paja los amortiguadores de los ejes, tanto para aumentar la solidez de las ruedas como para suavizar los choques, difíciles de evitar en una noche oscura. Finalmente, los juegos de ruedas, delantero y trasero, cuyos ejes estaban sujetos a la caja del tarantás simplemente con clavijas, se afirmaron uno a otro por medio de un larguero de madera sujeto con tornillos y tuercas. Este larguero hacía las veces de la barra curva que sirve para unir ambos ejes en las berlinas de suspensión de cuello de cisne.

Nadia volvió a ocupar su sitio en el fondo de la caja y Miguel Strogoff se sentó a su lado. Por delante de la capota, completamente bajada, colgaban dos cortinas de cuero que, en alguna medida,

debían proteger a los viajeros de la lluvia y de las ráfagas del viento.

Al lado izquierdo del pescante del yemschik se habían fijado dos gruesos faroles que arrojaban oblicuamente una luz pálida poco adecuada para iluminar el camino. Pero eran las luces de posición del vehículo y, si apenas disipaban la oscuridad, al menos podían impedir un abordaje por otro coche que corriera en dirección contraria.

Como se ve, se habían tomado todas las precauciones y, ante aquella noche amenazadora, era bueno que así fuera.

—Nadia, estamos preparados —dijo Miguel Strogoff.

—Partamos —respondió la joven.

Dieron la orden al yemschik y el tarantás se puso en movimiento, para subir las primeras cuestas de los montes Urales.

Eran las ocho y el sol iba a ponerse. Sin embargo, el tiempo estaba ya muy sombrío, a pesar del crepúsculo que se prolonga en aquellas latitudes. Enormes masas de vapor parecían rebajar la bóveda del cielo, pero ninguna ráfaga de viento las desplazaba todavía. Por más que estuvieran inmóviles en la dirección de un horizonte al otro, no ocurría lo mismo desde el cénit al nadir, y la distancia que las separaba del suelo disminuía visiblemente. Algunas de estas fajas despedían una especie de luz fosforescente, dando la sensación de trazar con ellas arcos de sesenta a ochenta grados, cuyas áreas parecían ir aproximándose poco a poco al suelo y estrechando la red que formaban, hasta alcanzar en seguida la montaña como si algún huracán superior las empujara de arriba abajo. Además, el camino ascendía hacia las gruesas nubes, muy densas y casi en su grado de condensación. En poco rato, camino y vapores se confundirían y, si en aquel momento, las nubes no se resolvían en agua, la niebla sería tan espesa que el tarantás no podría ya avanzar sin correr el riesgo de caer por algún precipicio.

Con todo, la cordillera de los Urales no alcanza más que una altura mediana. Su cumbre más elevada no alcanza más allá de los cinco mil pies de altitud[55]. No se conocen las nieves perpetuas y las que acumula en las cimas el invierno siberiano se disuelven por completo con el sol del verano. Plantas y árboles crecen hasta lo más alto de sus laderas. Al igual que la explotación de las minas de hierro y de cobre, la de los yacimientos de piedras preciosas

necesita un número considerable de obreros. Por eso, los pueblos, llamados *zavody*, son frecuentes y el camino, horadado a través de los grandes desfiladeros, es fácilmente practicable para los coches de postas.

Pero, lo que es fácil con buen tiempo y a plena luz, ofrece enormes dificultades y peligros cuando los elementos luchan entre ellos con violencia y uno se encuentra cogido en medio de la lucha.

Miguel Strogoff sabía, por haberlo comprobado ya, lo que es una tormenta en la montaña y quizás encontraba, con razón, que este meteoro es tan temible como las pavorosas ventiscas que en el invierno se desencadenan con incomparable violencia.

Al salir, la lluvia aún no había empezado a caer. Miguel Strogoff había levantado las cortinas de cuero que protegían el interior del tarantás y miraba ante él, sin dejar de observar a ambos lados del camino, que la luz vacilante de los faroles poblaba de fantásticas siluetas.

Nadia, inmóvil, con los brazos cruzados, miraba también, pero sin inclinarse, mientras que su compañero, con el cuerpo medio fuera del carruaje, interrogaba a la vez al cielo y a la tierra.

La atmósfera estaba absolutamente tranquila, pero con una calma amenazadora. Ni una molécula de aire se desplaza todavía. Habríase dicho que la naturaleza, a medias asfixiada, no respiraba ya, y que sus pulmones, es decir, aquellas nubes sombrías y densas, atrofiadas por alguna razón, no podrían volver a funcionar. El silencio habría sido absoluto a no ser por el chirrido de las ruedas del tarantás que trituraban los guijarros del camino, por los gemidos de los cubos y ejes de la máquina, por la ruidosa respiración de los caballos, a quienes faltaba el aliento, y por el golpeteo de los cascos herrados sobre las piedras, que echaban chispas a su paso.

Por lo demás, el camino estaba completamente desierto. Aquella amenazadora noche, en los estrechos desfiladeros de los Urales, el tarantás no se cruzaba con peatón, jinete, ni vehículo alguno. Ni fuego de carbonero en el bosque, ni campamento de mineros en las canteras en explotación, ni cabaña perdida bajo los árboles. Había que tener motivos de esos que no permiten ni la duda ni el retraso para emprender la travesía de la cordillera en aquellas condiciones. Miguel Strogoff no había dudado. No le era posible dudar; pero entonces —y aquello empezaba a preocuparle seriamente—,

¿quiénes podían ser, pues, aquellos viajeros, cuya telega iba por delante de su tarantás, y qué imperiosas razones tenían para ser tan imprudentes?

Durante algún tiempo, Miguel Strogoff se mantuvo en aquella actitud de observación. Hacia las once, los relámpagos empezaron a iluminar el cielo y ya no dejaron de centellear. Con los súbitos fulgores se veía aparecer y desaparecer la silueta de los enormes pinos cuyas masas se agrupaban en distintos puntos del camino. Luego, cuando el tarantás se acercaba hasta rozar los bordes del camino, profundos abismos se iluminaban bajo las deflagraciones de las nubes. De vez en cuando, las ruedas del vehículo sonaban más gravemente, mostrando que pasaban sobre los maderos apenas desbastados de un puente tendido sobre algún barranco, bajo el cual parecía retumbar el trueno. Además, el espacio no tardó en llenarse de monótonos zumbidos, que se volvían tanto más graves cuanto más subían hacia las alturas del cielo. A aquellos muchos ruidos se mezclaban los gritos e interjecciones del yemschik, unas veces halagando, otras regañando a sus pobres bestias, más cansadas por la pesadez del aire que por la pendiente del camino. Las campanillas del varal ya no podían siquiera darles ánimos y, por momentos, les flaqueaban las patas.

—¿A qué hora llegaremos a la cima del paso? —preguntó Miguel Strogoff al yemschik.

—¡A la una de la mañana... si llegamos! —respondió éste, sacudiendo la cabeza.

—Dime, amigo, no será ésta tu primera tormenta en la montaña, ¿verdad?

—¡No, y quiera Dios que no sea la última!

—¿Acaso tienes miedo?

—No tengo miedo, pero te repito que has hecho mal en ponerte en camino.

—¡Peor habría hecho en no ponerme!

—¡Vamos, pues, pichones míos! —replicó el yemschik, como el que no está para discutir, sino para obedecer.

En aquel momento, se dejó oír una vibración lejana. Era como si millares de agudos y ensordecedores silbidos atravesaran la atmósfera, quieta hasta entonces. A la luz de un deslumbrador relámpago, seguido casi inmediatamente por un terrible trueno,

Miguel Strogoff vio retorcerse unos pinos en una cumbre. El viento se desencadenaba, pero aún no turbaba más que las capas altas del aire. Algunos ruidos secos indicaban que algunos árboles, viejos o mal arraigados, no habían podido resistir el primer ataque del huracán. Una avalancha de troncos quebrados atravesó el camino, tras rebotar estrepitosamente sobre las rocas, y fue a perderse en el abismo de la izquierda, a doscientos pasos ante el tarantás.

Los caballos se habían parado en seco.

—¡Vamos, palomitas mías! —gritó el yemschik, mezclando los trallazos del látigo con los redobles del trueno.

Miguel Strogoff asió la mano de Nadia.

—¿Duermes, hermana? —le preguntó.

—No, hermano.

—Tienes que estar dispuesta a todo. ¡Ya está aquí la tormenta!

—Estoy dispuesta.

Miguel Strogoff sólo tuvo tiempo para cerrar las cortinas de cuero del tarantás.

El vendaval llegaba como el rayo.



«Tienes que estar dispuesta a todo. ¡Ya está aquí la tormenta!»

El yemschik, saltando de su asiento, se lanzó a la cabeza de los caballos para mantenerlos firmes, pues un inmenso peligro amenazaba a todo el carruaje.

En efecto, el tarantás inmóvil se encontraba en un recodo del camino por el que desembocaba el huracán. Había que mantenerlo cara al viento, o si no, cogido de costado, habría volcado sin poderlo remediar, precipitándose en un profundo abismo que bordeaba el camino por la izquierda. Rechazados por las ráfagas de viento, los caballos se encabritaban y su conductor no alcanzaba a calmarlos. A las interpelaciones amistosas habían sucedido en su boca los calificativos más insultantes. No había manera. Las desgraciadas bestias, cegadas por las descargas eléctricas, aterrorizadas por los estallidos incesantes del rayo, comparables a las salvas de artillería, amenazaban con romper sus tirantes y salir huyendo. El yemschik ya no dominaba a sus animales.

En aquel momento, lanzándose de un salto fuera del tarantás, Miguel Strogoff vino en su ayuda. Dotado de un vigor poco común, consiguió, no sin esfuerzo, dominar a los caballos.

Pero la furia del huracán se redobló entonces. En aquel lugar, el camino se ensanchaba en forma de embudo, haciendo que se precipitara el vendaval como lo haría en las bocas de ventilación que se ofrecen al viento a bordo de los buques de vapor.

Al mismo tiempo, una avalancha de piedras y troncos de árboles empezaba a rodar desde lo alto de las escarpaduras.

—No podemos quedarnos aquí —dijo Miguel Strogoff.

—¡No nos quedaremos de todas formas! —exclamó el yemschik, muy asustado, irguiéndose con todas sus fuerzas contra aquel espantoso desplazamiento de las capas de aire—. ¡El huracán nos enviará montaña abajo muy pronto y en directo!

—¡Agarra al caballo de la derecha, holgazán! —contestó Miguel Strogoff—. ¡Yo respondo del de la izquierda!

Un nuevo asalto del vendaval interrumpió a Miguel Strogoff.

El conductor y él tuvieron que inclinarse hasta el suelo para no verse derribados; pero el coche, a pesar de sus esfuerzos y el de los caballos, a los que mantenían en pie contra el viento, retrocedió varios cuerpos y, a no ser por un tronco de árbol que lo detuvo, se habría precipitado fuera del camino.

—¡No tengas miedo, Nadia! —gritó Miguel Strogoff.

—No tengo miedo —respondió la joven livonia, sin que su voz dejara traslucir la menor emoción.

El retumbar del trueno había cesado por un instante y el espantoso vendaval, tras haber franqueado el recodo, se perdía en las profundidades del desfiladero.

—¿Quieres volver a bajar? —dijo el yemschik.

—¡No, hay que subir! ¡Hay que pasar este recodo! ¡Más arriba estaremos al abrigo del talud!

—¡Pero los caballos se niegan a subir!

—¡Haz como yo y tira de ellos hacia delante!

—¡Va a volver el huracán!

—¿Vas a obedecer?

—¡Tú lo quieres!

—¡Es el Padre quien lo ordena! —respondió Miguel Strogoff, invocando por primera vez el nombre del emperador, ese nombre todopoderoso entonces en tres partes del mundo.

—¡Vamos, golondrinas mías! —exclamó el yemschik, agarrando al caballo de la derecha, mientras Miguel Strogoff hacía lo mismo con el de la izquierda.

Así sujetos, los caballos volvieron penosamente a emprender la ruta. Ya no podían lanzarse hacia los lados y el caballo de varas, al no verse arrastrado por los flancos, pudo mantenerse en medio del camino. Pero hombres y bestias, con los cuerpos sacudidos por las ráfagas, no podían dar tres pasos sin retroceder uno, o incluso dos. Resbalaban, caían, se levantaban, y, con aquel juego, el vehículo corría gran peligro de desarmarse. Si la capota no hubiese estado sólidamente sujeta, el tarantás se habría quedado sin techo al primer golpe de viento.



Dotado de un vigor poco común, consiguió, no sin esfuerzo,
dominar los caballos

Miguel Strogoff y el yemshik tardaron más de dos horas en subir aquella parte del camino, no más larga que media versta y tan directamente expuesta al azote del vendaval. El peligro no estaba entonces solamente en el formidable huracán que luchaba contra el carruaje y sus dos conductores, sino, sobre todo, en aquella lluvia de piedras y troncos quebrados que se sacudía la montaña, lanzándolos contra ellos.

De pronto, al resplandor de un relámpago, vieron moverse cada vez más deprisa uno de aquellos peñascos, rodando hacia el tarantás.

El yemshik lanzó un grito.

Con un vigoroso latigazo, Miguel Strogoff quiso hacer avanzar a los caballos, que se negaron.

¡Unos cuantos pasos más y el peñasco habría pasado detrás!

¡En una vigésima de segundo, Miguel Strogoff vio al mismo tiempo el tarantás alcanzado y a su compañera aplastada! ¡Comprendió que ya casi no tenía tiempo para arrancarla viva del vehículo...!

Pero entonces, lanzándose a la parte de atrás, encontrando en aquel inmenso peligro una fuerza sobrehumana, con la espalda apoyada en el eje y las piernas clavadas en el suelo, desplazó el pesado carruaje algunos pies.

La enorme roca, al pasar, rozó el pecho del joven, cortándole la respiración, como lo habría hecho una bala de cañón, y machacó las piedras del camino, que soltaron chispas con el golpe.

—¡Hermano! —exclamó Nadia horrorizada, que había visto toda aquella escena a la luz del relámpago.

—¡Nadia! —respondió Miguel Strogoff—. ¡Nadia, no temas!

—¡No era por mí por quien temía!

—¡Dios está con nosotros, hermana!

—¡Conmigo está sin duda, hermano, puesto que te ha colocado en mi camino! —murmuró la muchacha.

El empujón al tarantás, debido al esfuerzo de Miguel Strogoff, no había de perderse. Fue aquel impulso lo que permitió a los enloquecidos caballos recobrar su primera dirección. Literalmente arrastrados por Miguel Strogoff y el yemshik, ascendieron por el camino hasta un estrecho desfiladero orientado de Norte a Sur, donde encontrarían abrigo contra los asaltos frontales de la

tormenta. El talud de la derecha formaba allí una suerte de parapeto, gracias al saliente de una enorme roca que ocupaba el centro de un gran remolino de aire. El viento no giraba en aquel lugar y era soportable estar allí, mientras que en la circunferencia de aquel ciclón ni hombres ni caballos habrían podido resistir.

Y, en efecto, algunos pinos, cuyas copas sobresalían de la cresta de la roca, quedaron descabezados en un abrir y cerrar de ojos, como si una hoz gigantesca hubiera nivelado el talud al ras de su enramada.

La tormenta estaba entonces en su apogeo. Los relámpagos llenaban el desfiladero y el retumbar del trueno era continuo. El suelo temblaba bajo los furiosos golpes, parecía agitarse, como si el macizo de los Urales estuviese sometido a una trepidación general.

Por gran fortuna, el tarantás había podido encontrar, por así decirlo, una cochera en una anfractuosidad que el vendaval no tocaba más que de refilón. Pero no estaba tan bien defendido de algunas corrientes encontradas de través, desviadas por los salientes del talud, que le alcanzaban, a veces, con violencia. Se golpeaba entonces contra el muro de la roca, con gran riesgo de romperse en mil pedazos.

Nadia hubo de abandonar el sitio que ocupaba. Después de una búsqueda a la luz de uno de los faroles, Miguel Strogoff descubrió un excavación hecha a golpes de pico por algún minero y la muchacha pudo refugiarse en ella a la espera de reanudar el viaje.

En aquel momento, a la una de la mañana, empezó a caer la lluvia y, en seguida, las ráfagas formadas de agua y viento cobraron una extremada violencia, pero sin conseguir apagar los fuegos del cielo. Esta complicación hacía imposible la marcha. Así, pues, cualquiera que fuese la impaciencia de Miguel Strogoff, y es comprensible que fuera grande, tuvo que dejar pasar lo más violento de la tormenta. Llegados al propio puerto por el que pasa la ruta de Perm a Ekaterinburg, ya no le quedaba más que descender las pendientes de los montes Urales, y bajar en aquellas condiciones, por un suelo surcado por los mil torrentes de la montaña, en medio de los torbellinos de aire y agua, era jugarse la vida a una carta, era precipitarse hacia el abismo.

—Esperar es grave —dijo entonces Miguel Strogoff—, pero significa sin duda evitar mayores retrasos. La violencia de la

tempestad me hace pensar que no durará mucho. Hacia las tres empezará a despuntar el día y la bajada a la que no podemos arriesgarnos en la oscuridad se volverá, si no fácil, al menos posible después de la salida del sol.

—¡Esperemos, hermano —respondió Nadia—, pero si retrasas tu marcha, que no sea por ahorrarme fatigas o peligros!

—Nadia, sé que estás decidida a desafiarlo todo, pero, al arriesgar mi vida, más que la tuya, fracasaría mi misión, faltaría al deber que tengo que cumplir ante todo.

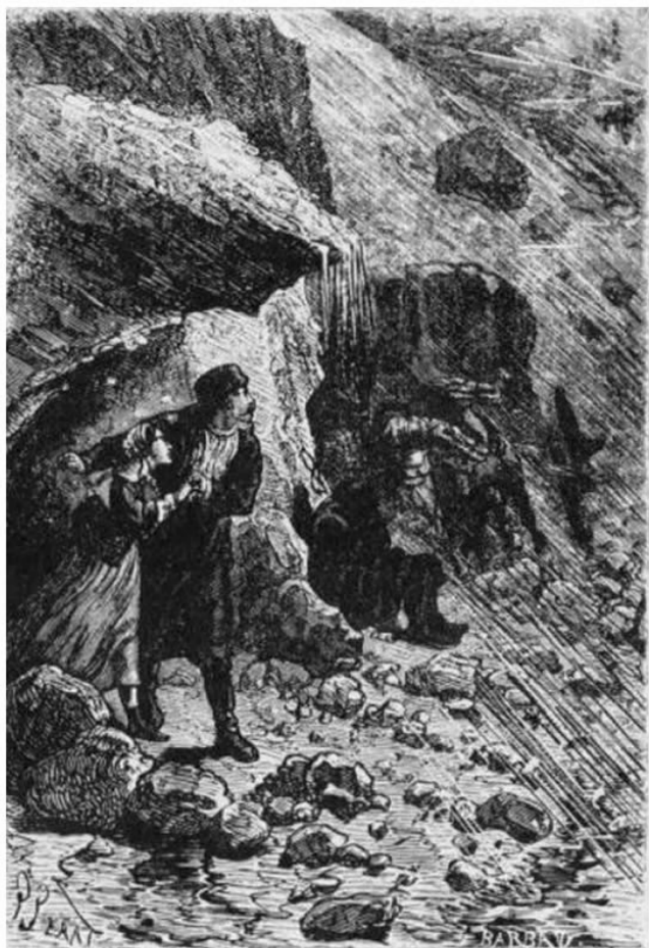
—¡Un deber...! —murmuró Nadia.

En aquel momento, un violento relámpago desgarró el cielo, dando la impresión de volatilizar la lluvia. Inmediatamente resonó un golpe seco. El aire se llenó de un olor sulfuroso, casi asfixiante, y un macizo de grandes pinos, alcanzados por el fluido eléctrico a veinte pasos del tarantás, se inflamó como una gigantesca antorcha.

El yemshik, arrojado a tierra por una especie de rebote, se levantó afortunadamente sin heridas.

Luego, después de que se perdieran los últimos redobles del trueno en las profundidades de la montaña, Miguel Strogoff sintió la mano de Nadia que se apoyaba firmemente en la suya y le oyó murmurar estas palabras a su oído:

—¡Gritos, hermano! ¡Escucha!



«¡Gritos, hermano! ¡Escucha!»

XI. Viajeros en peligro

Efectivamente, durante aquel breve intervalo de calma, se dejaron oír unos gritos hacia la parte superior del camino y a una distancia bastante cercana de la anfractuosidad que cobijaba al tarantás.

Era como una llamada desesperada, lanzada evidentemente por algún viajero en peligro.

Aguzando el oído, Miguel Strogoff escuchaba.

El yemschik escuchaba también, pero sacudiendo la cabeza, como si le pareciera imposible responder a la llamada.

—¡Viajeros que piden auxilio! —exclamó Nadia.

—¡Como no cuenten más que con nosotros...! —respondió el yemschik.

—¿Por qué no? —exclamó Miguel Strogoff—. ¿No debemos hacer por ellos lo mismo que ellos harían por nosotros en la misma circunstancia?

—Pero ¡no vais a exponer el coche y los caballos...!

—Iré a pie —respondió Miguel Strogoff, interrumpiendo al yemschik.

—Yo te acompaño, hermano —dijo la joven livonia.

—No, quédate, Nadia. El yemschik se quedará contigo. No quiero dejarlo solo...

—Me quedaré —respondió Nadia.

—¡Pase lo que pase, no dejes este refugio!

—Me encontrarás aquí.

Miguel Strogoff estrechó la mano de su compañera y tras franquear el recodo del talud, desapareció en la sombra.

—Tu hermano hace mal —dijo el yemschik a la muchacha.

—Hace bien —respondió sencillamente Nadia.

Mientras tanto, Miguel Strogoff subía rápidamente por el camino. Si tenía una gran prisa por llevar ayuda a los que lanzaban aquellos gritos de auxilio, también tenía un gran deseo de saber quiénes podían ser aquellos viajeros a los que la tormenta no había impedido aventurarse en la montaña, porque no dudaba que fuesen aquéllos cuya telega iba delante de su tarantás.

La lluvia había cesado, pero el vendaval arremetía su violencia. Los gritos, llevados por la corriente atmosférica, se iban haciendo cada vez más claros. Desde el lugar donde Miguel Strogoff había dejado a Nadia, no podía verse nada. El recorrido era sinuoso y la luz de los relámpagos sólo mostraba los saledizos del talud que cortaban el camino. Las ráfagas, rotas bruscamente en cada esquina, formaban remolinos difíciles de traspasar y Miguel Strogoff necesitaba una fuerza sobrehumana para resistirlas.



Las ráfagas, rotas bruscamente en cada esquina

Pero en seguida se vio que los viajeros cuyos gritos se dejaban oír no debían estar ya muy lejos. Aunque Miguel Strogoff todavía no podía verlos, bien porque hubieran sido arrojados fuera del camino, o porque la oscuridad los ocultaba a su mirada, sus palabras, sin embargo, llegaban con claridad a sus oídos.

Esto fue, pues, lo que, no sin que le causara cierta sorpresa, pudo escuchar:

—¡Cernícalo! ¿Vas a volver?

—¡Haré que te azoten con el *knut*[56] en la próxima posta!

—¿Me oyes, postillón del diablo? ¡Eh, tú!

—¡Así es como te conducen en este país!

—¡Y a esto le llaman una telega!

—¡Eh, pedazo de bestia! ¡Sigue corriendo sin darse cuenta de que nos deja tirados en medio del camino!

—¡Tratarme de esta forma a mí! ¡A un inglés acreditado! ¡Me quejaré a la Cancillería y haré que le cuelguen!

El que así hablaba estaba realmente poseído de una gran cólera. Pero, de pronto, le pareció a Miguel Strogoff que el segundo interlocutor decidía resignarse con lo que ocurría, porque repentinamente resonó en medio de aquella escena la más inesperada carcajada, seguida de estas palabras:

—¡Pero bueno...! ¡Decididamente, es demasiado gracioso!

—¡Se atreve usted a reírse! —respondió con un tono bastante agrio el ciudadano del Reino Unido.

—¡Claro que sí, querido colega, de todo corazón! ¡Y es lo mejor que podemos hacer! ¡Palabra de honor, es demasiado gracioso, lo nunca visto...!

En aquel momento, un violentísimo trueno llenó el desfiladero con un espantoso estruendo, multiplicado por la montaña en una proporción grandiosa. Luego, cuando se hubo apagado el último redoble, la voz alegre resonó de nuevo, diciendo:

—¡Sí! ¡Extraordinariamente gracioso! ¡Esto es algo que no ocurriría nunca en Francia!

—¡Ni en Inglaterra! —respondió el inglés.

En el camino, abundantemente iluminado entonces por los relámpagos, Miguel Strogoff distinguió a unos veinte pasos a dos viajeros encaramados el uno junto al otro en el banco trasero de un singular vehículo, que parecía completamente atascado en alguna

zanja.

Miguel Strogoff se acercó a los dos viajeros, uno de los cuales seguía riendo mientras el otro seguía rezongando, y reconoció a los dos corresponsales de prensa que, embarcados en el «Cáucaso», habían hecho en su compañía la ruta de Nizhni Nóvgorod a Perm.

—¡Eh! ¡Buenos días, señor! —exclamó el francés—. ¡Encantado de verle en estas circunstancias! ¡Permítame presentarle a mi íntimo enemigo el señor Blount!

El reportero inglés saludó, y ya parecía ir a presentar a su colega Alcide Jolivet, conforme a las reglas de la buena educación, cuando Miguel Strogoff les dijo:

—Es inútil, señores, ya nos conocemos, puesto que hemos viajado juntos por el Volga.

—¡Ah! ¡Muy bien! ¡Perfecto! ¿Señor...?

—Nicolás Korpanoff, comerciante de Irkutsk —respondió Miguel Strogoff—. Pero ¿me contarán ustedes qué aventura tan lamentable para uno, como agradable para el otro, les ha ocurrido?

—Juzgue usted mismo, señor Korpanoff —respondió Alcide Jolivet—. ¡Imagínese que nuestro postillón se ha marchado con el juego delantero de su infernal vehículo, dejándonos atascados con el juego trasero de su absurdo carruaje! ¡La peor mitad de una telega para dos, sin guía ni caballos! ¿No es absoluta y superlativamente gracioso?

—¡Absolutamente nada gracioso! —respondió el inglés.

—¡Que sí, mi querido colega! ¡Desde luego, no sabe usted tomar las cosas por el lado positivo!

—Pues, dígame, por favor, ¿cómo vamos a poder continuar nuestro viaje?

—¡Nada más sencillo! —respondió Alcide Jolivet—. ¡Se va a enganchar usted a lo que nos queda de vehículo; yo tomaré las riendas, le llamaré mi pichoncito, como un auténtico yemshik y correrá usted como un verdadero caballo de posta!

—Señor Jolivet —respondió el inglés—, esta broma se pasa de la raya y...

—Tranquilícese, querido colega. ¡Cuando se quede extenuado, le sustituiré y tendrá usted derecho a llamarme caracol asmático o tortuga desfalleciente, si no le llevo a todo correr!

Alcide Jolivet decía todas estas cosas con tan buen humor que

Miguel Strogoff no pudo evitar una sonrisa.

—Señores —dijo entonces—, se puede hacer algo mejor. Estamos en el puerto de montaña más alto de la cordillera de los Urales y, por consiguiente, ya no tenemos más que bajar las pendientes. Mi coche está ahí, quinientos pasos más atrás. Les prestaré uno de mis caballos, lo engancharemos a la caja de su telega y mañana, si no nos ocurre ningún accidente, llegaremos juntos a Ekaterinburg.

—¡Señor Korpanoff —respondió Alcide Jolivet—, ésa es una propuesta que sale de un corazón generoso!

—Añadiré, señores —respondió Miguel Strogoff—, que si no les ofrezco que suban en mi tarantás es porque sólo tiene dos plazas y mi hermana y yo las ocupamos ya.

—¡Cómo, señor —contestó Alcide Jolivet—, si mi colega y yo, con el caballo de usted y el eje trasero de nuestra media telega, llegaríamos hasta el fin del mundo!

—Señor —repuso Henry Blount—, aceptamos su amable ofrecimiento. ¡En cuanto a ese yemschik...!

—¡Oh, créame que no será la primera vez que le ocurre semejante aventura! —respondió Miguel Strogoff.

—Pero, entonces ¿por qué no vuelve? ¡Sabe perfectamente que nos ha dejado atrás, el muy miserable!

—¿Ése? ¡Ni siquiera se ha dado cuenta!

—¿Cómo? ¿Ignora ese buen hombre que se ha producido una escisión entre las dos partes de su telega?

—¡Lo ignora, y con la mayor buena fe del mundo conducirá el eje delantero hasta Ekaterinburg!

—¡Cuando yo le decía que esto era de lo más placentero, querido colega!

—Si quieren seguirme entonces, señores —repuso Miguel Strogoff—, iremos a buscar mi coche y...

—Pero ¿y la telega? —observó el inglés.

—¡No tema que salga volando, mi querido Blount! —exclamó Alcide Jolivet—. ¡Está ahí tan bien enraizada en el suelo que, si la dejáramos, en la próxima primavera hasta le crecerían hojas!

—Vengan, pues, señores —dijo Miguel Strogoff—, y traeremos hasta aquí el tarantás.

El francés y el inglés, bajándose de la banqueta del fondo,

convertida en asiento delantero, siguieron a Miguel Strogoff.

Mientras marchaba, Alcide Jolivet, siguiendo su costumbre, charlaba con un buen humor que nada podía alterar.

—¡A fe mía, señor Korpanoff —dijo a Miguel Strogoff—, nos está usted sacando de un buen aprieto!

—No hago más que lo que cualquier otro haría en mi lugar —respondió Miguel Strogoff—. ¡Si los viajeros no se ayudan entre ellos, no nos quedaría más que cerrar los caminos!

—Espero poder devolverle el favor. Si va usted lejos por las estepas, es posible que nos volvamos a encontrar y...

Alcide Jolivet no preguntaba formalmente a Miguel Strogoff a dónde iba, pero éste, que no quería dar la sensación de querer disimular algo, respondió en seguida:

—Voy a Omsk, señores.

—Pues el señor Blount y yo —repuso Alcide Jolivet— vamos un poco más lejos, allí donde quizá haya alguna bala, pero también, con toda seguridad, algunas noticias que cazar al vuelo.

—¿En las provincias invadidas? —preguntó Miguel Strogoff con cierta premura.

—Precisamente, señor Korpanoff, y es probable que no nos encontremos en ellas.

—En efecto, señor —respondió Miguel Strogoff—. Tengo poca afición por los disparos de fusil y por los lanzazos y soy de naturaleza demasiado pacífica para aventurarme en los campos de batalla.

—¡Lo siento, señor, lo siento, y en realidad no podemos más que lamentar separarnos tan pronto! Pero al dejar Ekaterinburg, quizá nuestra buena estrella quiera que volvamos a viajar juntos, aunque sólo sea unos días.

—¿Se dirigen ustedes a Omsk? —preguntó Miguel Strogoff, tras haber reflexionado un instante.

—Aún no lo sabemos —respondió Alcide Jolivet—, pero, seguramente iremos en directo hasta Ichim y, una vez allí, actuaremos según los acontecimientos.

—Pues bien, señores —dijo Miguel Strogoff—, iremos en compañía hasta Ichim.

Evidentemente, Miguel Strogoff habría preferido viajar solo, pero no podía tratar de separarse de dos viajeros que iban a seguir

la misma ruta que él, sin que pareciera por lo menos algo extraño. Además, puesto que Alcide Jolivet y su compañero tenían intención de pararse en Ichim, sin continuar inmediatamente hasta Omsk, no había inconveniente alguno en hacer con ellos esa parte del viaje.

—Pues bien, señores —respondió—, estamos de acuerdo. Haremos el camino juntos.

Y luego, con un tono de perfecta indiferencia, preguntó:

—¿Saben ustedes con alguna certeza cómo va la invasión tártara?

—A fe mía, señor, no sabemos más que lo que se decía en Perm —respondió Alcide Jolivet—. Los tártaros de Feofar Kan han invadido casi toda la provincia de Semipalátinsk y, desde hace algunos días, bajan a marchas forzadas por el curso del Irtysh. Tiene que darse prisa si quiere llegar antes que ellos a Omsk.

—En efecto —respondió Miguel Strogoff.

—Añadían también que el coronel Ogareff había conseguido atravesar la frontera con un disfraz y que no iba a tardar mucho en reunirse con el jefe tártaro en el centro mismo del territorio sublevado.

—Pero ¿cómo han podido enterarse? —preguntó Miguel Strogoff, a quien aquellas noticias, más o menos verídicas, interesaban directamente.

—Bueno, pues, como se saben todas estas cosas —respondió Alcide Jolivet—. Está en el aire.

—Y ¿tienen ustedes serias razones para pensar que el coronel Ogareff está en Siberia?

—He oído decir incluso que había tenido que tomar la ruta de Kazán a Ekaterinburg.

—Ah, pero ¿sabía usted eso? —dijo Harry Blount a quien sacó de su mutismo la observación de su homólogo francés.

—Lo sabía —respondió Alcide Jolivet.

—Y ¿sabía usted que tenía que disfrazarse de gitano? —preguntó Harry Blount.

—¡De gitano! —exclamó casi involuntariamente Miguel Strogoff, acordándose de la presencia del viejo cingaro en Nizhni Nóvgorod, de su viaje a bordo del «Cáucaso» y de su desembarco en Kazán.

—Sabía lo bastante como para que pudiera ser el tema de una carta a mi prima —respondió sonriendo Alcide Jolivet.

—¡No ha perdido usted el tiempo en Kazán! —observó el inglés con tono seco.

—¡Claro que no, querido colega: mientras el «Cáucaso» se aprovisionaba, yo hacía lo mismo que el «Cáucaso»!

Miguel Strogoff no escuchaba ya las réplicas que se intercambiaban Harry Blount y Alcide Jolivet. Pensaba en aquellas cuadrillas de gitanos, en aquel viejo cingaro a quien no había podido ver la cara, en la extraña mujer que le acompañaba, en la singular mirada que ella le había lanzado, y trataba de reunir en su espíritu todos los detalles de aquel encuentro, cuando se dejó oír una detonación a corta distancia.

—¡Ah, señores, adelante! —exclamó Miguel Strogoff.

—¡Vaya! ¡Para ser un digno comerciante que huye de los disparos de los fusiles —se dijo Alcide Jolivet—, bien rápido corre hacia donde suenan!

Y, seguido de Harry Blount, que no era hombre que se quedara atrás, se precipitó tras los pasos de Miguel Strogoff.

Algunos instantes después se encontraban los tres frente al saledizo que cobijaba al tarantás en el recodo del camino.

El bosquecillo de pinos incendiado por el rayo aún ardía. El camino estaba desierto. Sin embargo, Miguel Strogoff no había podido equivocarse. El sonido de un arma de fuego había llegado efectivamente hasta él.

Súbitamente, se dejó oír un formidable gruñido y sonó otra detonación al otro lado del talud.

—¡Un oso! —exclamó Miguel Strogoff, que no podía equivocarse con aquel gruñido—. ¡Nadia! ¡Nadia!

Y sacando el cuchillo de su cinturón, se lanzó de un formidable salto al otro lado del contrafuerte detrás del cual la muchacha había prometido esperarlo.

Los pinos, devorados ya por las llamas desde el tronco hasta la copa, iluminaban generosamente la escena.

En el momento en que Miguel Strogoff alcanzó el tarantás, una masa enorme retrocedió hacia él.

Era un oso de gran tamaño. La tormenta le había expulsado de los bosques que erizaban aquellos montes de los Urales y había venido a buscar refugio en aquella excavación, sin duda su retiro habitual, ocupado ahora por Nadia.

Dos de los caballos, espantados por la presencia del enorme animal, tras romper sus ataduras, se habían dado a la fuga y el yemschik, sin pensar más que en sus animales y olvidando que la joven iba a quedar sola ante el oso, se había lanzado a perseguirlos.

La valerosa Nadia no había perdido la cabeza. El animal, sin verla al principio, la había emprendido con el otro caballo de tiro. Nadia, dejando entonces la anfractuosidad en que estaba cobijada, había corrido hasta el carruaje, cogido uno de los revólveres de Miguel Strogoff y tras dirigirse valientemente hasta el oso, había disparado a quemarropa.

El animal, levemente herido en el hombro, se había revuelto contra la joven, que había intentado evitarlo rodeando el tarántas, del que intentaba desengancharse el caballo. Pero, si se perdían aquellos caballos en las montañas, todo el viaje se vendría abajo. Entonces Nadia había vuelto a hacer frente al oso y, con una sorprendente sangre fría, en el mismo instante en que las patas del animal iban a caer sobre su cabeza, había disparado sobre él por segunda vez.

Aquella era la segunda detonación que acababa de estallar a pocos pasos de Miguel Strogoff. Pero ya estaba él allí. De un salto se arrojó entre el oso y la muchacha. Su brazo no hizo más que un solo movimiento de arriba abajo y la enorme bestia, abierta en canal desde el vientre a la garganta, cayó al suelo como una masa inerte.

Era una buena muestra del famoso tajo de los cazadores siberianos, que ponen mucho cuidado en no estropear la preciosa piel de los osos, por la que obtienen un alto precio.

—¿Estás herida, hermana? —dijo Miguel Strogoff, precipitándose hacia la muchacha.

—No, hermano —respondió ella.



«¿Estás herida, hermana?»

En aquel momento aparecieron los dos periodistas.

Alcide Jovilet se arrojó a la cabeza del caballo y hay que pensar que tenía el puño sólido, porque consiguió contenerlo. Su compañero y él habían visto la rápida maniobra de Miguel Strogoff.

—¡Demonios! —exclamó Alcide Jolivet—. ¡Para ser un simple comerciante, señor Korpanoff, maneja usted hábilmente el cuchillo de caza!

—¡Muy hábilmente incluso! —añadió Harry Blount.

—En Siberia, señores —respondió Miguel Strogoff—, nos vemos obligados a hacer de todo un poco.

Alcide Jolivet contempló entonces al joven.

Visto a plena luz, con el cuchillo ensangrentado en la mano, su elevada estatura, su aire resuelto y el pie colocado sobre el oso que acababa de derribar, Miguel Strogoff ofrecía un hermoso aspecto.

—¡Un mozo de pelo en pecho! —se dijo Alcide Jolivet.

Avanzando entonces respetuosamente, con el sombrero en la mano, se acercó a saludar a la muchacha.

Nadia se inclinó ligeramente.

Alcide Jolivet, volviéndose hacia su compañero, dijo:

—¡La hermana es digna del hermano! ¡Si yo fuera oso, no me trataría con esta encantadora y temible pareja!

Harry Blount, tieso como un poste, se mantenía, sombrero en mano, a cierta distancia. La desenvoltura de su compañero surtía el efecto de incrementar su natural rigidez.

En aquel momento apareció el yemschik, que había conseguido recuperar sus dos caballos. Echó primero una mirada de pesar al magnífico animal que yacía en el suelo, al que iba a tener que abandonar a las aves de presa, y se ocupó de volver a enganchar los caballos.

Miguel Strogoff le dio a conocer la situación de los dos viajeros y su proyecto de poner uno de los caballos del tarantás a su disposición.

—Como quieras —respondió—. Sólo que, dos coches en vez de uno...

—¡Bueno, amigo! —respondió Alcide Jolivet, comprendiendo la insinuación—, te pagaremos el doble.

—¡Vamos, pues, tórtolas mías! —gritó el yemschik.

Nadia había vuelto a subir al tarantás, al que seguían a pie

Miguel Strogoff y sus dos compañeros.

Eran las tres de la madrugada. El vendaval, que estaba en período decreciente, no soplaba ya con tanta violencia por el desfiladero, así que subieron el camino más rápidamente.

A las primeras luces del alba, el tarantás había llegado hasta la telega, que estaba concienzudamente enfangada hasta el cubo de las ruedas. Se comprendía perfectamente que un vigoroso tirón de los caballos hubiera causado la separación de los dos ejes.

Uno de los caballos del tarantás quedó enganchado con unas cuerdas a la caja de la telega. Los dos periodistas volvieron a tomar asiento en el banco de tan singular carruaje y los coches se pusieron de inmediato en movimiento. Por lo demás, sólo tenían que descender las pendientes de los Urales, lo que no ofrecía la menor dificultad.

Seis horas después, ambos vehículos, siguiendo el uno al otro, llegaban a Ekaterinburg, sin que ningún incidente molesto marcara la segunda parte de su viaje.

El primer individuo a quien vieron los periodistas a la puerta de la casa de postas fue a su yemschik, que parecía esperarles.

Aquel digno ruso tenía realmente buena planta y sin el menor apuro, con mirada alegre, se adelantó hacia los viajeros y, tendiéndoles la mano, les reclamó la propina.

La verdad obliga a decir que el furor de Harry Blount estalló con una violencia completamente británica y, si el yemschik no se hubiera retirado prudentemente, con un puñetazo lanzado de acuerdo con todas las reglas del boxeo, le habría pagado su *na vodku* en plena cara.



Si el yemshik no se hubiera retirado prudentemente...

Alcide Jolivet, en cambio, al ver aquella cólera, se partía de risa, como quizá no se había reído en su vida.

—¡Pero si tiene razón el pobre diablo! —exclamó—. ¡Está cargado de razón, mi querido colega! ¡No es culpa suya que no hayamos encontrado la manera de seguirle!

Y sacando algunos kopeks de su bolsillo dijo entregándoselos al yemshik:

—¡Toma, amigo! ¡Quédatelos! ¡Si no te los has ganado no es por tu culpa!

Aquello redobló la irritación de Harry Blount, que quería llevar ante el juez hasta al maestro de posta.

—¿Un proceso en Rusia? —exclamó Alcide Jolivet—. ¡Pero si, a menos que las cosas hayan cambiado, no verá usted nunca el final! ¿No conoce usted la historia de aquella ama de cría rusa que reclamaba el pago de doce meses de lactancia a la familia de un lactante?

—No la conozco —respondió Harry Blount.

—Entonces ¿tampoco sabe en qué se había convertido aquel lactante cuando dictaron sentencia a favor de ella?

—¿En qué, si me hace el favor?

—¡En coronel de húsares de la guardia!

Y tras aquella respuesta, todos se echaron a reír.

En cuanto a Alcide Jolivet, encantado de su réplica, sacó su libreta del bolsillo y escribió sonriendo esta nota, destinada a figurar en el diccionario moscovita:

«Telega: coche ruso con cuatro ruedas, a la salida, y dos ruedas, a la llegada».

XII. Una provocación

Ekaterinburg[57], desde el punto de vista geográfico, es una ciudad de Asia, puesto que está situada más allá de los montes Urales, en las últimas laderas orientales de la cordillera. Sin embargo, depende del gobierno de Perm y, por consiguiente, forma parte de una de las grandes divisiones de la Rusia europea. Esta invasión administrativa debe tener su razón de ser. Es como un trozo de Siberia que queda entre las mandíbulas rusas.

Ni Miguel Strogoff, ni los dos corresponsales debían encontrar dificultades para conseguir un medio de locomoción en una ciudad tan importante, fundada en 1723. En Ekaterinburg se eleva la primera Casa de la Moneda de todo el Imperio; en ella se concentra la Dirección General de Minas. Esta ciudad es, pues, un centro industrial relevante, en un territorio en el que abundan las factorías metalúrgicas y otras explotaciones donde se lava el platino y el oro.

En aquella época había aumentado muchísimo su número de habitantes. Rusos o siberianos, amenazados por la invasión tártara, habían acudido a ella después de dejar las provincias ya invadidas por las hordas de Feofar Kan, principalmente el territorio kirguiz, que se extiende por el sudoeste del Irtish hasta las fronteras del Turkeistán.

Así, pues, si los medios de locomoción habían sido escasos para llegar hasta Ekaterinburg, eran abundantes, por el contrario, para salir de esa ciudad. En aquellas circunstancias, en efecto, los viajeros tenían cuidado de no aventurarse por los caminos siberianos.

De aquel cúmulo de circunstancias resultó que Harry Blount y Alcide Jolivet encontraron fácilmente una telega completa para sustituir la media telega que les había llevado a trancas y barrancas hasta Ekaterinburg. En cuanto a Strogoff, el tarantás le pertenecía, no había sufrido demasiado con el viaje a través de los Urales, y bastaba con engancharle tres buenos caballos para que tiraran de él por el camino de Irkutsk.

Hasta Tiúmén, e incluso hasta Novo-Zaimskoe el camino iba a ser bastante accidentado, porque se extendía aún sobre las caprichosas ondulaciones del terreno que dan origen a las primeras laderas de los Urales. Pero, después de la etapa de Novo-Zaimskoe, empezaba la inmensa estepa, que se extiende hasta las cercanías de Krasnoiarsk, sobre una extensión de unas mil setecientas verstas (1 815 kilómetros).

Ya se sabe que era a Ichim donde los dos correspondientes tenían intención de ir, es decir, a seiscientas treinta verstas de Ekaterinburg. Allí, conforme aconsejaban los acontecimientos, se dirigirían a través de las regiones invadidas, bien juntos, o bien por separado, según les llevara su instinto de cazadores por una pista o por otra.

Ahora bien, aquella ruta de Ekaterinburg a Ichim, que luego se dirige hasta Irkutsk, era la única que podía tomar Miguel Strogoff. Pero él, que no corría en pos de noticias y que, por el contrario, habría querido evitar el territorio devastado por los invasores, estaba decidido a no detenerse en ningún sitio.

—Señores —dijo a sus nuevos compañeros—, estaría muy satisfecho de hacer con ustedes una parte de mi viaje, pero debo advertirles que tengo mucha prisa por llegar a Omsk, porque mi hermana y yo vamos a reunirnos con nuestra madre. ¡Quién sabe incluso si podremos llegar antes de que los tártaros hayan invadido la ciudad! No me detendré más que el tiempo justo para cambiar de caballos en las postas y viajaré día y noche.

—Nosotros pensamos hacer lo mismo —respondió Harry Blount.

—Sea —repuso Miguel Strogoff—, pero no pierdan ni un instante. Alquilen o compren un coche cuyo...

—Cuyo eje delantero tenga a bien llegar a Ichim al mismo tiempo que el trasero —añadió Alcide Jolivet.

Media hora después y con mucha facilidad, el diligente francés había encontrado un tarantás más o menos parecido al de Miguel Strogoff, en el que se instaló inmediatamente con su compañero.



El diligente francés había encontrado un tarantás...

Miguel Strogoff y Nadia volvieron a ocupar su vehículo y, a mediodía, los dos carruajes en compañía abandonaron la ciudad de Ekaterinburg.

Nadia estaba por fin en Siberia y sobre el largo camino que conducía a Irkutsk. ¿Cuáles serían entonces los pensamientos de la joven livonia? Tres rápidos caballos la llevaban a través de aquella tierra de exilio, en la que su padre estaba condenado a vivir, por mucho tiempo quizás, y tan lejos de su país natal... Pero, aquellas inmensas estepas que por un momento habían estado cerradas para ella, apenas las veía desfilas ante sus ojos, porque su mirada iba más allá del horizonte, tras el cual buscaba el rostro del exiliado. No se fijaba en ningún detalle de aquel país que atravesaba a la velocidad de quince verstas por hora, en nada de aquellas comarcas de la Siberia occidental, tan distintas de las del Este. En ésta, efectivamente, hay pocos campos cultivados, un suelo pobre, al menos en la superficie, porque en sus entrañas esconde hierro, cobre, platino y oro en abundancia. Así hay por todas partes explotaciones industriales, pero escasos establecimientos agrícolas. ¿Cómo podrían encontrarse brazos para cultivar la tierra, sembrar los campos, recolectar las mieses, cuando es más productivo excavar el suelo a golpes de pico y de barreno? Aquí, el campesino le deja el sitio al minero. El pico se ve por todas partes, la azada por ninguna.

Sin embargo, el pensamiento de Nadia abandonaba algunas veces las lejanas provincias del lago Baikal, y se trasladaba a su situación presente. La imagen de su padre se desvanecía un poco y volvía a ver a su generoso compañero, primero en el ferrocarril de Wladimir, donde algún providencial designio le había permitido encontrarse con él por primera vez. Recordaba sus atenciones durante el viaje, su llegada al puesto de policía de Nizhni Nóvgorod, la cordial sencillez con la que le había hablado, dándole el título de hermana, la solicitud con que la trató durante el descenso del Volga, en fin, todo lo que había hecho en aquella terrible noche de tormenta a través de los montes Urales, para defender su vida con peligro de la de él.

Nadia pensaba, pues, en Miguel Strogoff. Agradecía a Dios haber puesto en el momento preciso en su camino a aquel valiente protector, aquel amigo generoso y discreto. Se sentía segura junto a él, bajo su custodia. Un verdadero hermano no lo habría hecho

mejor. Ya no temía a ningún obstáculo; estaba segura de alcanzar su objetivo.

En cuanto a Miguel Strogoff, hablaba poco y reflexionaba mucho. Daba gracias a Dios también por haberle dado en aquel encuentro con Nadia, además de un medio para disimular su verdadera personalidad, la posibilidad de hacer una buena acción. La tranquila intrepidez de la muchacha complacía a su ánimo valiente. ¿No era su verdadera hermana? Sentía por su bella y heroica compañera tanto respeto como afecto. Pensaba que era uno de esos corazones puros y escasos con quienes se puede contar siempre.

Sin embargo, desde que pisó el suelo siberiano habían empezado los verdaderos peligros para Miguel Strogoff. Si los dos periodistas no se equivocaban, si Iván Ogareff había cruzado la frontera, tenía que actuar con la más extremada discreción. Las circunstancias habían cambiado, porque los espías debían de pulular por las provincias siberianas. ¡Si se desvelaba su incógnito, si se descubría su condición de correo del zar, era el fin de su misión y, quizá, de su vida! Miguel Strogoff sintió aún con más peso la responsabilidad que recaía sobre él.

Mientras que las cosas iban así en el primer coche, ¿qué pasaba en el segundo? Nada fuera de lo corriente. Alcide Jolivet hablaba con frases, Harry Blount respondía con monosílabos. Cada uno veía las cosas a su manera y tomaba notas sobre los escasos incidentes del viaje, poco variados, por cierto, durante la travesía de las primeras provincias de Siberia occidental.

En cada posta, los corresponsales se apeaban e iban al encuentro de Miguel Strogoff. Cuando no había que comer en la casa de postas, Nadia se quedaba en el tarantás. Cuando había que almorzar o cenar, iba a sentarse a la mesa; pero, siempre muy reservada, se mezclaba muy poco en la conversación.

Alcide Jolivet, sin salir nunca, por otra parte, de los límites de lo perfectamente conveniente, no dejaba de colmar de atenciones a la joven livonia, a quien encontraba encantadora. Admiraba la silenciosa energía que mostraba en medio de las fatigas de un viaje en tan duras condiciones.

Aquellos momentos de parada forzosa no complacían más que a medias a Miguel Strogoff. Así, en cada posta, aceleraba la partida

excitando el celo de los maestros de posta, estimulando a los yemshiks, apresurando el enganche de los tiros de caballos a los tarantás. Luego, una vez terminada la comida, siempre demasiado aprisa para el gusto de Harry Blount, que era muy metódico al comer, salían, y también los periodistas eran transportados como «águilas», porque pagaban principescamente y, como decía Alcide Jolivet, con «águilas de Rusia [58]».

Ni que decir tiene que Harry Blount no mostraba el menor interés por la muchacha. Era uno de los escasos temas de conversación sobre los que no buscaba la discusión con su compañero. Aquel honorable *gentleman* no tenía por costumbre hacer dos cosas a la vez.

Y al haberle preguntado Alcide Jolivet una vez qué edad podría tener la joven livonia:

—¿Qué joven livonia? —respondió con toda la seriedad del mundo, entrecerrando los ojos.

—¡Pardiez! ¡La hermana de Nicolás Korpanoff!

—¿Es su hermana?

—¡No, su abuela! —replicó Alcide Jolivet, indignado por tanta indiferencia—. ¿Qué edad le echa usted?

—Si la hubiera visto nacer, lo sabría —contestó simplemente Harry Blount, como quien no quiere comprometerse.

El territorio que recorrían entonces los dos tarantás se hallaba casi desierto. Hacía un tiempo bastante bueno, el cielo estaba cubierto a medias, la temperatura era más soportable. Con unos vehículos que hubieran tenido mejor suspensión, los viajeros no habrían tenido quejas del viaje. Iban como suelen ir las berlinas de posta en Rusia, es decir, a una velocidad fantástica.

Pero si el país parecía abandonado, el abandono tenía que ver con las circunstancias del momento. En los campos, pocos o ninguno de esos campesinos siberianos, de rostro pálido y grave, que una célebre viajera ha comparado certeramente con los castellanos, pero sin la altanería de éstos. De vez en cuando, algunos pueblos ya evacuados indicaban la cercanía de las tropas tártaras. Llevándose consigo sus rebaños de corderos, sus camellos, sus caballos, los habitantes se habían refugiado en las llanuras del Norte. Algunas tribus de la horda grande de los kirguiz nómadas, que se habían mantenido fieles, habían trasladado sus tiendas al

otro lado del Irtysh o del Obi, para escapar de las depredaciones de los invasores.

Afortunadamente, el servicio de postas seguía haciéndose regularmente. Lo mismo que el servicio telegráfico, hasta los puntos que aún estaban unidos por el hilo. En cada posta, los maestros proporcionaban caballos en condiciones reglamentarias. En cada estación, los empleados, sentados tras sus ventanillas, transmitían también los despachos que se les confiaban, sin más retrasos que para dar prioridad a los telegramas de Estado. Harry Blount y Alcide Jolivet hicieron, pues, amplio uso de ellos.

Así, pues, hasta entonces, el viaje de Miguel Strogoff se iba haciendo en condiciones satisfactorias. El correo del zar no había sufrido ningún retraso y, si lograba atravesar las avanzadillas que los tártaros de Feofar Kan habían situado delante de Krasnoiarsk, tendría la certeza de llegar antes que ellos a Irkutsk, en el menor tiempo conseguido hasta entonces.

Al día siguiente de haber dejado Ekaterinburg, los dos tarantás llegaban a la pequeña ciudad de Tuluguis, a las siete de la mañana, tras franquear una distancia de doscientas veinte verstas, sin incidentes dignos de mención.

Allí, se consagró media hora al almuerzo. Luego, los viajeros volvieron a ponerse en ruta, con una velocidad que sólo se explicaba por la promesa de una buena cantidad de kopeks.

El mismo día, 22 de julio, a la una de la tarde, los dos tarantás llegaban a Tiúmen, sesenta verstas más allá.



El 22 de julio llegaron las dos tarantás

Tiumén, cuya población normal es de diez mil habitantes, contaba entonces con el doble. Esa ciudad, primer centro industrial que los rusos crearon en Siberia, en la que son notables las hermosas factorías metalúrgicas y la fundición de campanas, nunca había mostrado tanta animación.

Los dos corresponsales fueron inmediatamente en busca de noticias. Las que traían los fugitivos del teatro de la guerra no eran tranquilizadoras.

Se decía entre otras cosas que el ejército de Feofar Kan se acercaba rápidamente al valle del Ichim y se confirmaba que el coronel Iván Ogareff iba a reunirse pronto con el jefe tártaro, si no lo había hecho ya. Se llegaba así a la conclusión lógica de que las operaciones se llevarían al este de Siberia con la mayor actividad.

En cuanto a las tropas rusas, había sido necesario llamarlas principalmente de las provincias europeas de Rusia y, al estar tan alejadas, no podían oponerse a la invasión. Sin embargo, los cosacos del gobierno de Tobolsk se dirigían a marchas forzadas hacia Tomsk, con la esperanza de cortar las columnas de los tártaros.

A las ocho de la tarde, los dos tarantás habían devorado otras sesenta y cinco verstas y llegaban a Yalutorowsk.

Se hizo el relevo rápidamente y, al salir de la ciudad cruzaron el río Tobol en una barcaza. La corriente, muy tranquila, permitió hacer fácilmente la operación, que debía volver a hacerse varias veces a lo largo del recorrido, y probablemente en condiciones menos favorables.

A medianoche, cincuenta verstas (58,5 kilómetros) más allá, alcanzaban la aldea de Novo-Zaimskoe y los viajeros dejaban finalmente tras ellos aquel suelo accidentado de collados cubiertos de árboles, últimas raíces de las montañas del Ural.

Allí comenzaba realmente lo que se llama la estepa siberiana, que se prolonga hasta los alrededores de Krasnoiarsk. Era la llanura sin límites, una suerte de desierto cubierto de hierba en cuya circunferencia venían a confundirse cielo y tierra en una curva que habría podido creerse limpiamente dibujada al compás. Aquella estepa no mostraba a la mirada más relieve que el perfil de los postes del telégrafo dispuestos a cada lado del camino, cuyos hilos vibraban con la brisa como las cuerdas de un arpa. El propio camino no se distinguía del resto de la llanura más que por el fino

polvo que se elevaba tras las ruedas del tarantás. Sin aquella cinta blanquecina, habrían podido creerse en el desierto.

Miguel Strogoff y sus compañeros se lanzaron a una velocidad aún mayor a través de la estepa. Los caballos, excitados por el yemschik, sin obstáculos que pudieran retrasarlos, devoraban el espacio. Los tarantás corrían derechos hacia Ichim, donde tenían que detenerse los dos corresponsales, si ningún acontecimiento venía a cambiar su itinerario.

Unas doscientas verstas separan Novo-Zaimskoe de la ciudad de Ichim, y al día siguiente, antes de las ocho de la tarde, podían y debían haberse recorrido, a condición de no perder un solo instante. En la mente de los yemschiks, si los viajeros no eran grandes señores o altos funcionarios, eran dignos de serlo, aunque no fuera más que por su generosidad en el pago de las propinas.

Al día siguiente, 23 de julio, en efecto, los dos tarantás estaban sólo a treinta verstas de Ichim.

En aquel momento, Miguel Strogoff divisó en el camino, apenas visible en medio de las volutas de polvo, un coche que iba delante del suyo. Como sus caballos, menos cansados, corrían con mayor rapidez, no iba a tardar en alcanzarlo.

No era ni una telega, ni un tarantás, sino una berlina de posta, completamente polvorienta, que debía haber hecho ya un largo viaje. El postillón golpeaba con todas sus fuerzas al tiro de caballos, manteniéndolo al galope sólo a costa de injurias y latigazos. Era evidente que aquella berlina no había pasado por Novo-Zaimskoe y que había debido alcanzar el camino de Irkutsk por alguna trocha perdida en la estepa.

Al ver aquella berlina que corría hacia Ichim, Miguel Strogoff y sus compañeros no tuvieron más que un pensamiento, adelantarla y llegar antes que ella a la posta, para asegurarse ante todo los caballos disponibles. Dieron una orden a sus yemschiks, que en seguida se encontraron en línea con el tiro agotado de la berlina.

Fue Miguel Strogoff quien llegó primero. En aquel momento apareció una cabeza en la portezuela de la berlina.

Miguel Strogoff tuvo apenas tiempo para observarla. Sin embargo, a pesar de lo rápidamente que pasó, pudo oír con mucha precisión esta palabra, pronunciada con voz imperiosa, a él destinada:

—¡Alto!

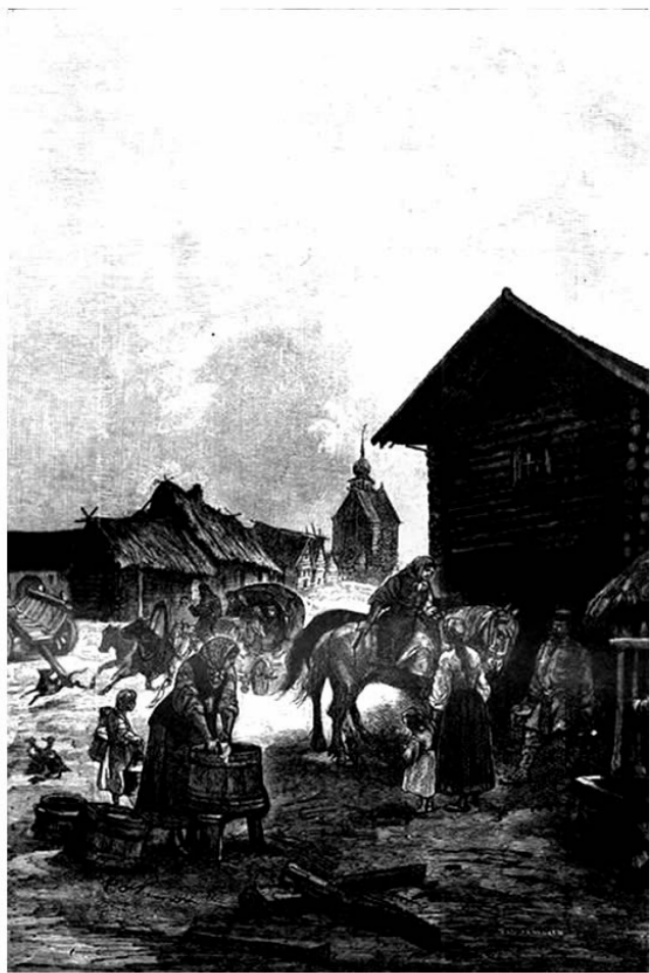
Nadie se paró. Por el contrario, la berlina fue rápidamente adelantada por los dos tarantás.

Fue entonces una carrera de velocidad, porque el tiro de la berlina, excitado sin duda por la presencia y la marcha de los caballos que le adelantaban, recobró fuerzas para mantenerse durante algunos minutos. Los tres coches habían desaparecido en una nube de polvo. De aquellas nubes blanquecinas se escapaban como una traca los trallazos, mezclados con gritos de estímulo e interjecciones de cólera.

Sin embargo, Miguel Strogoff y sus compañeros siguieron cobrando ventaja, que podía ser muy importante en el caso de que la posta estuviera mal surtida de caballos. Equipar dos coches quizá fuera más de lo que podría hacer el maestro de posta, al menos a corto plazo.

Media hora después, la berlina, que se había quedado atrás, no era más que un punto apenas visible en el horizonte de la estepa.

Eran las ocho de la tarde cuando los dos tarantás llegaron a la posta que se encontraba a las puertas de Ichim.



Una posta en Siberia

Las noticias de la invasión eran cada vez peores. La ciudad estaba directamente amenazada por la vanguardia de las columnas tártaras y, desde hacía dos días, las autoridades habían tenido que replegarse a Tobolsk. En Ichim no había ya ni funcionarios ni soldados.

Al llegar a la posta, Miguel Strogoff pidió inmediatamente caballos para él.

Había demostrado ser muy prudente al adelantar a la berlina. Sólo quedaban tres caballos en condiciones de ser enganchados al momento. Los demás volvían fatigados de alguna larga etapa.

El maestro de posta dio la orden de que los engancharan.

En cuanto a los dos corresponsales, a los que pareció oportuno pararse en Ichim, no tenían que preocuparse por un medio de transporte inmediato y encargaron que les guardaran el carruaje.

Diez minutos después de su llegada a la posta, Miguel Strogoff recibió aviso de que su tarantás estaba listo para salir.

—¡Bien! —respondió.

Y dirigiéndose hacia los dos periodistas, dijo:

—Ahora, señores, puesto que se quedan ustedes en Ichim, ha llegado el momento de separarnos.

—¿Cómo, señor Korpanoff! —dijo Alcide Jolivet—. ¿No se queda usted ni siquiera una hora en Ichim?

—No, señor, y deseo abandonar la ciudad antes de la llegada de esa berlina que acabamos de adelantar.

—¿Teme usted, pues, que ese viajero le dispute los caballos de la posta?

—Sobre todo deseo evitar cualquier dificultad.

—Entonces, señor Korpanoff —dijo Alcide Jolivet—, sólo nos queda agradecerle una vez más el favor que nos ha hecho y el placer que nos ha dado al permitirnos viajar en su compañía.

—Es posible, además, que nos encontremos dentro de unos días en Omsk —añadió Harry Blount.

—Es posible, en efecto —respondió Miguel Strogoff—, puesto que voy allí directamente.

—¡Bueno, pues, buen viaje, señor Korpanoff! —dijo entonces Alcide Jolivet—. ¡Y que Dios le guarde de las telegas!

Los dos corresponsales tendían la mano a Miguel Strogoff, con intención de estrechársela lo más cordialmente posible, cuando se

oyó el ruido de un coche en el exterior.

Casi inmediatamente, se abrió la puerta de la casa de postas bruscamente y apareció un hombre.

Era el viajero de la berlina, un individuo de porte militar, de unos cuarenta años, alto, robusto, de cabeza potente, hombros anchos y espesos bigotes que hacían juego con sus patillas rojizas. Llevaba un uniforme sin insignias. Un sable de caballería le colgaba de la cintura y llevaba en la mano un látigo de mango corto.

—¡Caballos! —pidió con el aire imperioso de un hombre acostumbrado a dar órdenes.

—No tengo más caballos disponibles —respondió el maestro de posta inclinándose.

—¡Los necesito al instante!

—Es imposible.

—¿Qué son entonces esos caballos que están enganchados al tarantás que he visto a la puerta de la posta?

—Pertenecen a este viajero —respondió el maestro de posta señalando a Miguel Strogoff.

—¡Que los desenganchen...! —dijo el viajero con un tono que no admitía réplica.

Miguel Strogoff se adelantó entonces.

—Esos caballos me corresponden —dijo.

—¡A mí qué me importa! ¡Los necesito! ¡Venga, rápido! ¡No tengo tiempo que perder!

—Yo tampoco tengo tiempo que perder —respondió Miguel Strogoff, que deseaba mantenerse en calma y se contenía a duras penas.

Nadia estaba junto a él, también en calma, pero inquieta en sus adentros por una escena que hubiera sido preferible evitar.

—¡Basta! —replicó el viajero.

Y, dirigiéndose al maestro de posta:

—¡Que desenganchen esos caballos del tarantás —exclamó con gesto amenazador— y que los enganchen a mi berlina!

El maestro de posta, muy incomodado, no sabía a quién obedecer y miraba a Miguel Strogoff, que evidentemente estaba en su derecho de negarse a las injustas exigencias de aquel viajero.

Miguel Strogoff dudó un instante. No quería hacer uso del podaroshna, que habría llamado la atención, tampoco quería

retrasar su viaje cediendo los caballos, ni, por otra parte, deseaba entablar una pelea que hubiera podido comprometer su misión.

Los dos periodistas lo miraban, dispuestos a intervenir en su apoyo si recurría a ellos.

—Mis caballos se quedarán enganchados a mi carruaje —dijo Miguel Strogoff, pero sin elevar el tono más de lo que correspondía a un simple mercader de Irkutsk.

El viajero se adelantó hacia él, poniéndole bruscamente una mano sobre el hombro:

—¡De modo que no quieres cederme tus caballos! —dijo con voz tonante.

—No —dijo Miguel Strogoff.

—¡Pues bien! ¡Serán de aquel de nosotros que pueda volver a ponerse en camino! ¡Defiéndete porque no te voy a dar cuartel!



«¡Defiéndete porque no te voy a dar cuartel!»

Y dicho esto, el viajero sacó el sable de su vaina y se puso en guardia.

Nadia se había precipitado delante de Miguel Strogoff y Alcide Jolivet y Harry Blount se adelantaron hacia él.

—No me batiré —dijo sencillamente Miguel Strogoff, que para contenerse mejor, se había cruzado de brazos.

—¿No te batirás?

—No.

—¿Ni siquiera después de esto? —exclamó el viajero.

Y, antes de que le pudieran retener, el mango del látigo golpeó el hombro de Miguel Strogoff.

Ante aquel insulto, Miguel Strogoff palideció terriblemente. Sus manos se levantaron muy abiertas, como si fueran a machacar a aquel personaje brutal. Pero, con un supremo esfuerzo, consiguió dominarse. ¡Un duelo significaba más que un retraso, podía significar frustrar su misión...! ¡Más valía perder alguna hora! Sí, pero... ¡tragarse la afrenta!

—¿Te batirás ahora, cobarde? —repitió el viajero añadiendo la grosería a la brutalidad.

—¡No! —respondió Miguel Strogoff, sin moverse, pero mirando a los ojos al viajero.

—¡Los caballos, al instante! —dijo entonces éste.

Y salió de la sala.

El maestro de posta le siguió inmediatamente, no sin haberse encogido de hombros y observado a Miguel Strogoff con aire reprobador.

El efecto producido en los periodistas por aquel incidente no podía ser favorable para Miguel Strogoff. Su desengaño era patente. ¡Aquel robusto mocetón dejándose golpear así y sin pedir cuentas por tamaño insulto...! Se contentaron con saludarlo y se retiraron, diciéndole Alcide Jolivet a Harry Blount:

—¡Nunca hubiera creído tal cosa de un hombre que abre en canal tan limpiamente a los osos de los Urales! ¿Será cierto, pues, que el valor tiene sus momentos y sus maneras? ¡No hay quien lo entienda! Después de ver esto, quizá lo que nos falte es haber sido siervos...

Un instante después, el crujir de unas ruedas y el restallar de un látigo indicaban, sin duda, que la berlina, con los caballos del

tarantás enganchados, abandonaba rápidamente la casa de postas.

Quedaron solos en la sala del mesón. El correo del zar, todavía con los brazos cruzados ante el pecho, se había sentado. Habríase dicho que era una estatua. Sin embargo, un rubor, que no debía ser el de la vergüenza, había sustituido a la palidez en su rostro varonil.

Nadia no albergaba la menor duda que sólo unas poderosas razones habrían podido hacer que un hombre como aquél se tragara semejante humillación.

Acercándosele, pues, como había hecho él mismo en el puesto de policía de Nizhni Nóvgorod:

—¡Dame tu mano, hermano mío! —dijo.

Y, al mismo tiempo, su dedo, con gesto casi maternal, enjugó una lágrima que iba a surgir del ojo de su compañero.

XIII. Ante todo, el deber

Nadia había adivinado que un móvil secreto dirigía todos los actos de Miguel Strogoff, que éste, por alguna razón desconocida para ella, no se pertenecía a sí mismo, que no tenía el derecho a disponer de su persona y que, en aquella circunstancia, acababa de inmolar heroicamente al deber el propio resentimiento por una injuria mortal.

Nadia tampoco pidió explicación alguna a Miguel Strogoff. ¿No respondía ya la mano que le había tendido a todo lo que él hubiera podido decirle?

Miguel Strogoff permaneció mudo durante toda la velada.

Al no poder el maestro de posta proporcionarle caballos frescos hasta la mañana siguiente, tendrían que pasar una noche entera en el mesón. Nadia tuvo que aprovechar para tomar algún descanso y le prepararon un cuarto.

La muchacha habría preferido, sin duda, no dejar a su compañero, pero sentía que éste necesitaba estar solo y se dispuso a subir al aposento que le habían destinado.

Sin embargo, en el momento de retirarse, no pudo impedir decirle adiós.

—Hermano... —murmuró.

Pero Miguel Strogoff la interrumpió con un gesto. Un suspiro se escapó del pecho de la joven, que dejó la sala.

Miguel Strogoff no se acostó. No habría podido dormir ni siquiera una hora. En aquella parte de su cuerpo donde le había tocado el látigo del brutal viajero sentía como una quemadura.

—¡Por la Patria y por el Padre! —murmuró al fin, terminando su oración de la noche.



«¡Por la Patria y por el Padre!», murmuró al fin, terminando su oración de la noche

A pesar de todo, sintió una imperiosa necesidad de saber quién era aquel hombre que le había golpeado, de dónde venía, a dónde iba. En cuanto a su rostro, los rasgos estaban tan grabados en su memoria que no podía temer olvidarlos jamás.

Miguel Strogoff mandó llamar al maestro de posta.

Éste, siberiano de pura cepa, vino en seguida y, mirando al mozo con altivez, esperó que le interrogara.

—¿Eres del país? —le preguntó Miguel Strogoff.

—Sí.

—¿Conoces a ese hombre que se ha llevado mis caballos?

—No.

—¿Nunca lo habías visto?

—¡Nunca!

—¿Quién crees que puede ser?

—Un gran señor que sabe hacerse obedecer.

La mirada de Miguel Strogoff entró como un puñal en el corazón del siberiano, pero éste ni movió los párpados.

—¿Te permites juzgarme? —exclamó Miguel Strogoff.

—¡Sí —respondió el siberiano—, porque hay cosas que ni siquiera un simple mercader puede recibir sin devolverlas!

—¿Los latigazos?

—¡Los latigazos, muchacho! ¡Tengo fuerza y edad suficientes para decírtelo!

Miguel Strogoff se acercó al maestro de posta y le puso sus poderosas manos sobre los hombros.

Luego, con una voz singularmente tranquila:

—¡Vete, amigo mío, vete! —le dijo—. ¡Podría matarte!



«¡Vete, amigo mío vete!», le dijo, «¡podría matarte!»

El maestro de posta, esta vez, había comprendido.

—Así me gusta más —murmuró, y se fue sin añadir una palabra.

Al día siguiente, 24 de julio, a las ocho de la mañana, el tarantás tenía enganchados tres vigorosos caballos. Miguel Strogoff y Nadia tomaron asiento y la ciudad de Ichim, de la que tan ingrato recuerdo habrían de guardar ambos, desapareció rápidamente tras un recodo del camino.

En las distintas postas a las que llegaba, Miguel Strogoff pudo comprobar que la berlina le seguía precediendo por la ruta de Irkutsk, y que el viajero, con igual premura que él mismo, no perdía un instante en la travesía de la estepa.

A las cuatro de la tarde, setenta y cinco verstas más lejos, en la estación de Abatskaia, hubo que franquear el río Ichim, uno de los principales afluentes del Irtysh.

Aquel paso fue algo más difícil que el del Tobol. En efecto, la corriente del Ichim era bastante rápida en aquel lugar. Durante el invierno siberiano, todos esos cursos de agua de la estepa, con un espesor de hielo de varios pies, son fácilmente practicables y el viajero los atraviesa casi sin darse cuenta, puesto que el cauce desaparece bajo la inmensa sábana blanca que cubre uniformemente la llanura; pero, en verano, las dificultades para franquearlos pueden ser enormes.

En efecto, se emplearon dos horas para atravesar el Ichim, lo que exasperó a Miguel Strogoff, tanto más cuanto los barqueros le dieron noticias inquietantes de la invasión de los tártaros.

Esto era lo que decían:

Algunos exploradores de Feofar Kan habían aparecido ya en las dos orillas del Ichim inferior, en las comarcas meridionales de la provincia de Tobolsk. Omsk estaba muy amenazada. Se hablaba de un encontronazo entre las tropas siberianas y los tártaros en la frontera de las hordas grandes de los kirguiz, enfrentamiento que había resultado ventajoso para los rusos, demasiado débiles en aquel punto. Tras ello, el repliegue de las fuerzas y luego la emigración general de los campesinos de la provincia. Contaban horribles atrocidades cometidas por los invasores, saqueos, robos, incendios, asesinatos. Era el sistema de guerra tártaro. De todas partes, pues, huían de las vanguardias de Feofar Kan. Así, ante aquella despoblación de pueblos y aldeas, el mayor temor de Miguel

Strogoff era que llegaran a faltarle los medios de transporte. Tenía, pues, una prisa extremada por llegar a Omsk. Quizá, al salir de esa ciudad, podría tomar la delantera a las avanzadillas tártaras que bajaban por el valle del Irtysh y encontrar vía libre hasta Irkutsk.

En aquel mismo lugar donde el tarantás acababa de cruzar el río termina lo que en lenguaje militar se conoce como «cadena de Ichim», serie de torres o fortines de madera que se extiende desde la frontera sur de Siberia a lo largo de unas cuatrocientas verstas (427 kilómetros). Antaño, estos fortines estaban ocupados por destacamentos de cosacos, para proteger la comarca tanto contra los kirguiz como contra los tártaros. Pero, al haberse abandonado cuando el gobierno moscovita creyó haber reducido a aquellas hordas a la sumisión absoluta, ya no podían servir, precisamente cuando más útiles habrían podido resultar. La mayor parte de esos fortines habían quedado reducidos a cenizas y algunas columnas de humo que se elevaban en torbellinos sobre el horizonte meridional, como mostraban los barqueros a Miguel Strogoff, daban testimonio de la aproximación de la vanguardia tártara.

Una vez que la barcaza hubo depositado el tarantás y su tiro de caballos en la orilla derecha del Irtysh, volvieron a ponerse en camino a toda velocidad.

Eran las siete de la tarde. El cielo estaba cubierto y en varias ocasiones cayeron chubascos de tormenta, que hicieron caer el polvo y mejorar el estado del camino.

Después de la parada de Irtysh, Miguel Strogoff se había quedado taciturno, aunque no dejaba de estar atento a evitarle a Nadia las fatigas de aquel viaje sin tregua ni descanso, de las que la joven no se quejaba en absoluto. Nadia habría deseado dar alas a los caballos del tarantás. Algo le decía que su compañero debía tener aún más prisa que ella por llegar a Irkutsk, pero ¡cuántas verstas los separaban todavía!

Le vino al pensamiento que si Omsk había sido invadida por los tártaros, la madre de Miguel Strogoff, que vivía en esa ciudad, debía estar corriendo un peligro por el que su hijo estaría terriblemente inquieto, y que eso bastaba para explicar su impaciencia por llegar junto a ella.

En un momento dado, Nadia pensó que debía hablarse de la anciana Marfa, de lo aislada que debía encontrarse en medio de

aquellos graves acontecimientos.

—¿No has recibido ninguna noticia de tu madre desde el comienzo de la invasión? —le preguntó.

—Ninguna, Nadia. La última carta que me envió mi madre data de hace ya dos meses, pero me enviaba buenas noticias. Marfa es una mujer enérgica, una siberiana valiente. A pesar de la edad conserva toda su fuerza moral y sabe sufrir.

—Iré a verla, hermano —dijo Nadia resueltamente—. ¡Puesto que me das el título de hermana, soy la hija de Marfa!

Y, como Miguel Strogoff no respondía, añadió:

—¿Quizá habrá podido abandonar Omsk?

—Es posible, Nadia —respondió Miguel Strogoff—, e incluso espero que haya podido llegar a Tobolsk. La anciana Marfa detesta a los tártaros. Conoce la estepa, no tiene miedo y espero que haya tomado su bastón para bajar por las orillas del Irtysh. No hay un lugar de la provincia que no conozca. ¡Cuántas veces ha recorrido todo el país con mi viejo padre, y cuántas veces yo mismo, de pequeño, les he seguido en sus correrías por el desierto siberiano! ¡Sí, Nadia, espero que mi madre habrá dejado Omsk!

—Y ¿cuándo volverás a verla?

—La veré... a la vuelta.

—Pero, si tu madre está en Omsk, ¿no te tomarás una hora para ir a darle un abrazo?

—¡No iré a darle un abrazo!

—¿No vas a ir a verla?

—¡No, Nadia...! —respondió Miguel Strogoff, agitándosele el pecho y comprendiendo que no podría seguir contestando a las preguntas de la muchacha.

—¡Dices que no! ¡Ah, hermano! ¿Qué razones puede haber para que te niegues a verla, si está en Omsk?

—¡Qué razones, Nadia...! ¡Me preguntas qué razones! —exclamó Miguel Strogoff, con una voz tan profundamente alterada que la joven se estremeció—. Pues las mismas razones que me han hecho aguantar hasta la cobardía a aquel miserable que...

No pudo terminar la frase.

—Cálmate, hermano —dijo Nadia con voz suavísima—. Sólo sé una cosa, o mejor dicho, no es que la sepa, es que la siento. Y es que ahora un solo sentimiento guía toda tu conducta: el de un deber

aún más sagrado, si es posible, que el que vincula a un hijo con su madre.

Nadia se calló y, desde entonces, evitó cualquier tema de conversación que pudiera referirse a la situación particular de Strogoff. Había algún secreto que respetar y ella lo respetaba.

Al día siguiente, 25 de julio, a las tres de la mañana, el tarantás llegaba a la posta de Tioukalinsk, después de franquear una distancia de ciento veinte verstas desde el paso del Ichim.

El relevo de caballos se hizo rápidamente. Sin embargo, por primera vez, el yemschik puso algunas dificultades para salir, alegando que había destacamentos de tártaros que batían la estepa y que los viajeros, el coche y los caballos serían una buena presa para los saqueadores.

Miguel Strogoff sólo pudo vencer la resistencia del yemschik a fuerza de dinero, porque en aquella circunstancia, como en las otras, tampoco quiso hacer uso de su podaroshna. El último ucace, transmitido por el hilo del telégrafo, se conocía en todas las provincias siberianas y un ruso, especialmente dispensado de cumplirlo, llamaría inevitablemente la atención pública, lo que debía evitar por encima de todo el correo del zar. En cuanto a las dudas del yemschik, ¿no sería que el muy bribón especulaba con la impaciencia del viajero? ¿Sería verdad que tenía razones para temer algún contratiempo?

Finalmente, el tarantás partió, y con tanta diligencia que a las tres de la tarde, ochenta verstas más allá, alcanzaba Kulatsinskoe.

Una hora después se encontraba en las riberas del Irtish. Omsk no estaba ya más que a una veintena de verstas.

Este Irtish es un río ancho, una de las principales arterias siberianas que arrastraban sus aguas hacia el norte de Asia. Nacido en los montes Altai, se dirige oblicuamente del Sudeste al Noroeste, vertiéndose en el Obi, tras un recorrido de unas siete mil verstas.

En aquella época del año, que es la de la creciente de los ríos de toda la cuenca siberiana, el nivel del Irtish estaba demasiado alto. Además, la violenta, casi torrencial, corriente hacía bastante difícil su paso. Por muy bueno que hubiera sido, un nadador no habría podido cruzarlo e, incluso con la ayuda de una barcaza, aquella travesía del Irtish no dejaba de ofrecer algún peligro.

Pero estos peligros, como todos los demás, no podían detener

por un instante ni a Miguel Strogoff, ni a Nadia, decididos a desafiarlos cualesquiera que fuesen.

Mientras tanto, Miguel Strogoff propuso a su joven compañera hacer primero él solo el paso del río, embarcándose en la barcaza con el tarantás y los caballos, pues temía que el peso hiciera menos segura la navegación. Tras depositar el carruaje y los caballos en la otra orilla, volvería a recoger a Nadia. Ella rehusó. Habría significado un retraso de una hora y no quería ser causa de ello sólo por su seguridad.

El embarque se hizo no sin dificultades, porque las márgenes estaban en parte inundadas y la barcaza no podía acercarse lo bastante como para atracar.

Sin embargo, tras media hora de esfuerzos, el barquero instaló el tarantás y los tres caballos; Miguel Strogoff, Nadia y el yemshik pudieron embarcar y empezó la travesía.

En los primeros minutos todo fue bien. La corriente del Irtysh, rota río arriba por un punta de la orilla, formaba un remolino que la barcaza atravesó con facilidad. Los dos barqueros empujaban con largas pértigas, muy hábilmente manejadas; pero, a medida que iban alcanzando el centro del río, el fondo se iba haciendo más profundo y casi no les dejaba palo para apoyar el cuerpo. La punta de las pértigas no sobresalían más de un pie de la superficie de las aguas, haciendo que fueran difíciles de usar e insuficientes.

Miguel Strogoff y Nadia, sentados a popa de la barcaza y temiendo siempre algún retraso, observaban con cierta inquietud las maniobras de los barqueros.

—¡Atención! —gritó uno de ellos al compañero.

El grito se debía a la nueva dirección que había tomado el transbordador a toda velocidad. Sufría en aquel momento la presión directa de la corriente, deslizándose rápidamente río abajo. Se trataba entonces de ponerlo al través del sentido de las aguas, usando las pértigas. Para ello, apoyaron la punta de éstas en unas muescas talladas en las bandas, logrando situar a la barcaza en oblicuo y acercándose poco a poco hacia la otra orilla.

Podía calcularse con cierta seguridad que alcanzarían la orilla a unas cinco o seis verstas más abajo del punto de embarque, pero no importaba, después de todo, si las bestias y los viajeros desembarcaban sin incidentes.

Los dos barqueros, hombres vigorosos, estimulados además con la promesa de un elevado peaje, no dudaban del éxito de aquella difícil travesía del Irtish.

Pero no contaban con un incidente que no podían prever y que ni su celo ni su habilidad habrían podido evitar en aquellas circunstancias.

La barcaza se encontraba en medio de la corriente, a la misma distancia de las dos orillas, bajando a una velocidad de dos verstas por hora, cuando Miguel Strogoff se levantó a mirar atentamente río arriba.

Pudo ver entonces varias barcas arrastradas por la corriente a gran velocidad, pues a la acción del agua se unía la de los remos de que estaban dotadas.

El rostro de Miguel Strogoff se contrajo de pronto y se le escapó una exclamación.

—¿Qué ocurre? —preguntó la muchacha.

Pero antes de que Miguel Strogoff tuviera tiempo de contestarle; uno de los barqueros; exclamaba, con acento de terror:

—¡Los tártaros, los tártaros!

Eran en efecto barcas cargadas de soldados que descendían rápidamente el Irtish y en pocos minutos habrían alcanzado la barcaza, demasiado cargada para huir ante ellas.

Los barqueros, aterrorizados por aquella aparición, lanzaron gritos de desesperación y abandonaron las pértigas.

—¡Valor, amigos! —exclamó Miguel Strogoff—. ¡Valor! ¡Cincuenta rublos si alcanzamos la orilla antes de que lleguen esas barcas!

Los barqueros, animados por aquellas palabras, reemprendieron la maniobra y siguieron bajando al través de la corriente, pero en seguida estuvo claro que no podrían evitar el abordaje de los tártaros.

¿Pasarían éstos sin molestarlos? Era poco probable. Había que temerse lo peor de aquellos saqueadores.

—No tengas miedo, Nadia —dijo Miguel Strogoff—, pero es mejor que estés dispuesta a todo.

—Lo estoy —respondió ella.

—¿Incluso a tirarte al río, cuando yo te lo diga?

—Cuando me lo digas.

—Ten confianza en mí, Nadia.

—¡La tengo!

Las barcas no estaban ya más que a unos cien pies. Llevaban un destacamento de soldados bujarianos, que iban a intentar un reconocimiento en Omsk.

La barcaza se encontraba entonces a dos largos de la orilla. Los barqueros redoblaron sus esfuerzos. Miguel Strogoff se unió a ellos y agarró una pértiga, maniobrando con fuerza sobrehumana. Si conseguía desembarcar el tarantás y poner los caballos al galope, tenía algunas posibilidades de escapar de aquellos tártaros, que no llevaban monturas.

¡Pero tantos esfuerzos iban a resultar inútiles!

—*¡Saryn na kitchu!* [59] —gritaron los hombres de la primera barca.

Miguel Strogoff reconoció el grito de guerra de los piratas tártaros, al que no había más respuesta que tumbarse boca abajo.

Y como ni los barqueros ni él mismo obedecieron la orden, sonó una violenta descarga y dos de los caballos fueron alcanzados de muerte.

En aquel momento se produjo un choque... Las barcas habían abordado la barcaza de través.

—¡Ven, Nadia! —exclamó Miguel Strogoff, preparado para lanzarse por la borda.

La muchacha iba a seguirle, cuando Miguel Strogoff, alcanzado por una lanza, cayó al río. La corriente lo arrastró, su mano se agitó un instante sobre las aguas, y desapareció.

Nadia lanzó un grito, pero, sin darle tiempo a lanzarse en pos de su compañero, se apoderaron de ella y la pusieron en una de las barcas.

Un instante después, los barqueros fueron muertos a lanzazos y la barcaza se deslizaba a la deriva, mientras los tártaros seguían bajando por el curso del Irtysh.



Se apoderaron de ella y la pusieron en una de las barcas

XIV. Madre e hijo

Omsk es la capital oficial de la Siberia occidental. No es la ciudad más importante de la provincia de su nombre, puesto que Tomsk es mayor y tiene más población, pero en Omsk es donde reside el gobernador general de esta primera mitad de la Rusia asiática.

Propiamente hablando, Omsk se compone de dos ciudades distintas, una en la que sólo viven las autoridades y funcionarios, y otra en la que viven especialmente los comerciantes siberianos, aunque tenga poco carácter mercantil.

Esta ciudad cuenta con unos doce o trece mil habitantes. Está protegida por un recinto amurallado, flanqueado de bastiones, pero estas fortificaciones son de tierra y no pueden darle más que una defensa insuficiente. Los tártaros, que lo sabían bien, intentaron entonces tomarla por la fuerza, y lo consiguieron después de varios días de empeños.

La guarnición de Omsk, reducida a dos mil hombres, había resistido valientemente. Pero, abrumada por las tropas del emir, rechazada poco a poco de la ciudad de los mercaderes, había tenido que refugiarse en la ciudad alta.

Allí es donde el gobernador general, sus oficiales y soldados se habían parapetado. Habían convertido el barrio alto de Omsk en una especie de ciudadela, tras haber cerrado las ventanas de las casas e iglesias en forma de aspilleras, y por el momento resistían en aquella suerte de *kremľ* improvisado, sin gran esperanza de obtener socorro a tiempo. En efecto, las tropas tártaras recibían cada día nuevos refuerzos, que bajaban el curso del Irtysh y, lo que era más grave, estaban dirigidas por un oficial, traidor a su país pero de gran mérito y audacia a toda prueba.

Era el coronel Iván Ogareff.

Iván Ogareff, terrible como uno de esos jefes tártaros a los que impulsaba hacia delante, era un militar instruido. Con algo de sangre mongola por su madre, que era de origen asiático, se complacía en la astucia, en imaginar emboscadas, y ningún método

le repugnaba cuando quería sorprender algún secreto o tender alguna trampa. Intrigante por naturaleza, empleaba los disfraces más viles, convirtiéndose en mendigo si venía al caso, adoptando a la perfección cualquier forma o aspecto. Además era cruel y se habría convertido en verdugo si lo hubiera creído oportuno. Feofar Kan tenía en él a un lugarteniente digno de secundarle en aquella guerra salvaje.

Así, pues, cuando Miguel Strogoff llegó a las riberas del Irtysh, Iván Ogareff era ya dueño de Omsk, presionando tanto más el asedio del barrio de la ciudad, cuanto le apremiaba llegar a Tomsk, donde acababa de concentrarse el grueso del ejército tártaro.

En efecto, Tomsk había sido tomada por Feofar Kan hacía varios días y desde allí tenían que marchar hacia Irkutsk los invasores, dueños de la Siberia central.

Irkutsk era el verdadero objetivo de Iván Ogareff.

El plan de aquel traidor era hacerse recibir por el Gran Duque bajo nombre falso, captar su confianza, y llegado el momento, entregar a los tártaros la ciudad con el Gran Duque a la cabeza.

Con semejantes ciudad y rehén, toda Siberia caería en manos de los invasores.

Ahora bien, como es sabido, el zar conocía este complot y para desbaratarlo había entregado a Miguel Strogoff la importante misiva de la que éste era portador. A eso se debían también las instrucciones severísimas que se le habían dado de pasar de incógnito a través de la comarca invadida.

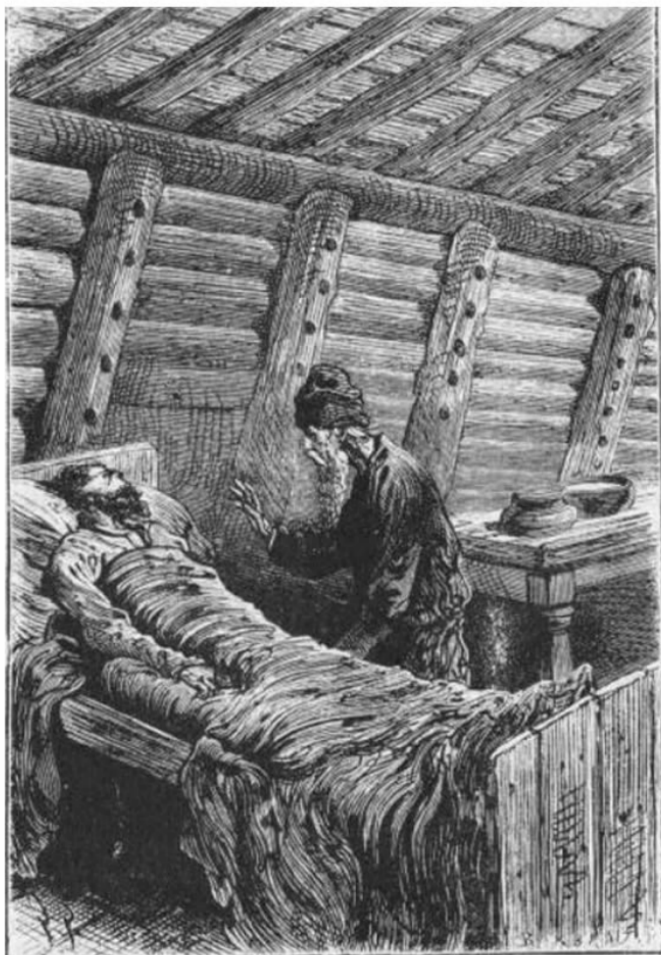
La misión había sido ejecutada fielmente hasta entonces, pero ¿podría seguir haciéndolo a partir de aquel momento?

El golpe que había herido a Miguel Strogoff no era mortal. Nadando de forma que no le vieran, había llegado hasta la orilla derecha, donde cayó desvanecido entre los juncos.

Al volver en sí, se encontró en la cabaña de un mujik que lo había recogido y curado, y al que debía el encontrarse aún con vida. ¿Cuánto tiempo hacía que gozaba de la hospitalidad de aquel buen siberiano? No habría podido decirlo, pero cuando abrió los ojos, vio aquel bondadoso rostro barbudo inclinado sobre él que lo observaba con mirada compadecida. Iba a preguntarle dónde estaba, cuando el mujik, anticipándose, le dijo:

—¡No hables, padrecito, no hables! Aún estás muy débil. Te voy

a decir dónde estás y todo lo que ha ocurrido desde que te he traído a esta cabaña.



«¡No hables, padrecito, no hables! Aún estás muy débil»

Y el mujik contó a Miguel Strogoff los varios incidentes de la lucha de la que había sido testigo, el ataque a la barcaza por la barcas tártaras, el saqueo del tarantás, la matanza de los barqueros...

Pero Miguel Strogoff ya no lo escuchaba y, llevándose la mano al pecho, sintió la carta imperial todavía sujeta contra su pecho.

Respiró profundamente, pero aquello no era todo.

—Me acompañaba una muchacha —dijo.

—¡No la han matado! —respondió el mujik, adelantándose a la inquietud que leía en los ojos de su huésped—. ¡Se la han llevado en una barca y han seguido descendiendo el Irtysh! ¡Una prisionera más que añadir a tantos otros que ya se han llevado a Tomsk!

Miguel Strogoff no pudo responder. Se puso la mano en el corazón para contener sus latidos.

Pero, a pesar de tantas pruebas, el sentido del deber dominaban su alma por entero.

—¿Dónde estoy? —preguntó.

—En la orilla derecha del Irtysh y sólo a cinco verstas de Omsk —respondió el mujik.

—¿Qué herida he recibido, que me ha dejado sin conocimiento? ¿No ha sido un disparo?

—No, un lanzazo en la cabeza, que ya está cicatrizado —respondió el mujik—. Después de algunos días de reposo, padrecito, podrás seguir tu camino... Caíste al río, pero los tártaros no te tocaron ni te registraron y tu bolsa sigue en tu poder.

Miguel Strogoff tendió la mano al mujik y, enderezándose con un súbito esfuerzo, dijo:

—Amigo, ¿cuánto tiempo hace que estoy en tu cabaña?

—Hace tres días.

—¡Tres días perdidos!

—¡Tres días que has pasado sin conocimiento!

—¿Tienes un caballo para venderme?

—¿Quieres partir ya?

—¡Inmediatamente!

—¡No tengo ni caballo ni carruaje, padrecito! ¡Por donde pasan los tártaros, no queda nada!

—Pues bien, iré a Omsk a pie, a buscar un caballo...

—Tómate unas horas de descanso todavía y estarás en mejores

condiciones para continuar tu viaje.

—¡Ni una hora!

—Vamos, pues —respondió el mujik, comprendiendo que no había manera de luchar contra la voluntad de su huésped—. Te llevaré yo mismo. Además, todavía hay buen número de rusos en Omsk, y quizá puedas pasar inadvertido.

—¡Amigo! —respondió Miguel Strogoff—. ¡Que el cielo te premie por todo lo que has hecho conmigo!

—¡Una recompensa! ¡Sólo los locos la esperan en la tierra! —respondió el mujik.

Miguel Strogoff salió de la cabaña. Cuando quiso echar a andar, le dio un desvanecimiento tal que, sin la ayuda del mujik, habría caído redondo. Pero el aire libre le permitió rehacerse en seguida. Se resintió entonces del golpe que le habían dado en la cabeza, cuya violencia había amortiguado su gorro de piel. Con su reconocida energía, no era hombre que se dejara vencer por tan poco. ¡Un solo objetivo se erigía ante sus ojos y era aquella lejana Irkustk a la que no podía dejar de llegar! Pero tenía que atravesar Omsk sin detenerse.

—¡Qué Dios proteja a mi madre y a Nadia! —murmuró—. ¡Aún no tengo derecho a pensar en ellas!

Miguel Strogoff y el mujik llegaron en seguida al barrio de los mercaderes de la ciudad baja y, aunque estuviera ocupado militarmente, entraron sin dificultad. El recinto de adobes había sido demolido en muchos sitios, otras tantas brechas por donde entraban los merodeadores que seguían a las tropas de Feofar Kan.

Dentro de la ciudad, en las calles y en las plazas, los soldados tártaros eran como hormigas, pero podía verse que una mano de hierro les imponía una disciplina a la que estaban poco acostumbrados. En efecto, nunca iban aislados, sino en grupos armados, de forma que pudieran defenderse contra cualquier agresión.

En la plaza mayor, transformada en campamento guardado por numerosos centinelas, dos mil tártaros vivaqueaban en debido orden. Los caballos atados a unos piquetes, pero con los arreos puestos, estaban listos para partir a la primera orden.

Omsk sólo podía ser una parada provisional para aquella caballería tártara, que debía preferir las ricas llanuras de la Siberia

oriental, donde las ciudades son más opulentas, los campos más fértiles y, por consiguiente, el saqueo más fructífero.

Dominando la ciudad de los mercaderes se escalonaba la ciudad alta, que Iván Ogareff, a pesar de los asaltos vigorosamente lanzados, pero valerosamente resistidos, aún no había podido reducir. Por encima de las almenadas murallas ondeaba el pabellón con los colores nacionales de Rusia.

No faltaba un legítimo orgullo en el saludo que le hicieron con el corazón Miguel Strogoff y su guía.

Miguel Strogoff conocía perfectamente la ciudad de Omsk y, sin dejar de seguir al guía, evitó las calles demasiado frecuentadas. No es que temiera ser reconocido. En aquella ciudad, sólo su anciana madre habría podido llamarle por su auténtico nombre, pero había jurado no verla, y no la vería. Por otra parte, como él deseaba de todo corazón, quizá hubiera podido huir a algún lugar tranquilo de la estepa.

Por fortuna, el mujik conocía a un maestro de posta de quien creía que, pagándole bien, no se negaría a venderle o alquilarle un carruaje o caballos. Quedaría por resolver la dificultad de abandonar la ciudad, pero las brechas de la muralla habrían de facilitar la salida de Miguel Strogoff.

El mujik conducía a su huésped directamente a la posta, cuando en una calle estrecha Miguel Strogoff se detuvo de repente, ocultándose tras un lienzo de pared.

—¿Qué te pasa? —le preguntó el mujik, asombrado de aquel brusco movimiento.

—¡Silencio! —se apresuró a responder Miguel Strogoff, poniéndose un dedo en los labios.

En aquel momento, un destacamento de tártaros desembocaba en la plaza mayor y tomaba la calle por la que acababan de pasar Miguel Strogoff y su compañero.

A la cabeza del destacamento, compuesto por una veintena de jinetes, marchaba un oficial vestido con un uniforme muy sencillo. Aunque sus miradas iban rápidamente de un lado a otro de la calle, no podía llegar a ver a Miguel Strogoff, que se había retirado precipitadamente.

El destacamento iba al trote largo por aquella calle estrecha. Ni el oficial, ni su escolta se preocupaban de los viandantes. A esos

infortunados apenas les daba tiempo para apartarse al paso de los militares. Así hubo algunos gritos medio ahogados, que inmediatamente fueron reprimidos a golpe de lanza, y la calle quedó expedita en un instante.

Al desaparecer la escolta, preguntó Miguel Strogoff volviéndose al mujik.

—¿Quién es ese oficial?

Y mientras hacía aquella pregunta su rostro estaba pálido como el de un muerto.

—Es Iván Ogareff —respondió el siberiano, con una voz sorda que rezumaba odio.

—¡Ése! —exclamó Miguel Strogoff, escapándosele la palabra con un tono de rabia que no pudo reprimir.

Acababa de reconocer en aquel oficial al viajero que le había golpeado en la posta de Ichim.

Y, quizá por una alucinación de su mente, aquel viajero, al que había entrevisto solamente, le recordó al viejo cingaro, cuyas palabras había sorprendido en el mercado de Nizhni Nóvgorod.

Miguel Strogoff no se equivocaba. Aquellos dos personajes eran el mismo hombre. Bajo las ropas de un cingaro, mezclado con la cuadrilla de Sangarra, era como Iván Ogareff había logrado dejar la provincia de Nizhni Nóvgorod, donde había ido a buscar, entre los numerosos extranjeros atraídos de toda Asia central por la feria, a los conjurados que quería asociar al cumplimiento de su nefasta obra. Sangarra y sus cingaros, verdaderos espías a sueldo suyo, le eran absolutamente fieles. Era él quien durante aquella noche en el campo de la feria, había pronunciado la frase singular cuyo sentido podía comprender ahora Miguel Strogoff; era él quien viajaba a bordo del «Cáucaso» con toda la banda de gitanos; era él quien, por aquel otro camino de Kazán a Ichim a través de los Urales, había llegado a Omsk, donde era dueño y señor.

Hacía apenas tres días que Iván Ogareff estaba en Omsk y, sin su funesto encuentro en Ichim, sin el acontecimiento que le había retenido tres días en las orillas de Irtysh, Miguel Strogoff le habría adelantado en la ruta de Irkutsk...

¡Y quién sabe cuántas desgracias se habrían evitado en el futuro!

En todo caso, Miguel Strogoff se veía obligado más que nunca a huir ante Iván Ogareff y arreglárselas para que no se le viera en

absoluto. Cuando llegara el momento de encontrarse con él cara a cara, ya sabría cómo hacerlo, aunque aquél fuera el dueño de toda Siberia.

El mujik y él siguieron su recorrido por la ciudad y llegaron a la casa de postas. Al llegar la noche no sería difícil salir de la ciudad por una de las brechas de la muralla. En cuanto a comprar un coche para sustituir al tarantás, era imposible. No los había ni en alquiler ni en venta. Pero ¿qué necesidad tenía él ahora de un carruaje? ¿No se había quedado solo, por desgracia, en su viaje? Con un caballo le bastaría y, por fortuna, pudo encontrar uno. Era un caballo de fondo, capaz de soportar largas fatigas, del que Miguel Strogoff, hábil jinete, podría sacar un buen partido.

Minutos después de pagar un alto precio por aquel caballo, estaba listo para partir. Eran entonces las cuatro de la tarde.

Miguel Strogoff, obligado a esperar a la noche para atravesar la muralla, y no queriendo mostrarse por las calles, se quedó en la posta, donde hizo que le sirvieran algo de comer. Había gran afluencia en la sala común. Como ocurría en las estaciones rusas, los habitantes, muy angustiados, venían a buscar noticias. Se hablaba de la próxima llegada de un cuerpo de tropas moscovitas, no a Omsk, sino a Tomsk, con la misión de recobrar la ciudad de manos de los tártaros de Feofar Kan. Miguel Strogoff prestaba oído atento a todo lo que se decía, pero no se mezclaba en las conversaciones.

De repente, un grito le hizo estremecerse, un grito que le penetró hasta el fondo de su alma, dos palabras que, por decirlo así, le atronaron los oídos:

—¡Hijo mío!

¡Su madre, la anciana Marfa estaba delante de él! ¡Toda temblorosa, le sonreía y le tendía los brazos!

Miguel Strogoff se levantó. Iba a lanzarse hacia ella...

Pero el sentido del deber, el serio peligro que correrían tanto su madre como él en aquel doloroso reencuentro, le interrumpieron de pronto y, tanto fue el dominio de sí mismo, que ni un sólo músculo de su cara se movió.



«¡Hijo mío!»

Veinte personas estaban reunidas en aquel salón. Entre ellas habría quizá espías y ¿no se sabía en la ciudad que el hijo de la anciana Marfa pertenecía al cuerpo de los correos del zar?

Miguel Strogoff no se movió.

—¡Miguel! —gritó su madre.

—¿Quién es usted, buena señora? —preguntó Miguel Strogoff balbuciendo estas palabras más que pronunciándolas.

—¿Que quién soy, me preguntas? Hijo mío, ¿no conoces a tu madre?

—¡Se equivoca usted...! —respondió Miguel Strogoff—. Me confunde con alguien parecido...

La anciana Marfa se fue derecha hacia él y mirándole a los ojos:

—¿No eres tú el hijo de Pedro y Marfa Strogoff? —le dijo.

¡Miguel Strogoff habría dado su vida por poder estrecharla libremente en sus brazos...! ¡Pero si cedía, era su fin, el de ella, el de su misión, el de su juramento! Dominándose por entero, cerró los ojos para no ver la angustia inenarrable que contraía el rostro venerado de su madre, retiró las manos para no estrechar las manos temblorosas que le buscaban.

—Verdaderamente no sé qué quiere usted decir, mi buena mujer —respondió retrocediendo unos pasos.

—¡Miguel! —volvió a gritar la anciana madre.

—¡No me llamo Miguel! ¡Nunca he sido hijo suyo! ¡Yo soy Nicolás Korpanoff, comerciante de Irkutsk...!

Y, bruscamente, dejó la sala común, mientras resonaban por última vez estas palabras:

—¡Hijo mío, hijo mío!

Miguel Strogoff, al borde del agotamiento, se había marchado. No vio a su anciana madre, que se había derrumbado casi exánime en un banco. Pero, en el momento en que el maestro de posta se precipitaba a socorrerla, la anciana se levantó de pronto. Una revelación súbita se había abierto paso en su espíritu. ¡Ella, renegada por su hijo! ¡Imposible! ¡Y haberse equivocado, tomando a otro por él, todavía más! ¡Era sin la menor duda su hijo el que acababa de ver y, si no la había reconocido, era porque no quería, porque no debía reconocerla, porque había razones gravísimas para actuar de aquella forma! Entonces, reprimiendo en su interior sus sentimientos de madre, sólo tuvo un pensamiento:

—¿Lo habré perdido sin querer?

—¡Estoy loca! —dijo a los que la interrogaban—. ¡Mis ojos me han engañado! ¡Ese joven no es mi hijo! ¡No tenía su voz! ¡No hay que pensar más en ello! Acabaré viéndolo por todas partes...

Antes de que hubieran pasado diez minutos, se presentaba en la casa de postas un oficial tártaro.

—¿Marfa Strogoff? —preguntó.

—Yo soy —respondió la anciana con un tono tan calmado y un rostro tan tranquilo que los testigos del encuentro que acababa de producirse no la habrían reconocido.

—Ven —dijo el oficial.

Marfa Strogoff, con paso firme, siguió al oficial y salió de la casa de postas.

Algunos instantes después, Marfa Strogoff se encontraba en el campamento de la plaza mayor, en presencia de Iván Ogareff, a quien se había informado inmediatamente de todos los detalles de la escena en la posta.

—¿Tu nombre? —preguntó con tono áspero.

—Marfa Strogoff.

—¿Tienes un hijo?

—Sí.

—¿Es correo del zar?

—Sí.

—¿Dónde está?

—En Moscú.

—¿No tienes noticias tuyas?

—No las tengo.

—¿Desde hace cuánto tiempo?

—Desde hace dos meses.

—¿Quién era, pues, ese muchacho al que llamabas hijo tuyo, hace unos instantes, en la posta?

—Un joven siberiano, a quien he tomado por él —respondió Marfa Strogoff—. ¡Es el décimo a quien creo reconocer como mi hijo desde que la ciudad está llena de extranjeros! ¡Me da la impresión de verlo por todas partes!

—Así, pues, ¿ese hombre no era Miguel Strogoff?

—No era Miguel Strogoff.

—¿Sabes, vieja, que puedo hacer que te torturen hasta que

confieses la verdad?

—He dicho la verdad y la tortura no cambiará en nada mis palabras.

—¿No era Miguel Strogoff ese siberiano? —preguntó una vez más Iván Ogareff.

—¡No! No era él —respondió de nuevo Marfa Strogoff—. ¿Creéis que renegaría de un hijo como el que Dios me ha dado?



«¿Sabes, vieja, que puedo hacer que te torturen...?»

Iván Ogareff lanzó una mirada torva a aquella anciana que lo desafiaba abiertamente. Estaba seguro de que la madre había reconocido a su hijo en aquel joven siberiano. Y si el hijo había renegado primero de su madre y la madre renegaba ahora de su hijo, sólo podía ser por algún motivo gravísimo.

Así, pues, para Iván Ogareff no cabía la menor duda de que el pretendido Nicolás Korpanoff era Miguel Strogoff, correo del zar, oculto bajo un nombre falso y encargado de alguna misión cuyo conocimiento sería capital para él. Por tanto, dio inmediatamente la orden de su busca y captura.

—Que envíen a esta mujer a Tomsk —dijo volviéndose hacia Marfa Strogoff.

Y mientras los soldados la arrastraban brutalmente, añadió entre dientes:

—¡Cuando llegue el momento ya sabré hacer hablar a esta vieja bruja!

XV. Los pantanos de la Baraba

Había sido una suerte para Miguel Strogoff haber abandonado tan bruscamente la posta. Las órdenes de Iván Ogareff se habían transmitido inmediatamente a todas las salidas de la ciudad y enviado sus señas personales a todos los jefes de postas, para que no pudiera salir de Omsk. Pero, en aquel mismo momento, ya había franqueado una de las brechas de la muralla, su caballo corría por la estepa y, al no haber sido perseguido inmediatamente, debería conseguir escapar.

Era el 29 de julio a las ocho de la noche cuando Miguel Strogoff había abandonado Omsk. Esta ciudad se encuentra a mitad de camino entre Moscú e Irkutsk, a donde tenía que llegar antes de diez días, si quería adelantarse a las tropas tártaras. Evidentemente, el deplorable azar que le había colocado en presencia de su madre había traicionado su incógnito. Iván Ogareff no podía ignorar ya que un correo del zar había pasado por Omsk en dirección a Irkutsk. Los despachos que pudiera llevar ese correo debían ser de una extraordinaria importancia. Miguel Strogoff sabía, pues, que se haría todo lo posible para darle caza.

Pero lo que no sabía, lo que no podía saber, era que Marfa Strogoff se encontraba entre las manos de Iván Ogareff y que iba a pagar, quizá con su vida, por el arrebato que no había podido contener al encontrarse en presencia de su hijo. ¡Por fortuna lo ignoraba! ¿Habría podido resistir si no semejante noticia?

Miguel Strogoff arreaba su caballo, comunicándole toda la impaciencia febril que le devoraba, sin pedirle más que una cosa, que le llevara rápidamente hasta una nueva posta, donde pudiera cambiarlo por un carruaje aún más rápido.

A medianoche había franqueado setenta verstas y se detenía en la estación de Koulikovo. Pero no encontró allí, como temía, ni caballos ni coches. Algunos destacamentos tártaros habían sobrepasado la ruta principal de la estepa y lo habían robado o requisado todo, tanto en los pueblos como en las casas de postas. Miguel Strogoff pudo conseguir apenas algo de alimento para él y

para su caballo.

Había que tratar, pues, con cuidado a aquel caballo, porque ya no sabía cuándo y dónde podría encontrar otro para reemplazarlo. Sin embargo, como quería poner el mayor espacio posible entre sí mismo y los jinetes que Iván Ogareff debía haber lanzado en su persecución, resolvió seguir hacia adelante. Tras una hora de descanso, reemprendió su carrera por la estepa.

Hasta entonces, las circunstancias atmosféricas habían favorecido, por fortuna, el viaje del correo del zar. La temperatura era soportable. La noche, muy corta en aquella estación e iluminada por la suave claridad de la luna que se tamizaba a través de las nubes, hacía que el camino fuera practicable. Miguel Strogoff corría, además, como un hombre seguro de su camino, sin una duda, sin la menor vacilación. A pesar de los pensamientos dolorosos que le obsesionaban, había mantenido una extraordinaria lucidez de espíritu y corría hacia su objetivo como si lo hubiera tenido a la vista en el horizonte. Cuando se paraba un momento, en algún recodo del camino, era para dejar que su caballo recuperase al aliento. Se apeaba entonces para aliviarlo un instante, ponía la oreja en tierra para escuchar si había algún ruido de galope que se propagara por la superficie de la estepa. Al no percibir ningún sonido sospechoso, volvía a ponerse en marcha hacia delante.

¡Ah, si toda aquella comarca siberiana hubiese estado invadida por la noche polar, por aquella noche permanente de varios meses! ¡Había acabado por desearlo, para poder franquearla con más seguridad!

El 30 de julio, a las nueve de la mañana, Miguel Strogoff pasaba la estación de Turumoff, para lanzarse por la comarca pantanosa de la Baraba.

Allí, en un espacio de trescientas verstas, las dificultades naturales podían ser extraordinariamente grandes. Lo sabía, pero también sabía que las superaría a pesar de todo.

Esos inmensos pantanos de la Baraba, que se extiende de Norte a Sur entre los paralelos sesenta y cincuenta y dos, recogen todas las aguas pluviales que no se vierten por el Obi, ni por el Irtysh. El suelo de esa vasta depresión es completamente arcilloso y, por tanto, impermeable, de forma que las aguas se quedan sobre él, convirtiéndolo en una región muy difícil de atravesar en la estación

cálida.

Por ahí pasa, sin embargo, la ruta de Irkutsk, extendiéndose entre charcas, estanques, lagos y pantanos, de las que el sol extrae malsanas emanaciones, para mayor fatiga y, a menudo, peligro del viajero.

En invierno, cuando el frío solidifica todo lo que es líquido, cuando la nieve aplana el suelo y condensa los miasmas, los trineos pueden deslizarse fácil e impunemente sobre la corteza endurecida de la Baraba. Los cazadores frecuentan entonces la comarca, donde abunda la caza, tras las martas, las cibelinas y los zorros, cuyas pieles son tan apreciadas. Pero durante el verano, los pantanales se vuelven fangosos, pestilentes, impracticables incluso, cuando el nivel de las aguas es demasiado elevado.

Miguel Strogoff lanzó su caballo en medio de una llanura turbera, que ya no estaba alfombrada por esa hierba medio rasa de la estepa, de la que se alimentan exclusivamente los rebaños de ovejas de Siberia. Ya no era la llanura sin límites, sino una especie de inmenso bosque de arbustos y vegetales arborescentes.

La hierba se elevaba entonces hasta cinco o seis pies de altura, dejando sitio a las plantas acuáticas, a las que la humedad, con la ayuda del calor estival, daba proporciones gigantescas. Eran en su mayor parte juncos y cañas, que formaban una red infranqueable, un entramado impenetrable, cuajado de millares de flores, de extraordinaria vivacidad de colores, entre las que brillaban los lirios blancos y morados, cuyos perfumes se mezclaban con los cálidos efluvios que se evaporaban desde el suelo.

Galopando entre cañaverales, Miguel Strogoff ya no era visible desde los pantanos que bordeaban el camino. Las enormes hierbas eran más altas que él y su paso se notaba solamente por las innumerables aves acuáticas que levantaban el vuelo al borde del camino, esparciéndose por grupos, con gran profusión de graznidos, en la inmensidad del cielo.

Sin embargo, el camino estaba limpiamente trazado. Aquí, se extendía en línea recta por entre la espesura de plantas acuáticas; allá, bordeaba las orillas sinuosas de inmensos estanques, algunos de los cuales, de varias verstas de longitud y de anchura, merecen el nombre de lagos. En otros lugares, no había sido posible evitar las aguas estancadas que el camino atravesaba, no por puentes, sino

por plataformas bamboleantes, lastradas con espesas capas de arcilla, cuyos maderos temblaban como planchas demasiado débiles tendidas sobre algún abismo. Algunas de aquellas plataformas se prolongaban en una superficie de dos o trescientos pies y, más de una vez, los viajeros, o al menos, las viajeras de los tarantás han sufrido un malestar parecido al mareo.

Miguel Strogoff, por su parte, tanto si el suelo era sólido como si cedía bajo sus pies, galopaba sin detenerse, saltando las grietas que se abrían entre los maderos podridos; pero, por muy de prisa que corriesen, ni caballo ni jinete pudieron escapar de las picaduras de los insectos dípteros que infestan ese territorio pantanoso.

Los viajeros que se ven obligados a atravesar la Baraba en verano tienen cuidado de proveerse de máscaras de crin, unidas a unas cotas de malla de alambre muy fino, que los cubren hasta los hombros. A pesar de esas precauciones, pocos salen de los pantanos sin llevar la cara, el cuello y las manos acribilladas de puntos rojos. La atmósfera parece erizada de finísimas agujas y sería legítimo pensar que una armadura de caballero no bastaría para proteger contra los dardos de esos dípteros. Es una funesta región, que el hombre disputa a un alto precio a las tópulas, mosquitos, tábanos, e incluso a los miles de millones de insectos microscópicos, que no pueden percibirse a simple vista; pero aunque no se los vea, se sienten sus intolerables picaduras, a las que nunca han podido acostumbrarse ni los más endurecidos cazadores siberianos.

El caballo de Miguel Strogoff, aguijoneado por aquellos venenosos dípteros, saltaba como si se le clavasen en los flancos las agujas de mil espuelas. Atacado por una rabia enloquecida, se lanzaba, se embalaba, franqueaba versta tras versta, con la misma velocidad de un tren expreso, batiéndose los flancos con la cola, buscando en la rapidez de su carrera un alivio para su tortura.



El caballo de Miguel Strogoff aguijoneado por aquellos
venenosos dípteros

Había que ser tan buen jinete como Miguel Strogoff para no caer derribado por las reacciones del caballo, por sus paradas bruscas, por los saltos que daba para escapar de los aguijones de los dípteros. Insensibilizado, por así decirlo, contra el dolor físico, como si estuviera sometido a una anestesia permanente, sin vivir más que con el deseo de alcanzar su objetivo a toda costa, sólo veía una cosa en aquella carrera insensata, y era que el camino huía tras él a toda velocidad.

¿Quién creería que esa comarca de la Baraba, tan malsana durante los calores, hubiera podido dar asilo a alguna población?

Y, sin embargo, así era. Algunas aldeas siberianas aparecían de tarde en tarde entre los gigantescos cañaverales. Hombres, mujeres, niños, ancianos, vestidos de pieles de animales, con la cara cubierta de vejigas untadas de pez, pastoreaban algunos flacos rebaños de ovejas; pero, para guardar a esos animales fuera del alcance de los insectos, los mantenían a sotavento de hogueras de leña verde, que alimentaban noche y día, y cuyas acres humaredas se propagaban lentamente sobre la inmensa ciénaga.

Cuando Miguel Strogoff sentía que su caballo, rendido de fatiga, estaba a punto de desfallecer, se paraba en una de esas miserables aldeas y, olvidándose de sus propias fatigas, frotaba él mismo las picaduras del pobre animal con grasa caliente, según la costumbre siberiana; después le daba una buena ración de forraje y, sólo cuando estaba bien almohazado [60] y alimentado, se ocupaba de sí mismo, reparaba sus fuerzas, comiendo algún pedazo de pan y de carne y bebiendo algún vaso de *kwass* [61]. Una o a lo sumo dos horas después, reemprendía a toda marcha la interminable ruta de Irkutsk.

Noventa millas franqueó así desde Turumoff y, el 30 de julio a las cuatro de la tarde, Miguel Strogoff, insensible a la fatiga, llegaba a Elamsk.

Allí tuvo que dar una noche de reposo a su caballo. El valeroso animal no habría podido continuar por más tiempo aquel viaje.

En Elamsk, como en todas partes, tampoco había medio de transporte alguno. Por las mismas razones que en las aldeas anteriores, no tenían ni coches ni caballos.

Elamsk, pequeña ciudad que los tártaros aún no habían visitado, estaba casi despoblada, porque podía ser invadida fácilmente por el

Sur y era difícil que recibiera socorros por el Norte. Así, pues, la posta, el puesto de policía y la casa de gobierno, habían sido abandonados por orden superior y los funcionarios, por un lado, y los habitantes capacitados para emigrar, por otro, se habían retirado a Kamsk, en el centro de la Baraba.

Miguel Strogoff tuvo que resignarse a pasar la noche en Elamsk, para dejar que su caballo descansara durante doce horas. Recordaba las recomendaciones que le habían hecho en Moscú: atravesar Siberia de incógnito, llegar en todo caso a Irkutsk, pero en una medida razonable, sin sacrificar el éxito a la rapidez del viaje. Por consiguiente, debía tratar con cuidado al único medio de transporte que le quedaba.

Al día siguiente, Miguel Strogoff dejaba Elamsk en el momento en que indicaban la presencia de las primeras avanzadillas tártaras, diez verstas más atrás, en el camino de la Baraba, y se lanzaba de nuevo a través de la comarca encenagada. El camino era llano, lo que lo hacía fácil, pero muy sinuoso, lo que lo alargaba. Por otra parte, era imposible apartarse de él para correr en línea recta, a través de aquella infranqueable red de estanques y charcas.

Al otro día, 1.º de agosto, ciento veinte verstas más allá, Miguel Strogoff llegaba a mediodía a la aldea de Spaskoe y, dos horas más tarde, se detenía en la de Pokrowskoe.

Su caballo, que no había parado de galopar desde que salió de Elamsk, no habría podido dar un paso más.

Allí, Miguel Strogoff tuvo que volver a perder, para tomar un descanso obligado, el final de aquella jornada y una noche entera; pero, después de haber salido temprano a la mañana siguiente, galopando siempre por aquel suelo medio inundado, a las cuatro de la tarde del 2 de agosto y tras una etapa de setenta y cinco verstas, llegó a Kamsk.

El país había cambiado. Esa pequeña villa de Kamsk es como una isla habitable y sana, situada en medio de una insalubre comarca. Ocupa el propio centro de la Baraba. En ella, gracias a los saneamientos conseguidos con la canalización del Tom, afluente del Irtysh que pasa por Kamsk, las charcas pestilentes se transforman en pastos de la mayor riqueza. Sin embargo, estas mejoras aún no han podido vencer a las fiebres que, durante el otoño, hacen que sea peligroso quedarse en la ciudad. Pero ahí sigue siendo donde

buscan refugio los habitantes de la Baraba, cuando los miasmas palúdicos amenazan otras zonas de la provincia.

La emigración provocada por la invasión tártara aún no había dejado despoblada la pequeña ciudad de Kamsk. Sus habitantes se creían probablemente seguros en el centro de la Baraba o, al menos, pensaban que tendrían tiempo de huir si se veían directamente amenazados.

Por mucho que lo deseara, Miguel Strogoff no pudo enterarse de ninguna noticia reciente en aquel lugar. Más bien habría sido a él a quien se habría dirigido el gobernador si hubiera sabido quién era el supuesto comerciante de Irkutsk. En efecto, por su propia situación, Kamsk parecía estar fuera del mundo siberiano y de los graves acontecimientos que lo turbaban.

Además, Miguel Strogoff casi no se mostró en público. No le bastaba con pasar desapercibido, hubiera deseado ser invisible. La experiencia del pasado le hacía ser cada vez más discreto en el presente y para el futuro. Así, pues, se mantuvo al margen y no se ocupó de recorrer las calles de la población, hasta el punto de que ni siquiera quiso salir de la posada en la que se había parado.

Miguel Strogoff habría podido encontrar un carruaje en Kamsk, sustituyendo por un vehículo más cómodo el caballo que le traía desde Omsk. Pero, después de madura reflexión, temió que la compra de un tarantás atrajera la atención sobre él y, mientras no hubiera cruzado la línea, ocupada entonces por los tártaros, que cortaba Siberia siguiendo aproximadamente el valle del Irtysh, no quería dar pábulo a sospechas.

Además, para culminar la difícil travesía de la Baraba, para huir a través de las ciénagas en el caso de que le amenazara directamente algún peligro, para distanciarse de unos jinetes que se lanzaran a perseguirle, para arrojarle, si fuera necesario, incluso en lo más espeso de los cañaverales, valía desde luego más un caballo que un carruaje. Después, más allá de Tomsk, o de Krasnoiarsk, en algún centro importante de la Siberia oriental, ya vería lo que convenía hacer.

En cuanto a su caballo, ni siquiera se le ocurrió la idea de cambiarlo por otro. Se había acostumbrado a aquel valiente animal. Sabía lo que podía sacar de él. Al comprarlo en Omsk, había tenido buena suerte y, llevándole a aquel maestro de posta, el generoso

mujik le había hecho un gran favor. Además, si Miguel Strogoff se había encariñado ya con su caballo, éste parecía haberse ido acostumbrando a las fatigas del viaje y, siempre que le diera unas horas de descanso, su jinete podía esperar que le llevara hasta más allá de las provincias invadidas.

Por lo tanto, durante la velada y la noche del 2 al 3 de agosto, Miguel Strogoff se quedó confinado en su posada, a la entrada de la ciudad, posada poco frecuentada y al abrigo de los importunos o curiosos.

Destrozado por la fatiga, se acostó tras velar porque no le faltara nada a su caballo; pero no pudo dormir más que un sueño intermitente. Demasiados recuerdos, demasiadas inquietudes le asaltaban a la vez. La imagen de su anciana madre, la de su joven e intrépida compañera, abandonadas detrás de él sin protección, pasaban alternándose por su espíritu, confundiéndose a menudo en un solo pensamiento.

Después volvía a la misión que había jurado cumplir. Lo que veía desde su partida de Moscú le demostraba cada vez más la importancia que tenía. El movimiento era extremadamente grave y la complicidad de Ogareff lo hacía aún más temible. Y, cuando su mirada caía sobre la carta revestida con el sello imperial; aquella carta que contenía sin duda el remedio a tantos males, la salvación de todo aquel país desgarrado por la guerra, Miguel Strogoff sentía crecer en su interior un deseo ardiente de lanzarse a través de la estepa, de franquear a vuelo de pájaro la distancia que le separaba de Irkutsk, de convertirse en águila para elevarse sobre los obstáculos, de hacerse huracán para atravesar los aires a la velocidad de cien verstas por hora, de llegar por fin ante el Gran Duque y gritarle:

—¡Alteza, de parte de Su Majestad el zar!

Al día siguiente, a las seis, Miguel Strogoff volvió a ponerse en camino con la intención de hacer en aquella jornada las ochenta verstas (85 kilómetros) que separan Kamsk de la aldea de Ubinsk. Al pasar de un radio de veinte verstas, volvió a encontrarse con la pantanosa Baraba, que no se desecaba ya por ninguna canalización y con el suelo inundado a menudo hasta por un pie de agua. El camino era entonces difícil de reconocer, pero, gracias a su extraordinaria prudencia, aquella travesía no se vio señalada por

ningún incidente.

Al llegar a Ubinsk, Miguel Strogoff dejó descansar a su caballo toda la noche, porque quería salvar al día siguiente sin desembridar las cien verstas que se extienden entre Ubinsk e Ikulskoe. Partió, pues, al alba, pero en aquella zona, desgraciadamente, el suelo de la Baraba se iba haciendo cada vez más detestable.

En efecto, entre Ubinsk y Kamakova, las lluvias, muy abundantes hacía algunas semanas, se habían estancado en aquella estrecha depresión como en una cubeta impermeable. Ni siquiera había una solución de continuidad en aquella interminable red de charcas, estanques y lagos. Uno de aquellos lagos, lo bastante grande como para haber merecido un puesto en la nomenclatura geográfica, llamado Chang, nombre chino, tuvo que bordearse a lo largo de más de veinte verstas y a costa de enormes dificultades. Así hubo algún retraso, que toda la impaciencia de Miguel Strogoff no pudo evitar. Por otra parte, había sido sensato no tomar un carruaje en Kamsk, porque su caballo pasó por donde ningún vehículo habría podido hacerlo.

Llegado a Ikulskoe a las nueve, con el atardecer, Miguel Strogoff se detuvo para pasar la noche. En aquel burgo perdido de la Baraba carecían por completo de noticias de la guerra. Por su propia naturaleza, aquella porción de la provincia, situada en medio de la horquilla que formaban las dos columnas tártaras, dirigiéndose una hacia Omsk y la otra hacia Tomsk, había escapado hasta entonces de los horrores de la invasión.

Pero las dificultades naturales iban a disminuir por fin porque, si no volvía a tener ningún retraso, a partir del siguiente, habría dejado la Baraba y se encontraría de nuevo ante una ruta practicable, cuando hubiera franqueado las ciento veinte verstas (133 kilómetros) que aún le separaban de Kolyvan.

Al llegar a esa importante población estaría a la misma distancia de Tomsk. Actuaría entonces según las circunstancias y, muy probablemente, se decidiría por rodear la ciudad que, si las noticias no mentían, estaba ocupada por Feofar Kan.

Pero si aquellos burgos, como Ikulskoe, como Karguinsk, por donde pasó a la mañana siguiente, estaban relativamente tranquilos, gracias a su situación en la Baraba, donde las columnas tártaras habrían maniobrado con dificultad, ¿no sería de temer que

en las riberas más ricas del Obi, Miguel Strogoff, sin obstáculos físicos a los que hacer frente ya, hubiera de desconfiar de todo ser humano? Así parecía y, sin embargo, a poco que lo encontrara necesario, no vacilaría en arrojarse fuera del camino de Irkutsk. Viajando entonces a través de la estepa, correría el riesgo de encontrarse sin recursos. Allí, en efecto no habría ya camino hecho, ni ciudades, ni aldeas. ¡Apenas unas granjas aisladas, o simples chozas de gente humilde, hospitalaria sin duda, pero donde a duras penas encontraría lo necesario! A pesar de todo, no habría lugar a titubeos.

Finalmente, hacia las tres y media de la tarde, después de pasar la estación de Kargatsk, Miguel Strogoff dejaba las últimas depresiones de la Baraba, y sonaba de nuevo bajo los cascos de su caballo el suelo duro y seco del territorio siberiano. Había salido de Moscú el 15 de julio. Así, pues, aquel 5 de agosto, incluyendo más de setenta horas perdidas en las orillas del Irtish, habían pasado veintiún días desde su partida.

Mil quinientas versts le separaban aún de Irkutsk.

XVI. Un último esfuerzo

Miguel Strogoff tenía razón en desconfiar de algún mal encuentro en esas llanuras que se prolongan más allá de la Baraba. Los campos, hollados por los cascos de los caballos, mostraban que los tártaros habían pasado por allí, y de aquellos bárbaros podía decirse lo que se ha dicho de los turcos: «¡Allá por donde pasa el turco, no vuelve a crecer la hierba!» [62].

Miguel Strogoff debía tomar, pues, las más minuciosas precauciones al atravesar aquella comarca. Algunas columnas de humo se elevaban por encima del horizonte indicando burgos y aldeas que seguían ardiendo. ¿Habrían sido prendidos aquellos incendios por la vanguardia o sería que el grueso del ejército del emir se había adelantado ya hasta los confines de la provincia? ¿Se encontraría Feofar Kan en persona en el gobierno del Yeniséisk? Miguel Strogoff lo ignoraba y no podía decidir nada sin saberlo a ciencia cierta. ¿Estaría tan abandonado el territorio que no hubiera ya un solo siberiano para informarle?

Miguel Strogoff hizo dos verstras por el camino absolutamente desierto. Con la mirada buscaba a derecha e izquierda alguna casa que no hubiese quedado abandonada. Todas las que visitó estaban vacías.

Sin embargo, una cabaña que pudo ver entre los árboles humeaba todavía. Cuando se acercó, vio a pocos pasos de la casa a un anciano rodeado de niños que lloraban. Una mujer, joven aún, su hija, sin duda, la madre de aquellos pequeños, arrodillada en el suelo, miraba con ojos extraviados aquella escena de aflicción. Amamantaba a un niño de pocos meses, a quien pronto faltaría la leche. Alrededor de aquella familia todo era ruina y desolación...

Miguel Strogoff se dirigió al anciano.

—¿Puedes responderme? —le dijo con voz grave.

—Habla —respondió el viejo.

—¿Han pasado los tártaros por aquí?

—¡Sí, puesto que mi casa está en llamas!

—¿Era un ejército o un destacamento?

—¡Un ejército, puesto que, hasta donde alcanza la vista, nuestros campos están devastados!

—¿Al mando del emir?

—¡Del emir, puesto que las aguas del Obi están tintas en rojo!

—¿Y Feofar Kan ha entrado en Tomsk?

—En Tomsk.

—¿Sabes si los tártaros se han apoderado de Kolyvan?

—¡No, puesto que Kolyvan aún no está ardiendo!

—¡Gracias, amigo! ¿Puedo hacer algo por ti y por los tuyos?

—Nada.

—Adiós.



«¿Puedes responderme?», le dijo con voz grave

—Adiós.

Y Miguel Strogoff, tras haber dejado veinticinco rublos en las rodillas de la infortunada mujer, que ni siquiera tuvo fuerzas para agradecerlo, espoleó a su caballo y volvió a emprender la marcha que había interrumpido por un instante.

Al menos ya sabía una cosa, y era que debía evitar pasar por Tomsk a cualquier precio. Ir a Kolyvan, que los tártaros no habían ocupado todavía, era posible. Aprovisionarse en ella para una larga etapa era lo que había que hacer. Lanzarse luego fuera del camino para rodear Tomsk, después pasar el Obi, era el único partido que se podía tomar.

Tras decidir aquel nuevo itinerario, Miguel Strogoff no había de dudar ni un solo instante. No lo hizo, e imprimiendo a su caballo una marcha rápida y regular, siguió el camino recto que conduce a la orilla izquierda del Obi, del que le separaban aún cuarenta verstas. ¿Conseguiría encontrar una balsa para atravesarlo o, si los tártaros habían destruido todos los barcos del río, tendría que pasarlo a nado? Ya vería.

En cuanto a su caballo, completamente agotado ya, tras haberle exigido todas las fuerzas que le quedaban, Miguel Strogoff debía intentar cambiarlo por otro en Kolyvan. Se daba cuenta que en poco tiempo el pobre animal se derrumbaría a sus pies. Kolyvan tenía que ser, pues, como un nuevo punto de partida, porque, a partir de aquella ciudad, el viaje habría de hacerse en condiciones muy distintas. Mientras recorriera el país devastado, las dificultades seguirían siendo enormes, pero si, después de esquivar Tomsk, podía reemprender la ruta de Irkutsk a través de la provincia de Yeniséisk, que aún no estaba asolada por los invasores, habría de alcanzar su objetivo en algunos días.

Llegó la noche después de una cálida jornada. Una profunda oscuridad envolvió la estepa a medianoche. El viento, que había caído del todo al ponerse el sol, dejó la atmósfera en una calma absoluta. Sólo el ruido de los pasos del caballo se dejaba oír en el camino desierto, al igual que las pocas palabras con las que el jinete le daba aliento. En medio de las tinieblas, había que prestar gran atención para no caer fuera del camino bordeado de estanques y riachuelos, tributarios del Obi.

Miguel Strogoff avanzaba, pues, tan deprisa como era posible,

pero con cierta atención. Confiaba no menos en la excelencia de su propia vista, capaz de perforar las sombras, que en la prudencia de su caballo, de cuya sagacidad tenía buenas pruebas.



Miguel Strogoff avanzaba, pues, tan deprisa como era posible

En el momento en que, tras poner pie en tierra, Miguel Strogoff trataba de reconocer exactamente la dirección del camino, le pareció escuchar un murmullo confuso que venía del Oeste. Era como el ruido de cabalgada lejana sobre una tierra seca. No había duda. Una o dos verstas más atrás se producía una especie de cadencia de pasos que golpeaban regularmente el suelo.

Miguel Strogoff escuchó con más atención, después de pegar el oído a tierra en el propio eje del camino.

«Es un destacamento de caballería que viene por el camino de Omsk —se dijo—. Marcha con rapidez, porque el ruido aumenta. ¿Serán rusos o tártaros?».

Miguel Strogoff volvió a escuchar.

«¡Sí, —dijo—, esos jinetes vienen al trote largo! ¡Antes de diez minutos estarán aquí! Mi caballo no puede adelantarlos. Si son rusos, me uniré a ellos. Si son tártaros, ¡habrá que evitarlos! Pero ¿cómo, dónde esconderme en esta estepa?».

Miguel Strogoff miró a su alrededor y su mirada penetrante descubrió una masa que se difuminaba en la sombra, un centenar de pasos adelante, a la izquierda del camino.

«Ahí hay una arboleda —se dijo—. Si busco refugio en ella, quizá me exponga a que me cojan si la registran, pero ¡no tengo elección! ¡Ya están aquí!».

Unos instantes después, Miguel Strogoff, arrastrando al caballo por la brida, llegaba a un bosquecillo de alisos, al que daba acceso el camino. Hacia delante y hacia atrás, completamente pelado de árboles, se extendía entre barrizales y estanques, separados por matorrales enanos, compuestos de aulagas y brezos. A ambos lados, por tanto, el terreno estaba impracticable y el destacamento no tenía más remedio que pasar ante aquel soto, puesto que seguía el camino real de Irkutsk.

Miguel Strogoff se lanzó bajo la enramada de alisos y, tras haber dado una cuarentena de pasos, hubo de pararse ante un curso de agua que cerraba aquel bosque en un recinto semicircular.

Pero las sombras eran tan espesas que no corría el menor riesgo de ser visto, a menos que registraran el bosquecillo minuciosamente. Condujo a su caballo hasta el borde del agua, lo ató a un árbol y volvió al lindero del bosque a tumbarse en el suelo, para reconocer con qué peligro tendría que vérselas.

Apenas situado tras un macizo de alisos, apareció un resplandor bastante confuso, en el que destacaban aquí y allá algunos puntos brillantes que se agitaban en la sombra.

«¡Antorchas!», se dijo.

Y retrocedió rápidamente, arrastrándose como un salvaje en la porción más espesa del soto.



«¡Antorchas!», se dijo

Al acercarse al bosque, el paso de los caballos empezó a aminorarse. ¿Iluminaban, pues, aquellos jinetes el camino con intención de observar hasta sus mínimos recovecos?

Miguel Strogoff debió de temerlo e, instintivamente, retrocedió hasta la orilla del riachuelo, dispuesto a sumergirse si era preciso.

Al llegar a la altura del soto, el destacamento se detuvo. Los jinetes pusieron pie en tierra. Eran unos cincuenta. Una decena de ellos llevaban antorchas, con las que iluminaban el camino en un amplio radio.

Por algunos preparativos, Miguel Strogoff pudo darse cuenta que, gracias a una inesperada fortuna, el destacamento no tenía la menor intención de visitar el soto, sino la de vivaquear en aquel lugar, para dar descanso a los caballos y permitir a los hombres tomar algún alimento.

En efecto, los caballos, con la rienda suelta, empezaron a pastar la espesa hierba que alfombraba el suelo. En cuanto a los jinetes, se tumbaron al borde del camino, compartiendo los víveres que sacaron de sus macutos.

Miguel Strogoff había conservado toda su sangre fría y, deslizándose entre las altas hierbas, intentó ver y escuchar.

Era un destacamento que venía de Omsk. Se componía de jinetes uzbekos, raza dominante en Tartaria, cuyo tipo se aproxima sensiblemente al de los mongoles. Estos hombres, muy bien constituidos, de estatura superior a la media, con rasgos rudos y salvajes, tenían por tocado el *talpak*, especie de gorro de piel de cordero negro, y por calzado unas botas de piel amarilla de tacón alto, con el extremo levantado en punta, como los zapatos de la Edad Media. Sus pellizas, de indiana [63] guateada con algodón crudo, se les ceñían a la cintura con un cinturón de cuero tachonado de rojo. Estaban armados con un escudo, como defensa, y un sable curvo, un machete largo y un mosquetón de yesca colgado del arzón, para el ataque. Llevaban arrollada a la espalda una capa de fieltro de vivos colores.

Los caballos, que pacían en libertad por el lindero del soto, eran también de raza uzbeca, como los que los montaban. Se notaba perfectamente al resplandor de las antorchas, que proyectaban una luz brillante bajo la enramada de los alisos. Aquellos animales, un poco más pequeños que los caballos turcomanos, pero dotados de

un notable vigor, son bestias de fondo que no conocen otra marcha que el galope.

El destacamento estaba al mando de un *pendja-baschi* es decir, un comandante de cincuenta hombres, que llevaba como lugarteniente a un *deh-baschi*, simple comandante de diez hombres. Esos dos oficiales llevaban un casco y una media cota de mallas; unas trompetillas sujetas al arzón eran el signo distintivo de su grado.

El *pendja-baschi* había tenido que dejar descansar a sus hombres, cansados después de una larga etapa. Sin dejar de hablar, el segundo oficial y él mismo, fumando *bangh*, la hoja de cáñamo indio que sirve de base para el *haschisch*, del que hacen tanto uso los asiáticos, iban y venían por el bosque, de forma que Miguel Strogoff, sin ser visto, pudo escuchar y entender su conversación puesto que se expresaban en lengua tártara.

Ya las primeras palabras de la conversación excitaron singularmente la atención de Miguel Strogoff.

En efecto, de él mismo se trataba.

—Ese correo no puede llevarnos tanta ventaja —dijo el *pendja-baschi*— y, por otra parte, es totalmente imposible que haya seguido otra ruta que la de la Baraba.

—¿Quién sabe si salió de Omsk? —respondió el *deh-baschi*—. ¿Podrá estar escondido todavía en alguna casa de la ciudad?

—¡Sería de desear, desde luego! ¡El coronel Ogareff no tendría que temer que los despachos que seguramente lleva lleguen a su destino!

—Se dice que es un hombre del país, un siberiano —repuso el *deh-baschi*—. Como tal debe conocer la comarca y es posible que haya abandonado la ruta de Irkutsk, para volver a ella más tarde...

—Pues entonces le llevaríamos ventaja —respondió el *pendja-baschi*—, porque hemos salido de Omsk menos de una hora después que él, y hemos seguido el camino más corto a toda la velocidad de nuestros caballos. Por lo tanto, o se ha quedado en Omsk, o llegaremos antes que él a Tomsk, de forma que le cortaremos la retirada y, en ambos casos, no llegará a Irkutsk.

—¡Qué dura mujer, esa vieja siberiana, que evidentemente es su madre! —dijo el *deh-baschi*.

Con esta frase, el corazón de Miguel Strogoff latió hasta casi

romperse.

—Sí, —respondió el pendja-baschi—, ha mantenido con firmeza que aquel supuesto mercader no era su hijo, pero ya era tarde. El coronel Ogareff no ha caído en la trampa y, tal como ha dicho él mismo, sabrá hacer hablar a esa vieja bruja, cuando llegue el momento.

Cada una de aquellas palabras era una puñalada para Miguel Strogoff ¡Le habían reconocido como correo del zar! ¡Un destacamento de caballería lanzado en su persecución no podía dejar de cortarle el camino! Y, ¡supremo dolor, su madre estaba entre las manos de los tártaros, y el cruel Ogareff había asegurado que la haría hablar cuando quisiera!

Miguel Strogoff sabía bien que la enérgica siberiana no hablaría y que eso le costaría la vida...

Miguel Strogoff no creía que pudiera odiar a Iván Ogareff más de lo que lo había odiado hasta entonces y, sin embargo, una nueva oleada de rencor subió hasta su corazón. ¡El infame que traicionaba a su país amenazaba ahora con torturar a su madre!

Continuó la conversación entre los dos oficiales y Miguel Strogoff creyó entender que en los alrededores de Kolyvan era inminente un enfrentamiento entre las tropas moscovitas que venían del Norte y las tropas tártaras. Un cuerpo de ejército reducido, de dos mil hombres, avistado en el curso inferior del Obi, venía a marchas forzadas hacia Tomsk. Si era cierto, este cuerpo, que iba a encontrarse frente al grueso de las tropas de Feofar Kan, quedaría aniquilado y la ruta de Irkutsk por completo en poder de los invasores.

Respecto a sí mismo, Miguel Strogoff se enteró, por algunas palabras del pendja-baschi, que se había puesto precio a su cabeza y que se había dado orden de prenderlo vivo o muerto.

Así, pues, era preciso adelantarse inmediatamente a los jinetes uzbekos en la ruta de Irkutsk, poniendo por medio la corriente del Obi. Pero, para eso, había que huir antes que se levantara el campamento.

Una vez que tomó esa decisión, Miguel Strogoff se preparó para ejecutarla.

En efecto, la parada no podía prolongarse mucho y el pendja-baschi sólo pensaba dar a sus hombres un descanso de una hora,

por más que sus caballos no hubieran podido ser relevados por otros más frescos desde Omsk y estuviesen tan cansados como el de Miguel Strogoff y por la misma razón.

No había que perder, pues, ni un instante. Era la una de la mañana y era necesario aprovechar la oscuridad, que el alba alejaría muy pronto, para dejar el bosquecillo y lanzarse al camino. Pero, aunque la noche hubiera de favorecerle, el éxito de aquella huida parecía casi imposible.

No queriendo dejar nada al azar, Miguel Strogoff se tomó un tiempo para reflexionar, sopesando atentamente las posibilidades a favor y en contra, utilizando las mejores para su acción.

De la disposición del lugar resultaba que no podría escapar por el fondo del soto, cerrado por un arco de alisos cuya cuerda la trazaba el camino real. El curso de agua que bordeaba aquel arco era, no sólo profundo, sino también bastante ancho y muy fangoso. Unas grandes aulagas cerraban por completo el paso. Bajo aquellas aguas turbias se notaba un lecho de limo pegajoso, en el que los pies no podrían apoyarse. Además, al otro lado del agua, el suelo cortado por matorrales se prestaría difícilmente a las maniobras de una veloz huida. En cuanto se diera la alerta, perseguido a ultranza y rodeado con rapidez, Miguel Strogoff caería sin remedio en las manos de los jinetes tártaros.

No quedaba más que una vía practicable, una sola, la del camino real. Tratar de alcanzarlo rodeando el lindero del bosque y, sin llamar la atención, franquear un cuarto de versta antes que se dieran cuenta, exigir a su caballo lo que le quedara de energía y vigor, aunque tuviera que caer muerto al llegar a las orillas del Obi y, ya fuera en balsa, ya fuera a nado, a falta de otro medio de transporte, atravesar aquel importante río, eso era lo que debía intentar Miguel Strogoff.

Su energía y su valor se habían multiplicado por diez ante el peligro. Se trataba de su vida, de su misión, del honor de su país y, quizá, de la salvación de su madre. No podía titubear y puso manos a la obra.

No tenía un instante que perder. Ya se estaban registrando algunos movimientos entre los hombres del destacamento. Algunos jinetes iban y venían por el talud del camino, ante el lindero del bosque. Los otros seguían tumbados bajo los árboles, pero sus

caballos se iban concentrando poco a poco hacia la parte central del soto.

Miguel Strogoff tuvo por un momento la idea de apoderarse de uno de los caballos, pero se dijo, con razón que debían de estar tan cansados como el suyo. Más valía, pues, fiarse del que ya conocía y que le había prestado tan buenos servicios. Aquella valerosa bestia, escondida tras un elevado matorral de brezos, había escapado a las miradas de los jinetes uzbekos. Éstos, por otra parte, no se habían acercado a las profundidades del bosque.

Arrastrándose por entre la hierba, Miguel Strogoff se acercó a su caballo, que estaba tumbado en el suelo. Le acarició con una mano, le habló suavemente y consiguió que se levantara sin ruido.

En aquel momento, por una circunstancia favorable, las antorchas, completamente consumidas, se habían apagado y la oscuridad seguía siendo bastante profunda, al menos bajo la cubierta de alisos.

Después de ponerle el bocado, de asegurar la cincha de la silla y de probar la correa de los estribos, Miguel Strogoff empezó a tirar suavemente del caballo por la rienda. Por su parte, como si hubiera comprendido lo que se esperaba de él, el inteligente animal siguió a su amo sin dejar oír el menor relincho.

Sin embargo, algunos caballos uzbekos levantaron la cabeza y se dirigieron hacia la linde del soto.

Miguel Strogoff sostenía en la mano derecha su revólver, dispuesto para romper la cabeza del primer jinete uzbeko que se acercara. Pero, por fortuna, no se dio la alarma y pudo alcanzar el ángulo que formaba el bosque a la derecha, al unirse con el camino.

La intención de Miguel Strogoff, para evitar que le viesan, era subirse a la silla lo más tarde posible, y no antes de haber pasado un recodo que se encontraba a doscientos pasos del soto.

Desgraciadamente, en el momento en que iba a cruzar el lindero del soto, el caballo de un uzbeko, olfateándolo, relinchó y se lanzó al camino.

Su dueño corrió hacia él para recuperarlo, pero, al ver una silueta que se destacaba confusamente bajo las primeras luces del alba, le gritó:

—¡Alerta!

Al oír aquel grito, todos los hombres del campamento se

levantaron, precipitándose al camino.

A Miguel Strogoff no le quedaba más que montar a caballo y salir a todo galope.

Los dos oficiales del destacamento se habían lanzado hacia delante e incitaban a sus hombres.

Pero Miguel Strogoff ya estaba en su silla.

En aquel momento sonó una detonación y sintió cómo una bala atravesaba su pelliza. Sin volver la cabeza, sin responder, picó espuelas y, cruzando la linde del soto de un salto formidable, se lanzó a rienda suelta en dirección al Obi.

Al no estar ensillados los caballos uzbekos, iba a poder tomar algún adelanto sobre los jinetes del destacamento; pero éstos no podían tardar en lanzarse tras su huellas y, en efecto, menos de dos minutos después de que saliera del bosque, oyó el ruido de varios caballos que poco a poco le iban ganando terreno.

Se estaba haciendo de día en aquel momento y las cosas se iban haciendo visibles en un radio más amplio.

Volviendo la cabeza, Miguel Strogoff vio un jinete que se le acercaba rápidamente.

Era el deh-baschi. Aquel oficial, montado en una soberbia cabalgadura, venía en cabeza del destacamento y amenazaba con alcanzar al fugitivo.

Sin detenerse, Miguel Strogoff levantó hacia él su revólver y, sin que le temblara la mano, le apuntó un instante. El oficial uzbeko, alcanzado en pleno pecho, rodó por el suelo.



Sin que le temblara la mano, le apuntó un instante

Pero los demás jinetes le seguían de cerca y, sin detenerse junto al deh-baschi, dándose ánimos con sus propios gritos, clavando las espuelas en los ijares de los caballos, redujeron poco a poco la distancia que les separaba de Miguel Strogoff.

Durante una media hora, sin embargo, éste pudo mantenerse fuera del alcance de las armas tártaras, pero se daba cuenta perfectamente de que el caballo flaqueaba y temía a cada instante que, al chocar contra algún obstáculo, cayera para no volver a levantarse.

El día estaba ya bastante claro, aunque el sol aún no se hubiera mostrado sobre el horizonte. A unas dos verstas, como mucho, se extendía una línea pálida, bordeada de algunos árboles bastante espaciados.

Era el Obi, que se deslizaba desde el Sudeste al Nordeste, casi al ras del suelo, sin más valle que la propia estepa.

Varias veces le dispararon con los mosquetones, pero sin alcanzarlo, y varias veces también tuvo que descargar su revólver sobre los jinetes que se le acercaban demasiado. A cada vez, un uzbeko rodaba por tierra, en medio de los gritos de rabia de sus compañeros.

Pero aquella persecución no podía acabar más que en desventaja para Miguel Strogoff. Su caballo no podía más y, sin embargo, consiguió llevarlo hasta la orilla del río.

En aquel momento el destacamento uzbeko no estaba ya más que a unos cincuenta pasos detrás de él.

En el Obi, absolutamente desierto, ni una balsa, ni un barco que pudiera servir para cruzarlo.

—¡Valor, mi valiente caballo! —exclamó Miguel Strogoff—. ¡Vamos! ¡Un último esfuerzo!

Y se arrojó al río, que medía en aquel lugar una media versta de ancho.

La corriente, muy viva, era difícilísima de resistir. El caballo de Miguel Strogoff no hacía pie, de modo que, sin apoyo alguno, tenía que cortar aquellas aguas rápidas como las de un torrente. Que las desafiara era, a los ojos de su amo, un milagro de valor.

Los jinetes se habían detenido en la orilla del río y vacilaban en lanzarse a él.

Pero en aquel momento, asiendo su fusil, el pendja-baschi

apuntó con cuidado al fugitivo, que se encontraba ya en medio de la corriente. Sonó el disparo y el caballo de Miguel Strogoff, herido en el costado, se hundió bajo su dueño.

Éste se liberó rápidamente de los estribos en el momento en que el animal desaparecía bajo las aguas del río. Sumergiéndose luego a propósito en medio de una granizada de balas, consiguió llegar a la orilla derecha del río, y desapareció entre los juncos de la ribera.



Y el caballo de Miguel Strogoff, herido en el costado

XVII. Versículos y canciones

Miguel Strogoff estaba ya en una relativa seguridad. Sin embargo, su situación seguía siendo terrible. Ahora que el fiel animal, que le había servido con tanta fidelidad, acababa de encontrar la muerte en las aguas del río, ¿cómo podría continuar su viaje?

Estaba a pie, sin víveres, en un territorio arruinado por la invasión, batido por las avanzadillas del emir, y se encontraba aún a considerable distancia del objetivo que tenía que alcanzar.

—¡Por el cielo que llegaré! —exclamó, respondiendo así a todas las razones para desfallecer que acaba de entrever por un instante—. ¡Dios proteja a la santa Rusia!

Miguel Strogoff estaba entonces fuera del alcance de los jinetes uzbekos. Éstos no se habían atrevido a perseguirlo atravesando el río y, por otra parte, debían creerlo ahogado, porque, después de su desaparición bajo las aguas, no habían podido verlo alcanzar la orilla derecha del Obi.

Pero Miguel Strogoff, deslizándose entre los juncos de la ribera, había llegado a una parte más elevada de la orilla, aunque no sin dificultades, porque una espesa capa de limo, depositada en la estación de la crecida de las aguas, la hacía poco transitable.

Al llegar a un terreno más sólido, Miguel Strogoff determinó lo que convenía hacer. Lo que deseaba, ante todo, era evitar el paso por Tomsk, ocupada por las tropas tártaras. Sin embargo, tenía que llegar a alguna aldea, o mejor, a alguna posta, donde poder procurarse un caballo. Cuando lo hubiera encontrado, se lanzaría fuera de los caminos trillados y no volvería al camino real de Irkutsk hasta llegar a los alrededores de Krasnoiarsk. A partir de entonces, apresurándose, confiaba encontrar vía libre y podría bajar hacia el Sudeste, a las provincias del lago Baikal.

Ante todo, Miguel Strogoff empezó por orientarse.

Dos verstas más adelante, siguiendo el curso del Obi, una pequeña ciudad, escalonada de forma pintoresca, se elevaba en una leve protuberancia del suelo. Algunas iglesias de cúpulas bizantinas, coloreadas de verde y de oro, se perfilaban sobre el fondo gris del

cielo.



Dos verstas más adelante, siguiendo el curso del Obi, una
pequeña ciudad

Era Kolyvan, donde van los funcionarios y empleados de Kamsk y otras ciudades a refugiarse en verano para huir del clima insalubre de la Baraba. De acuerdo con las noticias que había recogido el correo del zar, Kolyvan no debía estar aún en manos de los invasores. Las tropas tártaras, escindidas en dos columnas, se habían dirigido a la izquierda hacia Omsk y a la derecha hacia Tomsk, sin ocuparse del territorio central.

El proyecto simple y lógico que se formó Miguel Strogoff consistía en llegar a Kolyvan bastante antes que los jinetes uzbekos, que subían el curso del Obi por la orilla izquierda. Allí, aunque tuviera que pagar diez veces su valor, conseguiría ropas, un caballo y alcanzaría la ruta de Irkutsk a través de la estepa meridional.

Eran las tres de la mañana. Los alrededores de Kolyvan, entonces en perfecta calma, parecían absolutamente abandonados. Era evidente que la población del campo, huyendo de una invasión a la que no podía presentar resistencia, se había ido hacia el Norte, a las provincias del Yeniséisk.

Miguel Strogoff se dirigía, pues, a paso rápido hacia Kolyvan cuando llegaron hasta él unas detonaciones lejanas.

Se detuvo y distinguió claramente un sordo retumbar que agitaba las capas del aire y, por encima, un crepitar seco cuya naturaleza no podía serle desconocida.

—¡Son cañones y descargas de fusilería! —se dijo—. ¿Estará ya el pequeño cuerpo ruso enfrentándose con las tropas tártaras? ¡Ah, quiera el cielo que llegue antes que ellos a Kolyvan!

Miguel Strogoff no se equivocaba. En seguida, las detonaciones se fueron acentuando poco a poco y, por detrás, hacia la izquierda de Kolyvan, se condensaron unos vapores sobre el horizonte, que no eran nubes de humo, sino esas grandes volutas blanquecinas tan claramente perfiladas que producen las descargas de artillería.

A la izquierda del Obi, los jinetes uzbekos se habían detenido para esperar el resultado de la batalla.

Por aquel lado, Miguel Strogoff no tenía ya nada que temer, de modo que apresuró la marcha hacia la ciudad.

Sin embargo, las detonaciones iban en aumento, acercándose cada vez más. Ya no era un redoble confuso, sino una serie de cañonazos sueltos. Al mismo tiempo, arrastrado por el viento, el humo se elevaba por el aire y se hizo evidente que los combatientes

se movían rápidamente hacia el Sur. Parecía seguro que Kolyvan iba a ser atacada por su parte septentrional. Pero ¿la defendían los rusos contra las tropas tártaras o intentaban reconquistarla de los soldados de Feofar Kan? Era imposible saberlo, para mayor contrariedad de Miguel Strogoff.

No estaba ya más que a media versta de la ciudad cuando se alzó una gran llamarada entre las casas y el campanario de una iglesia se derrumbó en medio de torrentes de humo y chispas.

¿Había llegado ya la lucha a Kolyvan? Así debió pensarlo Miguel Strogoff y, en tal caso, era evidente que rusos y tártaros se batían en las calles de la ciudad. ¿Sería, pues, el momento oportuno para buscar refugio en ella? ¿No se arriesgaría Miguel Strogoff a que lo cogieran, o conseguiría escapar como había ocurrido en Omsk?

Todas aquellas eventualidades pasaron por su mente. Titubeó, se detuvo un instante. ¿No valdría más llegar por el Sur y por el Este, aunque fuera a pie, a una aldea como Diachinsk o alguna otra, para conseguir un caballo a cualquier precio?

Era la única decisión que podía tomar, así que, abandonando la orilla del Obi, se dirigió inmediatamente hacia la derecha de Kolyvan.

Las detonaciones eran entonces extraordinariamente violentas. En seguida empezaron a surgir llamas a la izquierda de la ciudad. El incendio devoraba todo un barrio de Kolyvan.

Miguel Strogoff corría a través de la estepa, tratando de ponerse a cubierto de algunos árboles, diseminados aquí y allá, cuando apareció por su derecha un destacamento de caballería tártara.

Evidentemente, no podía seguir huyendo en aquella dirección. Los jinetes avanzaban rápidamente hacia la ciudad y habría sido difícil escapar de ellos.

De repente, tras el ángulo de un espeso macizo de árboles, vio una casa aislada a la que podría llegar antes de que lo vieran.

Correr hacia ella, esconderse, pedir o incluso tomar algo con que reponer sus fuerzas, porque estaba agotado de cansancio, era lo único que podía hacer Miguel Strogoff.

Se precipitó, pues, hacia aquella casa, distante una media versta como máximo. Al acercarse, observó que se trataba de un puesto del telégrafo. Dos cables salían de ella en dirección Este y Oeste y un tercero se extendía hacia Kolyvan.

Era de suponer que aquella estación estuviera abandonada en aquellas circunstancias, pero, tal como estaba, Miguel Strogoff podría refugiarse en ella y esperar a la noche, si fuera necesario, para lanzarse de nuevo a través de la estepa, batida por los exploradores tártaros.

Se lanzó inmediatamente hacia la puerta de la casa y la abrió con violencia. Sólo una persona se encontraba en la sala donde se hacían las transmisiones telegráficas. Era un empleado tranquilo, flemático, indiferente a todo lo que pasara en el exterior. Fiel a su puesto, esperaba tras su ventanilla que el público viniera a reclamar sus servicios.

Miguel Strogoff corrió hacia él y, con la voz rota por la fatiga, le preguntó:

—¿Qué sabe usted?

—Nada —respondió el empleado sonriente.

—¿Son los rusos y los tártaros los que están luchando?

—Eso dicen.

—Pero ¿quiénes son los vencedores?

—Lo ignoro.

Tanta placidez en medio de aquella terrible coyuntura, tanta indiferencia incluso, era realmente increíble.

—¿Y no está cortado el hilo? —preguntó Miguel Strogoff.

—Está cortado entre Kolyvan y Krasnoiarsk, pero aún funciona entre Kolyvan y la frontera rusa.

—¿Para el gobierno?

—Para el gobierno, cuando lo considera conveniente. Para el público, cuando lo paga. Son diez kopeks la palabra. Cuando usted quiera, señor.

Miguel Strogoff iba a responder a aquel extraño funcionario que no tenía ningún despacho que expedir, que sólo pedía un poco de pan y agua, cuando se abrió la puerta bruscamente.

Pensando que eran los tártaros los que invadían el puesto se preparaba a saltar por la ventana, cuando se dio cuenta de que acababan de entrar sólo dos hombres en la sala, que no tenían el menor aspecto de soldados tártaros.

Uno de ellos tenía en la mano un despacho escrito a lápiz y, adelantándose al otro, se precipitó sobre la ventanilla del impassible funcionario.

En aquellos dos hombres, Miguel Strogoff volvió a encontrar, con un asombro fácilmente comprensible, a dos personajes en los que no se le habría ocurrido ni pensar y que no habría esperado volver a ver jamás.

Eran los corresponsales Harry Blount y Alcide Jolivet, ya no compañeros de viaje, sino rivales, o aun enemigos, ahora que operaban en el campo de batalla.

Habían dejado Ichim sólo algunas horas después de la partida de Miguel Strogoff y, si habían llegado antes que él a Kolyvan, siguiendo la misma ruta, si le habían adelantado incluso, era porque Miguel Strogoff había perdido tres días en las riberas del Irtysh.

Y ahora, después de haber asistido ambos al enfrentamiento entre rusos y tártaros frente a la ciudad, después de haber salido de Kolyvan cuando la lucha se desarrollaba ya en las calles, habían acudido a la estación telegráfica, para enviar a Europa sus despachos rivales, arrebatándose el uno al otro la primicia de los acontecimientos.

Miguel Strogoff se había quedado al margen, en la sombra y, sin ser visto, podía verlo y escucharlo todo. Iba a enterarse desde luego de unas noticias interesantes para él, que le permitirían saber si debía entrar o no en Kolyvan.

Harry Blount, más apresurado que su colega, había tomado posesión de la ventanilla y atendía su despacho mientras Alcide Jolivet, en contra de todas sus costumbres, pataleaba de impaciencia.

—Son diez kopeks la palabra —dijo el empleado, tomando el despacho.

Harry Blount dejó sobre la tablilla una pila de rublos, que su colega observó con cierta estupefacción.

—Bien —dijo el funcionario.

Y, con la mayor sangre fría del mundo, empezó a telegrafiar el siguiente despacho:

Daily Telegraph, Londres.

De Kolyvan, gobierno de Omsk, Siberia,
6 de agosto. Enfrentamiento entre las
tropas rusas y tártaras...

Al hacerse la lectura en voz alta, Miguel Strogoff oía todo lo que el

corresponsal inglés enviaba a su periódico.

Tropas rusas rechazadas con grandes pérdidas. Tártaros entran en Kolyvan hoy mismo...

Estas palabras cerraban el despacho.

—¡Ahora me toca a mí! —exclamó Alcide Jolivet, que quiso pasar el despacho destinado a su prima del Faubourg-Montmartre.

Pero aquello no convenía al corresponsal inglés, que no pensaba abandonar la ventanilla, con el fin de poder estar siempre dispuesto para transmitir las noticias, a medida que se fuesen produciendo. De modo que no le dejó el sitio a su compañero.

—¡Pero, usted ya ha terminado...! —exclamó Alcide Jolivet.

—No he terminado —respondió sencillamente Harry Blount.

Y siguió escribiendo una serie de palabras que pasó inmediatamente al empleado, y que éste leyó con voz tranquila:

En el principio creó Dios el cielo y la tierra...

Eran versículos de la Biblia lo que Blount telegrafiaba, para ganar tiempo y no ceder el puesto a su rival. Le costarían unos miles de rublos a su periódico, pero éste sería el primero en recibir la información. ¡Francia tendría que esperar!

Puede imaginarse el furor de Alcide Jolivet que, en cualquier otra circunstancia, habría considerado la cosa de buena lid. Intentó incluso obligar al funcionario a recoger su despacho, con preferencia sobre el de su colega.

—El señor está en su derecho —respondió con calma el empleado, mostrando a Harry Blount y sonriéndole con aire amable.

Y siguió transmitiendo fielmente al *Daily Telegraph* el primer versículo del libro sagrado.

Mientras éste operaba, Harry Blount se fue tranquilamente a la ventana y, con el antejo, observó lo que ocurría en los alrededores de Kolyvan, para completar sus informaciones.

Unos instantes después, recuperó su puesto ante la ventanilla y añadió a su telegrama:

Dos iglesias en llamas. Incendio parece dirigirse hacia la derecha. La tierra estaba informe y desnuda; las tinieblas cubrían la faz del abismo...

Alcide Jolivet tuvo sencillamente unos deseos feroces de estrangular al honorable corresponsal del *Daily Telegraph*.

Interpeló una vez más al empleado que, siempre impasible, le respondió:

—Está en su derecho, señor mío, está en su derecho... a diez kopeks la palabra.

Y telegrafió la siguiente noticia, que le trajo Harry Blount:

Fugitivos rusos huyen de la ciudad. Entonces, dijo Dios: ¡Hágase la luz! Y la luz se hizo...

Alcide Jolivet enloquecía literalmente de rabia.

Mientras tanto, Harry Blount estaba de espaldas junto a la ventana, pero distraído, sin duda, por lo interesante del espectáculo que se desarrollaba ante sus ojos, dejó que su observación durara un poco más de lo debido. Así, cuando el empleado terminó de telegrafiar el tercer versículo de la Biblia, Alcide Jolivet tomó sin ruido su lugar ante la ventanilla y, tal como había hecho su colega, tras depositar suavemente una respetable pila de rublos en el mostrador, entregó su despacho, que el empleado leyó en voz alta:

Madeleine Jolivet, 10, Faubourg-Montmartre (París).

De Kolyvan, gobierno de Omsk, Siberia, 6 agosto.

Los fugitivos huyen de la ciudad. Rusos vencidos. Persecución encarnizada de la caballería tártara...



El campo de batalla de Kolyvan

Cuando volvió Harry Blount, oyó a Alcide Jolivet que completaba su telegrama canturreando con voz burlona:

Hay un hombrecillo,
vestido de gris,
en París...

Pensando que era inconveniente mezclar, como se había atrevido a hacer Harry Blount, lo sagrado con lo profano, Alcide Jolivet respondía con un alegre estribillo de Béranger [64] a los versículos de la Biblia.

—¡Aoh! —exclamó Harry Blount.

—Así son las cosas —respondió Alcide Jolivet.

Sin embargo, la situación se agravaba en los alrededores de Kolyvan. La batalla se aproximaba y las detonaciones estallaban con extremada violencia. En aquel momento, una sacudida conmovió el puesto del telégrafo.

Un obús acababa de hacer un boquete en el muro y una nube de polvo llenó la sala de transmisiones.

En aquel momento, Alcide Jolivet acababa de escribir estos versos:

con mofletes de manzana
sin un chavo en el bolsillo...

Pero, pararse, precipitarse sobre el obús, cogerlo con ambas manos, arrojarlo por la ventana y volver a la ventanilla fue cuestión de un momento para él.

Cinco segundos después, el obús estallaba en el exterior.

Mas, siguiendo con la redacción de su telegrama con la mayor sangre fría del mundo, Alcide Jolivet escribió:

Obús del seis hace saltar muro del
puesto telegráfico. Se esperan algunos
otros del mismo calibre...

Para Miguel Strogoff no cabía duda de que los rusos iban a ser expulsados de Kolyvan. Su último recurso sería, pues, lanzarse a través de la estepa meridional.

Pero en aquel momento estalló una terrible descarga de fusilería junto al puesto del telégrafo, y una granizada de balas hizo saltar los vidrios de las ventanas.

Harry Blount, herido en el hombro, cayó a tierra. Alcide Jolivet, en aquel preciso momento, iba a transmitir este despacho complementario:

Harry Blount, corresponsal del *Daily Telegraph*, cae a mi lado, herido por un trozo de metralla...

El impasible funcionario le dijo con su calma inalterable:

—Señor, el hilo está cortado.

Y dejando su ventanilla, tomó tranquilamente su sombrero, lo cepilló con el codo y, sin dejar de sonreír, salió por una puertecilla que Miguel Strogoff no había visto hasta entonces.

El puesto fue invadido entonces por soldados tártaros y ni Miguel Strogoff, ni los dos periodistas pudieron batirse en retirada.

Alcide Jolivet, con su despacho inútil en la mano, se había precipitado sobre Harry Blount, tendido en el suelo, y, como hombre de valeroso corazón que era, se lo había cargado al hombro, con la intención de huir con él... ¡Pero ya era tarde!

Ambos fueron hechos prisioneros y, al mismo tiempo que ellos, Miguel Strogoff, sorprendido de improviso en el momento en que iba a arrojarle por la ventana, cayó entre las manos de los tártaros.



El puesto fue invadido entonces por los soldados tártaros

SEGUNDA PARTE



I. Un campamento tártaro

A una jornada de distancia de Kolyvan, algunas verstas más allá del burgo de Diachinsk, se extiende una vasta llanura dominada por algunos grandes árboles, principalmente pinos y cedros.

Esta porción de la estepa está ocupada normalmente en la estación cálida por pastores siberianos y da suficiente alimento a sus numerosos rebaños. Pero en aquella época habríase buscado en vano uno solo de aquellos nómadas, y no porque la llanura estuviese desierta. Por el contrario, presentaba una extraordinaria animación.

En ella se elevaban en efecto las tiendas tártaras. Allí acampaba Feofar Kan, el cruel emir de Bujará, y allí fueron llevados al día siguiente los prisioneros de Kolyvan, tras la aniquilación del pequeño cuerpo de ejército ruso. De aquellos dos mil hombres que se habían internado entre las dos columnas enemigas, apoyadas a la vez en Omsk y en Tomsk, no quedaban más que unos centenares de soldados. Los acontecimientos tomaban un cariz muy grave y el gobierno imperial parecía encontrarse en una situación comprometida más allá de la frontera del Ural, al menos por el momento, porque, antes o después, los rusos no podrían dejar de rechazar a los invasores. Pero la invasión había alcanzado finalmente el centro de Siberia y, a través del territorio sublevado, iba a propagarse, ya fuera a las provincias del Este, ya a las del Oeste. Irkutsk tenía ya las comunicaciones completamente cortadas con Europa. Si las tropas del Amur y de la provincia de Yakutsk no llegaban a tiempo para ocuparla, esa capital de la Rusia asiática, con la defensa reducida a una guarnición insuficiente, caería en manos de los tártaros y, antes que pudiera recuperarse, el Gran Duque, hermano del emperador, sería presa de la venganza de Iván Ogareff.

¿Qué ocurría mientras tanto con Miguel Strogoff? ¿Flaquearía ante el peso de tantas pruebas? ¿Se consideraría vencido por esa serie de infortunios, que desde la aventura de Ichim iban de mal en peor? ¿Se daría por vencido, considerando fracasada su misión e

imposible de cumplir el mandato recibido?

Miguel Strogoff era uno de esos hombres que sólo se detienen el día en que caen muertos. Pero seguía vivo, ni siquiera había sido herido, la carta imperial aún estaba en su poder, el incógnito no se había desvelado. Desde luego, formaba parte del montón de prisioneros que los tártaros arrastraban como bestias; pero, acercándose a Tomsk, se aproximaba a Irkutsk. Al final seguía yendo por delante de Iván Ogareff.

«¡Llegaré!», se repetía.

Y tras lo ocurrido en Kolyvan, toda su vida se concentró en aquel pensamiento único: ¡recobrar la libertad! ¿Cómo escapar de los soldados del emir? Ya lo vería cuando llegara el momento.

El campamento de Feofar Kan presentaba un espectáculo soberbio. Innumerables tiendas, hechas de pieles, fieltros o paños de seda reflejaban irisando los rayos del sol. Las altas borlas que empenachaban sus cónicas puntas se balanceaban en medio de los gallardetes, banderines y estandartes multicolores. De aquellas tiendas, las más ricas pertenecían a los seidas y a los kojas, que son los primeros personajes en la jerarquía del kanato. Un pabellón especial, adornado con una cola de caballo, cuya asta despuntaba sobre un haz de palos rojos y blancos, artísticamente entrelazados, indicaba el alto rango de los jefes tártaros. Luego se erguían sobre la llanura hasta el infinito algunos millares de esas tiendas turcomanas que se llaman *karaoy* y que habían sido transportadas a lomo de camello.

El campamento contaba por lo menos con ciento cincuenta mil soldados, tanto de infantería como de caballería, reunidos bajo el nombre de alamanes. Entre ellos y como tipos principales del Turkestán, se veían en primer lugar esos tadjiks de rasgos regulares y piel blanca, elevada estatura, ojos y cabellos negros, que formaban el grueso del ejército tártaro, de los que habían suministrado los kanatos de Kokand y de Kunduz un contingente casi igual que el de Bujará. Y con aquellos tadjiks se mezclaban otras muestras de esas razas diversas que viven en el Turkestán o cuyos países de origen son limítrofes de éste. Había uzbekos, de pequeña estatura, barba roja, parecidos a los que se habían lanzado en persecución de Miguel Strogoff. Había kirguiz, con la cara plana como la de los kalmucos, revestidos de cotas de malla, llevando

unos lanza, arco y flechas de fabricación asiática, manejando otros, sable, mosquetón y *chakana*, hacha pequeña de mango corto que produce siempre heridas mortales. Había mongoles de estatura media, cabellos negros reunidos en una coleta que les colgaba por la espalda, cara redonda, tinte cetrino, ojos hundidos y vivos, barba rala, vestidos con túnicas de nankín [65] azul ornadas de peluche negro, ceñidas por cinturones de cuero con anillas de plata, calzados con botas de vistosas trencillas y tocados con gorros de seda orlados de piel con tres cintas que ondeaban tras su paso. Veíanse también por último afganos de oscura piel, árabes con el tipo primitivo de las hermosas razas semíticas y turcomanos de ojos oblicuos, a los que parecía faltar el párpado, enrolados todos ellos bajo la bandera del emir, bandera de incendiarios y depredadores.

Junto a aquellos soldados libres, contábase aún con cierto número de esclavos, principalmente persas, al mando de oficiales del mismo origen y que no eran desde luego los menos estimados del ejército de Feofar Kan.

Añádanse a esta nomenclatura los judíos que servían de criados, con la túnica ceñida por una cuerda, la cabeza tocada, en lugar de un turbante; que les está prohibido llevar; por un gorrito de paño oscuro; mézclense a estos grupos unos centenares de *kalenderos*, especie de religiosos mendicantes; vestidos de harapos; cubiertos por una piel de leopardo, y se obtendrá una idea bastante completa de estas enormes aglomeraciones de tribus diversas, comprendidas bajo la denominación general de ejércitos tártaros.

Cincuenta mil de aquellos soldados eran de caballería y los caballos no eran menos variados que los hombres. Entre aquellos animales, atados de diez en diez a dos cuerdas fijadas paralelamente una a otra, con la cola anudada, la grupa cubierta por una redecilla de seda negra, se distinguía a los turcomanos, finos de patas, largos de cuerpo, de pelo brillante, de noble alzada; los uzbekos, que son bestias de fondo; los kojandianos, que llevan con su jinete dos tiendas y toda una batería de cocina; los kirguiz, de manto claro, llegados desde las riberas del río Erna, donde se les atrapa con el *arcán* el lazo de los tártaros, y otros muchos productos de razas cruzadas, de calidad inferior.

Las bestias de carga se contaban por miles. Había camellos de pequeña alzada, pero bien hechos, de pelo largo, espesa crin que les

caía por el cuello, animales dóciles y más fáciles de enjaezar que los dromedarios; *nars* de una joroba, con el pelaje rojo de fuego, que se les ensortija en bucles; finalmente, los asnos, duros para el trabajo y cuya carne, muy estimada, forma parte de la dieta de los tártaros.

Sobre todo aquel conjunto de hombres y animales, sobre aquella inmensa aglomeración de tiendas, tendían una sombra fresca, rota aquí o allá en algunas brechas por los rayos solares, unos cedros y pinos dispuestos en amplios macizos. Nada más pintoresco que este cuadro, para el que el más entusiasta de los coloristas habría acabado con todos los colores de su paleta.

Cuando llegaron los prisioneros de Kolyvan ante las tiendas de Feofar y de los grandes dignatarios del kanato, redoblaron los tambores y sonaron las trompetas. Con esos ruidos ya de por sí formidables vinieron a mezclarse estridentes salvas de mosquetes y el más grave detonar de los cañones del seis y del cuatro que formaban la artillería del emir.

El campamento de Feofar Kan era una instalación puramente militar. Lo que podría llamarse su casa civil, su harén y los de sus aliados, se encontraban en Tomsk, que estaba ya en poder de los tártaros.

Alzado el campamento, Tomsk se convertiría en la residencia del emir hasta el momento en que cambiara esta ciudad por la capital de la Siberia oriental.

La tienda de Feofar dominaba las tiendas vecinas. Cubierta de amplios lienzos de un brillante tejido de seda que mantenía en alto unos cordones con cenefas de oro, coronada por unos penachos espesos que el viento agitaba como si fueran abanicos, ocupaba el centro de un extenso claro, cerrado por un telón de magníficos abedules y de pinos gigantescos. Ante aquella tienda, sobre una mesa lacada e incrustada de piedras preciosas, se abría el libro sagrado del Corán, cuyas páginas eran finas hojas de oro, delicadamente grabadas. Por encima ondeaba el pabellón tártaro, acuartelado por las armas del emir.



La tienda de Feofar dominaba las tiendas vecinas

Alrededor del claro se elevaban en semicírculo las tiendas de los altos funcionarios de Bujará. Allí residían el jefe de cuadras, que tiene el derecho de seguir al caballo del emir hasta el patio de su palacio, el gran halconero, el *husch-begui*, portador del sello real, el *topchi-baschi*, gran maestro de la artillería, el *kodja* jefe del consejo, que recibe el beso del príncipe y puede presentarse ante él con el cinturón desceñido, el *scheik-ul-Islam*, jefe de los ulemas[66], representante de los sacerdotes, el *cazi-askev*, que en ausencia del emir juzga todos los litigios suscitados entre los militares y, finalmente, el jefe de los astrólogos, cuyo importante cometido es el consultar a las estrellas cada vez que al Kan se le ocurre desplazarse.

En el momento en que los prisioneros fueron llevados al campamento, el emir estaba en su tienda, sin mostrarse. Y por fortuna, sin duda, porque un gesto suyo, una palabra de su boca, no habrían podido ser más que la señal de una sangrienta ejecución. Pero se atrincheró en aquel aislamiento, que constituye, en parte, la majestad de los monarcas orientales. Se admira al que no se muestra y, sobre todo, se le teme.

En cuanto a los prisioneros, iban a quedar encerrados en algún recinto donde, maltratados, apenas alimentados, expuestos a todas las intemperies del clima, esperarían a que se hiciera el capricho de Feofar Kan. De todos, el más dócil, el más paciente era, desde luego, Miguel Strogoff. Se dejaba llevar, porque le llevaban allí donde quería llegar y en unas condiciones de seguridad que, estando libre, no habría podido encontrar en aquella ruta de Kolyvan a Tomsk. Escaparse antes de haber llegado a esa ciudad significaba exponerse a volver a caer en las manos de avanzadillas que batieran la estepa. La línea más oriental ocupada entonces por las columnas tártaras no se encontraba más allá del meridiano noventa y dos, que atraviesa Tomsk. Por tanto, al pasar ese meridiano, Miguel Strogoff debía contar con que estaría fuera de las zonas enemigas y que podría cruzar el Yeniséisk sin peligro, llegando a Krasnoiarsk antes que Feofar Kan hubiese invadido la provincia.

«¡Una vez que haya llegado a Tomsk —se repetía para reprimir algunos gestos de impaciencia que no siempre conseguía dominar— estaré más allá de los puestos de vanguardia y, con que gane doce horas a Feofar Kan, doce horas a Iván Ogareff, me bastará para

llegar antes que ellos a Irkutsk!».

Lo que más temía Miguel Strogoff, y no podía dejar de ser así, era la presencia de Iván Ogareff en el campamento tártaro. Además del peligro de que le reconocieran, sentía, gracias a una especie de instinto, que era a ese traidor a quien tenía que adelantar. Comprendía que la unión de las tropas de Iván Ogareff con las de Feofar completaría los efectivos del ejército invasor y que, después, toda la fuerza marcharía en masa hacia la capital de la Siberia oriental. De este modo, todos sus temores venían de ese lado y, a cada instante, aguzaba el oído por si alguna marcha militar anunciaba la llegada del lugarteniente del emir.

A ese pensamiento se unía el recuerdo de su madre, el de Nadia, una retenida en Omsk, la otra raptada en las barcas del Irtysh y, sin duda, cautiva como Marfa Strogoff. ¡Nada podía hacer por ellas! ¿Acaso volvería a verlas alguna vez? Con aquella pregunta, a la que no se atrevía a responder, se le encogía espantosamente el corazón.

Al mismo tiempo que Miguel Strogoff y tantos otros prisioneros, habían sido conducidos al campamento Harry Blount y Alcide Jolivet. Su antiguo compañero de viaje, prendido con ellos en el puesto de telégrafos, sabía que estaban recluidos como él en aquel recinto vigilado por numerosos centinelas, pero había evitado cuidadosamente acercarse a ellos. Poco le importaba, al menos en aquel momento, lo que pudieran pensar de él tras el asunto de la posta de Ichim. Además, quería estar solo para actuar por su cuenta, llegado el caso, de modo que se había mantenido apartado.

Alcide Jolivet, desde el momento en que su compañero había caído junto a él, no le había regateado cuidados. Durante el trayecto desde Kolyvan al campamento, es decir, durante varias horas de marcha, Harry Blount había podido seguir el convoy de los prisioneros apoyándose en el brazo de su rival. Había querido hacer valer su calidad de súbdito inglés, pero no le sirvió absolutamente de nada frente a aquellos bárbaros, que sólo respondían a lanzazos o sablazos. El corresponsal del *Daily Telegraph* tuvo que sufrir, pues, la suerte de todos, sin perjuicio de que pudiera reclamar después y obtener satisfacción por semejante trato. Pero aquel trayecto no dejó de ser penosísimo para él, porque su herida le dolía y, sin la ayuda de Alcide Jolivet, quizá no habría llegado al campamento.

Alcide Jolivet, a quien nunca abandonaba su filosofía práctica, había reconfortado física y moralmente a su colega por todos los medios de que disponía. Su primera preocupación, cuando se vio definitivamente encerrado en el recinto, fue la de inspeccionar la herida de Harry Blount. Consiguió quitarle hábilmente la casaca y observó que el hombro había sido rozado simplemente por un trozo de metralla.

—¡No es nada! —dijo—, una simple rozadura. ¡Después de dos o tres vendajes habrá desaparecido!

—Pero ¿esos vendajes...? —preguntó Harry Blount.

—¡Los haré yo mismo!

—Así que, ¿es usted un poco médico?

—¡Todos los franceses son un poco médicos!



«Así que, ¿es usted un poco médico?»

Y tras esta afirmación, rasgando su pañuelo, Alcide Jolivet sacó hilas de uno de los trozos, vendas del otro, cogió agua de un pozo excavado en medio del recinto, lavó la herida, que por fortuna no era grave y dispuso con mucha habilidad los paños húmedos sobre el hombro de Harry Blount.

—Le aplico un tratamiento de agua —dijo—. Este líquido sigue siendo el sedante más eficaz que se conoce para tratar las heridas, y el más empleado actualmente. ¡Los médicos han tardado seis mil años en descubrirlo! ¡Sí, seis mil años en números redondos!

—Se lo agradezco, señor Jolivet —respondió Harry Blount, recostándose en un lecho de hojas que le arregló su compañero a la sombra de un abedul.

—¡Bah, no hay por qué! ¡Usted habría hecho lo mismo en mi lugar!

—No lo sé... —respondió un tanto inocentemente Harry Blount.

—¡Venga, bromista! ¡Todos los ingleses son generosos!

—Sin duda, pero ¿y los franceses...?

—¡Claro, los franceses son buena gente, incluso tontos, si se quiere! Pero lo que los redime es que son franceses. Pero, no hablemos más de eso, e incluso, si quiere creerme, lo mejor que podemos hacer es no hablar nada de nada. Necesita usted reposo absoluto.

Pero Harry Blount no tenía ningunas ganas de callarse. Si, por prudencia, el herido debía pensar en el reposo, el corresponsal del *Daily Telegraph* no era hombre dado a hablar consigo mismo.

—Señor Jolivet, ¿cree usted que nuestros últimos despachos habrán podido pasar la frontera rusa?

—¿Y por qué no? —respondió Alcide Jolivet—. ¡Le aseguro que a estas horas mi afortunada prima ya sabe a qué atenerse sobre el asunto de Kolyvan!

—¿Qué tirada saca de sus despachos su prima de usted? —inquirió Harry Blount, planteando por primera vez directamente esa pregunta a su colega.

—¡Bueno! —respondió riendo Alcide Jolivet—. Mi prima es una persona muy discreta, a quien no le gusta que se hable de ella y que se desesperaría si turbara el sueño que usted necesita.

—No quiero dormir —respondió el inglés—. ¿Qué pensará su prima de los asuntos de Rusia?

—¡Que parecen ir por mal camino de momento! ¡Pero, bah! El gobierno moscovita es poderoso, no tiene por qué inquietarse realmente por una invasión de bárbaros y Siberia no se le escapará.

—¡Demasiada ambición ha perdido siempre a los más grandes imperios! —respondió Harry Blount, no sin algunos celos «ingleses» ante las pretensiones rusas en el Asia central.

—¡Oh! ¡No hablemos de política! —exclamó Alcide Jolivet—. ¡Está prohibido por prescripción facultativa! ¡No hay nada peor para las heridas de metralla en el hombro... a menos que sea para dormirse!

—Hablemos entonces de lo que nos queda por hacer —respondió Harry Blount—. Señor Jolivet, no tengo la menor intención de quedarme indefinidamente como prisionero de los tártaros.

—¡Ni yo, cielo santo!

—¿Nos escaparemos en la primera oportunidad?

—Sí, si no hay otro medio de recobrar la libertad.

—¿Conoce usted otro? —preguntó Harry Blount, mirando a su compañero.

—¡Por supuesto! ¡No somos beligerantes, sino neutrales, y reclamaremos!

—¿Ante ese bárbaro de Feofar Kan?

—¡No! No lo comprendería —respondió Alcide Jolivet—, pero sí su lugarteniente Iván Ogareff.

—¡Ése es un canalla!

—Sin duda, pero un canalla ruso. Sabe que no hay que bromear con el Derecho de Gentes y no tiene ningún interés en retenernos, al contrario. Sólo que... ¡pedirle algo a ese señor no me gusta mucho!

—Pero ese señor no está en el campamento, o al menos yo no lo he visto —observó Harry Blount.

—¡Vendrá! Y sin falta. Es necesario que se reúna con el emir. Siberia está cortada en dos ahora y, con toda seguridad, el ejército de Feofar no espera más que su llegada para lanzarse sobre Irkutsk.

—Y, una vez libres, ¿qué haremos?

—Una vez libres continuaremos nuestra campaña y seguiremos a los tártaros hasta el momento en que los acontecimientos nos permitan pasarnos al campo opuesto. No hay que abandonar la partida, ¡qué diablos! Sólo estamos empezando. Usted, querido colega, ya ha tenido la suerte de caer herido al servicio del *Daily*

Telegraph mientras que yo aún no he recibido nada al servicio de mi prima. ¡Vamos, vamos! —murmuró Alcide Jolivet—, ya se está durmiendo. Unas horas de sueño y algunas compresas de agua fresca, es todo lo que hace falta para poner en pie a un inglés. ¡Estas gentes están hechas de acero!

Y mientras Harry Blount reposaba, Alcide Jolivet velaba junto a él, después de sacar su libreta, que cargó de notas, decidiendo por otra parte compartirlas con su colega para mayor satisfacción de los lectores del *Daily Telegraph*. Los acontecimientos los habían reunido, de modo que no había por qué tener celos profesionales.

Así, pues, lo que Miguel Strogoff temía por encima de todo era precisamente el objeto de los más vivos deseos de los dos periodistas. La llegada de Iván Ogareff podía servir evidentemente a estos dos porque, una vez reconocida su calidad de corresponsales francés e inglés, lo más probable era que fueran puestos en libertad. El lugarteniente del emir sabría hacer entrar en razón a Feofar que, de lo contrario, habría tratado a los periodistas como vulgares espías. El interés de Alcide Jolivet y Harry Blount era, pues, contrario al de Miguel Strogoff. Éste había comprendido bien la situación y fue esta nueva razón, añadida a otras varias, la que lo llevó a evitar cualquier acercamiento a sus antiguos compañeros de viaje. Se las arregló, por tanto, para no ser visto por ellos.

Pasaron cuatro días, durante los cuales la situación no varió en nada. Los prisioneros no oyeron hablar en absoluto que fuera a levantarse el campamento tártaro. Estaban rigurosamente vigilados y les era imposible atravesar el cordón de infantes y jinetes que los guardaban noche y día. En cuanto a la comida que se les daba, apenas les bastaba. Dos veces cada veinticuatro horas se les arrojaba un trozo de intestino de cabra, asado sobre carbón, o alguna porción de ese queso llamado *krut* fabricado con leche agria de oveja y que se remoja en leche de yegua para hacer el plato kirguiz comúnmente llamado *kumis*. Y eso era todo. Hay que añadir también que el tiempo se puso detestable. Se produjeron grandes perturbaciones atmosféricas, que trajeron fuertes chubascos. Los infortunados, sin ningún abrigo, tuvieron que sufrir estas malsanas intemperies y no se les llevó el menor alivio a sus miserias. Murieron algunos heridos, algunas mujeres y niños, y los propios prisioneros tuvieron que enterrar sus cadáveres, a los que los

tártaros ni siquiera pensaron en dar sepultura.

Durante aquellas duras pruebas, Alcide Jolivet y Miguel Strogoff se multiplicaron, cada uno por su lado, para ayudar en todo lo que podían. Menos afectados que tantos otros, válidos y vigorosos debían resistir mejor y, con sus consejos y cuidados, pudieron ser muy útiles a aquellos que sufrían y se desesperaban.

¿Cuánto iba a durar aquel estado de cosas? ¿Quería Feofar Kan, satisfecho con sus primeras victorias, esperar algún tiempo antes de marchar sobre Irkutsk? Era de temer, pero no fue así. El acontecimiento tan deseado por Alcide y Harry Blount como temido por Miguel Strogoff se produjo en la mañana del 12 de agosto.

Aquel día, sonaron las trompetas, redoblaron los tambores, sonaron descargas de mosquetes. Una enorme nube de polvo se elevaba por encima del camino de Kolyvan.

Iván Ogareff, seguido de varios miles de hombres, hacía su entrada en el campamento tártaro.

II. Una actitud de Alcide Jolivet

Era todo un cuerpo de ejército lo que Iván Ogareff llevaba al emir. Aquellos jinetes e infantes formaban parte de la columna que se había apoderado de Omsk. Sin haber podido reducir a la ciudad alta, en la que se habían refugiado —no se olvide— el gobernador y la guarnición, Iván Ogareff había decidido seguir adelante para no retrasar las operaciones que debían conducir a la conquista de la Siberia oriental. Había dejado, pues, una guarnición suficiente en Omsk y, llevando consigo a sus hordas, reforzándose de camino con los vencedores de Kolyvan, venía a reunirse con el ejército de Feofar.

Los soldados de Iván Ogareff se detuvieron en los puestos de avanzada del campamento, sin recibir órdenes de vivaquear. El proyecto de su jefe consistía, sin duda, en no pararse, sino continuar avanzando para llegar en el menor plazo posible a Tomsk, ciudad importante, destinada naturalmente a convertirse en el futuro centro de operaciones.

Al mismo tiempo que sus soldados, Iván Ogareff traía un convoy de prisioneros rusos y siberianos, capturados en Omsk y en Kolyvan. Aquellos infortunados no fueron conducidos al recinto, ya demasiado pequeño para los que contenía, y tuvieron que quedarse en los puestos de avanzada, sin abrigo y casi sin alimentos. ¿Qué suerte reservaría Feofar Kan a estos desgraciados? ¿Los internaría en Tomsk o los diezmara con alguna sangrienta ejecución, habitual en los jefes tártaros? Era un secreto la voluntad del caprichoso emir.

Aquel cuerpo de ejército no había venido sin traer como séquito la multitud de mendigos, vagabundos, mercaderes, gitanos que forman habitualmente la retaguardia de un ejército en marcha. Toda aquella gente vivía de los territorios que atravesaba y dejaba poco que saquear tras de su paso. De ahí la necesidad de avanzar, aunque sólo fuera para asegurar la intendencia de las columnas expedicionarias. Toda la región comprendida entre los cursos del Ichim y el Obi, completamente devastadas, carecía del menor recurso. Era un desierto que los tártaros dejaban tras ellos, y los

rusos no lo podrían franquear sin duros esfuerzos.

Entre los grupos de gitanos procedentes de las provincias del Oeste figuraba la cuadrilla de cingaros que había acompañado a Miguel Strogoff hasta Perm. Allí estaba Sangarra, aquella salvaje espía, sierva fidelísima de su amo Iván Ogareff, a quien no abandonaba jamás. Ya se les ha visto a ambos preparando sus maquinaciones en la propia Rusia, en la provincia de Nizhni Nóvgorod. Después de la travesía del Ural, se habían separado por unos días nada más. Iván Ogareff había llegado rápidamente a Ichim, mientras que Sangarra y su cuadrilla se dirigían a Omsk por el sur de la provincia.



Allí estaba Sangarra

Es fácil comprender la ayuda que aportaba aquella mujer a Iván Ogareff. Por medio de sus gitanas llegaba a todas partes, oyéndolo todo e informando de ello a su amo que estaba al corriente de lo que pasaba hasta en el corazón de las provincias invadidas. Eran cien ojos, cien oídos, siempre abiertos para la causa. Además, pagaba generosamente aquel espionaje, del que sacaba gran provecho.

Antaño comprometida en un grave asunto, Sangarra había sido salvada por el oficial ruso. No había olvidado nada de lo que le debía y se había entregado a él en cuerpo y alma. Al entrar en la vía de la traición, Iván Ogareff se había dado cuenta del partido que podía sacar de aquella mujer. Cualquier orden que le diera, Sangarra la ejecutaba. Un instinto inexplicable, más imperioso aún que el del agradecimiento, la había empujado a convertirse en la esclava del traidor, a quien estaba unida desde los primeros tiempos de su exilio en Siberia. Confidente y cómplice, sin patria ni familia, Sangarra se complacía en poner su vida vagabunda al servicio de los invasores que Iván Ogareff iba a lanzar sobre Siberia. A la prodigiosa astucia natural de su raza, añadía una energía feroz, que no conocía ni el perdón ni la piedad. Era una salvaje digna de compartir el *wigwam*[67] de un apache o la choza de un andamano[68].

Desde su llegada a Omsk, donde se le había reunido junto con sus cingaras, Sangarra no había dejado a Iván Ogareff. La circunstancia que había puesto a Miguel Strogoff frente a Marfa, su madre, no le era desconocida. Los temores de Iván Ogareff respecto al paso de un correo del zar, los conocía y los compartía. Apresada Marfa Strogoff, habría sido capaz de torturarla con el refinamiento de un piel roja, para arrancarle su secreto. Pero no había llegado la hora en que Iván Ogareff quisiera hacer hablar a la vieja siberiana. Sangarra debía esperar y esperaba, sin perder de vista a aquélla a la que espiaba sin que lo supiera, vigilando sus menores gestos, sus mínimas palabras, observándola noche y día, tratando de escuchar la palabra «hijo» escapándose de su boca, pero frustrada hasta ahora por la inalterable impasibilidad de Marfa Strogoff.

Mientras tanto, al primer sonido de las trompetas, el gran maestre de la artillería tártara y el jefe de las caballerizas del emir, seguidos de una brillante escolta de jinetes uzbekos, avanzaron

hasta la entrada del campamento para recibir a Iván Ogareff.

Cuando llegaron a su presencia, le rindieron los más grandes honores, invitándole a acompañarles a la tienda de Feofar Kan.

Imperturbable como siempre, Iván Ogareff respondió fríamente a la deferencia de los altos funcionarios enviados a su encuentro. Estaba vestido con mucha sencillez, llevando todavía por una especie de impúdica bravata, el uniforme de oficial ruso.

En el momento en que soltaba la mano a su caballo para franquear la linde del campamento, Sangarra se acercó pasando por entre los jinetes de la escolta y se quedó inmóvil.

—¿Nada? —preguntó Iván Ogareff.

—Nada.

—Sé paciente.

—¿Se acerca la hora en que la obligarás a hablar?

—Se acerca, Sangarra.

—¿Cuándo hablará la vieja?

—Cuando lleguemos a Tomsk.

—Y, ¿cuándo llegaremos?

—Dentro de tres días.

Los grandes ojos negros de Sangarra lanzaron un destello extraordinario y la cingara se retiró con paso tranquilo.

El coronel Iván Ogareff apretó los ijares de su caballo y, seguido de su estado mayor de oficiales tártaros, se dirigió a la tienda del emir.

Feofar Kan esperaba a su lugarteniente. El Consejo, compuesto por el portador del sello real, por el kodja y por algunos otros funcionarios, había ocupado su lugar bajo la tienda.

Iván Ogareff desmontó del caballo, entró en ella y se halló ante el emir.



Iván Ogareff desmontó del caballo, entró en ella,
y se halló ante el emir

Feofar Kan era un hombre de cuarenta años, elevada estatura, tez bastante pálida, ojos malvados, fisonomía cruel. Una barba negra, escalonada en rizos menudos le caía por el pecho. Con su atavío de guerra, cota de mallas de oro y plata, tahalí [69] resplandeciente de piedras preciosas, vaina del sable curvada como un yatagán y tachonada de gemas deslumbradoras, espuelas de oro en las botas, penacho de diamantes en el casco con mil reflejos. Feofar ofrecía a la mirada el aspecto, más extraño que imponente, de un Sardanápalo a la tártara, soberano indiscutido que dispone a su antojo de las vidas y haciendas de sus súbditos, con un poder sin límites, a quien por privilegio especial se da en Bujará el título de emir.

En el momento en que apareció Iván Ogareff, los grandes dignatarios se quedaron sentados en sus cojines festoneados de oro, pero Feofar se levantó de un rico diván que ocupaba el fondo de la tienda, en la que el suelo desaparecía bajo la espesa lana de una alfombra de Bujará. El emir se acercó a Iván Ogareff y le dio un beso cuyo significado no dejaba lugar a dudas. Aquel beso convertía al lugarteniente en jefe del Consejo, colocándolo temporalmente por encima del kodja.

Luego, dirigiéndose a Iván Ogareff, Feofar dijo:

—No tengo nada que preguntarte. Habla, Iván, que no encontrarás aquí más que oídos bien dispuestos a escucharte.

—*Tajsir* [70] —respondió Iván Ogareff—, he aquí lo que tengo que darte a conocer.

Iván Ogareff se expresaba en dialecto tártaro, dando a sus frases el giro enfático que distingue al lenguaje de los orientales.

—*Tajsir*, no es hora de inútiles palabras. Lo que he hecho a la cabeza de tus tropas, ya lo conoces. Las líneas del Irtysh y del Ichim están en nuestro poder y los jinetes turcomanos pueden bañar los caballos en sus aguas, que se han hecho tártaras. Las hordas kirguiz se han sublevado a la voz de Feofar Kan y la principal ruta siberiana te pertenece desde Ichim hasta Tomsk. Puedes por tanto hacer avanzar tus columnas tanto hacia el Oriente, por donde se levanta el sol, como hacia el Occidente, por donde se oculta.

—¿Y si marchó con el sol? —preguntó el emir, que escuchaba atento pero sin que su rostro dejara traslucir ninguno de sus pensamientos.

—Marchar con el sol —respondió Iván Ogareff—, significa arrojar sobre Europa, conquistar rápidamente las provincias siberianas de Tobolsk, hasta las montañas de los Urales.

—¿Y si voy al encuentro de esa antorcha del cielo?

—Someterás al dominio tártaro, con Irkutsk, a las más ricas comarcas del Asia central.

—Pero ¿y los ejércitos del sultán de Petersburgo? —dijo Feofar Kan, designando con aquel curioso título al emperador de Rusia.

—Nada tienes que temer de él, ni por el Levante ni por el Poniente —respondió Iván Ogareff—. La invasión ha sido repentina y, antes que el ejército ruso haya podido llevarles socorro, Irkutsk o Tobolsk habrán caído en tu poder. Las tropas del zar han sido aplastadas en Kolyvan, como lo serán por todas partes donde los tuyos luchen contra esos insensatos soldados de Occidente.

—¿Y qué consejo te inspira tu devoción hacia la causa tártara? —preguntó el emir tras unos instantes de silencio.

—¡Mi consejo —respondió vivamente Iván Ogareff— es marchar al encuentro del sol! ¡Que los caballos turcomanos devoren la hierba de las estepas orientales! ¡Tomar Irkutsk, la capital de las provincias del Este y, con ella, al rehén cuya posesión vale por toda una nación! ¡Es necesario que, a falta del zar, caiga en tus manos su hermano el Gran Duque!

Ése era el supremo resultado que buscaba Iván Ogareff. Al oírle, se le habría podido tomar por uno de los crueles descendientes de Stepan Razín, el célebre pirata que asoló la Rusia meridional en el siglo XVIII. ¡Apoderarse del Gran Duque y golpearlo sin piedad era dar plena satisfacción a su odio! Además, la toma de Irkutsk pondría inmediatamente bajo el dominio tártaro toda la Siberia oriental.

—Así se hará, Iván —respondió Feofar.

—¿Cuáles son tus órdenes, *Tajsir*?

—Hoy mismo se trasladará a Tomsk nuestro cuartel general.

Iván Ogareff se inclinó y, seguido del husch-begui, se retiró para disponer la ejecución de las órdenes del emir.

En el momento en que iba a montar a caballo, para volver a los puestos de avanzada, se produjo un tumulto a cierta distancia, en la parte del campamento destinada a los prisioneros. Se dejaron oír algunos gritos y sonaron dos o tres disparos. ¿Sería una tentativa de

rebelión o de evasión que iba a ser reprimida de inmediato?

Iván Ogareff y el hush-begui dieron algunos pasos adelante y, casi inmediatamente, dos hombres a quienes los soldados no habían podido contener aparecieron ante ellos.

El hush-begui, sin buscar mayor información, hizo un gesto que significaba una orden de muerte, y ya iban a rodar por tierra las cabezas de los dos prisioneros, cuando Iván Ogareff dijo algunas palabras que detuvieron el sable que se había alzado sobre ellos.

El ruso se había dado cuenta de que aquellos prisioneros eran extranjeros y ordenó que se los trajeran.

Eran Harry Blount y Alcide Jolivet.

Desde la llegada de Iván Ogareff al campamento, habían pedido que los condujeran a su presencia. Los soldados habían rehusado. De ahí la lucha, tentativa de fuga y disparos que afortunadamente no alcanzaron a los periodistas. Pero su ejecución no se habría hecho esperar ni un segundo, de no ser por la intervención del lugarteniente del emir.

Éste examinó unos instantes a aquellos prisioneros, que le eran absolutamente desconocidos. Habían asistido, sin embargo, a aquella escena de la posta de Ichim en la que Miguel Strogoff fue golpeado por Iván Ogareff; pero el brutal viajero no había prestado la menor atención a las personas entonces reunidas en aquella sala común.

Harry Blount y Alcide Jolivet, por el contrario, lo reconocieron perfectamente y este último dijo a media voz:

—¡Vaya! ¡Parece que el coronel Ogareff y aquel grosero de Ichim son la misma persona!

Y añadió al oído de su compañero:

—Exponga nuestro asunto, Blount. Me hará usted un favor. Este coronel ruso en medio de un campamento tártaro me repugna y, aunque gracias a él sigo teniendo la cabeza sobre los hombros, apartaría los ojos con desprecio antes que mirarlo de frente.

Y, dicho esto, Alcide Jolivet, afectó la más completa y altanera indiferencia.

¿Comprendería Iván Ogareff lo que tenía de insultante para él la actitud del prisionero? En todo caso, no dejó traslucir nada.

—¿Quiénes son ustedes, señores? —preguntó en ruso, con un tono muy frío, pero exento de su brutalidad habitual.

—Dos corresponsales de periódicos, inglés y francés —respondió lacónicamente Harry Blount.

—¿Tienen ustedes, sin duda, papeles que les permitan demostrar su identidad?

—He aquí las cartas por las que nos acreditan en Rusia las cancillerías inglesa y francesa.



Iván Ogareff tomó las cartas que le tendía Harry Blount y las
leyó con atención

Iván Ogareff tomó las cartas que le tendía Harry Blount y las leyó con atención. Luego:

—¿Piden ustedes —dijo— autorización para seguir nuestras operaciones militares en Siberia?

—Pedimos que nos dejen en libertad, eso es todo —respondió secamente el corresponsal inglés.

—Lo están, señores —respondió Iván Ogareff—. Tengo curiosidad por leer sus crónicas en el *Daily Telegraph*.

—Señor mío —repuso Harry Blount con la flemma más imperturbable—, son seis peniques el ejemplar, más los gastos del correo.

Y, tras esto, Harry Blount se volvió a su compañero, que pareció aprobar completamente su respuesta.

Iván Ogareff no pestañeó y, montando en su caballo, se puso a la cabeza de su escolta, desapareciendo pronto en una nube de polvo.

—Bueno, señor Jolivet, ¿qué piensa usted del coronel Iván Ogareff, general en jefe de las fuerzas tártaras? —preguntó Harry Blount.

—¡Pienso, mi querido colega —respondió sonriendo Alcide Jolivet—, que ese husch-begui ha hecho un gesto muy hermoso cuando ha dado la orden de que nos cortaran la cabeza!

Sea como fuere y con independencia del motivo que llevara a Iván Ogareff a actuar de aquella manera con los dos periodistas, éstos estaban libres y podían recorrer a su antojo el teatro de la guerra. Desde luego, tenían la intención de no abandonar en absoluto la partida. La suerte de antipatía que sintieran antaño el uno por el otro había dado paso a una sincera amistad. Aproximados por las circunstancias, ya no pensaban en separarse. Las mezquinas cuestiones de rivalidad se habían extinguido para siempre. Harry Blount no podría olvidar nunca lo que debía a su compañero, que no hacía el menor intento por recordarlo, y en definitiva, al facilitarle las actividades informativas, redundaría en beneficio de sus lectores.

—Y ahora —preguntó Harry Blount—, ¿qué vamos a hacer con nuestra libertad?

—¡Abusar de ella, pardiez! —respondió Alcide Jolivet—. Nos iremos a Tomsk a ver lo que ocurre.

—¿Hasta el momento (muy próximo, espero) en que podamos

reunirnos con algún cuerpo armado ruso...?

—¡Tiene usted toda la razón, señor Blount! ¡No hay que tartarizarse demasiado! El papel más lucido corresponde todavía a aquéllos cuyas armas civilizan y es evidente que los pueblos de Asia central tienen todo que perder y nada que ganar con esta invasión. Pero los rusos sabrán rechazarla. ¡Sólo es cuestión de tiempo!

Mientras tanto, la llegada de Iván Ogareff, que acababa de dejar en libertad a Alcide Jolivet y a Harry Blount, significaba por el contrario un grave peligro para Miguel Strogoff. Si el azar llegara a ponerlo en presencia de Iván Ogareff, éste no podía dejar de reconocerlo como el viajero a quien había tratado tan brutalmente en la posta de Ichim y, aunque Miguel Strogoff no había respondido al insulto como habría hecho en cualquier otra circunstancia, era probable que hubiera llamado la atención, lo que dificultaría la ejecución de sus proyectos.

Ése era el lado molesto de la presencia de Iván Ogareff. Sin embargo, una consecuencia afortunada de su llegada fue la orden que se dio de levantar el campamento aquel mismo día y de trasladar a Tomsk el cuartel general. Era el cumplimiento del más vivo deseo de Miguel Strogoff. Su intención, ya se sabe, era alcanzar Tomsk confundido entre los demás prisioneros, es decir, sin arriesgarse a caer entre las manos de las avanzadillas que pululaban por las cercanías de aquella importante ciudad. Sin embargo, tras la llegada de Iván Ogareff y ante el temor de que lo reconociera, tuvo que preguntarse si no convendría renunciar a aquel primer proyecto e intentar escaparse durante el viaje.

Miguel Strogoff iba a optar por esa segunda solución cuando se enteró de que Feofar Kan e Iván Ogareff ya habían partido hacia la ciudad a la cabeza de algunos miles de jinetes.

«Esperaré, pues —se dijo—, a no ser que se presente alguna ocasión excepcional para escapar. Las posibilidades negativas son más numerosas de Tomsk para acá, mientras que más allá crecerán las positivas, porque en algunas horas habré atravesado la línea de los puestos más avanzados hacia el Este. ¡Tres días más de paciencia y que Dios venga en mi ayuda!».

Los prisioneros, en efecto, debían hacer un viaje de tres días a través de la estepa, bajo la vigilancia de un destacamento numeroso de tártaros. En efecto, ciento cincuenta verstas separaban el

campamento de la ciudad. Viaje fácil para los soldados del emir, a quienes no faltaba de nada, más penoso para unos desgraciados debilitados por las privaciones. ¡Más de un cadáver habría de jalonar aquella porción de la ruta siberiana!

Fue a las dos de la tarde de aquel 12 de agosto, con una temperatura bastante elevada y bajo un cielo sin nubes, cuando el topchi-baschi dio la orden de partida.

Alcide Jolivet y Harry Blount, que habían comprado unos caballos, estaban ya de camino para Tomsk, donde la lógica de los acontecimientos iba a reunir a los principales personajes de esta historia.

Entre los prisioneros que trajo Iván Ogareff al campamento tártaro había una anciana, a quien su propia actitud taciturna parecía mantener apartada en medio de todas aquellas que compartían su suerte. Ni una queja salía de sus labios. Habría podido decirse que era una estatua del dolor. Aquella mujer, casi siempre inmóvil, más estrechamente vigilada que cualquier otra, era observada, sin que pareciera preocuparse o darse cuenta, por la cingara Sangarra. A pesar de su edad, había tenido que seguir a pie al convoy de los prisioneros, sin que hubiera ningún alivio a sus miserias. Sin embargo, algún designio providencial había puesto a su lado a un ser valeroso, caritativo, hecho para comprenderla y asistirle. Entre aquellas compañeras de infortunio, una muchacha, notable por su belleza y por una impasibilidad que no tenía nada que envidiar a la de la siberiana, había impuesto la tarea de velar por ella. Ni una palabra se había cruzado entre las dos cautivas, pero la joven se encontraba siempre en el momento oportuno junto a la anciana cuando podía serle útil su socorro. Ésta no había aceptado al principio sin desconfianza los mudos cuidados de aquella desconocida. Poco a poco, sin embargo, la evidente rectitud de la mirada de aquella muchacha, su reserva y la misteriosa simpatía que establece una comunidad de dolores entre infortunios iguales, habían puesto fin a la frialdad de Marfa Strogoff. Nadia, pues de ella se trataba, había podido devolver así, sin conocerla, a la madre los cuidados que ella misma había recibido de su hijo. Su bondad instintiva la había inspirado doblemente. Al dedicarse a servirla, Nadia se aseguraba para su juventud y su belleza la protección de la anciana prisionera. En medio de aquella multitud

de infortunados, agriados por los sufrimientos, aquel grupo silencioso de dos mujeres, una de las cuales parecía la abuela y la otra su nieta, imponía una suerte de respeto.

Nadia, después de haber sido raptada por los exploradores tártaros en las barcas del Irtysh, había sido conducida a Omsk. Mantenido prisionera en la ciudad, compartió la suerte de todos aquellos que habían sido capturados hasta entonces por la columna de Iván Ogareff y, por consiguiente, la de Marfa Strogoff.

Si Nadia hubiera sido menos enérgica, habría sucumbido al doble golpe que acababa de recibir. La interrupción de su viaje, la muerte de Miguel Strogoff la habían desesperado y sublevado a la vez. Alejada para siempre de su padre, después de tantos afortunados esfuerzos por aproximarse a él y, para colmo de dolor, separada del intrépido compañero que el propio Dios parecía haber puesto en su camino para conducirla al objetivo, lo había perdido todo a la vez y de un mismo golpe. La imagen de Miguel Strogoff, alcanzado ante sus ojos por una lanza, desapareciendo en las aguas del Irtysh, no se iba de su pensamiento. ¿Era posible que hubiera muerto así un hombre como ése? ¿Para quién reservaba Dios los milagros si ese justo, que de cierto iba impulsado por un noble designio, había podido verse detenido de tan miserable forma en su andadura? A veces la cólera vencía al dolor. La escena de la afrenta tan extrañamente soportada por su compañero en la posta de Ichim le volvía la memoria. Le hervía la sangre con aquel recuerdo.

—¿Quién vengará a ese muerto que no puede vengarse ya a sí mismo? —se decía.

Y en su corazón, dirigiéndose al mismo Dios, exclamaba:

—¡Señor, haced que sea yo!

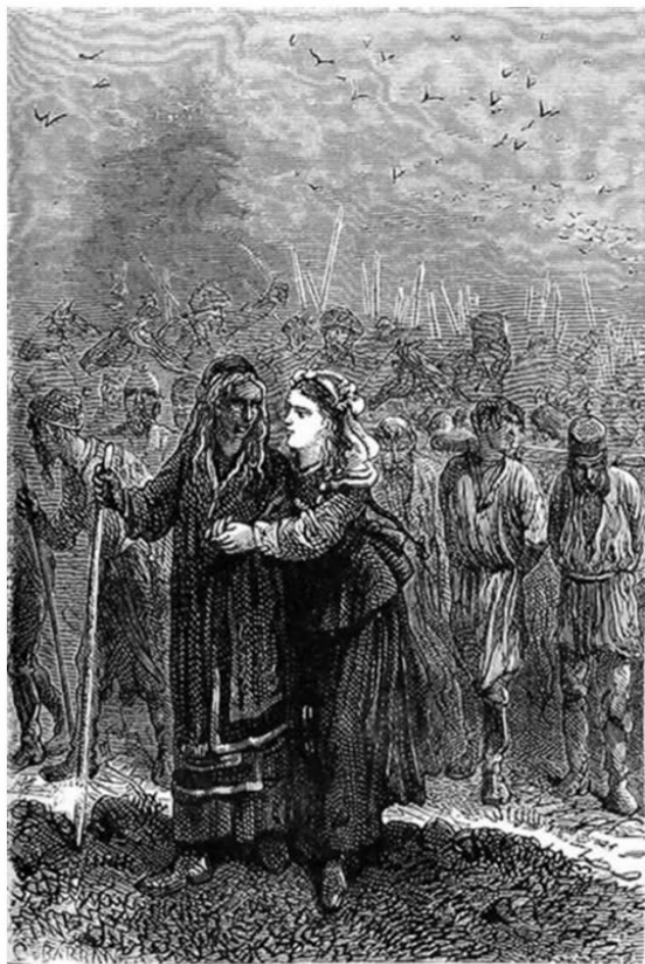
¡Si antes de morir, Miguel Strogoff le hubiera confiado su secreto! ¡Sí, por muy mujer, por muy niña que fuera, hubiera podido llevar a buen término la tarea interrumpida de aquel hermano que Dios no habría debido darle, puesto que tenía que quitárselo tan pronto!

Absorta en esos pensamientos, es comprensible que Nadia hubiera quedado como insensible a las propias miserias de su cautiverio.

Entonces fue cuando el azar, sin que ella pudiera tener la menor sospecha, la había reunido con Marfa Strogoff. ¿Cómo habría

podido imaginar que aquella anciana, prisionera como ella misma, fuera la madre de su compañero que sólo había sido para ella el mercader Nicolás Korpanoff? Y, por su parte, ¿cómo habría podido adivinar Marfa Strogoff que un vínculo de agradecimiento ligaba a aquella joven desconocida con su hijo?

Lo que impresionó en primer lugar a Nadia de Marfa Strogoff fue una suerte de conformidad secreta en la forma en que cada una por su lado soportaba su penosa condición. Esa indiferencia estoica de la anciana frente a los dolores materiales de sus vidas cotidianas, ese desprecio de los sufrimientos del cuerpo, Marfa no podía sacarlos más que de un dolor moral igual que el suyo. Eso era lo que pensaba Nadia y no se equivocaba. Fue, por tanto, una simpatía instintiva por esa faceta de sus desgracias, que Marfa Strogoff no mostraba, lo que empujó a Nadia hacia ella. Esta forma de soportar su dolor convenía al alma orgullosa de la joven. No le ofreció sus servicios, se los dio. Marfa no tuvo que rehusar ni que aceptar. En los pasos difíciles del camino, la muchacha estaba allí y le daba su brazo como apoyo. A las horas de distribución de víveres, la anciana no se movía, pero la joven compartía con ella su alimento insuficiente y así fue como hicieron aquel penoso viaje una y otra al mismo tiempo. Gracias a su joven compañera, Marfa Strogoff pudo seguir a los soldados que escoltaban al grupo de prisioneros sin verse atadas al arzón de un caballo, como tantas otras infortunadas así arrastradas por aquel camino de dolor.



La muchacha estaba allí y le daba su brazo como apoyo

—¡Que Dios te recompense, hija mía, lo que haces por mis viejos años! —le dijo una vez Marfa Strogoff, y ésa fue durante algún tiempo la única palabra pronunciada entre las dos infortunadas.

Durante aquellos pocos días, que se les hicieron siglos, la anciana y la joven, al menos así lo parecía, deberían haberse visto abocadas a hablar de su situación. Pero Marfa Strogoff, por una discreción fácil de comprender y aun con gran gravedad, sólo había hablado de sí misma. No había hecho ninguna alusión ni a su hijo ni al funesto encuentro que las había puesto frente a frente.

Nadia también estuvo largo tiempo, si no muda, al menos sobria de palabras inútiles. Sin embargo, sintiendo que tenía ante ella un alma sencilla y elevada, un día su corazón se desbordó y relató sin esconder nada todos los acontecimientos que se habían producido desde su partida de Wladimir hasta la muerte de Nicolás Korpanoff. Lo que dijo de su joven compañero interesó vivamente a la vieja siberiana.

—¡Nicolás Korpanoff! —dijo—. ¡Háblame de él! ¡No conozco más que a un hombre, uno solo entre la juventud de estos tiempos del que no me habría extrañado esa conducta! Nicolás Korpanoff, ¿estás segura de que era ése su nombre, hija mía?

—¿Por qué iba a engañarme con eso —respondió Nadia—, él, que no me ha engañado en nada?

Sin embargo, movida por una especie de presentimiento, Marfa Strogoff hacía a Nadia pregunta tras pregunta.

—Me has dicho que era intrépido, hija mía. ¡Me has probado que lo era! —dijo.

—¡Sí, intrépido! —respondió Nadia.

—Así es como habría sido mi hijo, desde luego —se repetía Marfa Strogoff para sí misma.

Y volvía a preguntar:

—¿Me has dicho además que nada le detenía, que nada le extrañaba, que era tan suave dentro de su misma fuerza que tenías una hermana al mismo tiempo que un hermano en él y que veló por ti como una madre?

—¡Sí, sí! —dijo Nadia—. ¡Hermano, hermana, madre, lo ha sido todo para mí!

—¿Y también un león para defenderte?

—¡Un león, en realidad! —respondió Nadia—. ¡Sí, un león, un

héroe!

«¡Mi hijo, mi hijo!», pensaba la vieja siberiana.

—Pero ¿dices, sin embargo, que aguantó una terrible afrenta en esa casa de postas de Ichim?

—¡La aguantó! —respondió Nadia bajando la cabeza.

—¿La aguantó? —murmuró Marfa Strogoff estremeciéndose.

—¡Madre, madre! —exclamó Nadia—. No lo condenes. ¡Allí había un secreto, un secreto del que sólo Dios es juez a estas horas!

—Y, en aquella hora de humillación —dijo Marfa, alzando la cabeza y mirando a Nadia como si hubiera querido leer el fondo de su alma— a aquel Nicolás Korpanoff, ¿llegaste a despreciarlo?

—¡Lo admiré sin comprenderlo! —respondió la muchacha—. ¡Nunca lo sentí más digno de respeto!

La anciana calló un instante.

—¿Era alto?

—Muy alto.

—Y muy hermoso, ¿no es así? Vamos, habla, hija mía.

—Era muy hermoso —respondió Nadia sonrojándose.

—¡Era mi hijo! ¡Te digo que era mi hijo! —exclamó la anciana abrazando a Nadia.

—¡Tu hijo! —respondió Nadia desconcertada—. ¡Tu hijo!

—¡Vamos! —dijo Marfa—. ¡Sigue hasta el final, niña mía! ¡Tu compañero, tu amigo, tu protector, tenía una madre! ¿No te habló nunca de su madre?

—¿De su madre? —dijo Nadia—. ¡Me habló de su madre como yo le hablé de mi padre, a menudo, siempre! ¡Adoraba a su madre!

—¡Nadia, Nadia! Acabas de contarme la historia de mi hijo —dijo la anciana.

Y añadió impetuosamente:

—¿No debía verla al pasar por Omsk, a su madre, a la que amaba tanto?

—No —respondió Nadia—, no debía verla.

—¿No? —exclamó Marfa—. ¿Te atreves a decirme que no?

—Así es, pero me falta decirte que, por motivos que debían ser más importantes que todo lo demás, que yo no conozco, creí comprender que Nicolás Korpanoff debía atravesar el país en absoluto secreto. Era para él una cuestión de vida o muerte y, más aún, una cuestión de deber y de honor.

—¡De deber, en efecto, de un deber imperioso —dijo la vieja siberiana— de éstos a los que se sacrifica todo, para el cumplimiento de los cuales se renuncia a todo, incluso a la alegría de ir a dar un beso, el último quizá, a su vieja madre! ¡Todo lo que tú no sabes, todo lo que yo misma no sabía, lo sé a estas horas! ¡Tú me lo has hecho entender! ¡Pero la luz que has arrojado en lo más profundo de las tinieblas de mi corazón, esa luz, yo no puedo hacer que ilumine el tuyo! El secreto de mi hijo, Nadia, puesto que él no te lo ha dicho, es necesario que yo se lo guarde. ¡Perdóname, Nadia! ¡El bien que me has hecho, no puedo devolvértelo!

—¡Madre, no te pido nada! —respondió Nadia.

Todo quedaba explicado así para la vieja siberiana, todo, hasta la inexplicable conducta de su hijo ante ella en la posada de Omsk, en presencia de los testigos de su encuentro. Ya no cabía duda que el compañero de la muchacha fuera Miguel Strogoff y que una misión secreta, algún importante despacho que tenía que llevar a través de los territorios ocupados, le obligaran a ocultar su condición de correo del zar.

—¡Ah, valeroso hijo mío! ¡No te traicionaré y las torturas no me arrancarán nunca la confesión de que fue a ti realmente a quien vi en Omsk!

Marfa Strogoff habría podido retribuir a Nadia con unas palabras por todos sus desvelos por ella. ¡Habría podido decirle que su compañero, Nicolás Korpanoff, o más bien, Miguel Strogoff, no había perecido en las aguas del Irtish, puesto que varios días después de aquel incidente ella se lo había encontrado y le había hablado...!

Pero se contuvo, se calló y se limitó a decir:

—¡Espera, hija mía! La desgracia no va a estar siempre cebándose contigo. ¡Tengo el presentimiento de que volverás a ver a tu padre y, quizá, aquel que te daba el título de hermana no ha muerto! ¡Dios no puede permitir que tu valeroso compañero haya perecido...! ¡Espera, hija mía, espera! ¡Haz como yo! ¡El luto que llevo no es aún el de mi hijo!

III. Golpe por golpe

Tal era entonces la relación entre Marfa Strogoff y Nadia. La vieja siberiana lo había comprendido todo y, si la muchacha ignoraba que su compañero tan añorado aún vivía, al menos sabía que era el hijo de aquélla a quien ella había adoptado por madre y agradecía a Dios por haberle dado aquella alegría de poder sustituir junto a la prisionera al hijo que había perdido.

Pero lo que ninguna de ellas podía saber era que Miguel Strogoff, apresado en Kolyvan, formaban parte del mismo convoy, y que se dirigía a Tomsk con ellas.

Los prisioneros conducidos por Iván Ogareff habían sido reunidos con los que guardaba el emir en el campamento tártaro. Aquellos desgraciados, rusos o siberianos, militares o civiles, eran algunos miles y formaban una columna que se extendía sobre varias verstas. Entre ellos había los que, considerados más peligrosos, estaban sujetos con grilletes a una larga cadena. Había también mujeres y niños atados o colgados del arzón de las sillas, arrastrados sin piedad por los caminos. Los empujaban a todos como si fueran ganado humano. Los jinetes que los escoltaban los obligaban a guardar un cierto orden y no había más rezagados que los que caían para no volver a levantarse. De aquella disposición había resultado que Miguel Strogoff, situado en las primeras filas de los que habían dejado el campamento tártaro, es decir, entre los prisioneros de Kolyvan, no debía mezclarse con los prisioneros llegados de Omsk a última hora. No podía, pues, sospechar que su madre y Nadia estuviesen en aquel convoy, como tampoco podían sospechar ellas que estuviera él.

Aquel viaje desde el campamento a Tomsk, en aquellas condiciones, bajo los látigos de los soldados, fue mortal para un gran número, terrible para todos. Iban a través de la estepa, por un camino que había dejado aún más polvoriento el paso del emir y de su vanguardia. Se había dado orden de avanzar deprisa. Las paradas eran muy cortas y escasas. ¡Por muy deprisa que se recorrieran aquellas ciento cincuenta verstas, bajo un sol ardiente, debían

parecer interminables!

Es una comarca estéril la que se extiende desde la orilla derecha del Obi hasta la base del contrafuerte que, desprendiéndose de los montes Sabansk, se orienta de Norte a Sur. Apenas algunos matorrales magros y quemados rompen aquí y allá la monotonía de la inmensa llanura. No hay cultivos, porque no hay agua, y era el agua lo que más echaban en falta los prisioneros, sedientos por la penosa marcha. Para encontrar un afluente habría sido necesario dirigirse unas cincuenta verstas hacia el Este, hasta el mismo pie del contrafuerte que determina el reparto de las aguas entre las cuencas del Obi y del Yeniséi. Por allí fluye el Tom, pequeño afluente del Obi, que pasa por Tomsk antes de perderse en una de las grandes arterias del Norte. Allí el agua habría sido abundante, la estepa menos árida y la temperatura menos ardiente. Pero se había dado a los jefes del convoy la orden rigurosa de llegar a Tomsk por el camino más corto, pues el emir podía temer siempre que le atacaran por el flanco y verse cortado por alguna columna rusa que bajara de las provincias del Norte. Y aunque, al menos en la parte comprendida entre Kolyvan y un pueblo llamado Zabediero, la gran ruta siberiana no bordeaba las riberas del Tom, había que seguirla.

Es inútil insistir sobre los sufrimientos de tantos infortunados prisioneros. Varios centenares cayeron en la estepa y sus cadáveres habrían de quedar allí hasta el momento en que los lobos que trajera el invierno devoraran sus últimas osamentas.

Lo mismo que Nadia estaba siempre dispuesta para socorrer a la vieja siberiana, así Miguel Strogoff, en libertad de movimientos, daba a sus compañeros de infortunio, más débiles que él, toda la ayuda que le permitía su situación. Animaba a unos, sostenía a otros, se prodigaba, iba y venía hasta que la lanza de un jinete le obligó a volver al puesto en la fila que se le había asignado.

¿Por qué no intentaba huir? Es que tenía ya el firme propósito de no lanzarse a través de la estepa más que cuando fuera plenamente segura para él. Se había empeñado en la idea de ir hasta Tomsk «por cuenta del emir» y, en suma, tenía razón. A la vista de los numerosos destacamentos que batían la llanura por los flancos del convoy, unas veces al Sur y otras al Norte, era evidente que no habría podido recorrer más de dos verstas antes de que lo volvieran a apresar. Pululaban los jinetes tártaros y, a veces, parecía

que saliesen de la tierra, como esos insectos dañinos que atrae la lluvia de la tormenta a la superficie del suelo. Además, la huida en aquellas condiciones habría sido extremadamente difícil, si no imposible. Los soldados de la escolta desplegaban una intensa vigilancia, porque, si hubiese algún fallo, responderían con sus cabezas.



La gran ruta siberiana no bordeaba las riberas de Tom

Finalmente, el 15 de agosto, a la caída de la tarde, el convoy llegó al pueblo de Zabediero, a una treintena de verstas de Tomsk. En aquel lugar, el camino se unía al curso del Tom. El primer impulso de los prisioneros habría sido el de arrojar a las aguas de aquel río; pero los guardianes no les permitieron romper las filas antes de organizar la parada. Aunque la corriente del Tom era casi torrencial en aquella estación, podía permitir la huida de algún audaz o de algún desesperado y se iban a adoptar las más severas medidas de vigilancia. Se amarraron barcas, requisadas en Zabediero, unas a otras, haciendo en el río un rosario de obstáculos imposible de franquear. En cuanto a la línea del campamento, apoyada en las primeras casas del pueblo, quedó bajo la guardia de un cordón de centinelas imposible de romper.

Miguel Strogoff, que habría podido pensar en lanzarse a la estepa a partir de aquel momento, comprendió, después de observar cuidadosamente la situación, que era casi imposible ejecutar sus proyectos de huida en aquellas condiciones y, no queriendo comprometer su misión, esperó.

Toda aquella noche los prisioneros tendrían que acampar en las orillas del Tom. En efecto, el emir había retrasado hasta el día siguiente la instalación de sus tropas en Tomsk. Se había decidido celebrar con una fiesta militar la inauguración del cuartel general tártaro en aquella importante ciudad. Feofar Kan ocupaba ya la fortaleza, pero el grueso de su ejército vivaqueaba al pie de las murallas, esperando el momento de hacer una entrada solemne en ella.

Iván Ogareff había dejado al emir en Tomsk, a donde habían llegado ambos el día anterior, y había vuelto al campamento de Zabediero. De aquel punto debía partir al día siguiente con la retaguardia del ejército tártaro. Se había dispuesto una casa para que pudiera pasar la noche en ella. Al alba, se dirigían bajo su mando jinetes e infantes hacia Tomsk, donde el emir deseaba recibirlos con la pompa habitual de los soberanos orientales.

Tras organizar la parada, los prisioneros, destrozados por aquellos tres días de viaje, presa de una ardiente sed, pudieron aplacarla finalmente y tomar algún descanso.

El sol ya se había puesto, pero el horizonte aún se iluminaba con las luces crepusculares cuando Nadia, sosteniendo a Marfa Strogoff,

llegó al borde del Tom. No habían podido atravesar hasta entonces las filas de los que atestaban la ribera y venían a beber también.

La anciana se inclinó sobre aquella fresca corriente y Nadia hundió en ella la mano, llevándola después a los labios de Marfa.



Venían a beber también

Luego se refrescó a su vez. Fue la vida lo que recuperaron la anciana y la muchacha en aquellas aguas bienhechoras.

De pronto, en el momento de abandonar la orilla, Nadia se irguió. Acababa de escapársele un grito involuntario.

¡Miguel Strogoff estaba allí, a pocos pasos de ella...! ¡Era él...! ¡Las últimas luces del día lo iluminaban todavía!

Al grito de Nadia, Miguel Strogoff se había estremecido... Pero tuvo el suficiente dominio de sí mismo para no pronunciar una palabra que hubiera podido comprometerlo.

¡Y, sin embargo, al mismo tiempo que a Nadia, había reconocido a su madre...! Ante este inesperado encuentro y no sintiéndose dueño de sí, Miguel Strogoff se llevó la mano a los ojos y se alejó inmediatamente.

Nadia se había lanzado instintivamente a reunirse con él, pero la anciana le murmuró al oído estas palabras:

—¡Espera, hija mía!

—¡Es él! —respondió Nadia, con la voz entrecortada por la emoción—. ¡Vive, madre, es él!

—¡Es mi hijo —interrumpió Marfa Strogoff—, es Miguel Strogoff, y ya ves que no doy un paso hacia él! ¡Compórtate como yo, hija mía!

Miguel Strogoff acababa de experimentar una de las más violentas emociones que le sea dado sentir a un hombre. Su madre y Nadia estaban allí. ¡Aquellas dos prisioneras, que casi se confundían en su corazón, habían sido impulsadas una hacia la otra por Dios en aquel común infortunio! ¿Sabría Nadia, pues, quién era él? ¡No, porque había visto el gesto de Marfa Strogoff, reteniéndola en el momento en que iba a lanzarse hacia él! Marfa Strogoff lo había comprendido todo y había guardado su secreto.

Aquella noche, Miguel Strogoff estuvo veinte veces a punto de ir a buscar a su madre, pero comprendió que debía resistir aquel inmenso deseo de estrecharla entre sus brazos, de estrechar de nuevo la mano de su joven compañera. La menor imprudencia podía perderlo. ¡Había jurado además no ver a su madre... y no la vería, por su voluntad! Una vez llegado a Tomsk, puesto que no podía huir esa misma noche, se lanzaría a través de la estepa sin haber podido abrazar a aquellos dos seres en quienes se resumía toda su vida y que dejaba expuestos a tantos peligros...

Miguel Strogoff podía esperar, pues, que aquel nuevo encuentro en el campamento de Zabediero no tendría consecuencias funestas ni para su madre ni para él. Pero no sabía que algunos detalles de aquella escena, por fugaz que hubiese sido, habían sido sorprendidos por Sangarra, la espía de Iván Ogareff.

La cingara estaba allí, a pocos pasos de la ribera, espiando como siempre a la vieja siberiana sin que ésta se diera cuenta. No había podido ver a Miguel Strogoff, que ya había desaparecido cuando se dio la vuelta; pero el gesto de la madre, al retener a Nadia, no se le había escapado y, por un brillo especial de los ojos de Marfa, lo había entendido todo.

¡Ya no cabía duda de que el hijo de Marfa Strogoff, el correo del zar, se encontraba en aquel momento en Zabediero entre los prisioneros de Iván Ogareff!

¡Sangarra no lo conocía, pero sabía que estaba allí! No intentó, pues, descubrirlo, lo que habría sido imposible en la sombra y en medio de aquella inmensa multitud.

En cuanto a seguir espiando a Nadia y a Marfa Strogoff, era igualmente inútil. Era evidente que las dos mujeres estarían en guardia y que sería imposible sorprender nada que pudiera comprometer al correo del zar.

La cingara sólo tuvo, pues, un pensamiento: avisar a Iván Ogareff. De modo que dejó inmediatamente el campamento.

Un cuarto de hora después llegaba a Zabediero y era introducida en la casa que ocupaba el lugarteniente del emir.

Iván Ogareff recibió inmediatamente a la cingara.

—¿Qué quieres, Sangarra? —le preguntó.

—El hijo de Marfa Strogoff está en el campamento —dijo Sangarra.

—¿Prisionero?

—¡Prisionero!

—¡Ah! —exclamó Iván Ogareff—. Sabré...

—No sabrás nada Iván —respondió la cingara—, puesto que no lo conoces.

—¡Pero tú sí que lo conoces! ¡Tú lo has visto, Sangarra!

—Yo no lo he visto, sino que he visto a su madre traicionarse por un gesto que me lo ha revelado todo.

—¿No te engañas?

—No me engaño.

—Tú sabes la importancia que le doy a la detención de ese correo —dijo Iván Ogareff—. ¡Si la carta que le han entregado en Moscú llega a Irkutsk, si es entregada al Gran Duque, éste se pondrá en guardia y no podré llegar hasta él! ¡Esa carta, la necesito a cualquier precio! ¡Y ahora vienes a decirme que el portador de esa carta está en mi poder! Te lo repito, Sangarra, ¿no te engañas?

Iván Ogareff había hablado con mucho ardor. Su emoción testimoniaba la extraordinaria importancia que adjudicaba a la posesión de aquella carta. Sangarra no se turbó en absoluto por la insistencia con que Iván Ogareff había vuelto a precisar su pregunta.

—No me engaño, Iván —respondió.

—Pero, Sangarra, ¡hay en el campamento varios miles de prisioneros, y dices que no conoces a Miguel Strogoff!

—¡No —respondió la cingara, impregnándosele la mirada de una alegría salvaje—, yo no lo conozco, pero su madre lo conoce! ¡Iván, habrá que hacer hablar a su madre!

—¡Mañana hablará! —exclamó Iván Ogareff. Y tendió la mano a la cingara, que la besó, sin que aquel acto de respeto, habitual en las razas del Norte, tuviera nada de servil.

Sangarra regresó al campamento. Volvió al lugar que ocupaban Nadia y Marfa Strogoff y pasó la noche observándolas. La anciana y la joven no durmieron aunque estaban abrumadas de fatiga. El exceso de inquietudes debía mantenerlas despiertas. ¡Miguel Strogoff estaba vivo, pero prisionero como ellas! ¿Lo sabría Iván Ogareff? Y si no lo sabía, ¿no llegaría a enterarse? Nadia sólo pensaba en que su compañero, a quien había creído muerto, ¡vivía! Pero Marfa Strogoff veía más lejos en el futuro y, si no se preocupaba por sí misma, tenía buenas razones para temerlo todo por su hijo.

Sangarra, que se había deslizado en la sombra hasta las dos mujeres, se quedó en aquel lugar durante varias horas, prestando oídos... No pudo oír nada. Por un sentimiento instintivo de prudencia, Nadia y Marfa Strogoff no intercambiaron ni una sola palabra.

Al día siguiente, 16 de agosto, hacia las diez de la mañana, sonó un estruendo de trompetas en la linde del campamento. Los

soldados tártaros se prepararon inmediatamente a presentar armas.

Iván Ogareff, tras abandonar Zabediero, llegaba en medio de un numeroso estado mayor de oficiales tártaros. Su rostro estaba más sombrío que de costumbre y sus rasgos contraídos indicaban que le poseía una sorda cólera, que no buscaba más que una ocasión para estallar.

Miguel Strogoff, perdido en un grupo de prisioneros vio pasar a aquel hombre. Tuvo el pensamiento de que iba a ocurrir alguna catástrofe, porque Iván Ogareff sabía ya que Marfa Strogoff era la madre de Miguel Strogoff, capitán del cuerpo de correos del zar.

Llegado al centro del campamento, Iván Ogareff bajó del caballo y los jinetes de su escolta formaron un amplio círculo a su alrededor.

En aquel momento, Sangarra se acercó y dijo:

—¡No tengo nada nuevo que decirte, Iván!

Iván Ogareff sólo respondió dando una escueta orden a uno de sus oficiales.

Inmediatamente, los soldados recorrieron brutalmente las filas de los prisioneros. Aquellos desgraciados, estimulados a latigazos o empujados con las astas de las lanzas, tuvieron que levantarse a toda prisa y colocarse a lo largo de la circunferencia del campamento. Un cuádruple cordón de infantes y jinetes, dispuesto tras ellos, hacía imposible cualquier evasión.

Se hizo el silencio inmediatamente y, a una señal de Iván Ogareff, Sangarra se dirigió hacia el grupo en medio del cual se encontraba Marfa Strogoff.

La vieja siberiana la vio venir y comprendió lo que iba a ocurrir. Una sonrisa de desdén apareció en sus labios e, inclinándose hacia Nadia, le dijo en voz baja:

—¡Tú ya no me conoces, hija mía! ¡Pase lo que pase y por dura que pueda resultar esta prueba ni una palabra, ni un gesto! ¡Es de él y no de mí de quien se trata!

En aquel momento, después de haberla mirado un instante, Sangarra puso su mano en el hombro de la vieja siberiana.

—¿Qué quieres de mí? —dijo Marfa Strogoff.

—¡Ven! —respondió Sangarra.

Y, empujándola con la mano, la condujo ante Iván Ogareff, en medio del espacio reservado.

Miguel Strogoff mantenía los párpados medio cerrados, para no verse traicionado por el brillo de sus ojos.

Al llegar frente a Iván Ogareff, Marfa Strogoff se enderezó, se cruzó de brazos y esperó.

—¿Eres tú Marfa Strogoff? —le preguntó Iván Ogareff.

—Sí —respondió la vieja siberiana con calma.

—¿Te desdices de lo que me respondiste cuando, hace tres días, te interrogué en Omsk?

—No.

Entonces, ¿ignoras que tu hijo Miguel Strogoff, correo del zar, pasó por Omsk?

—Lo ignoro.

—Y el hombre en quien habías creído reconocer a tu hijo en la casa de postas, ¿no era él, no era tu hijo?

—No era mi hijo.

—Y después, ¿no lo has visto en medio de estos prisioneros?

—No.

—Y si te lo mostráramos, ¿lo reconocerías?

—No.

Ante aquella respuesta, que demostraba una inquebrantable decisión de no confesar nada, se dejó oír un murmullo en la multitud.

Iván Ogareff no pudo reprimir un gesto de amenaza.

—Escucha —dijo a Marfa Strogoff—, tu hijo está aquí y lo vas a señalar inmediatamente.

—No.

—¡Todos estos hombres, apresados en Omsk y en Kolyvan, van a desfilan ante tus ojos y, si no señalas a Miguel Strogoff, recibirás tantos golpes de knut como hombres hayan pasado ante ti!

Iván Ogareff había comprendido que, cualesquiera que fuesen sus amenazas, cualesquiera que fuesen las torturas a las que se la sometiera, la indomable siberiana no hablaría. Para descubrir al correo del zar contaba, pues, no con ella, sino con el propio Miguel Strogoff. No creía posible que cuando la madre y el hijo estuviesen en presencia uno del otro no les traicionara un impulso irresistible. Desde luego, si no hubiera querido más que apoderarse de la carta imperial, habría dado simplemente la orden de registrar a todos los prisioneros; pero Miguel Strogoff podía haber destruido aquella

carta después de haber tomado conocimiento de ella y, si no era reconocido, si conseguía llegar a Irkutsk, los planes de Iván Ogareff se verían frustrados. No era sólo la carta, pues, lo que necesitaba el traidor, sino al propio portador.

¡Nadia lo había oído todo y ahora sabía ya lo que era Miguel Strogoff y por qué había querido atravesar sin ser reconocido las provincias invadidas de Siberia!

A una orden de Iván Ogareff, los prisioneros desfilaron uno a uno ante Marfa Strogoff que se mantuvo inmóvil como una estatua y cuya mirada no expresaba más que una completa indiferencia.

Su hijo se encontraba en las últimas filas. Cuando le llegó el turno de pasar ante su madre. ¡Nadia cerró los ojos para no ver!

Miguel Strogoff había permanecido impasible en apariencia, pero le sangraban las palmas de las manos bajo la presión de las uñas, incrustadas en ellas.

¡Iván Ogareff estaba vencido por el hijo y por la madre! Sangarra, situada junto a él, sólo dijo una palabra:

—¡El knut!

—¡Sí! —exclamó Iván Ogareff fuera de sí—. ¡El knut para esta vieja zorra, y hasta que muera!

Un soldado tártaro que llevaba ese terrible instrumento de tortura, se acercó a Marfa Strogoff.

El knut se compone de un cierto número de tiras de cuero, al extremo de las cuales están atados alambres retorcidos. Se considera que una condena a ciento veinte flagelaciones de este látigo equivalen a una condena a muerte. Marfa lo sabía, pero sabía también que ninguna tortura la haría hablar y había hecho sacrificio de su vida.

Marfa Strogoff, agarrada por dos soldados fue arrojada al suelo de rodillas. Su vestido, desgarrado, mostró su espalda desnuda. A algunas pulgadas de su pecho se puso un sable: si flaqueaba bajo el dolor, su corazón sería atravesado por aquella acerada punta.

El tártaro se quedó de pie, esperando.

—¡Venga! —dijo Iván Ogareff.



«¡Venga!» dijo Iván Ogareff

El látigo silbó en el aire...

Pero, antes de que golpeará, una mano poderosa lo había arrancado de la mano del tártaro.

¡Miguel Strogoff estaba allí! ¡Había saltado ante aquella horrible escena! Si en la posta de Ichim se había contenido cuando el látigo de Iván Ogareff le había alcanzado, allí, ante su madre que iba a recibir el golpe, no había podido dominarse.

Iván Ogareff había triunfado.

—¡Miguel Strogoff! —exclamó. Y, adelantándose, le dijo:

—¡Ah! ¿El hombre de Ichim?

—¡El mismo! —respondió Miguel Strogoff.

Y, levantando el knut, desgarró con él el rostro de Iván Ogareff.

—¡Golpe por golpe! —dijo.



Y, levantando el knut, desgarró con él el rostro
de Iván Ogareff

—¡Muy bien devuelto! —exclamó la voz de un espectador, que afortunadamente se perdió en el tumulto.

Veinte soldados se arrojaron sobre Miguel Strogoff y lo iban a matar...

Pero, Iván Ogareff, a quien se le había escapado un grito de rabia y de dolor, los detuvo con un gesto.

—¡Este hombre está reservado para la justicia del emir! —dijo—. ¡Que lo registren!

La carta con las armas imperiales se encontró en el pecho de Miguel Strogoff que no había tenido tiempo de destruirla, y fue entregada a Iván Ogareff.

El espectador que había pronunciado aquellas palabras, «¡Muy bien devuelto!», no era otro que Alcide Jolivet. Su colega y él, que se habían detenido en el campamento de Zabediero, asistían a la escena.

—¡Pardiez! —dijo a Harry Blount—. ¡Estas gentes del Norte son hombres duros! ¡Confíese que debemos una reparación a nuestro compañero de camino! ¡Korpanoff o Strogoff valen tanto uno como otro! ¡Bonita revancha del asunto de Ichim!

—Revancha, sí, en efecto —respondió Harry Blount—. Pero Strogoff es hombre muerto. ¡En su propio interés habría hecho mejor no acordándose de aquello todavía!

—¿Y dejar morir a su madre bajo el knut?

—¿Cree usted que les da mejor suerte con su arrebato, a ella y a su hermana?

—¡Yo no creo nada, no sé nada —respondió Alcide Jolivet—, salvo que no habría hecho otra cosa en su lugar! ¡Qué costurón! ¡Y, qué demonios, hay que dejar hervir la sangre de vez en cuando! ¡Dios nos habría puesto agua en las venas en lugar de sangre si hubiera querido que fuéramos imperturbables siempre y en todas partes!

—¡Bonito incidente para una crónica! —dijo Harry Blount—. ¡Si al menos Iván Ogareff accediese a comunicarnos el contenido de esa carta...!

De aquella carta, después de haberse enjugado la sangre que le cubría la cara, Iván Ogareff había roto el sello de lacre. La leyó y la relejó largamente, como si quisiera impregnarse bien de todo lo que contenía.

Luego, tras haber dado las órdenes para que Miguel Strogoff, estrechamente encadenado, fuera enviado a Tomsk con los demás prisioneros, tomó el mando de las tropas acampadas en Zabediero y, acompañado del ensordecedor estruendo de los tambores y trompetas, se dirigió a la ciudad donde le esperaba el emir.

IV. La entrada triunfal

Tomsk, fundada en 1604, casi en el corazón de las provincias siberianas, es una de las más importantes ciudades de la Rusia asiática. Tobolsk, situada por encima del paralelo

60°

, Irkutsk, construida más allá del meridiano

100°

, han visto a Tomsk crecer a sus expensas.

Y, sin embargo, Tomsk, como se ha dicho, no es la capital de esa importante provincia. Es en Omsk donde residen el gobernador general de la provincia y el mundo oficial. Pero Tomsk es la ciudad más importante de ese territorio que confina con la cordillera Altai, es decir, con la frontera rusa de la tierra de los jalkas. Por las laderas de esas montañas ruedan sin cesar hacia el valle el platino, el oro, la plata, el cobre, el plomo aurífero. Al ser rico el país, la ciudad también lo es, porque está en el centro de una comarca de fructíferas explotaciones. Así, el lujo de sus casas, de su decoración, de sus carruajes, puede rivalizar con el de las grandes ciudades de Europa. Es una ciudad de millonarios, enriquecidos por el pico y la pala, y, si no tiene el honor de servir de residencia al representante del zar, se consuela contando entre sus notables de primera fila al jefe de los mercaderes, concesionario de minas del gobierno imperial.

Antiguamente, Tomsk pasaba por estar situada en el fin del mundo. Si quería uno ir a ella, era todo un viaje. Ahora no es más que un simple paseo, cuando el camino no está hollado por el pie de los invasores. Pronto se construirá el ferrocarril que debe unirla a Perm atravesando la cordillera de los Urales [71].

¿Es Tomsk una ciudad bonita? Hay que convenir que los viajeros no se ponen de acuerdo en eso. Madame de Bourboulon, que se quedó en ella algunos días en su viaje de Shang-Hai a Moscú, la considera una localidad poco pintoresca. Si nos fiamos de su descripción, no es más que una ciudad insignificante, con viejas

casas de piedra y ladrillo, calles estrechas y muy distintas de las que atraviesan normalmente las grandes urbes siberianas, barrios bajos en los que se amontonan los tártaros y donde pululan los borrachos, «cuya misma embriaguez es apática, como en todos los pueblos del Norte».

El viajero Henry Russel-Killough, por su parte, es absolutamente positivo en su admiración por Tomsk. ¿Será porque vio en pleno invierno, bajo un manto de nieve, esta ciudad que Mme. de Bourboulon visitó sólo en verano? Es posible, y confirmaría la conocida opinión de que algunos países fríos no pueden apreciarse más que en la estación fría, como algunos países cálidos sólo pueden serlo en la estación cálida.

Sea como fuere, el señor Russel-Killough afirma que Tomsk no sólo es la más bonita ciudad de Siberia, sino también una de las más bonitas del mundo, con sus casas de columnatas y peristilos, aceras de madera, calles amplias y regulares y sus quince magníficas iglesias reflejadas en las aguas del Tom, más ancho que cualquier río de Francia.

La verdad se halla entre las dos opiniones. Tomsk, que cuenta con 25 000 habitantes, se extiende en escalones de forma pintoresca por la ladera de una colina de bastante empinada escarpadura.

Pero la más bella ciudad del mundo se convierte en la más fea cuando la ocupan los invasores. ¿Quién habría deseado admirarla en aquella época? Defendida por algunos batallones de cosacos de a pie, de guarnición permanente, no había podido resistir el ataque de las columnas del emir. Una parte de su población, que es de origen tártaro, no había acogido nada mal a aquellas hordas, también tártaras, y, de momento, Tomsk no parecía ser ni más rusa ni más siberiana que si hubiera sido transportada al centro de los kanatos de Kokand o de Bujará.

Era en Tomsk donde el emir iba a recibir a sus tropas victoriosas. Debía darse en su honor una fiesta con cánticos, danzas y fantasías [72], seguida de alguna ruidosa orgía.

La arena escogida para aquella ceremonia, decorada según el gusto asiático, era una vasta meseta situada en una parte de la colina que domina desde un centenar de pies el curso del Tom. Todo aquel horizonte, con su larga perspectiva de casas elegantes e iglesias de orondas cúpulas, los numerosos meandros del río, los

telones de fondo de los bosques anegados en la cálida bruma se contenía en un admirable marco de verdor formado por algunos soberbios grupos de pinos y cedros gigantescos.

A la izquierda de la meseta, una especie de deslumbrador decorado que representaba un palacio de extraña arquitectura, algún espécimen, sin duda, de esos monumentos bujarianos, medio moriscos, medio tártaros, se había levantado sobre unas amplias terrazas. Por encima de ese palacio, sobre las puntas de los minaretes que lo coronaban, por entre las altas ramas que daban sombra a la meseta, se arremolinaban centenares de cigüeñas domesticadas, traídas de Bujará con el ejercito tártaro.

Aquellas terrazas estaban reservadas para la corte del emir, para los kanes aliados, altos dignatarios de los kanatos, y para los harenes de cada uno de aquellos soberanos del Turkestán.

De aquellas sultanas, que no eran en su mayor parte más que esclavas compradas en los mercados de la Transcaucasia y de Persia, unas llevaban la cara descubierta, otras un velo que las hurtaba a las miradas. Todas estaban vestidas con un lujo extremado. Elegantes pellizas, cuyas mangas, remangadas hacia atrás y sujetas a la manera de los polisones de las europeas, mostraban sus brazos desnudos, cargados de brazaletes unidos por cadenas de piedras preciosas, y sus manos pequeñas con las uñas de los dedos tintas en jugo de henna. Al menor movimiento de sus pellizas, forradas unas de seda, comparable en su finura a la tela de las arañas, hechas otras de un suave *aladja*, que es un tejido de algodón de finas rayas, se producía ese fru-fru

que tanto agrada a los oídos orientales. Bajo aquel primer vestido se irisaban las faldas de brocado, cubriendo las calzas de seda que se ataban justo encima de unas finas botas de gracioso empeine y fileteadas de perlas. De aquellas mujeres a las que no ocultaba ningún velo, podían admirarse las largas trenzas que se escapaban de los turbantes de variados colores, con ojos asombrosos, dientes magníficos, tez resplandeciente, realzada aún más por la negrura de sus cejas, unidas por un leve trazo dibujado al kohl y por el difuminado de sus párpados, maquillados con un poco de grafito.

Al pie de las terrazas abrigadas bajo los estandartes y oriflamas, vigilaban los guardias particulares del emir, sable curvo al costado,

puñal a la cintura, lanza de diez pies a la mano. Algunos de aquellos tártaros llevaban bastones blancos, otros enormes alabardas, adornadas de borlas hechas de hilo de plata y oro.

Por todo alrededor, hacia los fondos de aquella vasta meseta, sobre los taludes escarpados cuya base bañaba el Tom, se arremolinaba una multitud cosmopolita, integrada por todos los pueblos de Asia central. Estaban allí uzbekos, con sus grandes gorros de piel de cordero negro, barba roja, ojos grises, con su *arkaluk*, especie de túnica cortada a la moda tártara. Allá se apiñaban los turcomanos, con su traje nacional, amplio calzón de vistoso color, con chaquetilla y casaca tejidos con pelo de camello, gorros cónicos o acampanados, botas altas de cuero de Rusia, sable corto y cuchillo colgados de la cintura por una correa; más allá, junto a sus amos, se mostraban las mujeres turcomanas, con los cabellos alargados con trencillas de pelo de cabra, camisa abierta bajo el *chuba* de rayas azules, púrpura, verdes, con las piernas enlazadas con cintas de colores que se cruzaban hasta los chanclos de cuero. Y allí también, como si todas las poblaciones de la frontera ruso-china se hubiesen alzado a la voz del emir, veíase a los manchúes, con la frente y las sienes afeitadas, coleta, túnica larga, cinturón que les ceñía el talle sobre una camisa de seda, gorro ovalado de satén color cereza, con bordes negros y franja roja; y, con ellos, admirables tipos de mujeres de Manchuria, coquetamente tocadas de flores artificiales sujetas con alfileres de oro y mariposas delicadamente posadas en sus cabelleras negras. Finalmente, mongoles, bujarianos, persas y chinos del Turkeistán, completaban aquella multitud invitada a la fiesta tártara.

Sólo faltaban los siberianos en aquella recepción de los invasores. Los que no habían podido huir estaban confinados en sus casas, con el temor del saqueo que Feofar Kan podía quizás ordenar para terminar dignamente aquella ceremonia triunfal.

Hasta las cuatro no hizo su entrada el emir en la plaza, entre el resonar de las bandas, de los tambores, de las salvas de artillería y mosquetería.

Feofar Kan montaba su caballo favorito, que llevaba en la cabeza un penacho de diamantes. El emir había conservado su atavío de guerra. A su lado marchaban los kanes de Kokand y de Kunduz, los grandes dignatarios de los kanatos, y venían

acompañados de un numeroso estado mayor.

En aquel momento apareció en la terraza la primera de las mujeres de Feofar, la reina, si pudiera darse este título a las sultanas de los estados de Bujará. En todo caso, aquella mujer, reina o esclava, era admirablemente bella. Contrariamente a la costumbre mahometana y por capricho del emir, sin duda, llevaba el rostro al descubierto. Su cabellera, dividida en cuatro trenzas, acariciaba sus hombros de un blanco deslumbrador, apenas cubiertos por un velo de seda entretejido de oro que se ajustaba por detrás a un gorro constelado de gemas del más alto valor. Bajo su falda de seda azul, con anchas rayas más oscuras, caía el *zir jameh* de gasa de seda y sobre la cintura se arrebujaba el *pirahn*, camisa de la misma tela, que se escotaba con gracia al subir hacia el cuello. Pero, desde la cabeza a los pies, calzados con babuchas persas, era tal la profusión de joyas, tomanes [73] de oro ensartados con hilo de plata, rosarios de turquesas, *firuzés* sacados de las célebres minas de Elburz, collares de cornalinas, ágatas, esmeraldas, ópalos y zafiros, que su jubón y su falda parecían estar tejidos de piedras preciosas. En cuanto a los miles de diamantes que centelleaban en su cuello, en sus brazos, en sus manos, en su cintura, en sus pies, no habrían bastado millones de rublos para pagar su valor y, por la intensidad del fuego que desprendían, habríase podido creer que en el centro de cada uno de ellos alguna corriente encendía algún arco voltaico hecho con un rayo de sol.



Aquella mujer, reina o esclava, era admirablemente bella

El emir y los kanes pusieron pie a tierra, así como los dignatarios que formaban su cortejo. Todos ellos tomaron asiento bajo una tienda magnífica, levantada en el centro de la primera terraza. Ante la tienda, como siempre, se había puesto el Corán sobre la mesa sagrada.

El lugarteniente de Feofar no se hizo esperar y, antes de las cinco, sonoras trompetas anunciaron su llegada.

Iván Ogareff, el de la cara cortada, como ya se le llamaba, ataviado esta vez con el uniforme de oficial tártaro, llegó a caballo ante la tienda del emir. Estaba acompañado por una partida de soldados del campamento de Zabediero, que se dispusieron a ambos lados de la plaza, en medio de la cual sólo quedó el espacio reservado para las diversiones. Se veía una ancha cicatriz que cortaba oblicuamente la cara del traidor.

Iván Ogareff presentó ante el emir a sus más altos oficiales y Feofar Kan, sin abandonar la frialdad que daba fondo a su dignidad, los acogió de forma que quedasen satisfechos del recibimiento.

Así fue al menos como lo interpretaron Harry Blount y Alcide Jolivet, los dos inseparables, asociados ahora para la caza de las noticias. Después de haber dejado Zabediero, se habían dirigido rápidamente a Tomsk. Tenían el bien decidido proyecto de abandonar a los tártaros sin despedirse, de reunirse lo más pronto posible con algún cuerpo ruso y, si era posible, de lanzarse con él hacia Irkutsk. Lo que habían visto de la invasión, de aquellos incendios, saqueos y asesinatos, les había repugnado profundamente y tenían prisa por encontrarse entre las filas del ejército siberiano.

Sin embargo, Alcide Jolivet había hecho entender a su compañero que no podía dejar Tomsk sin haber tomado alguna nota sobre aquella entrada triunfal de las tropas tártaras, aunque sólo fuera para satisfacer la curiosidad de su prima, y Harry Blount se había decidido a quedarse durante algunas horas; pero, esa misma tarde, los dos debían reemprender el camino de Irkutsk y, bien montados, esperaban adelantarse a las avanzadillas del emir.

Alcide Jolivet y Harry Blount se habían mezclado, pues, con la multitud y lo observaban todo, para no perderse ni un solo detalle de una fiesta que debía proporcionarles un buen centenar de líneas de crónica. Admiraron, pues, a Feofar en su magnificencia, a sus

mujeres, a sus oficiales, guardias y toda aquella pompa oriental, de la que las ceremonias de Europa no pueden dar ninguna idea. Pero volvieron la cabeza con desprecio cuando Iván Ogareff se presentó ante el emir y esperaron, no sin alguna impaciencia, a que empezara la fiesta.

—¿Ve usted, mi querido Blount? —dijo Alcide Jolivet—. ¡Hemos venido demasiado pronto, como buenos burgueses que quieren amortizar el dinero de las localidades! Todo esto no es más que un preludio y habría sido de mejor gusto no llegar hasta el *ballet*.

—¿Qué *ballet*? —preguntó Harry Blount.

—¡El *ballet* obligatorio, vive Dios! Pero creo que va a levantarse el telón.

Alcide Jolivet hablaba como si estuviera en la ópera y, sacando sus anteojos del estuche se preparó a contemplar como buen aficionado a las «primeras figuras de la compañía de Feofar».

Pero las diversiones iban a estar precedidas de una ceremonia.

En efecto, el triunfo del vencedor no podía ser completo sin la humillación pública de los vencidos. Por esta razón, varios centenares de prisioneros fueron llevados a golpe de látigo por los soldados. Estaban destinados a desfilar ante Feofar y sus aliados, antes de ser amontonados con sus compañeros en las prisiones de la ciudad.

Entre aquellos prisioneros figuraba en primera fila Miguel Strogoff. Conforme a las órdenes de Iván Ogareff, estaba especialmente guardado por un pelotón de soldados. Allí estaban también su madre y Nadia.

La vieja siberiana, siempre enérgica cuando no se trataba nada más que de ella, tenía el rostro horriblemente pálido. Esperaba alguna terrible escena. Tenía que haber una razón para que su hijo fuera llevado ante el emir y eso la hacía temblar por él. Iván Ogareff, golpeado públicamente por aquel knut alzado sobre ella, no era hombre que pudiera perdonar y su venganza sería sin piedad. Algún espantoso suplicio, familiar a los bárbaros de Asia central, amenazaba sin duda a Miguel Strogoff. Si Iván Ogareff lo había guardado con vida en el momento en que los soldados se arrojaban sobre él, era porque sabía bien lo que hacía reservándoselo a la justicia del emir.

Además, madre e hijo no habían podido hablarse desde la

funesta escena del campamento de Zabediero. Los habían separado despiadadamente. ¡Dura agravación de sus miserias, porque habría sido un alivio para ellos haberse reunido durante aquellos días de cautiverio! ¡Marfa Strogoff habría deseado pedir perdón a su hijo por todo el daño que le había causado involuntariamente, porque se acusaba a sí misma de no haber podido controlar sus sentimientos maternos! ¡Si hubiera sabido contenerse en Omsk, en aquella casa de postas, cuando se encontró frente a él, Miguel Strogoff habría pasado sin ser reconocido, y cuántas desgracias se habrían evitado!

Y, por su parte, Miguel Strogoff pensaba que si su madre estaba allí, si Iván Ogareff la había puesto en su presencia, era para que sufriera el mismo suplicio que él, quizá también porque alguna espantosa muerte les estaría reservada tanto a ella como a él.

En cuanto a Nadia, se preguntaba lo que podría hacer para salvarlos a los dos, cómo acudir en ayuda del hijo y de la madre. ¡No sabía qué inventar, pero sentía vagamente que debía evitar ante todo llamar la atención sobre sí misma, que tenía que hacerse pequeña, invisible!

Quizá entonces pudiera roer las mallas que aprisionaban al león. En todo caso, si se le presentara alguna ocasión de actuar, actuaría, aunque tuviera que sacrificarse por el hijo de Marfa Strogoff.

Mientras tanto, la mayor parte de los prisioneros habían tenido que pasar ante el emir y, al hacerlo, habíanse visto obligados a prosternarse, con la frente en el polvo, en señal de servidumbre. Era la esclavitud que comenzaba con la humillación. Cuando aquellos infortunados eran demasiado lentos al inclinarse, la mano brutal de los guardias los arrojaba violentamente a tierra.

Alcide Jolivet y su compañero no podían asistir a semejante espectáculo sin experimentar una auténtica indignación.

—¡Es una cobardía! ¡Vámonos! —dijo Alcide Jolivet.

—¡No! —respondió Harry Blount—. ¡Hay que verlo todo!

—¡Verlo todo...! ¡Ah! —exclamó de pronto Alcide Jolivet, agarrando a su compañero por el brazo.

—¿Qué le pasa? —le preguntó éste.

—¡Mire, Blount! ¡Es ella!

—¿Ella?

—¡La hermana de nuestro compañero de viaje! ¡Sola y prisionera! Hay que salvarla...

—Conténgase —respondió fríamente Harry Blount—. Nuestra intervención en favor de esa joven podría serle más perjudicial que útil.

Alcide Jolivet, preparado para lanzarse, se detuvo y Nadia, que no los había visto, pues sus cabellos la cubrían a medias como un velo, pasó a su vez ante el emir sin llamar la atención.

Mientras, después de Nadia, había llegado Marfa Strogoff y, como no se arrojara con bastante prontitud al suelo, los guardias la empujaron brutalmente.

Marfa Strogoff cayó.

Su hijo tuvo un terrible arrebato que los soldados que lo guardaban pudieron apenas dominar.

Pero la anciana Marfa se levantó y ya se la iban a llevar, cuando Iván Ogareff intervino diciendo:

—¡Que se quede esa mujer!

Nadia, por su parte, fue arrojada con la multitud de prisioneros. La mirada de Iván Ogareff no se había detenido sobre ella.

Miguel Strogoff fue llevado entonces ante el emir y allí quedó, de pie, sin bajar los ojos.

—¡La frente a tierra! —le gritó Iván Ogareff.

—¡No! —replicó Miguel Strogoff.

Dos guardias quisieron obligarlo a inclinarse, pero fueron ellos los arrojados en tierra por la mano del robusto mozo.

Iván Ogareff se adelantó hasta Miguel Strogoff.

—¡Vas a morir! —le dijo.



«¡Vas a morir!» le dijo

—¡Moriré —respondió orgullosamente Miguel Strogoff—, pero no por ello dejaré tu cara de traidor de llevar para siempre la marca infamante del knut!

Ante aquella respuesta, Iván Ogareff palideció espantosamente.

—¿Quién es este prisionero? —preguntó el emir, con una voz que era tanto más amenazadora cuanto era tranquila.

—Un espía ruso —respondió Iván Ogareff.

Acusando de espía a Miguel Strogoff, sabía que la sentencia que se dictara contra él sería terrible.

Miguel Strogoff dio unos pasos hacia Iván Ogareff, pero los soldados lo detuvieron.

El emir hizo entonces un gesto delante del cual se inclinó toda la multitud. Luego señaló con la mano el Corán y se lo trajeron. Abrió el libro sagrado y puso su dedo sobre una de las páginas.

Era el azar o, más bien, el mismo Dios quien iba a decidir la suerte de Miguel Strogoff. Los pueblos de Asia central dan el nombre de *fal* a esta práctica. Tras interpretar el sentido del versículo que había tocado la mano del juez, aplican la sentencia, sea cual sea.

El emir había dejado su dedo apoyado en la página del Corán. El jefe de los ulemas, que se había acercado, leyó en alta voz un versículo que terminaba con estas palabras:

Y no volverá a ver las cosas de la tierra.

—¡Espía ruso —dijo Feofar Kan—, has venido para ver lo que ocurre en el bando de los tártaros! ¡Mira, pues, con los ojos bien abiertos, mira!

V. «¡Mira con los ojos bien abiertos, mira!»

Con las manos atadas, Miguel Strogoff fue obligado a mantenerse frente al trono del emir, al pie de la terraza.

Su madre, vencida finalmente por tantas torturas físicas y morales, se había derrumbado, sin atreverse a mirar ni a escuchar.

—¡Mira con los ojos bien abiertos, mira! —había dicho Feofar Kan, tendiendo una mano amenazadora hacia Miguel Strogoff.

Sin duda, Iván Ogareff, al corriente de las costumbres tártaras, había comprendido el alcance de aquella frase, porque sus labios se habían distendido en una cruel sonrisa y se había situado junto a Feofar Kan.

Una llamada de trompetas se dejó oír entonces. Era la señal para las diversiones.

—¡Aquí está el *ballet* —dijo Alcide Jolivet a Harry Blount—, pero, en contra de todos los usos, estos bárbaros lo dan antes del drama!

Miguel Strogoff tenía orden de mirar. Y miró.

Una nube de danzarinas irrumpió entonces en la plaza. Diversos instrumentos tártaros, la *dutara*, mandolina con largo mango de morera, dos cuerdas de seda retorcida y afinadas en cuartos de tono, la *kobiza*, especie de violonchelo abierto en su parte anterior, guarnecido de crines de caballo, que vibran bajo un arco, la *chibyzga*, larga flauta de caña, trompetas, tambores, tam-tams

, unidos a las voces guturales de los cantores, formaban una extraña armonía. Hay que añadir también los acordes de una orquesta aérea, compuesta por una docena de cometas que, unidas en su parte central con tensas cuerdas, resonaban en la brisa como si de arpas eólicas se tratase.

Inmediatamente empezaron las danzas.

Todas aquellas bailarinas eran de origen persa, y no eran esclavas sino que ejercían su profesión en libertad. Antigualmente figuraban de forma oficial en las ceremonias de la corte de Teherán;

pero después del advenimiento al trono de la última dinastía, más o menos proscritas del reino, habían tenido que buscar fortuna en otras partes. Llevaban el traje nacional y se adornaban con gran profusión de joyas. Llevaban pequeños triángulos de oro y largos dijes balanceándose en sus orejas, círculos de plata nielada [74] arrollados al cuello, brazaletes formados por una doble fila de gemas estrechándoles los brazos y las piernas, colgantes ricamente engarzados de perlas, turquesas y cornalinas, estremeciéndose en las puntas de las largas trenzas. El cinturón que les ceñía la cintura estaba fijado por una brillante hebilla, parecida a la placa de las grandes cruces europeas [75].



Inmediatamente comenzaron los bailes

Aquellas bailarinas ejecutaron con suma gracia danzas variadas, unas veces en solitario, otras en grupos. Llevaban la cara descubierta, pero de vez en cuando se alzaban un velo ligero sobre el rostro y habríase dicho que una nube de gasa pasaba ante aquellos ojos resplandecientes, como el vapor ante un cielo constelado de estrellas. Algunas de aquellas persas llevaban en bandolera un tahalí de cuero bordado de perlas del que pendía un saquito de forma triangular, con la punta hacia abajo y que abrieron de pronto. De aquellos saquitos, tejidos con filigrana de oro, sacaron largas y estrechas cintas de seda escarlata bordadas con versículos del Corán. Aquellas bandas, que extendieron entre ellas, formaron un recinto en el que otras bailarinas se deslizaban sin interrumpir el paso y, al pasar por delante de cada versículo, según el precepto que contuviera, o bien se prosternaban hasta el suelo, o bien alzaban el vuelo con un leve salto, como para ir a ocupar un lugar entre las huríes del cielo de Mahoma.

Pero lo más notable, lo que chocó a Alcide Jolivet, era que aquellas persas se mostraban más indolentes que fogosas. Les faltaba la furia[76] y, por el tipo de danza, igual que por su ejecución, recordaban más bien a las bayaderas calmadas y decentes de la India que a las apasionadas almeas de Egipto.

Cuando acabó el primer entretenimiento, se dejó oír una voz grave que decía:

—¡Mira con los ojos bien abiertos, mira!

El hombre que repetía las palabras del emir, un tártaro de elevada estatura, era el ejecutor de las sentencias de Feofar Kan. Se había situado detrás de Miguel Strogoff y sostenía en la mano un sable de ancha hoja curva, una de esas hojas damasquinadas que han sido templadas por los célebres armeros de Karschi o de Hissar.

Cerca de él, unos guardias habían dejado un trípode en el que reposaba un brasero donde ardían, sin dar humo, algunas brasas de carbón. El leve vaho que las coronaba se debía solamente a una sustancia resinosa y aromática, mezcla de olíbano[77] y benjuí, que vertían por encima.

Mientras tanto, a las persas había sucedido otro grupo de bailarinas, de raza muy distinta, que Miguel Strogoff reconoció en seguida.

Y hay que creer que los dos periodistas las reconocieron

también, porque Harry Blount dijo a su colega:

—¡Son las cingaras de Nizhni Nóvgorod!

—¡Las mismas! ¡Me imagino que los ojos de estas espías les deben producir más dinero que sus piernas!

Y ya se sabe que, al tomarlas por agentes al servicio del emir, Alcide Jolivet no se equivocaba. En primera fila de aquellas cingaras figuraba Sangarra, soberbia en su vestido extraño y pintoresco, que realzaba aún más su belleza.



«¡Mira con los ojos abiertos, mira!»

Sangarra no bailaba, pero se colocó como un mimo en medio de sus bailarinas, cuyos caprichosos pasos procedían de todos los países que su raza recorre por Europa, de Bohemia, de Egipto, de Italia, de España. Se jaleaban con el sonido de unos címbalos que castañeteaban con las manos y con los ronquidos de los *dairés*, especie de panderetas, cuya piel arañaban con las yemas de los dedos.

Sangarra, con una de esas panderetas estremeciéndose entre sus manos, animaba a aquel grupo de auténticas coribantes [78].

Entonces se adelantó un cingaro, de unos quince años como mucho. Tenía en la mano una dutara [79], cuyas cuerdas hacía vibrar con un simple rozar de uñas. Cantó y, durante las estrofas de aquella canción de extraño ritmo, venía a colocarse a su lado una bailarina y se quedaba inmóvil, escuchándolo; pero, en cuanto volvía el estribillo a los labios de aquel joven cantante, reemprendía la danza interrumpida, sacudiendo el *dairé* junto a él y ensordeciéndolo con los chasquidos de sus crótalos.

Luego, tras el último estribillo, las bailarinas enlazaron al cingaro entre los mil repliegues de sus danzas.

En aquel momento, una lluvia de oro cayó de las manos del emir y de sus aliados, de las de los oficiales de todas las graduaciones y, con el sonido de todas las monedillas que golpeaban los címbalos de las bailarinas, aún se mezclaban los últimos murmullos de las dutaras y de los tamboriles.

—¡Pródigos como saqueadores! —dijo Alcide Jolivet al oído de su compañero.

Y era dinero robado, desde luego, lo que caía por oleadas, porque con los tomanes y los cequíes tártaros, llovían también los ducados y los rublos moscovitas.

De nuevo se hizo el silencio por un instante y la voz del ejecutor, que puso su mano en el hombro de Miguel Strogoff, volvió a decir las palabras, cuya repetición era cada vez más siniestra:

—¡Mira con los ojos bien abiertos, mira!

Pero esta vez, Alcide Jolivet observó que el ejecutor ya no tenía su sable desnudo en la mano.

Mientras tanto, el sol descendía ya bajo la línea del horizonte. Una semioscuridad empezaba a invadir los fondos del campo. La masa de cedros y pinos se iba haciendo cada vez más negra, y las

aguas del Tom, oscurecidas en la lejanía, se confundían con las primeras brumas. No iba a tardar en deslizarse la sombra hasta la meseta que dominaba la ciudad.

Pero, en aquel instante, varios centenares de esclavos, con antorchas encendidas invadieron la plaza. Conducidas por Sangarra, cíngaras y persas volvieron a aparecer ante el trono del emir y realzaron, por el contraste, sus danzas de géneros tan distintos. Los instrumentos de la orquesta tártara desencadenaron una armonía salvaje, acompañada de los gritos guturales de los cantores. Las cometas, que habían sido arriadas a tierra, volvieron a alzar el vuelo, levantando toda una constelación de linternas multicolores y, bajo una brisa más fresca, vibraron sus arpas con mayor intensidad en medio de aquella iluminación aérea.

Después, un escuadrón de tártaros con uniforme de batalla vino a mezclarse en las danzas, cuya furia fue creciendo, comenzando una fantasía de a pie, que hacía un extraño efecto.

Aquellos soldados, armados de sables desnudos y de largos pistolones, mientras ejecutaban toda suerte de volantines, hacían vibrar el aire con estruendosas detonaciones y continuos mosquetazos que destacaban sobre el redoble de los tambores, el ronquido de los dairés[80] y el chirrido de las dutaras. Sus armas, cargadas de pólvora coloreada, a la manera china, con algún ingrediente metálico, lanzaban grandes chorros rojos, verdes, azules. Y habríase dicho entonces que todos aquellos grupos se agitaban en medio de un fuego de artificio. En algunos aspectos, aquel entretenimiento recordaba a la cibística[81] de los antiguos, especie de danza militar en la que maniobraban los corifeos entre las puntas de espadas y puñales, y es posible que la tradición se haya legado a los pueblos de Asia central[82]; pero esta cibística tártara era aún más extraña por los fuegos de colores que serpenteaban sobre las bailarinas, cuyas lentejuelas los reflejaban en miles de puntos ígneos. Era como un caleidoscopio de chispas, cuyas combinaciones variaban hasta el infinito a cada movimiento de las danzarinas.

Por muy de vuelta que estuviese un periodista parisino en los efectos que ha llevado tan lejos la escenografía moderna, Alcide Jolivet no pudo reprimir un movimiento de cabeza, que entre el *boulevard* Montmartre y la Madeleine habría significado: «¡No está

mal, no está mal!»).

De pronto, como si respondieran a una señal, se apagaron todos los fuegos de la fantasía, cesaron las danzas y desaparecieron las bailarinas. La ceremonia había concluido y sólo las antorchas iluminaban la meseta, tan llena de luces minutos antes.

A una señal del emir, Miguel Strogoff fue llevado al centro de la plaza.

—Blount —dijo Alcide Jolivet a su compañero—. ¿Acaso tiene usted intención de ver el final de todo esto?

—Por nada del mundo —respondió Harry Blount.

—Sus lectores del *Daily Telegraph* no gustarán, espero, de los detalles de una ejecución a la manera tártara...

—No más que su prima de usted.

—¡Pobre muchacho! —añadió Alcide Jolivet, mirando a Miguel Strogoff—. ¡El valiente soldado habría merecido caer en el campo de batalla!

—¿Podemos hacer algo para salvarlo? —dijo Harry Blount.

—No podemos hacer nada.

¡Los dos periodistas recordaban la generosa conducta de Miguel Strogoff con ellos, sabían ahora por qué pruebas había tenido que pasar, esclavo de su deber, y, en medio de aquellos tártaros, que desconocen cualquier sentimiento de piedad, no podían hacer nada por él!

Poco deseosos de asistir al suplicio reservado a aquel infortunado, volvieron, pues, a la ciudad.

Una hora más tarde, corrían por el camino de Irkutsk, con la intención de seguir entre los rusos lo que Alcide Jolivet llamaba por anticipado «la campaña de la revancha».

Mientras tanto, Miguel Strogoff estaba de pie, con la mirada altanera frente al emir, despreciativa frente a Iván Ogareff. Esperaba la muerte y, sin embargo, en vano habríase buscado en él un síntoma de debilidad.

Los espectadores, que se habían quedado en los alrededores de la plaza, así como el estado mayor de Feofar Kan, para quienes aquel suplicio no era más que una atracción más, esperaban a que se cumpliera la ejecución. Luego, satisfecha la curiosidad, toda aquella horda salvaje iría a sumergirse en la embriaguez.

El emir hizo un gesto. Miguel Strogoff, empujado por los

guardias, se acercó a la terraza y, entonces, en aquella lengua tártara que él entendía, Feofar Kan le dijo:

—Has venido para ver, espía de los rusos. Has visto por última vez. ¡Dentro de un instante tus ojos quedarán cerrados para siempre a la luz!

No era a muerte, sino a la ceguera a lo que había sido condenado Miguel Strogoff. ¡Perder la vista era quizá más terrible que perder la vida! Iban a dejar ciego a aquel infortunado...

Sin embargo, al oír la pena dictada por el emir, Miguel Strogoff no flaqueó. Se quedó impasible, con los ojos muy abiertos, como si hubiera querido concentrar toda su vida en una última mirada. Suplicar a aquellos hombres feroces era inútil y, además, indigno de él. Ni siquiera pensó en ello. ¡Todo su pensamiento se concentró en su misión irrevocablemente fracasada, en su madre, en Nadia a quienes no volvería a ver! Pero no dejó traslucir nada de la emoción que sentía.

Luego, el sentimiento de una venganza que aún quedaba por cumplir invadió todo su ser.

—¡Iván —dijo, con voz amenazadora—, Iván el traidor, la última amenaza de mis ojos será para ti!

Iván Ogareff se encogió de hombros.

Pero Miguel Strogoff se equivocaba. No era mirando a Iván Ogareff como iban a apagarse sus ojos para siempre.

Marfa Strogoff acababa de alzarse ante él.

—¡Madre mía! —exclamó—. ¡Sí, sí! ¡Para ti mi última mirada y no para este miserable! ¡Quédate aquí, delante de mí! ¡Que yo vea todavía tu semblante bienamado! ¡Que mis ojos se cierren contemplándote!

Sin decir una palabra, la vieja siberiana se aproximaba...

—¡Echad a esa mujer! —dijo Iván Ogareff.

Dos soldados rechazaron a Marfa Strogoff. Ella retrocedió, pero se mantuvo en pie, a pocos pasos de su hijo.

Apareció el ejecutor, que esta vez tenía su sable desnudo en la mano y, aquel sable al rojo vivo, acababa de sacarlo del brasero en el que ardían los carbones perfumados.

¡Miguel Strogoff iba a ser cegado según la costumbre tártara, con una hoja ardiente que pasaría ante sus ojos!

Miguel Strogoff no intentó resistirse. A sus ojos ya no existía más

que su madre, a quien devoraba con la mirada. ¡Toda su vida estaba en esa última visión!

¡Marfa Strogoff, con los ojos desmesuradamente abiertos, con los brazos tendidos hacia él, lo contemplaba...!

La hoja incandescente pasó ante los ojos de Miguel Strogoff.

Resonó un grito de desesperación. La anciana Marfa cayó al suelo inanimada.

Miguel Strogoff estaba ciego.



Miguel Strogoff estaba ciego

Ejecutadas sus órdenes, el emir se retiró con toda su casa. Al rato ya no quedaba en aquella plaza más que Iván Ogareff y los portadores de antorchas.

¿Querría, pues, el miserable volver a insultar a su víctima y, después del ejecutor, darle el último golpe?

Iván Ogareff se acercó lentamente a Miguel Strogoff que, al sentirle acercarse, se enderezó.

Iván Ogareff sacó de su bolsillo la carta imperial, la abrió y, supremo sarcasmo, la colocó ante los ojos apagados del correo del zar, diciendo:

—¡Lee ahora, Miguel Strogoff, lee y ve a contar a Irkutsk lo que hayas leído! ¡El verdadero correo del zar es Iván Ogareff!

Dicho esto, el traidor estrechó la carta contra su pecho y, sin volverse, abandonó la plaza, seguido por los portadores de antorchas.

Miguel Strogoff quedó solo, a algunos pasos de su madre, inanimada, quizá muerta.

A lo lejos se oían los gritos, los cantos, todos los ruidos de la orgía. Tomsk, iluminaba, brillaba como una ciudad en fiestas.

Miguel Strogoff prestó oídos. La plaza estaba silenciosa y desierta. Se arrastró tanteando hacia el lugar donde había caído su madre. La encontró con la mano, se inclinó sobre ella, acercó su cara a la de ella y escuchó los latidos de su corazón. Habríase dicho que le hablaba en voz muy baja.

¿Viviría aún la anciana Marfa y escucharía lo que le decía su hijo?

En todo caso, no hizo ningún movimiento. Miguel Strogoff besó su frente y sus cabellos blancos. Luego se levantó y tanteando con los pies, intentando extender las manos para guiarse, marchó poco a poco hacia la extremidad de la plaza.

De repente apareció Nadia y se fue derecha hasta su compañero. Un puñal que llevaba le sirvió para cortar las cuerdas que sujetaban los brazos de Miguel Strogoff.

Éste, ciego, no sabía quién le desataba, porque Nadia no había pronunciado una sola palabra.

Pero, una vez desatado, dijo la joven:

—¡Hermano!

—¡Nadia! —murmuró Miguel Strogoff—. ¡Nadia!

—¡Ven, hermano! —respondió Nadia—. ¡Mis ojos serán tuyos a partir de ahora y yo soy quien te conducirá a Irkutsk!

VI. Un amigo en el camino real

Media hora después, Miguel Strogoff y Nadia habían dejado Tomsk.

Aquella noche, un cierto número de prisioneros pudo escapar así de los tártaros, porque tanto oficiales como soldados, todos ellos más o menos embrutecidos por la orgía, habían relajado inconscientemente la severa vigilancia que habían mantenido hasta entonces, ya fuera en el campamento de Zabediero, ya durante las conducciones de prisioneros.

Nadia, arrastrada al principio con los demás prisioneros, había podido huir después y volver a la meseta, en el momento en que Miguel Strogoff había sido llevado ante el emir.

Allí, mezclada con la multitud, lo había visto todo. Ni un grito se le escapó cuando la hoja del sable al rojo vivo pasó ante los ojos de su compañero. Tuvo fuerza suficiente para quedarse inmóvil y muda. Una inspiración providencial le impulsó a contenerse y esperar, libre como estaba, para servir de guía al hijo de Marfa Strogoff hasta el objetivo que había jurado alcanzar. Su corazón había dejado de latir por un momento cuando la anciana había caído exánime, pero un pensamiento le devolvió toda su energía:

—¡Seré el perro del ciego! —se dijo.

Tras la partida de Iván Ogareff, Nadia se había disimulado en la sombra. Había esperado hasta que la multitud hubo dejado la meseta. Miguel Strogoff, abandonado como un ser miserable de quien no hay nada que temer, estaba solo. Lo había visto arrastrarse hasta su madre, inclinarse sobre ella, besarla en la frente, y levantarse para huir a tientas...

Unos instantes después, cogidos de la mano, habían bajado por el talud escarpado y, tras seguir las orillas del Tom hasta el extremo de la ciudad, consiguieron traspasar una brecha de la muralla.

El camino de Irkutsk era el único que se adentraba hacia el Este. No había confusión posible. Nadia condujo rápidamente a Miguel Strogoff. Era posible que al llegar la mañana, después de unas horas de orgía, las avanzadillas del emir, lanzándose de nuevo por la estepa, cortaran las comunicaciones. Era necesario, pues,

adelantarlos, llegar antes que ellos a Krasnoiarsk, separada de Tomsk por quinientas verstas (533 kilómetros) para no dejar el camino real hasta el último momento. Lanzarse fuera del camino real era lo incierto, lo desconocido, era la muerte en breve plazo.

¿Cómo pudo Nadia soportar las fatigas de aquella noche del 16 al 17 de agosto? ¿Cómo encontró la fuerza física necesaria para efectuar una etapa tan larga? ¿Cómo pudieron llevarla hasta allí sus pies, sangrando por la marcha forzada? Es casi incomprensible. Pero no es menos cierto que a la mañana siguiente, doce horas después de su partida de Tomsk, Miguel Strogoff y ella alcanzaban el burgo de Semilowskoe, después de una caminata de cincuenta verstas.

Miguel Strogoff no había pronunciado una sola palabra. No era Nadia quien sujetaba su mano, sino él quien sostuvo la de su compañera durante toda la noche; pero gracias a aquella mano que lo guiaba sólo con sus estremecimientos, había andado con su marcha ordinaria.

Semilowskoe estaba casi abandonado. Con el temor de los tártaros, sus habitantes habían huido a la provincia de Yeniséisk. Apenas dos o tres casas estaban ocupadas todavía. Todo lo que contenía el pueblo de útil o de valioso había sido transportado en carreta.

Pero a Nadia le hacía mucha falta parar allí algunas horas. Ambos necesitaban alimento y descanso.

La joven condujo, pues, a su compañero al extremo del pueblo. Había allí una casa vacía con la puerta abierta y entraron en ella. En medio de la habitación había un mísero banco de madera, junto a la gran estufa típica de todas las moradas siberianas. Se sentaron en él.

Nadia miró entonces de frente a su compañero ciego como no había podido hacerlo antes. Había más que agradecimiento, más que piedad en su mirada. Si Miguel Strogoff hubiera podido verla, habría leído en aquella hermosa mirada la expresión de una ternura y una devoción infinitas.

Los párpados del ciego, enrojecidos por la hoja incandescente, cubrían a medias sus ojos secos, absolutamente secos. La esclerótica estaba ligeramente arrugada y como endurecida, la pupila dilatada; el iris parecía de un azul más oscuro que antes; las pestañas y las cejas estaban quemadas en parte; pero en apariencia al menos,

aquella mirada tan penetrante no parecía haber sufrido ningún cambio. Si no veía ya, si estaba completamente ciego, era porque la sensibilidad de la retina y del nervio óptico había quedado completamente destruida por el calor ardiente del acero.

En aquel momento, Miguel Strogoff extendió las manos.

—¿Estás ahí, Nadia? —preguntó.

—Sí —contestó la muchacha—, estoy junto a ti y no te volveré a abandonar, Miguel.



«¿Estás ahí, Nadia?» preguntó

Al oír su nombre, que la muchacha pronunciaba por primera vez, Miguel Strogoff se sobresaltó. Comprendió que su compañera lo sabía todo, quién era él, los lazos que le unían con la anciana Marfa.

—Nadia —repuso—, ¡vamos a tener que separarnos!

—¿Separarnos? ¿Por qué, Miguel?

—¡No puedo ser un obstáculo para tu viaje! ¡Tu padre te espera en Irkutsk! ¡Es necesario que te reúnas con él!

—¡Mi padre me maldeciría, Miguel, si te abandonara después de lo que has hecho por mí!

—¡Nadia, Nadia! —respondió Miguel Strogoff, estrechando la mano que la joven había puesto sobre la suya—. ¡No debes pensar más que en tu padre!

—¡Miguel, tú me necesitas más que mi padre! ¿Tendrás que renunciar a ir hasta Irkutsk?

—¡Nunca! —exclamó Miguel Strogoff con un tono que mostraba que no había perdido un ápice de su energía.

—¡Sin embargo, ya no tienes esa carta...!

—¡Esa carta que me ha robado Iván Ogareff...! ¡Pues bien, sabré pasar sin ella, Nadia! ¡Me han tratado como un espía, pues actuaré como un espía! ¡Iré a decir a Irkutsk todo lo que he visto, todo lo que he oído y, lo juro por Dios vivo, ese traidor volverá a encontrarme cara a cara! Pero es necesario que llegue antes que él a Irkutsk.

—¿Y hablas de separarnos, Miguel?

—¡Nadia, esos miserables me lo han quitado todo!

—¡A mí me quedan algunos rublos y mis ojos! ¡Podré ver por ti, Miguel, y conducirte hasta donde no puedes ir solo!

—¿Y cómo vamos a ir?

—Andando.

—¿Y cómo vamos a vivir?

—Mendigando.

—¡Partamos, Nadia!

—Ven, Miguel.

Ninguno de los dos llamaba ya al otro hermano o hermana. En su miseria común se sentían aún más estrechamente unidos. Dejaron la casa después de una hora de descanso. Nadia, recorriendo las calles de la aldea había podido conseguir algunos trozos de *chornekleb* una especie de pan hecho con cebada y un

poco de esa aguamiel conocida con el nombre de *meod* en Rusia, que no le habían costado nada, porque había comenzado su nuevo oficio de mendiga. Aquel pan y aquella aguamiel aplacaron mal que bien el hambre y la sed de Miguel Strogoff. Nadia le había guardado la mayor parte de aquella comida insuficiente. Él iba comiendo los trozos de pan que ella le pasaba uno tras otro, y bebía de la cantimplora que le llevaba a los labios.

—¿Estás comiendo, Nadia? —le preguntó varias veces.

—Sí, Miguel —respondía siempre la joven, que se conformaba con lo que le sobraba a su compañero.

Miguel y Nadia dejaron Semilowskoe y volvieron a aquel penoso camino de Irkutsk. La muchacha resistía enérgicamente a la fatiga. Si Miguel Strogoff la hubiera visto, quizás no habría tenido valor para ir más lejos. Pero Nadia no se quejaba y Miguel, al no oír ni el menor suspiro, marchaba con una premura que no era capaz de dominar.

¿Y por qué? ¿Cómo podía esperar adelantarse a los tártaros? ¡Iba a pie, sin dinero, estaba ciego y, si llegara a faltarle Nadia, su única guía, no le quedaría más que recostarse al lado del camino y dejarse morir en la miseria! Pero, si consiguiera llegar a Krasnoiarsk a fuerza de energía, podría no haberse perdido todo, puesto que el gobernador, a quien se daría a conocer, no dudaría en proporcionarle los medios para llegar hasta Irkutsk.

Miguel Strogoff andaba, pues, hablando poco, absorto en sus pensamientos. Sujetaba la mano de Nadia y ambos estaban en incesante comunicación. Daba la sensación de que no necesitaban la palabra para intercambiarse los pensamientos. De vez en cuando, Miguel Strogoff decía:

—Háblame, Nadia.

—¿Para qué, Miguel?, ¡pensamos juntos! —respondió la joven, de forma que su voz no desvelara ninguna fatiga.

Pero, algunas veces, como si su corazón hubiera cesado de latir, se le doblaban las piernas, su paso se hacía más lento, su brazo se extendía y se quedaba atrás. Miguel Strogoff se paraba entonces, fijaba sus ojos en la muchacha, como si quisiera verla a través de aquella sombra que llevaba en él. Se le hinchaba el pecho y, sosteniendo más firmemente a su compañera, reemprendía el camino hacia adelante.

Sin embargo, en medio de todas aquellas miserias sin tregua, aquel día iba a producirse un acontecimiento afortunado que debía ahorrarles muchas fatigas a los dos.

Hacía unas dos horas que habían salido de Semilowskoe, cuando Miguel Strogoff se detuvo.

—¿Está desierto el camino? —preguntó.

—Completamente desierto —respondió Nadia.

—¿No oyes algún ruido por detrás?

—En efecto.

—Si son los tártaros tenemos que escondernos. Mira bien.

—¡Espera, Miguel! —respondió Nadia subiendo por el camino, que hacía un recodo hacia la derecha a algunos pasos.

Miguel Strogoff se quedó unos instantes solo, aguzando el oído.

Nadia volvió en seguida y dijo:

—Es una carreta. La conduce un joven.

—¿Está solo?

—Solo.



«Es una carreta. La conduce un joven»

Miguel Strogoff dudó un instante. ¿Debía esconderse? ¿Debía, por el contrario, intentar la posibilidad de conseguir un hueco en aquel vehículo, si no para él, al menos para ella? Él se conformaría con apoyar una mano en la carreta, incluso la empujaría, si fuera necesario, porque no le iban a flaquear las piernas, pero sentía que Nadia, arrastrada a pie desde el paso del Obi, es decir, desde hacía ocho días, se encontraba al límite de sus fuerzas.

Esperó. La carreta llegó en seguida al recodo del camino. Era un vehículo muy destartado, que podía llevar como mucho a tres personas, lo que se llama en aquel lugar una *kibitka*.

Normalmente, la kibitka lleva un tiro de tres caballos, pero a ésta sólo la arrastraba uno de pelo largo y larga cola, al que daba vigor y coraje su sangre mongola.

La conducía un muchacho, con un perro a su lado.

Nadia se dio cuenta de que el joven era ruso. Tenía un rostro suave y flemático que inspiraba confianza. Además no parecía en absoluto apresurado. Iba a un paso tranquilo, para no forzar a su caballo y, al verlo, nadie habría pensado que seguía una ruta que los tártaros podían hacer cortar de un momento a otro.

Nadia, con Miguel Strogoff de la mano, se había apartado a un lado del camino.

La kibitka se detuvo y el conductor miró a la muchacha sonriendo.

—Pero ¿a dónde vais así? —le preguntó, abriendo los ojos, redondos como platos.

Al sonido de aquella voz, Miguel Strogoff se dijo que la había oído en alguna parte. Y, sin duda, le bastó para reconocer al conductor de la kibitka, porque su frente se serenó en seguida.

—Bueno, ¿a dónde vais? —repitió el joven, dirigiéndose ya a Miguel Strogoff.

—Vamos a Irkutsk —respondió éste.

—¡Oh, padrecito!, ¿no sabes que quedan verstas y más verstas para llegar a Irkutsk?

—Lo sé.

—¿Y vas a pie?

—A pie.

—Tú, bueno, pero ¿y la señorita...?

—Es mi hermana —dijo Miguel Strogoff, que creyó oportuno

volver a dar ese título a Nadia.

—¡Sí, tu hermana, padrecito! Pero, créeme, ¡nunca podrá llegar hasta Irkutsk!

—Amigo —respondió Miguel Strogoff acercándose—, los tártaros nos han despojado de todo, y no tengo un kopek que ofrecerte; pero si quieres llevar a mi hermana junto a ti, seguiré a tu coche andando, corriendo incluso, si hace falta, pero no te retrasaré ni una hora.

—¡Hermano! —exclamó Nadia—. ¡No quiero... no quiero! ¡Señor, mi hermano está ciego!

—¡Ciego! —respondió el muchacho, con la voz conmovida.

—¡Los tártaros le han quemado los ojos! —explicó Nadia, extendiendo las manos como implorando piedad.

—¿Le han quemado los ojos? ¡Oh, pobre padrecito! Yo voy a Krasnoiarsk. Bueno, ¿y por qué no habrías de subir tú con tu hermana a la kibitka? Apretándonos un poco cabremos los tres. Además, mi perro no se negará a ir andando. Sólo que no voy deprisa para no forzar a mi caballo.

—Amigo, ¿cómo te llamas? —preguntó Miguel Strogoff.

—Me llamo Nicolás Pigassof.

—Es un nombre que nunca olvidaré —respondió Miguel Strogoff.

—Bueno, pues sube, padrecito ciego. Tu hermana estará junto a ti, al fondo de la carreta y yo delante para conducir. Hay buena corteza de abedul y paja de cebada al fondo, es como un nido. ¡Vamos, Serko, haznos sitio!

El perro se apeó sin hacerse rogar. Era un animal de raza siberiana, de pelo gris, talla media, con una buena cabezota acariciadora y que parecía querer mucho a su amo.

Miguel Strogoff y Nadia no tardaron ni un instante en instalarse dentro de la kibitka. Miguel Strogoff extendió las manos como buscando las de Nicolás Pigassof.

—¡Son mis manos lo que quieres estrechar! —dijo Nicolás—. ¡Aquí están, padrecito! ¡Estréchamelas todo lo que te plazca!

La kibitka se volvió a poner en marcha. El caballo, al que Nicolás no golpeaba nunca, llevaba un paso de ambladura [83]. Si Miguel Strogoff no iba a ganar en rapidez, al menos se evitarían nuevas fatigas para Nadia.

Y era tal el agotamiento de la muchacha que, acunada por el monótono movimiento de la kibitka, cayó muy pronto en un sueño que se parecía a una completa postración. Miguel Strogoff y Nicolás la recostaron sobre las hojas de abedul, lo mejor que pudieron. El compasivo muchacho estaba muy conmovido, y, si no se escapó una lágrima de los ojos de Miguel Strogoff, fue porque el hierro incandescente había secado hasta la última.

—¡Es linda! —dijo Nicolás.

—Sí —contestó Miguel Strogoff.



«¡Es linda!» dijo Nicolás

—¡Quieren ser fuertes, padrecito, y son valientes, pero en el fondo son débiles estas muchachitas! ¿Venís de muy lejos?

—De muy lejos.

—¡Pobres muchachos! ¡Han tenido que hacerte mucho daño, cuando te han quemado los ojos!

—Mucho —respondió Miguel Strogoff, volviéndose como si hubiera podido ver a Nicolás.

—¿No has llorado?

—Sí.

—Yo también habría llorado. ¡Pensar que no volverá uno a ver a los que ama! Pero en fin, ellos te ven. ¡Quizá sea un consuelo!

—¡Sí, quizá! Dime, amigo —preguntó Miguel Strogoff—, ¿no me has visto antes en algún sitio?

—¿A ti, padrecito? No, nunca.

—Es que el sonido de tu voz no me es desconocido.

—¡Mira por dónde! —respondió Nicolás Pigassof—. ¡Me reconoce por el sonido de mi voz! Quizás me preguntas eso para saber de dónde vengo. ¡Pues te lo voy a decir! Vengo de Kolyvan.

—¿De Kolyvan? —dijo Miguel Strogoff—. Pues entonces allí es donde me encontré contigo. ¿Estabas en el puesto de telégrafos?

—Es posible —respondió Nicolás—. Allí paraba. Yo era el empleado encargado de las transmisiones.

—¿Y te quedaste en tu puesto hasta el último momento?

—¡Claro! ¡Ése es sobre todo el momento en que hay que estar!

—¿Era el día en que un inglés y un francés se peleaban, con los rublos en la mano, delante de tu ventanilla, y en que el inglés telegrafió los primeros versículos de la Biblia?

—¡Es posible, padrecito, es posible, pero no me acuerdo!

—¡Cómo! ¿No te acuerdas?

—Nunca leo los despachos que transmito. Como mi obligación es olvidarlos, lo más fácil es ignorarlos.

La respuesta pintaba el carácter de Nicolás Pigassof.

Mientras tanto, la kibitka iba poquito a poco, aunque Miguel Strogoff hubiera preferido que fuera más deprisa. Pero Nicolás y su caballo estaban acostumbrados a una marcha que ni uno ni otro habrían podido variar. El caballo andaba durante tres horas y descansaba una, tanto de noche como de día. En las paradas, el caballo pastaba y los viajeros de la kibitka comían en compañía del

fiel Serko. La kibitka llevaba provisiones para veinte personas, por lo menos, y Nicolás había puesto sus reservas generosamente a disposición de sus dos huéspedes, a quienes creía realmente hermano y hermana.

Tras una jornada de reposo, Nadia recobró una parte de sus fuerzas. Nicolás velaba porque estuviera lo mejor posible. El viaje se hacía en condiciones soportables, lentamente, sin duda, pero con regularidad. Ocurría, a veces, que por la noche Nicolás se quedaba dormido mientras conducía y roncaba con una convicción que daba testimonio de su tranquilidad de conciencia. Habría sido posible entonces, mirando bien, ver la mano de Miguel Strogoff, buscar las riendas del caballo y hacerle cobrar una marcha más rápida, con gran asombro de Serko, que no decía nada, sin embargo. Luego, aquel trote volvía inmediatamente al paso, en cuanto Nicolás se despertaba, pero la kibitka había ganado ya algunas verstas sobre su velocidad reglamentaria.

Así fue cómo atravesaron el río Ichim, las aldeas de Ichimskoe, Berikylskoe, Kuskoe, el río Mariinsk, la aldea del mismo nombre, Bogostowlskoe y, finalmente, el Chula, pequeño curso de agua que separa la Siberia occidental de la Siberia oriental. El camino se extendía unas veces a través de inmensas landas, que dejaban campo abierto a las miradas, otras bajo espesos e interminables bosques de pinos de los que parecía que nunca se iba a salir.

Todo estaba desierto. Los pueblecillos estaban abandonados casi por entero. Los campesinos habían huido más allá del Yeniséi, pensando que aquel ancho río detendría quizá a los tártaros.

El 22 de agosto, la kibitka llegó al pueblo de Atchinsk, a trescientas ochenta verstas de Tomsk. Aún faltaban ciento veinte verstas para Krasnoiarsk. Ningún incidente había marcado aquel viaje. En los seis días que llevaban juntos, Nicolás, Miguel Strogoff y Nadia habían seguido siendo los mismos, el uno atrincherado en su calma inalterable, los otros dos inquietos y esperando el momento en que su compañero tuviese que separarse de ellos.

Puede decirse que Miguel Strogoff veía el territorio que recorrían a través de los ojos de Nicolás y de la muchacha. Por turnos, ambos le iban pintando los parajes por los que pasaba la kibitka. Sabía si estaban en el bosque o en la llanura, si se veía alguna choza en la estepa, si aparecía algún siberiano por el

horizonte. Nicolás no callaba. Le gustaba charlar y, cualquiera que fuese su forma de ver las cosas, era siempre agradable oírlo.

Un día, Miguel Strogoff le preguntó qué tiempo hacía.

—Bastante bueno, padrecito —respondió—, pero son los últimos días del verano. El otoño es corto en Siberia y en seguida tendremos los primeros fríos del invierno. ¿Pensarán quizá los tártaros en acantonarse durante la mala estación?

Miguel Strogoff sacudió la cabeza con aire de duda.

—No lo crees, padrecito —respondió Nicolás—. ¿Piensas que irán hasta Irkutsk?

—Lo temo —respondió Miguel Strogoff.

—Sí... tienes razón. Tienen con ellos a un malvado que no los dejará enfriarse por el camino. ¿Has oído hablar de Iván Ogareff?

—Sí.

—¿Sabes que no está bien traicionar a su país?

—No... no está bien... —respondió Miguel Strogoff, queriendo mantenerse impasible.

—¡Padrecito —repuso Nicolás—, encuentro que no te indignas bastante cuando se habla ante ti de Iván Ogareff! ¡Cualquier corazón ruso debe saltar cuando se pronuncia ese nombre!

—Créeme, amigo, lo odio más de lo que nunca podrás odiarlo tú —dijo Miguel Strogoff.

—¡No es posible —respondió Nicolás—, no, no es posible! Cuando pienso en Iván Ogareff, en el daño que está haciendo a nuestra santa Rusia, me invade la cólera y, si lo cogiera...

—¿Si lo cogieras, amigo?

—Creo que lo mataría.

—Pues yo estoy seguro de ello —respondió tranquilamente Miguel Strogoff.

VII. El paso del Yeniséi

El 25 de agosto, a la caída de la tarde, la kibitka llegaba a la vista de Krasnoiarsk. El viaje desde Tomsk había durado ocho días. Si no se había hecho más deprisa, a pesar de lo que hubiera podido hacer Miguel Strogoff, había sido porque Nicolás había dormido poco. De ahí la imposibilidad de animar la marcha del caballo que, en otras manos, no habría tardado más de sesenta horas en hacer el recorrido.

Por fortuna, no habían vuelto a tener problemas con los tártaros. Ninguna avanzadilla había aparecido por el camino que acababa de seguir la kibitka. Aquello debía de parecer bastante inexplicable y tema que responder evidentemente a alguna grave circunstancia que hubiera impedido a las tropas del emir dirigirse sin retraso a Irkutsk.

En efecto, aquella circunstancia se había producido. Un nuevo cuerpo del ejército, reunido a toda prisa por el gobierno de Yeniséisk, había marchado sobre Tomsk para intentar reconquistar la ciudad. Pero, siendo demasiado débil para enfrentarse a las tropas del emir concentradas en aquel momento, había tenido que batirse en retirada. Feofar Kan, contando con sus propios soldados y los de los kanatos de Kokand y Kunduz, tenía a doscientos cincuenta mil hombres bajo sus órdenes, contra los que el gobierno ruso aún no podía enfrentar una fuerza suficiente. Así, pues, no parecía que la invasión pudiera ser atajada de inmediato y toda la masa tártara iba a poder marchar sobre Irkutsk.

La batalla de Tomsk tuvo lugar el 22 de agosto, lo que ignoraba Miguel Strogoff, pero explicaba por qué la vanguardia del emir no había aparecido todavía por Krasnoiarsk el día 25.

Sin embargo, aunque Miguel Strogoff no podía estar enterado de lo que había ocurrido desde su partida, al menos sabía que llevaba a los tártaros varios días de ventaja y que no debía desesperar de llegar antes que ellos a la ciudad de Irkutsk, que aún estaba a ochocientas cincuenta verstas (900 kilómetros).

Además, en Krasnoiarsk, que tiene una población de unas doce

mil almas, contaba con que no le faltarían medios de transporte. Puesto que Nicolás Pigassof tenía que pararse en aquella ciudad, sería necesario sustituirlo por un guía y cambiar la kibitka por otro vehículo más rápido. Después de dirigirse al gobernador de la ciudad y de mostrar su identidad y calidad de correo del zar, lo que le sería fácil, Miguel Strogoff no dudaba que le proporcionarían los medios para llegar a Irkutsk en el plazo más breve posible. No tendría más que dar las gracias entonces a aquel buen Nicolás Pigassof y partir con Nadia, porque no quería separarse de ella antes de entregarla a su padre.

Sin embargo, si Nicolás Pigassof había resuelto detenerse en Krasnoiarsk, era, como él mismo decía, «con la condición de encontrar un empleo».

En efecto, aquel funcionario modelo, después de haberse quedado hasta el último minuto en su puesto de Kolyvan, intentaba ponerse de nuevo al servicio de la Administración.

—¿Por qué habría yo de cobrar unos haberes que no hubiera devengado? —repetía.

Así, pues, en el caso de que no pudieran utilizarse sus servicios en Krasnoiarsk, que debía estar aún comunicada con Irkutsk por el telégrafo, se proponía llegar hasta el puesto de Udinsk, o incluso hasta la propia capital de Siberia. Si así fuera, seguiría viajando con el hermano y la hermana y, ¿en quién encontrarían ellos guía más seguro, amigo más devoto?

La kibitka no estaba ya más que a media versta de Krasnoiarsk. Veíanse a derecha e izquierda las numerosas cruces de madera que se alzan al borde del camino en las cercanías de la ciudad. Eran las siete de la tarde. En el cielo claro se perfilaban las siluetas de las iglesias y el perfil de las casas construidas sobre el alto farallón del Yeniséi. Las aguas del río lanzaban reflejos bajo las últimas luces dispersas en la atmósfera.



Eran las siete de la tarde

La kibitka se detuvo.

—¿Dónde estamos, hermana? —preguntó Miguel Strogoff.

—A media versta, como mucho, de las primeras casas —respondió Nadia.

—¿Es qué se trata de una ciudad dormida? —repuso Miguel Strogoff—. No llega ningún ruido a mis oídos.

—Y yo no veo brillar ninguna luz en la sombra, ni humo que suba por el aire —añadió Nadia.

—¡Singular ciudad! —dijo Nicolás—. ¡Nadie hace ruido y todos se acuestan temprano!

A Miguel Strogoff le pasó un mal presagio por la mente. No le había hablado a Nadia de las esperanzas que había puesto en Krasnoiarsk, donde contaba con encontrar los medios para acabar el viaje con seguridad. ¡Tanto temía que su esperanza se viese frustrada de nuevo! Pero Nadia había adivinado sus pensamientos, aunque no comprendía por qué tenía prisa su compañero por llegar a Irkutsk, ahora que le habían quitado la carta imperial. Un día, incluso, le había sondeado a este respecto.

—He jurado llegar a Irkutsk —se había limitado a contestar.

Pero, para cumplir su misión, aún tenía que encontrar en Krasnoiarsk un medio de locomoción que fuera rápido.

—Y bien, amigo —dijo a Nicolás— ¿por qué no avanzamos?

—¡Es que temo despertar a los habitantes de la ciudad con el ruido de mi carreta!

Y con un leve latigazo, Nicolás estimuló a su caballo. Serko soltó algunos ladridos y la kibitka descendió a un trote corto el camino que se internaba en Krasnoiarsk. Diez minutos después entraba en la calle mayor.

¡Krasnoiarsk estaba desierta! No quedaba un solo ateniense en aquella «Atenas del Norte», como la llama Mme. de Bourboulon. Ni uno de esos carruajes tan brillantemente enjaezados recorría las anchas y limpias calles. Ni un transeúnte circulaba por las aceras que servían de base a las magníficas casas de madera, de monumental aspecto. Ni una elegante siberiana, vestida a la última moda de Francia, se paseaba por aquel admirable parque recortado en un bosque de abedules, que se prolonga hasta las orillas del Yeniséi. La gran campana de la catedral estaba muda, callaban los carillones de las iglesias y, sin embargo, es raro que una ciudad rusa

no esté llena del sonido de sus campanas. Pero allí reinaba el más completo abandono. ¡No quedaba ni un ser viviente en aquella ciudad, que fuese antaño tan vivaz!

El último telegrama que había salido del gabinete del zar, antes que se cortara el hilo, había ordenado al gobernador, a la guarnición y a los habitantes, fueran los que fuesen, que abandonaran la ciudad, llevándose todo lo que tuviera algún valor o pudiera ser útil a los tártaros, y que se refugiaban en Irkutsk. Lo mismo se había ordenado a todos los habitantes de los pueblos de la provincia. Era un desierto lo que el gobierno de Moscú quería dejar ante los invasores. Aquellas órdenes a la manera de Rostopchin [84], nadie pensó en discutir las ni por un momento. Fueron ejecutadas y ésa era la razón por la que no quedaba ni un ser viviente en Krasnoiarsk.

Miguel Strogoff, Nadia y Nicolás recorrieron en silencio las calles de la ciudad con una involuntaria sensación de estupor. El único ruido que sonaba en aquella ciudad muerta era el que ellos hacían. Miguel Strogoff no dejó traslucir nada de lo que sentía entonces, pero debió sentir como un arrebato de ira contra la mala suerte que le perseguía, porque sus esperanzas se veían truncadas de nuevo.

—¡Santo Dios! —exclamó Nicolás—. ¡No conseguiría nunca ganar el menor sueldo en este desierto!

—Amigo —dijo Nadia—, tienes que hacer con nosotros el camino de Irkutsk.

—¡Tengo que hacerlo, es verdad! —respondió Nicolás. Aún debe funcionar el hilo entre Udinsk e Irkutsk, y allí... ¿Vamos, padrecito?

—Esperemos a mañana —respondió Miguel Strogoff.

—Tienes razón —contestó Nicolás—. ¡Tenemos que atravesar el Yeniséi y necesitamos luz para ver...!

—¡Para ver! —murmuró Nadia, pensando en su compañero ciego.

Nicolás la oyó y, volviéndose hacia Miguel Strogoff, dijo:

—¡Perdona, padrecito! ¡Desgraciadamente, la noche y el día deben de ser lo mismo para ti!

—No te reproches nada, amigo —respondió Miguel Strogoff, pasándose una mano por los ojos—. Teniéndote a ti por guía, puedo seguir en acción. Tómate algunas horas de descanso y que Nadia

descanse también. ¡Mañana será otro día!

Miguel Strogoff, Nadia y Nicolás no tuvieron que buscar mucho para encontrar un sitio donde descansar.

La primera casa cuya puerta empujaron estaba vacía, como todas las demás. No había allí más que algunos haces de hojarasca. A falta de otra cosa mejor, el caballo tuvo que conformarse con aquel magro alimento. Como los alimentos de la kibitka no se habían agotado, cada uno tomó su parte. Después, tras haberse arrodillado ante una modesta imagen de la Panaghía [85], colgada en la pared, alumbrada todavía por la última llama de una lámpara, Nicolás y la muchacha se durmieron, mientras que Miguel Strogoff, a quien no podía vencer el sueño, se mantenía en vela.

Al día siguiente, 26 de agosto, antes del alba, con el caballo recién enganchado, la kibitka atravesaba el parque de abedules para llegar a la ribera del Yeniséi.

Miguel Strogoff estaba muy preocupado. ¿Cómo harían para cruzar el río si, como era probable, todas las barcas o almadías habrían sido destruidas para retrasar la marcha de los tártaros? Puesto que ya lo había franqueado varias veces, conocía al Yeniséi, sabía que tiene una anchura considerable y que sus rápidos son muy violentos en el doble lecho formado entre las islas. En circunstancias ordinarias, utilizando transbordadores especialmente preparados para el transporte de viajeros, coches y caballos, el paso del Yeniséi exige unas tres horas y las balsas sólo llegan a la orilla derecha a costa de grandes dificultades. Así, pues, si no hubiera embarcación alguna, ¿cómo pasaría la kibitka de una orilla a otra?

—¡Pasaré a pesar de todo! —repitió Miguel Strogoff.

Comenzaba a levantarse el día cuando llegó la kibitka a la orilla izquierda, al lugar mismo donde iba a dar una de las grandes avenidas del parque. Desde aquel sitio podía dominarse el curso del río en un centenar de pies, de modo que se podía observar una gran extensión.

—¿Veis alguna balsa? —preguntó Miguel Strogoff, volviendo ávidamente sus ojos a un lado y a otro, por una costumbre maquinal, sin duda, como si hubiera podido ver él mismo.

—Apenas se ha hecho de día, hermano —contestó Nadia—. Aún está espesa la bruma sobre el río y no es posible distinguir las aguas.

—¡Pero las oigo mugir! —dijo Miguel Strogoff.

En efecto, de las capas inferiores de aquella bruma salía un sordo tumulto de corrientes y contracorrientes, que se entrechocaban. Las aguas, muy altas en aquella estación del año, debían fluir con la violencia de un torrente. Los tres escuchaban, esperando que se levantara la cortina de brumas. El sol subía rápidamente sobre el horizonte y sus primeros rayos no iban a tardar en levantar aquellos vapores.

—¿Y bien? —preguntó Miguel Strogoff.

—La bruma empieza a disiparse, hermano —respondió Nadia—, y el día está penetrando ya en ellas.

—¿No ves todavía el nivel del río, hermana?

—Todavía no.

—Un poco de paciencia, padrecito —dijo Nicolás—. ¡Todo esto va a fundirse! ¡Mira! ¡Ya está soplando el viento! ¡Las altas colinas de la orilla derecha empiezan a mostrar sus filas de árboles! ¡Se va todo volando! ¡Los benéficos rayos del sol han condensado este amasijo de brumas! ¡Ah, qué hermoso es, pobre ciego mío, y qué desgracia para ti no poder contemplar este espectáculo!

—¿Ves algún barco? —respondió Miguel Strogoff.

—No veo ninguno —respondió Nicolás.

—¡Mira bien, en esta orilla y en la otra, hasta donde te alcance la vista! Un barco, una barquichuela, una canoa de cortezas de árbol...

Nicolás y Nadia, sujetándose a los últimos abedules del acantilado, se inclinaron sobre el río. El campo que se ofrecía a su vista era inmenso. El Yeniséi, en ese punto, no mide menos de una versta y media y forma dos brazos desiguales por los que fluyen las aguas con rapidez. Entre esos brazos, cubiertas de alisos, sauces y álamos, yacen varias islas que parecían ser otros tantos buques pintados de verde, anclados en el río. Más allá se escalonaban las altas colinas de la ribera oriental, coronadas de bosques de altos árboles, cuyas copas se coloreaban de púrpura con la luz de aquel momento. Río arriba y río abajo, el Yeniséi se escapaba de la vista. Todo aquel panorama se mostraba a la vista en un perímetro de cincuenta verstas.

Pero ni una embarcación, ni en la orilla izquierda, ni en la derecha, ni en las de las islas. Se las habían llevado todas o las

habían destruido cumpliendo órdenes. Con toda seguridad, si los tártaros no traían el material necesario para construir un puente de barcas, su marcha hacia Irkutsk se detendría algún tiempo ante esa barrera del Yeniséi.

—Ahora me acuerdo —dijo Miguel Strogoff—. Hay un embarcadero un poco más arriba, junto a las últimas casas de Krasnoiarsk. Allí es donde atracan los transbordadores. Amigo, remontemos el curso del río y mira a ver si no se han dejado alguna barca olvidada en la orilla.

Nicolás se lanzó en la dirección indicada. Nadia cogió a Miguel Strogoff de la mano y lo guió con paso rápido. Una barca, una simple lancha lo bastante grande como para llevar la kibitka o, en su defecto, a los que ésta había transportado hasta allí, y Miguel Strogoff no dudaría en intentar el paso.

Veinte minutos después llegaron los tres al embarcadero, cuyas últimas construcciones bajaban hasta el nivel del río. Era una especie de pueblecito situado al pie de Krasnoiarsk.

Pero no había ninguna embarcación sobre la arena, ninguna lancha en la estacada que hacía las veces de embarcadero, nada que pudiera servir para fabricar una balsa suficiente para tres personas.

Miguel Strogoff interrogó a Nicolás y éste le dio la desalentadora respuesta de que la travesía del río le parecía absolutamente impracticable.

—Pasaremos —respondió Miguel Strogoff.

Y siguió la búsqueda. Registraron algunas casas asentadas en la orilla y tan abandonadas como todas las de Krasnoiarsk. Bastaba con empujar las puertas. Se trataba de cabañas de gente humilde, completamente vacías. Nicolás visitaba una, Nadia recorría otra. El propio Miguel Strogoff entraba aquí y allá, tratando de reconocer con las manos algún objeto que pudiera serle útil.

Nicolás y la muchacha, cada uno por su lado, estuvieron huroneando por aquellas casuchas y ya se disponían a abandonar la búsqueda, cuando oyeron que les llamaban. Volvieron ambos a la orilla y vieron a Miguel Strogoff en el umbral de una puerta.

—¡Venid! —les gritó.

Nicolás y Nadia fueron inmediatamente hacia allí y entraron en la cabaña detrás de él.

—¿Qué es esto? —preguntó Miguel Strogoff, tocando con la

mano varios objetos apilados en el fondo de una alacena.

—¡Son odres —respondió Nicolás—, y a fe mía que hay media docena!

—¿Están llenos...?

—¡Sí están llenos de kumis y nos vendrá de perlas para renovar nuestras provisiones!

El kumis es una bebida fermentada que se hace con leche de yegua o de camella, fortificante, embriagadora incluso, y Nicolás no podía dejar de felicitarse por el hallazgo.

—Guarda una —le dijo Miguel Strogoff—, pero vacía todas las demás.

—Al instante, padrecito.

—Esto nos ayudará a atravesar el Yeniséi.

—¿Y la balsa?

—Será la propia kibitka, que es lo bastante ligera como para flotar. Además, la sostendremos, igual que al caballo, con estos pellejos.

—¡Bien pensado, padrecito —exclamó Nicolás—, y con la ayuda de Dios llegaremos a buen puerto..., aunque quizá no en línea recta, porque la corriente es rápida!

—¡Qué importa! —respondió Miguel Strogoff—. Pasemos primero y ya sabremos encontrar de nuevo la ruta de Irkutsk al otro lado del río.

—¡Manos a la obra! —dijo Nicolás, empezando a vaciar los odres y a transportarlos a la kibitka.

Guardaron un pellejo lleno de kumis y los otros, cuidadosamente cerrados después de haberlos llenado de aire, fueron empleados como flotadores. Dos de aquellos odres, atados a los ijares del caballo, estaban destinados a sostenerlo en la superficie del río. Otros dos, colocados en los largueros de la kibitka, entre las ruedas, servirían para mantener la línea de flotación de la caja, que se transformaría así en una balsa.

Aquella labor terminó en seguida.

—¿No tendrás miedo, Nadia? —preguntó Miguel Strogoff.

—No, hermano —respondió la joven.

—¿Y tú, amigo?

—¿Yo? —exclamó Nicolás—. ¡Por fin voy a hacer realidad uno de mis sueños: navegar en carreta!

En aquel lugar, la orilla, con bastante pendiente, favorecía la botadura de la kikitka. El caballo la arrastró hasta el filo de las aguas y en seguida estuvieron el aparato y su motor en la superficie del río. En cuanto a Serko, se había echado valientemente a nadar.



En seguida estuvieron el aparato y su motor
en la superficie del río

De pie en la caja, los tres pasajeros se habían descalzado por precaución, pero gracias a los odres no les alcanzó el agua ni siquiera a los tobillos.

Miguel Strogoff sujetaba las riendas del caballo y, según las indicaciones que le daba Nicolás, dirigía al animal en sentido oblicuo, pero sin forzarlo porque no quería que se agotase luchando contra la corriente. Mientras la kibitka seguía el hilo de las aguas, todo iba bien y, en algunos minutos, dejaba atrás los muelles de Krasnoiarsk. Derivaba hacia el Norte y era evidente que no alcanzaría la otra orilla hasta mucho más abajo de la ciudad. Pero importaba poco.

La travesía del Yeniséi se habría hecho, pues, sin grandes dificultades, incluso en aquel imperfecto aparato, si la corriente hubiese seguido un curso regular, pero, desgraciadamente, algunos remolinos rompían la superficie de las aguas tumultuosas y, en seguida, a pesar de todo el vigor que desplegó Miguel Strogoff, la kibitka se vio irremisiblemente arrastrada por uno de aquellos embudos.

El peligro se hizo muy grande en aquel momento. La kibitka ya no se dirigía hacia la orilla oriental, ya no derivaba, sino que daba vueltas con extremada rapidez, inclinándose hacia el centro del remolino como un jinete en la pista de un circo, a gran velocidad. El caballo apenas podía mantener la cabeza fuera del agua y corría el riesgo de asfixiarse en el torbellino. Serko había tenido que apoyarse en la kibitka.

Miguel Strogoff comprendió lo que pasaba. Se sentía arrastrado en una línea circular que se iba encogiendo poco a poco y de la que parecía imposible salir. No dijo una palabra. ¡Sus ojos habrían deseado ver el peligro para evitarlo mejor... pero ya no podían!

Nadia también callaba. Sus manos, agarradas a los laterales [86] de la carreta, la sostenían de los movimientos desordenados del aparato, que se inclinaba cada vez más hacia el centro de la depresión.

En cuánto a Nicolás, ¿comprendería la gravedad de la situación? ¿Sería lo suyo flema o desprecio del peligro, valor o indiferencia? ¿Sería a sus ojos la vida algo sin valor y, de acuerdo con la expresión de los orientales, una «hostería para cinco días» que, por las buenas o por las malas, hay que abandonar el sexto? En todo

caso, su rostro sonriente no le desmintió ni por un instante.

La kibitka seguía atrapada en aquel torbellino y el caballo estaba en el límite de sus fuerzas. De pronto, tras quitarse las ropas que pudieran estorbarle, Miguel Strogoff se lanzó al agua; luego, empuñando con vigorosa mano la brida del asustado caballo, le dio tal impulso que consiguió sacarlo del radio de atracción y, arrastrada de nuevo por la rápida corriente, la kibitka volvió a derivar a gran velocidad.



Empuñando con vigorosa mano la brida del asustado caballo

—¡Hurra! —exclamó Nicolás.

Sólo dos horas después de haber dejado el embarcadero, la kibitka había atravesado el brazo mayor del río y fondeaba en la orilla de una isla, a más de seis verstas río abajo de su punto de partida.

Allí, el caballo arrastró la carreta sobre la orilla y se le dio una hora de descanso al buen animal. Luego, tras cruzar toda la isla bajo las copas de sus magníficos abedules, la kibitka se encontró al borde del brazo menor del Yeniséi.

Aquella travesía se hizo más fácilmente. Ningún remolino rompía el curso del río en aquel segundo lecho, pero la corriente era tan rápida que la kibitka no alcanzó la orilla derecha más que a cinco verstas río abajo. En total, eran once verstas lo que había derivado.

Estos grandes cursos de agua siberianos, sobre los que aún no se ha tendido puente alguno, constituyen serios obstáculos para las comunicaciones. Todos habían sido más o menos funestos para Miguel Strogoff. En el Irtish, la barcaza que los transportaba había sido atacada por los tártaros. En el Obi, después que su caballo fuera alcanzado por una bala, había escapado por un milagro de los jinetes que le perseguían. En suma, el menos infortunado había sido aquel paso del Yeniséi.

—¡No habría resultado tan divertido —exclamó Nicolás frotándose las manos, cuando desembarcó en la orilla del río— si no hubiera sido tan difícil!

—Lo que sólo ha sido difícil para nosotros, amigo —respondió Miguel Strogoff—, será quizá imposible para los tártaros.

VIII. Una liebre que atraviesa el camino

Miguel Strogoff podía pensar ya que la ruta estaba libre hasta Irkutsk. Había adelantado a los tártaros, retenidos en Tomsk, y cuando los soldados del emir llegaron a Krasnoiarsk, no encontrarían nada más que una ciudad abandonada, sin ningún medio de comunicación inmediato entre las dos orillas del Yeniséi. Así, pues, tendría un retraso de algunos días, hasta el momento en que un puente de barcas, difícil de instalar, les permitiera el paso.

Por primera vez desde el funesto encuentro con Iván Ogareff, el correo del zar se sintió menos inquieto y pudo esperar que no se alzara ningún nuevo obstáculo entre él y su objetivo.

La kibitka, después de haber vuelto a recorrer en línea oblicua hacia el Sudeste unas quince verstas, encontró y volvió a coger la larga vía trazada a través de la estepa.

El camino era bueno e, incluso, esta porción que se extiende entre Krasnoiarsk e Irkutsk está considerada como la mejor de todo el recorrido. Menos sacudidas para los viajeros, vastas zonas de sombra para protegerlos contra los ardores del sol, algunas veces bosques de pinos o cedros que cubren un espacio de cien verstas. No es ya la inmensa estepa cuya línea circular se confunde en el horizonte con la del cielo. Pero esa rica tierra estaba vacía entonces. Por todas partes, los pueblos estaban abandonados, sin un solo campesino siberiano, entre los que predomina el tipo eslavo. Era el desierto y, como es sabido, el desierto en cumplimiento de la orden recibida.

El tiempo era hermoso, pero ya el aire, más fresco por las noches, se calentaba difícilmente con los rayos del sol. En efecto, llegaban los primeros días de septiembre y, en esa región de latitud elevada, el arco diurno se acorta visiblemente por encima del horizonte. El otoño es de poca duración, aunque esa parte del territorio siberiano no esté situada más arriba del paralelo cincuenta y cinco, que es el de Edimburgo y Copenhague. A veces, incluso, el invierno sucede de una forma casi súbita al verano. Y es que deben ser precoces esos inviernos de la Rusia asiática, durante

los cuales baja la columna termométrica hasta el punto de congelación del mercurio[87], y en los que se consideran temperaturas soportables unas medias de veinte grados centígrados bajo cero.

El tiempo favorecía, pues, a los viajeros. No era tormentoso ni lluvioso. El calor era moderado, las noches frescas. La salud de Nadia y la de Miguel Strogoff se mantenía en buen estado y, desde que salieron de Tomsk, se habían ido reponiendo poco a poco de las fatigas pasadas.

En cuanto a Nicolás Pigassof, nunca se había sentido mejor.

Aquel viaje era para él un paseo, una agradable excursión a la que dedicaba sus vacaciones de funcionario en situación de excedencia.

—¡Decididamente —decía—, vale más esto que estarse doce horas al día encaramado en una silla dándole al manipulador!

Mientras tanto, Miguel Strogoff había conseguido que Nicolás llevara a su caballo a una marcha más rápida. Para alcanzar tal resultado le había dicho que Nadia y él iban a reunirse con su padre, exiliado en Irkutsk, y que tenían mucha prisa por llegar. Desde luego, no había que forzar al caballo, porque no era probable que encontraran otro para cambiarlo; pero, si le dejaban hacer paradas con la frecuencia suficiente, por ejemplo, cada quince verstas, podrían franquear sesenta verstas fácilmente cada veinticuatro horas. Además, aquel caballo era vigoroso y, por su propia raza, apto para soportar largas fatigas. No faltaban a lo largo del camino hermosos pastos, con hierba abundante y fuerte. Así, pues, era posible exigirle una sobrecarga de trabajo.

Nicolás se rindió ante aquellas razones, quedándose muy emocionado con la situación de aquellos dos jóvenes que iban a compartir el exilio con su padre. Nada le habría parecido más conmovedor, de modo que, con una gran sonrisa le decía a Nadia:

—¡Santo Dios! ¡Qué alegría le dará al señor Korpanoff cuando os vean sus ojos, cuando se abran sus brazos para recibirlos! Si voy hasta Irkutsk, y me parece que es bastante probable ahora, ¿me permitiréis que esté presente en el encuentro? Sí, ¿verdad?

Y luego, dándose una palmada en la frente:

—Pero, ahora que lo pienso, ¡qué dolor también cuando se dé cuenta de que su pobre hijo mayor está ciego! ¡Ah, que gran lío es

este mundo!

Al final, de todo aquello resultó que la kibitka marchaba más deprisa y, según los cálculos de Miguel Strogoff, hacía ya diez o doce verstas por hora.

En consecuencia, pues, el 28 de agosto los viajeros dejaban atrás el pueblo de Balaïsk, a ochenta verstas de Krasnoiarsk, y el 29, el de Ribinsk, a cuarenta verstas de Balaïsk.

Al día siguiente, treinta y cinco verstas más allá, llegaba a Kamsk, población algo mayor, a la que riega el río del mismo nombre, un pequeño afluente del Yeniséi que baja de los montes Sayansk. No es más que una ciudad pequeña, con las casas de madera pintorescamente agrupadas alrededor de una plaza; pero está dominada por el alto campanario de la catedral, cuya cruz dorada resplandecía entonces bajo el sol.

Casas vacías, iglesia desierta. Ninguna posta, ningún albergue habitado. Ni un caballo en los establos. Ni un animal doméstico en la estepa. Las órdenes del gobernador moscovita habían sido ejecutadas con absoluto rigor. Lo que no podía transportarse había sido destruido.

Al salir de Kamsk, Miguel Strogoff comunicó a Nadia y a Nicolás que ya no encontrarían más que una pequeña ciudad de alguna importancia, Nizhni-Udinsk, antes de llegar a Irkutsk. Nicolás respondió que ya lo sabía, por cuanto había una estación telegráfica en aquella población. Así que, si Nizhni-Udinsk estaba tan abandonada como Kamsk, se vería obligado a ir a buscar alguna ocupación a la capital de la Siberia oriental.

La kibitka pudo atravesar por un vado, sin mayores problemas, el río que corta el camino más allá de Kamsk. Por otra parte, entre el Yeniséi y uno de sus grandes tributarios, el Angara, que riega a Irkutsk, no había que temer ya el obstáculo de ningún otro curso de agua importante, como no fuera, quizá, el Dinka.

De Kamsk a la siguiente aldea la etapa fue muy larga, de unas ciento treinta verstas. Ni que decir tiene que se observaron las paradas reglamentarias, pues como decía Nicolás:

—De lo contrario, podríamos recibir alguna justa reclamación de parte del caballo.

Se había acordado con aquella valerosa bestia que descansaría después de cada quince verstas y, cuando se celebra un contrato,

aunque sea con animales, la equidad obliga a cumplir sus cláusulas.

Después de franquear el pequeño río de Birusa, la kibitka llegó a Birusinsk en la mañana del 4 de septiembre.

Por fortuna, Nicolás, que veía agotarse las provisiones, encontró allí, en un horno abandonado, una docena de *pogachas* especie de pasteles preparados con grasa de cordero, y una buena provisión de arroz cocido con agua. Aquel suplemento vino a reunirse muy pronto con la reserva de kumis, de la que estaba suficientemente provista la kibitka desde Krasnoiarsk.

Después de una oportuna parada, reemprendieron el camino en la velada del 8 de septiembre[88]. La distancia hasta Irkustk no era ya más que de quinientas verstas. Detrás de ellos no había ningún signo de la invasión tártara, de modo que Miguel Strogoff tenía fundamentos para pensar que no volvería a haber más trabas en su viaje y que, al cabo de ocho o, como mucho, diez días, estaría en presencia del Gran Duque.

Saliendo de Birusinsk, una liebre cruzó de pronto el camino, a treinta pasos delante de la kibitka.

—¡Ah! —exclamó Nicolás.

—¿Qué te ocurre, amigo? —preguntó vivamente Miguel Strogoff, como el ciego a quien el menor ruido mantiene en la vigilia.

—¿No has visto...? —dijo Nicolás, cuya faz sonriente se había ensombrecido de pronto.

Y añadió:

—¡No, no has podido ver, y por fortuna para ti, padrecito!

—Pero yo tampoco he visto nada —dijo Nadia.

—¡Tanto mejor, tanto mejor! ¡Pero, yo sí que he visto...!

—Pero bueno, ¿qué has visto? —preguntó Miguel Strogoff.

—¡Una liebre que acaba de cruzarse en nuestro camino! —respondió Nicolás.



«¡Una liebre que acaba de cruzarse en nuestro camino!»

En Rusia, cuando una liebre cruza la ruta de un viajero, es creencia popular que se trata de un signo de próxima desgracia.

Nicolás, supersticioso como la mayoría de los rusos, detuvo la kibitka.

Miguel Strogoff comprendió las dudas de su compañero, aunque no compartía en absoluto su credulidad respecto a las liebres que pasan, y quiso tranquilizarlo.

—No hay nada que temer, amigo —le dijo.

—Nada para ti, ni para ella, ya lo sé, padrecito —respondió Nicolás—, pero sí para mí.

Luego repuso:

—Es el destino...

Y volvió a poner el caballo al trote.

Sin embargo, a pesar del funesto presagio, el día transcurrió sin el menor incidente.

Al día siguiente, 6 de septiembre, a mediodía, la kibitka se detuvo en el burgo de Alsalevsk, tan desierto como toda la comarca de los alrededores.

Allí, en el umbral de una casa, Nadia se encontró dos de esos cuchillos de sólida hoja que usan los cazadores siberianos. Le entregó uno a Miguel Strogoff, que lo escondió entre sus ropas, y se guardó el otro para ella. La kibitka no estaba ya más que a setenta y cinco verstas de Nizhni-Udinsk.

Durante aquellos dos días, Nicolás no había podido recuperar su buen humor habitual. El mal presagio le había afectado más de lo que podía creerse y, él que nunca se había quedado callado hasta entonces más de una hora, caía a veces en largos mutismos de los que Nadia lo sacaba con mucho esfuerzo. Aquellos síntomas eran realmente los de un espíritu que había sufrido una gran impresión, lo que se explica cuando se trata de hombres que pertenecen a las razas del Norte, cuyos supersticiosos antepasados fundaron la mitología hiperbórea.

A partir de Ekaterinburg, la ruta de Irkutsk sigue casi paralelamente el grado 55 de latitud, pero, al salir de Biriusinsk, se desvía resueltamente hacia el Sudeste, de forma que va a cortar el meridiano

100°

. Toma la distancia más corta para llegar a la capital de la Siberia

oriental, franqueando las últimas laderas de los montes Sayansk. Esas montañas no son más que unas estribaciones de la gran cadena del Altai, visible a una distancia de doscientas verstas.

La kibitka corría, pues, por aquel camino. ¡Sí, corría! Se notaba que Nicolás ya no trataba de ahorrar esfuerzos a su caballo y que él también tenía prisa por llegar. A pesar de su resignación un poco fatalista, no se encontraría seguro más que entre las murallas de Irkutsk. Muchos rusos habrían pensado lo mismo que él y más de uno, tirando de las riendas de su caballo, se habría dado la vuelta al ver cruzar una liebre por la carretera.

Mientras tanto, algunas observaciones que hizo y que Nadia pudo comprobar cuán atinadas eran al transmitírselas a Miguel Strogoff, dieron la sensación de que quizá no hubiera terminado la serie de peripecias por las que tendrían que pasar.

En efecto, si bien desde Krasnoiarsk el territorio había sido respetado en cuanto a sus riquezas naturales, ahora los bosques mostraban señales del fuego y del hierro, las praderas que se extendían a los lados del camino estaban devastadas y era evidente que alguna tropa importante había pasado por allí.

Treinta verstas antes de Nizhni-Udinsk no podían dejar de verse los indicios de una devastación reciente, que no podía atribuirse más que a los tártaros.

En efecto, ya no eran sólo campos pisoteados por los cascos de los caballos o bosques heridos por el hacha. Las pocas casas dispersas a lo largo del camino no sólo estaban vacías, algunas habían sido demolidas, otras medio incendiadas. Se veían rastros de balas en sus muros.

Es comprensible la inquietud que sintió Miguel Strogoff. No podía caberle duda que un cuerpo de tártaros había pasado por aquella parte del camino y, sin embargo, no era posible que fueran soldados del emir, porque no habrían podido adelantarle sin que se hubiera dado cuenta. Pero, entonces, ¿quiénes eran aquellos nuevos invasores y por qué apartada vía de la estepa podían haber llegado hasta el camino real de Irkutsk? ¿A qué nuevos enemigos debía enfrentarse todavía el correo del zar?

Aquellas aprensiones, Miguel Strogoff no quiso comunicárselas ni a Nicolás ni a Nadia, pues no quería inquietarlos. Por otra parte, estaba resuelto a continuar el viaje mientras no le detuviera algún

obstáculo infranqueable. Más tarde ya decidiría lo que fuera conveniente.

Durante la siguiente jornada se fue acusando cada vez más el paso reciente de una importante tropa de jinetes e infantes. Se vieron humos en el horizonte. La kibitka marchaba con precaución. Algunas de las casas abandonadas ardían aún y era evidente que el fuego no llevaba encendido más de veinticuatro horas.

Finalmente, el 8 de septiembre, la kibitka se detuvo. El caballo se negaba a avanzar. Serko ladraba de forma lastimera.

—¿Qué ocurre? —preguntó Miguel Strogoff.

—¡Un cadáver! —respondió Nicolás, arrojándose fuera de la kibitka.

Era el cadáver de un mujik, espantosamente mutilado y ya frío.



Era el cadáver de un mujik

Nicolás hizo la señal de la cruz y ayudado por Miguel Strogoff transportó el cadáver a un lado del camino. Habría deseado darle una sepultura decente, enterrándolo profundamente para que los carroñeros de la estepa no pudieran cebarse en sus míseros restos, pero Miguel Strogoff no le dio tiempo para ello.

—¡Vámonos, amigo, vámonos! —exclamó—. ¡No podemos perder ni una hora!

Y la kibitka volvió a ponerse en marcha.

Por otra parte, si Nicolás hubiera querido cumplir sus deberes con todos los muertos que iba a encontrarse a partir de entonces en la gran ruta siberiana, no habría dado abasto. En las cercanías de Nizhni-Udinsk los encontraron a docenas extendidos por el suelo.

Había que seguir, pues, el camino hasta el momento en que ya no pudiera hacerse sin caer en manos de los invasores. El itinerario no se modificó, aunque en cada aldea se iban encontrando con nuevas devastaciones y ruinas. Todas aquellas poblaciones, con nombres que recordaban su fundación por exiliados polacos, habían sido presa de saqueos e incendios. La sangre de las víctimas aún no estaba completamente coagulada. En cuanto a las funestas circunstancias en que se pudieran haber desarrollado aquellos hechos, no era posible saberlo, porque no quedaba un solo ser vivo para contarlos.

Aquel día, hacia las cuatro de la tarde, Nicolás señaló en el horizonte los altos campanarios de las iglesias de Nizhni-Udinsk, coronados de gruesas volutas de vapor que no debían ser nubes.

Nicolás y Nadia miraban y le contaban a Miguel Strogoff el resultado de sus observaciones. Había que tomar una decisión. Si la ciudad estuviera abandonada, quizá fuera posible cruzarla, pero si por un azar inexplicable la ocuparan los tártaros, habría que rodearla a toda costa.

—¡Avancemos con prudencia —dijo Miguel Strogoff—, pero avancemos!

Recorrieron una versta más.

—¡No son nubes, sino humo! —exclamó Nadia—. ¡Hermano, están incendiando la ciudad!

Efectivamente, se veía a la legua. En medio de los vapores se veían chispas fuliginosas. Aquellos torbellinos se iban haciendo cada vez más espesos y subían por el cielo. Por otra parte, ningún

fugitivo. Era probable que los incendiarios hubieran encontrado la ciudad abandonada y la estuvieran quemando.

Pero ¿serían los tártaros los que actuaban así? ¿Serían rusos que obedecían al Gran Duque? ¿Habría decidido el gobierno que desde Krasnoiarsk, desde el Yeniséi, ni una ciudad ni una aldea pudiera ofrecer el menor refugio a los soldados del emir? Y Miguel Strogoff, ¿debía detenerse, debía continuar su camino?

Estaba indeciso. Sin embargo, después de haber sopesado los pros y los contras, pensó que, fueran cuales fuesen las fatigas del viaje a través de la estepa, sin caminos abiertos, no debía arriesgarse a caer por segunda vez en manos de los tártaros. Iba a proponer, pues, a Nicolás que salieran del camino real y, si no había más remedio, que no volvieran a él hasta haber pasado Nizhni-Udinsk, cuando sonó un disparo a la derecha. Silbó una bala y el caballo de la kibitka cayó muerto, alcanzado en la cabeza.

En aquel mismo instante, una docena de jinetes se lanzaron al camino, rodeando la kibitka. Miguel Strogoff, Nicolás y Nadia fueron apresados y arrastrados rápidamente a Nizhni-Udinsk.

En aquel súbito ataque, Miguel Strogoff no perdió ni un ápice de su sangre fría. Al no ver a sus enemigos, no había podido ni pensar en defenderse. Si hubiera podido usar sus ojos, tampoco lo habría intentado. Habría significado precipitar una masacre. Pero, aunque no viera, podía escuchar lo que decían y entenderlo.

En efecto, por su lengua, reconoció que aquellos soldados eran tártaros y, por sus palabras, que iban por delante del ejército de los invasores.

Además, Miguel Strogoff pudo enterarse, tanto por lo que dijeron delante de él, como por otros fragmentos de conversación que sorprendió más tarde, que aquellos soldados no estaban directamente a las órdenes del emir, retenido todavía en la retaguardia del Yeniséi, sino que formaban parte de una tercera columna, compuesta especialmente por tártaros de los kanatos de Kokand y Kunduz, con la que Feofar debía reunirse más tarde en las inmediaciones de Irkutsk.

Por consejo de Iván Ogareff y con objeto de asegurar el éxito de la invasión en las provincias del Este, tras haber atravesado la frontera de la provincia de Semipalátinsk, pasando por el sur del lago Balkash, aquella columna había marchado a lo largo de las

estribaciones de los montes Altai. Saqueando y asolando a su paso, bajo las órdenes de un oficial del kan de Kunduz, había llegado al curso superior del Yeniséi. Allí, en previsión de lo que había ocurrido en Krasnoiarsk por orden del zar y para facilitar el paso del río a las tropas del emir, aquel oficial había botado una flotilla de barcas que, ya fuera como puente flotante o como embarcaciones, permitirían que Feofar volviera a coger la ruta de Irkutsk en la orilla derecha. Después, tras haber bordeado el pie de las montañas, aquella tercera columna había descendido por el valle del Yeniséi, para alcanzar el camino a la altura de Alsalevsk. A aquello se debía, pues, la espantosa acumulación de ruinas que vieron a partir de aquella ciudad y que forman el telón de fondo de las guerras tártaras. Nizhni-Udinsk había sufrido la misma suerte y los tártaros, en número de unos cincuenta mil, la habían dejado ya para ir a ocupar las primeras posiciones frente a Irkutsk. En pocos días, las tropas del emir vendrían a reunírseles.

Tal era la situación en aquella fecha, gravísima para aquella parte de la Siberia oriental, completamente aislada, y para los defensores relativamente poco numerosos de su capital.

Miguel Strogoff se enteró además de la llegada, próxima a Irkutsk, de una tercera columna de tártaros, a la que se unirían próximamente el emir e Iván Ogareff con el grueso de sus tropas. Por consiguiente, el cerco de Irkutsk y su posterior rendición, sólo era cosa de tiempo, y quizá de poco tiempo.

¡Se comprenden los pensamientos que debieron asaltar a Miguel Strogoff! ¿Quién se extrañaría si, en aquella situación, le hubiera abandonado finalmente todo el coraje, toda esperanza? Y, sin embargo, no fue así, pues sus labios no murmuraron otra palabra que ésta:

—¡Llegaré!

Media hora después del ataque de los jinetes tártaros, Miguel Strogoff, Nicolás y Nadia entraban en Nizhni-Udinsk. El fiel perro los había seguido, pero de lejos. No habrían de pernoctar en la ciudad, que estaba en llamas y que los últimos merodeadores iban a abandonar.

Los prisioneros fueron obligados a montar a caballo y rápidamente conducidos entre filas. Nicolás, resignado como siempre, Nadia, sin perder su fe en Miguel Strogoff, y éste,

indiferente en apariencia, pero listo para aprovechar cualquier oportunidad de escaparse.

Los tártaros no habían dejado de darse cuenta que uno de sus prisioneros era ciego y su natural barbarie los llevó a jugar con aquel infortunado. Marchaban deprisa y el caballo de Miguel Strogoff, que no tenía más conductor que él mismo e iba al azar, hacía movimientos extraños que sembraban el desorden en el destacamento. De ahí las injurias, las brutalidades que traspasaban el corazón de Nadia e indignaban a Nicolás. Pero ¿qué podían hacer? No hablaban la lengua de aquellos tártaros y su intervención habría sido rechazada sin la menor piedad.

En seguida, incluso, aquellos soldados, por un refinamiento de barbarie, tuvieron la idea de cambiar el caballo que montaba Miguel Strogoff por otro ciego. Lo que motivó el cambio fue la reflexión de uno de los jinetes, a quien Miguel Strogoff había oído decir:

—Pero ¡a lo mejor puede ver, este ruso!

Aquello ocurría a sesenta verstas de Nizhni-Udinsk, entre las aldeas de Tatán, y Chibarlinskoe. Pusieron, pues, a Miguel Strogoff sobre aquel caballo, poniéndole sarcásticamente las riendas en la mano. Luego, a latigazos, a pedradas, azuzándolo a gritos, lo lanzaron al galope.

El animal, al no poder mantenerlo en línea recta su jinete, ciego como él, se golpeaba unas veces con un árbol, otras se salía del camino. Así sufrieron choques, incluso caídas, que podían haber tenido consecuencias funestas.

Miguel Strogoff no protestó ni dejó oír la menor queja. Si se caía el caballo esperaba a que vinieran a levantarlo. Lo levantaban y continuaba el cruel juego.

Ante aquellos malos tratos, Nicolás no se podía contener. Quería correr en auxilio de su compañero, pero lo paraban y le pegaban.

Finalmente, aquel juego se habría prolongado mucho tiempo, sin duda, con gran gozo por parte de los tártaros, si no le hubiera puesto fin un accidente más grave.

En un momento dado, el día 10 de septiembre, el caballo ciego se desbocó y corrió en línea recta hacia una hondonada de unos treinta o cuarenta pies, que estaba al borde del camino.

Nicolás quiso lanzarse, pero lo retuvieron. Al no ir guiado el

caballo, se precipitó con su jinete en el fondo de aquel barranco.



El caballo se precipitó con su jinete en el fondo
de aquel barranco

Nadia y Nicolás lanzaron un grito de espanto... Debieron creer que su desgraciado compañero iba a quedar destrozado por aquella caída.

Cuando fueron a levantarlo, Miguel Strogoff, que había podido arrojar de la silla, no tenía ninguna herida, pero el animal se había roto dos patas, quedando por completo inútil.

Lo dejaron morir sin darle ni siquiera un tiro de gracia y Miguel Strogoff, atado a la silla de un tártaro, tuvo que seguir a pie al destacamento.

¡Y aun sin una queja, sin una protesta! Marchaba con paso rápido, apenas arrastrado por aquella cuerda que lo sujetaba. ¡Seguía siendo aquel «hombre de hierro» del que había hablado el general Kissoff al zar!

Al día siguiente, 11 de septiembre, el destacamento cruzaba la aldea de Chibarlinskoe.

Entonces se produjo un incidente que iba a tener consecuencias muy graves.

Había llegado la noche. Los jinetes tártaros, que habían hecho una parada, se habían emborrachado en mayor o menor medida y volvían a ponerse en camino.

Hasta entonces y como por un milagro, Nadia, que había sido respetada por aquellos soldados, fue insultada por uno de ellos.

Miguel Strogoff no pudo ver ni el insulto ni a su autor, pero Nicolás lo vio por él.

Entonces, con toda calma y sin pensárselo, sin tener quizá siquiera conciencia de su acción, Nicolás se fue derecho hacia el soldado y, antes que éste pudiera hacer un movimiento para detenerlo, cogió una pistola del arzón de su silla y se la descargó en pleno pecho.

El oficial que mandaba el destacamento, al oír la detonación, acudió inmediatamente.

Los jinetes iban a despedazar al infortunado Nicolás, pero, a una señal del oficial, lo maniataron, lo pusieron de través sobre un caballo y partieron al galope.

La cuerda que ataba a Miguel Strogoff, ya roída por él, se rompió con el tirón inesperado del caballo, y su jinete, medio borracho y arrebatado por una rápida carrera, ni siquiera se dio cuenta.

Miguel Strogoff y Nadia se quedaron completamente solos en el camino.

IX. En la estepa

Miguel Strogoff y Nadia estaban, pues, otra vez en libertad, como lo habían estado en el trayecto de Perm a las orillas del Irtish. Pero ¡cómo habían cambiado las condiciones del viaje! Allí tenían un confortable tarantás, tiros de caballos frecuentemente renovados, relevos de posta bien cuidados para garantizarles la rapidez del viaje. Ahora estaban a pie, sin la menor posibilidad de procurarse ningún medio de locomoción, sin recursos, sin saber cómo iban a satisfacer sus necesidades vitales básicas, ¡y aún les quedaban cuatrocientas verstas por delante! Además, Miguel Strogoff no veía más que por los ojos de Nadia.

En cuanto a aquel amigo que les había dado el azar, acababan de perderlo en las más funestas circunstancias.

Miguel Strogoff se arrojó sobre el talud del camino. Nadia, de pie, esperaba una palabra suya para ponerse en marcha.

Eran las diez de la noche. Hacía tres horas y media que el sol había desaparecido tras el horizonte. No había ni una casa ni una cabaña a la vista. Los últimos tártaros se perdían en la lejanía. Miguel Strogoff y Nadia estaban completamente solos.

—¿Qué irán a hacer con nuestro amigo? —exclamó la joven—. ¡Pobre Nicolás! ¡Nuestro encuentro le habrá sido fatal!

Miguel Strogoff no respondió.

—Miguel —continuó Nadia—, ¿no sabes que te ha defendido cuando servías de juguete a los tártaros y que ha arriesgado su vida por mí?

Miguel Strogoff seguía callado. Inmóvil, con la cabeza apoyada en las manos, ¿en qué pensaría? Aunque no le respondía, ¿la oiría él siquiera cuando le hablaba?

Sí, la oía, porque, al añadir la muchacha:

—¿A dónde te llevaré ahora, Miguel?

—¡A Irkutsk! —respondió.

—¿Por el camino real?

—¡Sí, Nadia!

Miguel seguía siendo el mismo hombre que había jurado

alcanzar a pesar de todo su objetivo. Seguir el camino real, era ir por el camino más corto. Si llegaba a aparecer la vanguardia de las tropas de Feofar Kan, sería el momento de lanzarse campo a través.

Nadia volvió a coger de la mano a Miguel Strogoff y se pusieron en camino.

Al día siguiente, 12 de septiembre, veinte verstas más lejos, en el pueblo de Tulunovskoe, hicieron una breve parada. El pueblo estaba incendiado y desierto. Durante toda la noche, Nadia había estado buscando el cadáver de Nicolás, por si lo hubieran abandonado en el camino, pero en vano registró las ruinas y miró entre los muertos. Hasta el momento, Nicolás parecía haberse salvado. Pero ¿no le estarían reservando para algún suplicio cruel, cuando llegaran al campamento de Irkutsk?

Nadia, agotada por el hambre, de la que también padecía cruelmente su compañero, fue lo bastante afortunada como para encontrar en una casa del pueblo un poco de carne seca y unos *sukaris* trozos de pan secados por evaporación que pueden conservar indefinidamente sus cualidades nutritivas. Miguel Strogoff y la muchacha cargaron con todo lo que podían llevar. Así tenían asegurada la comida para varios días. En cuanto al agua, no debía faltarles en una comarca atravesada por mil pequeños afluentes del Angara.

Volvieron a ponerse en camino. Miguel Strogoff iba con paso seguro y sólo lo aminoraba por su compañera. Nadia, que no quería quedarse atrás, se esforzaba por seguirle. Afortunadamente, su compañero no podía ver el mísero estado al que la había reducido la fatiga.

Sin embargo, Miguel Strogoff se daba cuenta.

—Ya no puedes más, pobre niña mía —le decía de vez en cuando.

—No —contestaba ella.

—Cuando ya no puedas andar, yo te llevaré, Nadia.

—Sí, Miguel.

Durante aquel día tuvieron que pasar el riachuelo Oka, que era vadeable, de modo que no hubo dificultad.

El cielo estaba cubierto, la temperatura era soportable. Era de temer, sin embargo, que el tiempo cambiara y se pusiera a llover, lo que haría aún mayor la desgracia. Hubo incluso algunos chubascos,

pero no duraron mucho.

Seguían andando así, cogidos de la mano, hablando poco, Nadia mirando hacia adelante y hacia atrás. Se paraban dos veces al día y descansaban seis horas por la noche. En una cabaña, Nadia encontró un poco de esa carne de cordero tan común en aquella tierra que no vale más de dos kopeks y medio la libra.

Pero, contra lo que había esperado quizá Miguel Strogoff, no había ni un animal de carga ni montura alguna en toda la comarca. Caballos, camellos, todos habían sido arrebatados o muertos. No tenía, pues, más remedio que seguir a pie a través de aquella interminable estepa.

No faltaban rastros de la tercera columna tártara, que se dirigía hacia Irkutsk. ¡Aquí, algún caballo muerto, allá, una carreta abandonada! El camino estaba jalonado también de cuerpos de infortunados siberianos, sobre todo a la entrada de los pueblos. ¡Dominando la repugnancia, Nadia miraba todos aquellos cadáveres...!



¡Dominando la repugnancia, Nadia miraba todos aquellos
cadáveres...!

En definitiva, el peligro no estaba delante, sino detrás. La vanguardia del primer ejército del emir, bajo el mando de Iván Ogareff, podía aparecer de un momento a otro. Las barcas enviadas desde el curso superior del Yeniséi debían haber llegado ya a Krasnoiarsk e inmediatamente habrían servido para pasar el río. Los invasores tendrían, pues, el camino libre. Ningún cuerpo ruso podría cortárselo entre Krasnoiarsk y el lago Baikal. Miguel Strogoff se esperaba, pues, la llegada de avanzadillas tártaras.

Así, a cada parada, Nadia se subía a alguna altura y miraba atentamente hacia el Oeste, pero ninguna nube de polvo indicaba aún la llegada de tropas a caballo.

Luego volvía a emprender la marcha y, cuando Miguel Strogoff sentía que era él quien arrastraba a la pobre Nadia, aminoraba un poco el paso. Hablaban poco y sólo de Nicolás. La muchacha recordaba todo lo que había significado para ellos aquel compañero de algunos días.

Al responderle, Miguel Strogoff intentaba dar a Nadia alguna esperanza, de la que en él mismo no habría podido encontrarse el menor rastro, porque sabía muy bien que el infortunado no se libraría de la muerte.

Un día, Miguel Strogoff dijo a la muchacha:

—Nunca me hablas de mi madre, Nadia.

¡Su madre! Nadia habría deseado no hacerlo. ¿Por qué renovar su dolor? ¿No estaba muerta la anciana siberiana? ¿No había dado su hijo el último beso a su cadáver tendido en la meseta de Tomsk?

—Háblame de ella, Nadia —dijo, sin embargo, Miguel Strogoff—. ¡Habla! ¡Me gustará!

Y entonces, Nadia hizo lo que no había hecho hasta aquel momento. Le habló de todo lo que había ocurrido entre Marfa y ella desde su encuentro en Omsk, donde se habían visto por primera vez. Le contó cómo un inexplicable instinto la había empujado hacia la anciana prisionera sin conocerla, los cuidados que le había dado, los ánimos que de ella había recibido. En aquella época Miguel aún no era para ella más que Nicolás Korpanoff.

—¡Lo que nunca habría debido dejar de ser! —respondió Miguel Strogoff, ensombreciéndosele la frente.

Más tarde añadió:

—He faltado a mi juramento, Nadia. ¡Había jurado no ver a mi

madre!

—¡Pero tú no trataste de verla, Miguel! —repuso Nadia—. ¡Fue el azar quien te puso en su presencia!

—¡Había jurado no traicionarme, pasara lo que pasara!

—¡Miguel, Miguel! ¿Habías podido aguantarte a la vista del látigo que se levantaba sobre Marfa Strogoff? ¡No! ¡No hay juramento que pueda impedir a un hijo acudir en auxilio de su madre!

—He faltado a mi juramento, Nadia —respondió Miguel Strogoff—. ¡Que Dios y el Padre me lo perdonen!

—Miguel —dijo entonces la joven—, tengo una pregunta que hacerte. No me respondas si crees que no debes hacerlo. Viniendo de ti nada puede ofenderme.

—Habla, Nadia.

—¿Por qué, ahora que te han arrebatado la carta del zar, sigues teniendo tanta prisa por llegar a Irkutsk?

Miguel Strogoff estrechó con fuerza la mano de su compañera, pero no respondió.

—¿Conocías, pues, el contenido de la carta antes de salir de Moscú? —repuso Nadia.

—No, no lo conocía.

—¿Debo pensar, Miguel, que sólo el deseo de dejarme en manos de mi padre te lleva hasta Irkutsk?

—No, Nadia —respondió gravemente Miguel Strogoff—. Te engañaría si te dejara creer que es así. ¡Voy a donde el deber me ordena que vaya! En cuanto a llevarte a Irkutsk, ¿no eres tú, Nadia, quien me está llevando ahora? ¿Acaso no veo por tus ojos y es tu mano la que me guía? ¿Acaso no me has devuelto al céntuplo los favores que yo haya podido hacerte? ¡No sé si dejará de agobiarnos la mala suerte, pero el día en que me agradezcas el que te haya dejado en manos de tu padre, yo te agradeceré que me hayas llevado hasta Irkutsk!

—¡Pobre Miguel! —respondió Nadia conmovida—. ¡No hables así! No es ésa la respuesta que te pido. Miguel, ¿por qué tienes ahora tanta prisa por llegar a Irkutsk?

—¡Porque es necesario que llegue antes que Iván Ogareff! —exclamó Miguel Strogoff.

—¿Incluso ahora?

—¡Incluso ahora, y llegaré!

Pronunciando aquellas últimas palabras, Miguel Strogoff no hablaba solamente movido por odio al traidor. Pero Nadia comprendió que su compañero no se lo decía todo y que no podía hacerlo.

Tres días más tarde, el 15 de septiembre, llegaban al pueblo de Tulunovskoe. La joven marchaba ya con grandes sufrimientos. Sus pies doloridos apenas la podían sostener. Pero ella resistía, luchaba contra la fatiga y su único pensamiento era:

—¡Puesto que no puede verme, seguiré hasta que me caiga!

Por otra parte, no había ningún obstáculo en aquella parte del camino, ni peligro en aquel momento del viaje, tras la partida de los tártaros. Sólo mucha fatiga.

Durante tres días, siguieron así las cosas. Se veía que la tercera columna de invasores ganaba terreno rápidamente hacia el Este. Podía notarse en las ruinas que dejaban tras ellos, en las cenizas que ya no humeaban, en los cadáveres ya descompuestos que yacían en el suelo.

Al Oeste, nada tampoco. La vanguardia del emir no aparecía. Miguel Strogoff llegaba a hacer las suposiciones más inverosímiles para explicar aquel retraso. ¿Amenazarían los rusos con fuerzas suficientes y de forma directa las ciudades de Tomsk y Krasnoiarsk? ¿Estaría corriendo el riesgo de quedar cortada y aislada de las otras dos la tercera columna? Si así fuera le sería fácil al Gran Duque defender Irkutsk y ya se sabe que cualquier tiempo que se gane contra una invasión es un primer paso para rechazarla.

Miguel Strogoff se dejaba llevar, a veces, por esas esperanzas, pero, en seguida comprendía lo que tenían de quimera y sólo contaba consigo mismo, como si en sus manos estuviera la única posibilidad de salvación del Gran Duque.

Sesenta verstas separan Kuitunskoe de Kimilteiskoe, pequeña aldea situada a poca distancia del Dinka, tributario del Angara. Miguel Strogoff pensaba con aprensión en el obstáculo que ponía en su camino aquel afluente de cierta importancia. No sería posible encontrar ni transbordador ni barca alguna y recordaba, por haberlo atravesado ya en épocas más felices, que era difícilmente vadeable. Pero, una vez franqueado ese curso de agua, ningún río grande ni pequeño interrumpiría ya el camino que llegaba hasta

Irkutsk a doscientas treinta verstas de allí.

No necesitaron menos de tres días para llegar a Kimilteiskoe. Nadia se arrastraba. Por mucha fuerza moral que tuviera, le iba a fallar la fuerza física. ¡Miguel Strogoff se daba incluso demasiada cuenta de ello!

Si no hubiera estado ciego, Nadia le hubiera dicho:

—¡Vete, Miguel, déjame en cualquier choza! ¡Llégate a Irkutsk! ¡Cumple tu misión! ¡Luego, ve a ver a mi padre, dile donde estoy y los dos sabréis cómo encontrarme de nuevo! ¡Parte! No tengo miedo, me esconderé de los tártaros. ¡Me guardaré para él, para ti! ¡Vete, Miguel, yo ya no puedo más...!

Varias veces Nadia se vio obligada a detenerse. Miguel Strogoff la tomaba entonces en brazos y, al no tener que pensar en el cansancio de la muchacha mientras la llevaba, marchaba más rápidamente, con su paso infatigable.

El 18 de septiembre, a las diez de la noche, llegaron por fin a Kimilteiskoe. Desde lo alto de una colina, Nadia observó una línea un poco menos sombría en el horizonte. Era el Dinka. Sobre las aguas se reflejaban algunos relámpagos que, sin truenos, iluminaban el espacio.

Nadia condujo a su compañero a través de la aldea en ruinas. La ceniza de los incendios estaba fría. Hacía al menos cinco o seis días que habían pasado los últimos tártaros.

Al llegar a las últimas casas de la aldea, Nadia se dejó caer sobre un banco de piedra.

—¿Hacemos una parada? —le preguntó Miguel Strogoff.

—Ha llegado la noche, Miguel —respondió Nadia—. ¿No quieres descansar algunas horas?

—Hubiera querido pasar el Dinka —respondió Miguel Strogoff—. Habría preferido dejarlo entre nosotros y la vanguardia del emir. Pero tú ya no puedes ni siquiera arrastrarte, mi pobre Nadia.

A unas dos o tres verstas de allí era donde el Dinka cortaba la ruta de Irkutsk. La muchacha quiso intentar aquel último esfuerzo que le pedía su compañero. Marcharon ambos, pues, a la luz de los relámpagos. Estaban atravesando entonces un desierto sin límites, en medio del cual se perdía el pequeño río. Ni un árbol, ni un montículo sobresalía de la enorme llanura donde volvía a empezar la estepa siberiana. Ni un soplo atravesaba la atmósfera, cuya calma

dejaba propagar cualquier sonido a distancias infinitas.

Miguel Strogoff y Nadia se detuvieron de repente, como si sus pies hubieran quedado atrapados en alguna grieta del suelo.

Un ladrido había cruzado la estepa.

—¿Oyes? —dijo Nadia.

Luego le sucedió un grito lastimero, desesperado, como la última llamada de un ser humano que va a morir.

—¡Nicolás, Nicolás! —exclamó la joven, impulsada por algún siniestro presentimiento.

Miguel Strogoff, que escuchaba, sacudió la cabeza.

—Ven, Miguel, ven —dijo Nadia.

Ella, que apenas podía arrastrarse un momento antes, encontró de pronto fuerzas bajo el dominio de una gran excitación.

—¿Hemos dejado el camino? —dijo Miguel Strogoff, sintiendo que ya no pisaba un suelo polvoriento, sino hierba rasa.

—¡Sí... es necesario...! —respondió Nadia—. ¡De allí, de la derecha es de donde ha venido el grito!

Unos minutos después, estaban los dos a menos de media versta del río. Un segundo ladrido se dejó oír y, aunque algo más débil, venía desde luego de más cerca.

Nadia se detuvo.

—¡Sí! —dijo Miguel—. ¡Es Serko el que ladra...! ¡Ha seguido a su amo!

—¡Nicolás! —gritó la muchacha.

Su llamada quedó sin respuesta.

Sólo unas aves de presa alzaron el vuelo, desapareciendo en las alturas del cielo.

Miguel Strogoff aguzó el oído. Nadia miraba la llanura, impregnada de efluvios luminosos, reflejados como en un espejo, pero no vio nada. Y, sin embargo, aún se elevó una voz que, esta vez, murmuró con tono quejumbroso:

—¡Miguel!

Y un perro, completamente ensangrentado, saltó hasta donde estaba Nadia. Era Serko.

¡Nicolás no podía estar lejos! ¡Sólo él había podido murmurar el nombre de Miguel! Pero ¿dónde estaba? Nadia no tenía ya fuerzas siquiera para llamarle. Miguel Strogoff, arrastrándose por el suelo, buscaba con la mano.

De repente, Serko soltó un nuevo ladrido y se lanzó hacia un ave gigantesca que volaba rozando el suelo.

Era un buitre. Cuando Serko se precipitó hacia él, se elevó, pero, volviendo a la carga, hirió al perro. ¡Éste volvió a saltar sobre el buitre...! Un tremendo picotazo le alcanzó en la cabeza y, esa vez, Serko cayó sin vida en el suelo.

Al mismo tiempo, un grito de horror se escapó de la garganta de Nadia.

—¡Allí, allí! —dijo.

Del suelo salía una cabeza. Habría tropezado con ella si no hubiera sido por la intensa claridad que el cielo vertía sobre la estepa.



Del suelo salía una cabeza

Nadia cayó de rodillas junto a aquella cabeza.

Nicolás, enterrado hasta el cuello según la atroz costumbre tártara, había sido abandonado en la estepa para morir de hambre y de sed y, quizá, devorado por los lobos o las aves de presa. ¡Horrible suplicio para la víctima aprisionada en el suelo, oprimida por esa tierra de la que no puede librarse, con los brazos atados y pegados al cuerpo, como los de un cadáver en su ataúd!

¡Al torturado, vivo en ese molde de arcilla que no puede romper, no le queda más que implorar la muerte, que llega demasiado lenta!

¡Allí era donde habían enterrado los tártaros a su prisionero hacía tres días...! ¡Desde hacía tres días, Nicolás esperaba un socorro que iba a llegar demasiado tarde!

¡Los buitres habían visto aquella cabeza a ras del suelo y, desde algunas horas antes, el perro defendía a su amo de aquellas feroces aves!

¡Miguel Strogoff excavó la tierra con su cuchillo para exhumar a aquel ser vivo!

Los ojos de Nicolás, cerrados hasta entonces, volvieron a abrirse y reconoció a Miguel y a Nadia.

—Adiós, amigos —murmuró—. ¡Estoy contento de volver a veros! ¡Rezad por mí!

Y aquéllas fueron sus últimas palabras.

Miguel Strogoff siguió cavando aquel suelo que, muy apisonado, tenía la dureza de la roca, consiguiendo finalmente sacar el cuerpo del infortunado. ¡Escuchó si aún latía su corazón, pero ya no pudo oír nada...!

Quiso entonces sepultarlo, para que no quedara expuesto en la estepa y aquel agujero, en el que Nicolás había sido enterrado vivo, lo ensanchó y agrandó para poder recostarlo muerto. Después colocaría al fiel Serko junto a su amo.

En aquel momento se produjo un gran tumulto en el camino, que se encontraba a media versta como mucho.

Miguel Strogoff escuchó con atención y por el ruido se dio cuenta que un destacamento de hombres a caballo avanzaba hacia el Dinka.

—¡Nadia, Nadia! —dijo en voz baja.

Al oír su voz, Nadia, que se había postrado en oración, se enderezó.

—¡Mira, mira! —dijo Miguel Strogoff.

—¡Los tártaros! —murmuró ella.

Era, en efecto, la vanguardia del emir, que desfilaba rápidamente por el camino de Irkutsk.

—¡No me impedirán enterrarlo! —exclamó Miguel Strogoff, y continuó su tarea.

El cuerpo de Nicolás, con las manos unidas sobre el pecho, reposó en seguida en aquella tumba. Miguel Strogoff y Nadia, de rodillas, rezaron una última oración por aquel pobre ser, inofensivo y bueno, que había pagado con la vida su devoción por ellos.



El cuerpo de Nicolás, con las manos unidas sobre el pecho,
reposó en seguida en aquella tumba

—¡Ahora —dijo Miguel Strogoff, echando la tierra—, los lobos de la estepa no podrán devorarlo!

Luego, tendió hacia la tropa que pasaba su mano amenazadora.

—¡En marcha, Nadia! —dijo.

Miguel Strogoff no podía seguir ya el camino, cortado ahora por los tártaros. Tenía que lanzarse a través de la estepa y contornear Irkutsk. No tenía que preocuparse, pues, de franquear el Dinka.

Nadia ya no era capaz ni de arrastrarse, pero podía ver por él. La tomó en sus brazos y se internó hacia el sudoeste de la provincia.

Les quedaban más de cien verstas por recorrer. ¿Cómo lo hizo? ¿Cómo pudo no sucumbir a tantas fatigas? ¿Cómo consiguió alimentarse durante aquella marcha? ¿Con qué energía sobrehumana logró pasar las primeras vertientes de los montes Sayansk? Ni Nadia ni él podrían decirlo.

Y, sin embargo, doce días después, el 2 de octubre, a las seis de la tarde, una inmensa sábana de agua se extendía a los pies de Miguel Strogoff.

Era el lago Baikal.

X. Baikal y Angara

El lago Baikal está situado a 1 700 pies[89] sobre el nivel del mar. Mide unas novecientas verstas de largo y unas cien de ancho. No se conoce su profundidad. Madame de Bourboulon cuenta que, al decir de los barqueros, prefiere que se le llame «la señora mar». Si se le dice «el señor lago», monta en cólera inmediatamente. Sin embargo, según la leyenda, nunca se ha ahogado en él un ruso.

Ese inmenso estanque de agua dulce, alimentado por más de trescientos ríos, está enmarcado en un magnífico circuito de montañas volcánicas. No tiene otro aliviadero que el Angara que, después de pasar por Irkutsk, va a desembocar en el Yeniséi. En cuanto a los montes que lo circundan, forman una rama de los Tunguces, derivados del vasto sistema orográfico de los Altai.

Ya en aquella época del año se dejaban sentir los fríos. Como suele ocurrir en ese territorio, sometido a unas condiciones climáticas particulares, parecía que el otoño iba a ser absorbido por un invierno precoz. Eran los primeros días de octubre. El sol se ocultaba ya tras el horizonte a las cinco de la tarde y las largas noches hacían bajar la temperatura por debajo del cero de los termómetros. Las primeras nieves, que se mantendrían hasta el verano, blanqueaban ya las cimas cercanas al Baikal.

Durante el invierno siberiano, los trineos de los correos y las caravanas surcan ese mar interior, cubierto por una capa de hielo de varios pies de espesor.

Ya sea porque alguien olvida las buenas maneras y le llama «el señor lago», o por cualquier otra razón más meteorológica, el Baikal es, a veces, presa de violentas tempestades. Sus olas, cortas como las de todos los mediterráneos[90], son causa de temor para las almadías, barcasas y *steam boats* que lo surcan en verano.

A la punta sudoeste del lago fue donde llegó Miguel Strogoff, llevando en brazos a Nadia, cuya vida, por así decirlo, se concentraba en sus ojos. ¿Qué podían esperar de aquella zona salvaje de la provincia, si no era morir de agotamiento e inanición?

Y, mientras tanto, ¿qué distancia quedaba por hacer de aquel larguísimo recorrido de seis mil verstas para que el correo del zar alcanzara su objetivo? Sólo sesenta verstas por el litoral del lago hasta la desembocadura del Angara y ochenta verstas desde allí hasta Irkutsk: en total, ciento cuarenta verstas, es decir, tres días de viaje para un hombre sano y vigoroso, incluso a pie.

Pero ¿podía ser Miguel Strogoff aún ese hombre?

Sin duda, el cielo no quiso someterlo a aquella prueba. La fatalidad que se ensañaba en él pareció desear tratarlo por una vez con indulgencia. La extremidad del Baikal, aquella porción de la estepa que creía desierta, no lo estaba en aquel momento.

En el ángulo que forma la punta sudoeste del lago estaban reunidos unos cincuenta individuos.

Nadia vio a aquel grupo cuando Miguel Strogoff salió llevándola en brazos del desfiladero de las montañas.

La muchacha debió temer por un instante que se tratara de un destacamento tártaro, enviado para batir las orillas del Baikal, en cuyo caso la huida les habría resultado imposible.

Pero Nadia se tranquilizó en seguida al respecto.

—¡Rusos! —gritó.

Y después de aquel último esfuerzo, sus párpados se cerraron y su cabeza cayó sobre el pecho de Miguel Strogoff.

Pero ya los habían visto y algunos de aquellos rusos llegaron corriendo hasta ellos y los llevaron hasta el borde de una pequeña playa a la que estaba amarrada una almadía.

La almadía estaba a punto de zarpar.

Aquellos rusos eran fugitivos de diversa condición a quienes había reunido un interés común en la ribera del Baikal. Rechazados por las avanzadillas tártaras, intentaban refugiarse en Irkutsk y, al no poder llegar por tierra desde que los invasores habían tomado posiciones en ambas orillas del Angara, esperaban llegar a la ciudad bajando por el curso del río que la cruzaba.

Su proyecto hizo palpar al corazón de Miguel Strogoff. Una última oportunidad se le ofrecía. Pero tuvo la fuerza de disimular puesto que deseaba guardar el incógnito con mayor severidad que nunca.

El plan de los fugitivos era sencillo. Una corriente del Baikal bordea la orilla superior del lago hasta la desembocadura del

Angara. Aquella corriente era la que querían utilizar para alcanzar en primer lugar el aliviadero del Baikal. Desde aquel punto hasta Irkutsk, las aguas rápidas del río los arrastrarían a una velocidad de diez a doce verstas por hora. En un día y medio deberían encontrarse a la vista de la ciudad.

No había ninguna embarcación en aquel lugar, por lo que había sido necesario improvisarla, fabricando una balsa o, mejor dicho, una almadía como las que suelen derivar por los ríos siberianos. Un bosque de pinos que se elevaba sobre el río había suministrado el material flotante. Los troncos, atados entre sí con ramas de mimbre, formaban una plataforma en la que habrían podido caber fácilmente cien personas.

Miguel y Nadia fueron transportados a aquella almadía. La muchacha había vuelto en sí. Le dieron algo de alimento, igual que a su compañero y, acostada en un lecho de hojas, cayó inmediatamente en un profundo sueño.

A los que le interrogaron, Miguel Strogoff no contó nada de lo que había ocurrido en Tomsk. Se presentó como un habitante de Krasnoiarsk que no había podido llegar a Irkutsk antes que las tropas del emir alcanzasen la orilla izquierda del Dinka, añadiendo que era muy probable que el grueso de las fuerzas tártaras hubiera tomado ya posiciones ante la capital de Siberia.

No había, pues, ni un instante que perder. Además, el frío se iba haciendo cada vez más intenso. Durante la noche, la temperatura caía por debajo de cero y ya se habían formado algunos témpanos en la superficie del Baikal. Si la balsa podía maniobrar aún fácilmente en el lago, no ocurriría lo mismo entre las orillas del Angara, si los témpanos llegaban a estorbar su curso.

Por todas aquellas razones era necesario que los fugitivos partieran sin esperar más.

A las ocho de la noche se largaron las amarras y, bajo el impulso de la corriente, la almadía siguió el litoral. Unas grandes pértigas, manejadas por algunos robustos mujiks bastaban para rectificar la dirección.

Un viejo barquero del Baikal había tomado el mando de la balsa. Era un hombre de unos sesenta y cinco años, muy tostado por las brisas del lago. Una barba blanca muy espesa le caía por el pecho y un gorro de piel cubría su cabeza de aspecto grave y austero. Una

larga hopalanda ceñida a la cintura le llegaba hasta los pies. Aquel anciano taciturno, sentado en la popa, mandaba con gestos y no decía más de una palabra a cada hora que pasaba. Por otra parte, toda la maniobra se reducía a mantener la almadía dentro de la corriente que se deslizaba a lo largo del litoral, sin desviarse hacia el centro del lago.



Un viejo barquero del Baikal había
tomado el mando de la balsa

Ya se ha dicho que habían subido a la almadía rusos de diversa condición. En efecto, a los mujiks indígenas, hombres, mujeres, ancianos y niños, se habían unido dos o tres peregrinos, sorprendidos por la invasión durante su viaje, algunos monjes y un pope[91]. Los peregrinos llevaban el báculo, la cantimplora sujeta a la cintura y salmodiaban con voz lastimera. Uno venía de Ucrania, otro del Mar Amarillo y el tercero de las provincias de Finlandia. Este último, hombre de mucha edad, llevaba atado a la cintura, como si hubiera estado suspendido de un pilar de iglesia, un cepillo cerrado con candado. De las limosnas que recogía durante su largo viaje lleno de fatigas, nada quedaba para él mismo y ni siquiera poseía la llave del candado, que sólo se abriría a la vuelta.

Los monjes venían del norte del Imperio. Hacía tres meses que habían salido de la ciudad de Arkangelsk, en la que algunos viajeros encuentran justificadamente la fisonomía de una urbe de Oriente. Habían visitado las Islas Santas, junto a la costa de Carelia, el convento de Solovetsk, el de Troitsa, los de San Antonio y Santa Teodosia, en Kiev, favorita esta última de los Jaguellones[92], el monasterio de Simeonof en Moscú, el de Kazán, así como la Iglesia de los Viejos Creyentes, y se dirigían a Irkutsk, con el hábito, el capuchón y vestidos con camisa de sarga.

En cuanto al pope, no era más que un sencillo sacerdote de pueblo, uno de esos seiscientos mil pastores populares con los que cuenta el Imperio ruso. Estaba vestido tan pobremente como los mujiks, al no ser más que ellos, en realidad, puesto que no tenía ni rango ni poder en la Iglesia y trabajaba como un campesino su parcelilla de tierra, mientras bautizaba, casaba y enterraba. A sus hijos y a su mujer, había podido sustraerlos a la barbarie de los tártaros, enviándolos a las provincias del Norte. Él se había quedado en la parroquia hasta el último momento. Al fin, había tenido que huir y, como la ruta de Irkutsk estaba cerrada, había tenido que ir hasta el lago Baikal.

Aquellos variados religiosos, agrupados en la proa de la almadía, rezaban a intervalos regulares, elevando sus voces en medio de la silenciosa noche y, al final de cada versículo de sus oraciones, el *Slava Bogu*, Gloria a Dios, escapaba de sus labios.

Ningún incidente señaló aquella navegación. Nadia había quedado sumida en un profundo sopor y Miguel Strogoff velaba

junto a ella. El sueño no le dominaba más que muy de tarde en tarde y, aun entonces, su pensamiento seguía estando vigilante.

Al amanecer, retrasada por una brisa bastante fresca que soplaba en contra del empuje de la corriente, la almadía aún se encontraba a cuarenta verstas de la desembocadura del Angara. Era muy posible que no pudiera llegar a ella antes de las tres o las cuatro de la tarde. No era un inconveniente, sino todo lo contrario, porque los fugitivos bajarían entonces por el río durante la noche y las sombras favorecerían su llegada a Irkutsk.

El único temor que manifestó varias veces el viejo barquero se refería a la formación de hielo en la superficie de las aguas. La noche había sido extraordinariamente fría y se veían numerosos témpanos deslizándose hacia el Oeste bajo el impulso del viento. De aquéllos no había nada que temer, porque no podían derivar hacia el Angara, cuya desembocadura ya habían sobrepasado. Pero había que pensar que los que venían de las zonas orientales del lago podían verse atraídos por la corriente, metiéndose entre las dos orillas del río, y causarles dificultades, retrasos, levantando quizá incluso algún obstáculo insuperable que detuviera la almadía.

Miguel Strogoff tenía, pues, un enorme interés por saber cuál era el estado del lago y si aparecían témpanos en grandes cantidades. Tras despertarse Nadia, la interrogaba con frecuencia y ella le daba cuenta de todo lo que ocurría en la superficie de las aguas.

Mientras los témpanos iban así a la deriva, se producían unos fenómenos curiosos en la superficie del lago Baikal. Se trataba de unos magníficos surtidores de agua hirviente, que surgían de algunos de los pozos artesianos excavados por la naturaleza en el propio lecho del lago. Aquellos surtidores se elevaban a gran altura, abriéndose en nubes de vapor irisadas por los rayos solares, que el frío condensaba casi inmediatamente. Seguramente aquel espectáculo habría dejado maravillados los ojos de algún turista que hubiera estado viajando en plena paz y por su propio placer sobre aquel mar siberiano.

A las cuatro de la tarde, la desembocadura del Angara fue avistada por el viejo barquero entre las altas rocas graníticas de litoral. En la orilla derecha se veía el puertecillo de Livenichnaia, su iglesia y sus pocas casas construidas sobre la ribera.

Pero ya los primeros témpanos llegados del Este derivaban entre

las riberas del Angara y, en consecuencia, bajaban hacia Irkutsk, agravando las circunstancias. Sin embargo, no eran tan numerosos como para poder obstruir el río, ni el frío tan intenso como para que se pudieran unir unos con otros.

La almadía llegó al puertecillo y se detuvo en él. El viejo barquero había decidido hacer allí una escala de una hora para llevar a cabo algunas reparaciones indispensables. Algunos de los troncos se habían desatado y amenazaban con separarse, de modo que había que reforzar las ataduras sólidamente para que resistieran la corriente del Angara que es muy rápida.

Durante la buena estación, el puerto de Livenichnaia es una estación de embarque y desembarque para los viajeros del lago Baikal, bien porque vayan a Kiakta, última ciudad de la frontera ruso-china, bien porque vuelvan de ella. Es muy frecuentado, pues, por los vapores fluviales y por las pequeñas embarcaciones que hacen el cabotaje [93] del lago.

Pero en aquel momento, Livenichnaia estaba abandonada. Sus habitantes no habían podido quedarse expuestos al saqueo de los tártaros, que ya corrían por las dos orillas del Angara. Habían enviado a Irkutsk la flotilla de embarcaciones que suelen pasar la invernada en el puertecillo y, tras cargar con todo lo que podían llevarse, se habían refugiado a tiempo en la capital de la Siberia oriental.

El viejo barquero no esperaba, pues, encontrarse con nuevos fugitivos en el puerto de Livenichnaia y, sin embargo, en el momento en que atracaba la almadía, dos pasajeros que salían de una casa desierta bajaron corriendo hacia la orilla.

Nadia, sentada en la popa, miraba distraídamente, cuando estuvo a punto de escapársele un grito. Cogió la mano de Miguel Strogoff que, al sentirla, levantó la cabeza.

—¿Qué te ocurre? —preguntó.

—Nuestros dos compañeros de ruta, Miguel.

—¿Aquel francés y aquel inglés que nos encontramos en los desfiladeros del Ural?

—Sí.

Miguel Strogoff se estremeció, porque el riguroso incógnito que no quería abandonar corría el peligro de desvelarse.

En efecto, no era ya a Nicolás Korpanoff a quien iban a ver en él

ahora Alcide Jolivet y Harry Blount, sino al verdadero Miguel Strogoff, correo del zar. Los dos periodistas se habían encontrado ya con él dos veces desde que se separaron en la posta del Ichim. La primera en el campamento de Zabediero, cuando le cortó la cara de un latigazo a Iván Ogareff, y la segunda en Tomsk, cuando fue condenado por el emir. Sabían, pues, a qué atenerse respecto a él y a su auténtica personalidad.

Miguel Strogoff tomó una rápida decisión.

—Nadia —dijo—, en cuanto ese francés y ese inglés hayan embarcado, pídeles que vengan junto a mí.

Eran efectivamente Harry Blount y Alcide Jolivet, a quienes había llevado al puerto de Livenichnaia, no el azar, sino la fuerza de los acontecimientos, igual que a Miguel Strogoff.

Ya se sabe que, después de haber asistido a la entrada de los tártaros en Tomsk, habían partido antes de la salvaje ejecución que puso término a la fiesta. No podían saber, pues, que su antiguo compañero de viaje no había sido condenado a muerte e ignoraban que solamente había sido cegado por orden del emir.

Así, pues, tras procurarse unos caballos, habían salido de Tomsk aquella misma tarde, con la intención expresa de poner fecha a sus crónicas, a partir de entonces, en los campamentos de la Siberia oriental.

Alcide Jolivet y Harry Blount se dirigieron a marchas forzadas hacia Irkutsk. Esperaban adelantar a Feofar Kan y seguramente lo habrían conseguido si no hubiera sido por la aparición inesperada de aquella tercera columna, que llegaba de las comarcas del Sur por el valle del Yeniséi. Igual que a Miguel Strogoff, les habían cortado el paso incluso antes de haber podido llegar al Dinka. Por eso se habían visto obligados a bajar hasta el lago Baikal.

Al llegar a Livenichnaia se encontraron con que el puerto ya estaba desierto. Por otro lado, les resultaba imposible entrar en Irkutsk, asediada por los ejércitos tártaros. Hacía tres días, pues, que estaban allí y en una situación muy embarazosa, por cierto, cuando llegó la almadía.

Se enteraron entonces del propósito de los fugitivos y, como había desde luego bastantes posibilidades de pasar inadvertidos durante la noche y entrar en Irkutsk, resolvieron intentarlo.

Alcide Jolivet se puso en seguida al habla con el viejo barquero

y le pidió pasaje para su compañero y para sí mismo, ofreciendo pagarle cualquier precio que exigiera.

—Aquí no se paga —le respondió gravemente el viejo barquero—. Aquí arriesga uno la vida, eso es todo.

Los dos periodistas se embarcaron y Nadia vio cómo se situaban en la proa de la almadía.

Harry Blount seguía siendo el inglés frío que apenas le había dirigido la palabra durante la travesía de los Urales.

Alcide Jolivet parecía un poco más serio que de costumbre y hay que reconocer que su gravedad estaba justificada por las circunstancias.

Alcide Jolivet acababa de instalarse, pues, en la proa de la almadía cuando sintió una mano que se apoyaba en su brazo.

Se volvió y reconoció a Nadia, la hermana de aquel que ya no era Nicolás Korpanoff, sino Miguel Strogoff, correo del zar.

Iba a escapársele un grito de sorpresa cuando vio a la muchacha llevarse un dedo a los labios.

—Venga conmigo —le dijo Nadia.



«Venga conmigo» le dijo Nadia

Con aire de indiferencia, Alcide Jolivet la siguió, tras hacer una señal a Harry Blount para que los acompañara.

Pero, si la sorpresa de los periodistas había sido grande cuando se encontraron con Nadia en aquella almadía, no tuvo límites al descubrir a Miguel Strogoff, a quien no podían creer que estuviese vivo.

Miguel Strogoff no se movió cuando se acercaron.

Alcide Jolivet se volvió hacia la muchacha.

—¡No puede verlos, señores —dijo Nadia—, los tártaros le han quemado los ojos! ¡Mi pobre hermano está ciego!

Las caras de Alcide Jolivet y su compañero mostraron un vivo sentimiento de piedad.

Un instante después, sentados junto a Miguel Strogoff, le estrechaban las manos y esperaban a que les hablara.

—Señores —dijo Miguel Strogoff en voz baja—, no deben ustedes saber quién soy, ni lo que he venido a hacer en Siberia. Les pido que guarden mi secreto. ¿Me lo prometen?

—Palabra de honor —respondió Alcide Jolivet.

—A fe de *gentleman* —añadió Harry Blount.

—Bien, señores.

—¿Podemos serle útiles? —preguntó Harry Blount—. ¿Quiere usted que le ayudemos a dar cumplimiento a su tarea?

—Prefiero actuar solo —respondió Miguel Strogoff.

—Pero esos bandidos le han quemado la vista —dijo Alcide Jolivet.

—¡Tengo a Nadia y me basta con sus ojos!

Media hora más tarde, tras dejar el puertecillo de Livenichnaia, la almadía se metió en el río. Eran las cinco de la tarde e iba a llegar una noche que sería muy oscura y también muy fría, porque la temperatura ya estaba por debajo de cero.

Alcide Jolivet y Harry Blount, aunque habían prometido a Miguel Strogoff guardarle el secreto, no le abandonaron. Charlaron en voz baja y el ciego, completando lo que ya sabía con lo que le contaron, pudo hacerse una idea exacta de la situación. Estaba claro que los tártaros asediaban en aquel momento Irkutsk y que las tres columnas ya se habían reunido. El emir e Iván Ogareff estarían frente a la capital, sin duda.

Pero ¿a qué venía aquella prisa por llegar que mostraba el

correo del zar, cuando ya no podía entregar la carta imperial al Gran Duque y cuando no conocía su contenido? Alcide Jolivet y Harry Blount no lo entendieron mejor de lo que había podido hacerlo Nadia.

Por otra parte, sólo volvieron a hablar del pasado en el momento en que Alcide Jolivet se creyó obligado decir a Miguel Strogoff:

—Casi le debemos excusas por no haberle estrechado la mano antes de separarnos en la posta de Ichim.

—¡No, ustedes tenían perfecto derecho a considerarme un cobarde!

—En todo caso, estuvo usted magnífico al cruzarle la cara a aquel miserable con el knut, cuya marca llevará por mucho tiempo.

—¡No, no por mucho tiempo! —respondió simplemente Miguel Strogoff.

Media hora después de la partida de Livenichnaia, Alcide Jolivet y su compañero estaban al corriente de las crueles pruebas por las que habían ido pasando Miguel Strogoff y su compañera. No podían dejar de admirar sin reservas aquella energía que sólo la abnegación de la muchacha había sido capaz de igualar. Y de Miguel Strogoff pensaron lo mismo que había dicho el zar en Moscú: «¡Verdaderamente, es todo un hombre!».

En medio de los témpanos que arrastraba la corriente del Angara se deslizaba la almadía con rapidez. Un panorama cambiante se desplegaba lateralmente por las dos orillas del río y, por una ilusión óptica, parecía que fuese el aparato flotante el que se quedaba inmóvil ante aquella sucesión de perspectivas pintorescas. Aquí, eran altos acantilados de granito, extrañamente perfilados; allá, salvajes gargantas de las que se escapaba algún tumultuoso torrente; a veces, alguna ancha vaguada con un pueblo aún humeante; luego, espesos bosques de pinos que proyectaban deslumbradoras llamaradas. Pero, aunque los tártaros habían dejado rastros de su paso por todas partes, no podía vérselos todavía, porque se habían agrupado especialmente en los alrededores de Irkutsk.

Mientras tanto, los peregrinos seguían recitando en voz alta sus oraciones y el viejo barquero, rechazando los témpanos que se acercaban demasiado, mantenía imperturbablemente la almadía en

medio de la rápida corriente del Angara.

XI. Entre dos orillas

A las ocho de la noche, tal como había dejado presentir el estado del cielo, una oscuridad profunda envolvió toda la comarca. Al ser nueva, la luna no se alzaría sobre el horizonte. Desde el centro del río las orillas eran invisibles. Los acantilados se confundían a poca altura con unas pesadas nubes que apenas se desplazaban. Algunas ráfagas venían del Este y parecían expirar en aquel estrecho valle del Angara.

La oscuridad no haría más que favorecer en gran medida los proyectos de los fugitivos. En efecto, aunque los puestos de avanzada de los tártaros estuvieran escalonados en las dos orillas, la almadía tenía muchas posibilidades de pasar inadvertida. No era verosímil tampoco que los sitiadores hubieran puesto alguna barrera río arriba de Irkutsk, pues sabían que los rusos no podían esperar ningún socorro por el sur de la provincia. Pero, en poco tiempo, por otra parte, la propia naturaleza habría puesto una barrera uniendo los témpanos acumulados entre las dos orillas con la argamasa del frío.

A bordo de la almadía reinaba un absoluto silencio. Desde que habían entrado en la corriente del río, había dejado de oírse la voz de los peregrinos. Seguían rezando, pero su oración no era ya más que un murmullo que no podía llegar hasta la orilla. Los fugitivos, tendidos en la plataforma, apenas rompían con la silueta de sus cuerpos la línea horizontal de las aguas. El viejo barquero, tumbado en la proa junto a sus hombres sólo se ocupaba de apartar los témpanos, maniobra que hacía sin ruido.



El viejo, tumbado en la proa junto a sus hombres...

También era una circunstancia favorable aquella deriva de los hielos, siempre que no opusiera más tarde un obstáculo insuperable al paso de la almadía. En efecto, aquel aparato, aislado en las aguas libres del río habría corrido el riesgo de ser localizado, incluso en medio de la espesa sombra, mientras que así se confundía con aquellas masas movedizas de todos los tamaños y formas y el estruendo producido por el entrechocar de los bloques cubría también cualquier otro ruido sospechoso.

Por la atmósfera se propagaba un agudísimo frío. Los fugitivos lo padecían cruelmente, pues no tenían más abrigo que algunas ramas de abedul. Se apretaban unos contra otros para soportar mejor el descenso de la temperatura que aquella noche habría de alcanzar diez grados bajo cero. La pizca de viento que llegaba rozando las montañas del Este, tapizadas de nieve, se clavaba como si estuviera cargado de agujas.

Miguel Strogoff y Nadia, recostados en la popa, soportaban sin una queja aquel sufrimiento añadido. Junto a ellos, Alcide Jolivet y Harry Blount resistían como podían aquellos primeros asaltos del invierno siberiano. Ninguno de ellos hablaba ya, ni siquiera en voz baja. La situación les absorbía por completo, pues en cada instante podía producirse un incidente, alcanzarles un peligro, o incluso una catástrofe, de la que no habrían podido salir indemnes.

Para un hombre que contaba con llegar pronto a su objetivo, Miguel Strogoff parecía estar singularmente tranquilo. Por otra parte, ni en las circunstancias más graves le había abandonado su energía. ¡Ya entreveía el momento en que por fin le estaría permitido pensar en su madre, en Nadia, en sí mismo! Ya no temía más que un último infortunio: que la almadía quedara completamente bloqueada por alguna barrera de témpanos antes de haber llegado a Irkutsk. Sólo pensaba en eso, completamente decidido, por otra parte, si fuera necesario, a intentar algún último golpe de audacia.

Nadia, repuesta tras aquellas pocas horas de descanso, había recuperado su energía física, rota alguna vez por las calamidades, que no habían podido en cambio con su energía moral. También pensaba que si Miguel Strogoff tuviera que hacer algún otro esfuerzo para alcanzar su objetivo ella debería estar allí para guiarlo. Pero, según se iba acercando a Irkutsk, la imagen de su

padre se dibujaba más claramente en su mente. Lo veía en la ciudad sitiada, lejos de sus seres queridos, pero, sin la menor duda, luchando contra los invasores con todo el empuje de su patriotismo. Dentro de pocas horas, si el cielo acababa por serles favorable, se encontraría en sus brazos, le contaría las últimas palabras de su madre y ya nada podría separarlos. Si el exilio de Vasili Fedor no hubiera de llegar a término, ella se quedaría exiliada con él. Después, por una inclinación natural volvía a aquél a quien debería el reencuentro con su padre, aquel generoso compañero, aquel «hermano» que, una vez rechazados los tártaros, reemprendería el camino de vuelta hacia Moscú, aquél a quien quizá no volviera a ver...

En cuanto a Alcide Jolivet y Harry Blount, no tenían más que una misma idea fija: que la situación era extremadamente dramática y que, correctamente presentada daría lugar a una crónica de lo más interesante. El inglés pensaba en sus lectores del *Daily Telegraph* y el francés en los de su prima Madeleine. En el fondo, ninguno de los dos periodistas dejaba de sentir alguna emoción.

—¡Pues tanto mejor! —pensaba Alcide Jolivet—. ¡Hay que estar emocionado para conmover! Estoy convencido incluso de que hay algún verso célebre al respecto, pero ¡que me lleve el diablo si lo sé...!

Y con sus ojos tan adiestrados trataba de perforar la espesa sombra que envolvía el río.

Mientras tanto, unos grandes resplandores rompían a veces las tinieblas, recortando los distintos macizos de las orillas y dándoles un aspecto fantástico. Era algún bosque en llamas, algún pueblo que aún ardía, siniestra reproducción de las imágenes que podían verse de día, con el contraste añadido de la noche. El Angara se iluminaba entonces de una orilla a otra. Los témpanos formaban otros tantos espejos que, reflejando las llamas desde todos los ángulos y con todos los colores, se desplazaban al capricho de la corriente. La almadía, confundida en medio de todos aquellos cuerpos flotantes, pasaba inadvertida.

Así, pues, el peligro aún no había llegado.

Pero una amenaza de naturaleza distinta esperaba todavía a los fugitivos. Ésta no podían preverla y, menos aún, evitarla. Fue Alcide

Jolivet quien la descubrió por puro azar y he aquí en qué circunstancias: acostado en la banda de estribor de la almadía, había dejado la mano colgando al ras del agua. De pronto se vio sorprendido por la impresión que le causó el contacto con la corriente en la superficie. Parecía tener una consistencia viscosa, como si estuviera formada por algún aceite mineral.

Tras verificar el tacto por medio del olfato, Alcide Jolivet no pudo equivocarse. ¡Era una capa de nafta [94] líquida que flotaba en la superficie del Angara, deslizándose con él!

¿Flotaba, pues, realmente la almadía sobre esa sustancia tan eminentemente combustible? ¿De dónde venía aquella nafta? ¿Sería algún fenómeno natural el que la había proyectado a la superficie del Angara o debería servir de ingenio destructor, colocado por los tártaros? ¿Querrían éstos llevar el incendio hasta Irkutsk por medios que el derecho de guerra no justifica jamás entre naciones civilizadas?

Éstas fueron las preguntas que se planteó Alcide Jolivet, pero no se creyó en el deber de informar de aquel incidente a nadie más que a Harry Blount y ambos estuvieron de acuerdo en no alarmar en absoluto a sus compañeros revelándoles aquel nuevo peligro.

Es sabido que el suelo de Asia central es como una esponja impregnada de carburos de hidrógeno líquidos. En el puerto de Bakú, junto a la frontera persa, en la península de Abcherón, en el Mar Caspio, en Asia Menor, en China, en la zona de Yughyan, en Birmania, las fuentes de aceites minerales surgen a millares en la superficie de la tierra. Es el «país del petróleo», como el que lleva ahora ese nombre en Norteamérica [95].

En determinadas fiestas religiosas, principalmente en el puerto de Bakú, los indígenas, adoradores del fuego, lanzan al mar la nafta líquida que, gracias a su densidad inferior a la del agua, se queda en la superficie. Luego, cuando llega la noche y se ha extendido una buena capa de aceite mineral sobre el Mar Caspio, la inflaman y se ofrece así el incomparable espectáculo de un océano de fuego con olas que se agitan y rompen bajo la brisa.

Pero lo que no es más que un entretenimiento en Bakú, sería un desastre en las aguas del Angara. Tanto si el fuego estallaba por imprudencia o por mala fe, en un abrir y cerrar de ojos se propagaría el incendio hasta más allá de Irkutsk.

En todo caso, ninguna imprudencia podía temerse en la almadía, pero el peligro venía de los incendios que ardían en las dos orillas del Angara, porque bastaba con una pavesa o una chispa que cayera en el río para que se inflamara toda aquella corriente de nafta.

Las aprensiones de Alcide Jolivet y de Harry Blount se comprenden mejor de lo que pueden describirse. ¿No sería preferible, ante el nuevo peligro atracar en una de las orillas, desembarcar y quedarse esperando? Eso era lo que se preguntaban.

—¡Sea como fuere —dijo Alcide Jolivet—, cualquiera que sea el peligro, yo sé de alguno que no desembarcaría!

Y aludía a Miguel Strogoff.

Mientras tanto, la almadía derivaba rápidamente entre los témpanos, que se iban haciendo cada vez más abundantes.

Hasta entonces no se había visto ningún destacamento tártaro en las riberas del Angara, lo que indicaba que la almadía aún no había llegado a la altura de los puestos de avanzada. Sin embargo, hacia las diez de la noche, Harry Blount creyó ver numerosos cuerpos negros que se movían por la superficie de los hielos. Aquellas sombras se acercaban rápidamente, saltando de un témpano a otro.

—¡Tártaros! —pensó.

Y deslizándose junto al viejo barquero que seguía en la proa, le mostró aquellos movimientos sospechosos. El viejo barquero miró atentamente.

—No son más que lobos —dijo—. Prefiero eso a los tártaros, ¡pero hay que defenderse, y sin ruido!

En efecto, los fugitivos tuvieron que luchar contra aquellos feroces carnívoros, arrojados a través de la provincia por el hambre y el frío. Los lobos habían olfateado la almadía y se lanzaron en seguida a atacarla. Así, pues, los fugitivos se vieron obligados a emprender una dura lucha, pero sin hacer uso de armas de fuego, porque no podían estar ya muy lejos de los puestos tártaros. Las mujeres y los niños se agruparon en el centro de la almadía y los hombres, armados unos con pértigas, otros con cuchillos y la mayor parte con garrotes, pusiéronse a rechazar a los asaltantes. No dejaban escapar un solo grito, pero los aullidos de los lobos desgarraban el aire.

Miguel Strogoff no quería quedarse inactivo. Se tendió en la borda de la almadía atacada por la manada de carnívoros. Sacó su

cuchillo y, cada vez que pasaba un lobo a su alcance, su mano sabía hundírselo en la garganta. Harry Blount y Alcide Jolivet tampoco se quedaron parados e hicieron una dura tarea. Los demás compañeros les respondían valerosamente. Aquella matanza se llevaba a cabo en completo silencio, aunque varios de los fugitivos no pudieran evitar graves mordiscos. Sin embargo, la lucha no parecía acabar nunca. La manada se renovaba sin cesar, como si la orilla derecha del Angara estuviese infestada de lobos.

—¡No va a acabarse nunca! —decía Alcide Jolivet, manejando su puñal tinto en sangre.

Y, de hecho, media hora después de empezar el ataque, los lobos seguían corriendo a cientos a través de los hielos.

Los fugitivos, agotados, ya empezaban a desfallecer. En aquel momento, un grupo de diez lobos de gran tamaño, enfurecidos por la cólera y el hambre, brillándoles los ojos como brasas, invadieron la plataforma de la almadía. Alcide Jolivet y su compañero se arrojaron en medio de aquellos temibles animales y Miguel Strogoff se arrastraba hacia ellos, cuando se produjo un cambio repentino.

En pocos segundos los lobos abandonaron, no sólo la almadía, sino también los témpanos de las proximidades.

Lo que necesitaban aquellos lobos para actuar eran las tinieblas y, en aquel momento, una intensa claridad iluminaba toda la anchura del río.

Era la luz de un enorme incendio. El pueblo de Poshkavsk ardía por entero. Allí estaban por fin los tártaros, cumpliendo con su siniestra tarea. Desde aquel punto ocupaban las dos orillas hasta más allá de Irkutsk. Los fugitivos llegaban, pues, a la zona más peligrosa de su recorrido y aún se encontraban a treinta verstas de la capital.

Eran las once y media de la noche. La almadía seguía deslizándose en la sombra por entre los témpanos, con los cuales se confundía por completo; pero, a veces, algunas ráfagas de luz llegaban hasta ella. Así, pues, tumbados en la plataforma, los fugitivos no se permitían el menor movimiento que pudiera traicionarlos.

El incendio de la aldea se producía con una violencia extraordinaria. Las casas, construidas con madera de pino, flameaban como la resina. Había ciento cincuenta ardiendo a la vez.

Al crepitar del fuego se añadían los alaridos de los tártaros. El viejo barquero, tomando como punto de apoyo los témpanos vecinos a la almadía, había conseguido llevarla hacia la orilla derecha, y les separaba entonces una distancia de unos trescientos o cuatrocientos metros de las riberas en llamas de Poshkavsk.

A pesar de eso, iluminados a ráfagas, los fugitivos habrían sido localizados con toda seguridad si los incendiarios no hubiesen estado demasiado ocupados con la destrucción del pueblo. Se comprenderá entonces cómo debía ser la aprensión de Alcide Jolivet y Harry Blount al pensar en aquel líquido combustible sobre el que flotaba la almadía.

En efecto, de las casas, que formaban otras tantas hogueras, se escapaban grandes haces de chispas. Entre las volutas de humo, aquellas chispas ascendían por el aire hasta una altura de quinientos o seiscientos pies. En la orilla derecha, expuesta de frente a aquella tremenda conflagración, los árboles y los acantilados parecían igualmente inflamados. Así, pues, bastaba que cayera una chispa en la superficie del río para que el incendio se propagara al ras del agua y llevara el desastre de una orilla a otra. En pocos instantes, significaría la destrucción de la almadía y la muerte de todos los que estaban en ella.

Pero, afortunadamente, las brisas débiles de la noche no soplaban hacia aquel lado. Seguían viniendo del Este y empujaban las llamas hacia la izquierda. Era posible, pues, que los fugitivos escaparan de aquel nuevo peligro.

Y, en efecto, el poblado en llamas quedó finalmente atrás. Poco a poco, el resplandor del incendio fue menguando, disminuyó el crepitar de las hogueras y las últimas luces desaparecieron tras los acantilados que se alzaban en un brusco recodo del Angara.

Eran cerca de las doce de la noche. La sombra, que había vuelto a espesarse, protegía de nuevo la almadía. Los tártaros seguían recorriendo las dos orillas. No se les veía, pero podía oírseles, y los fuegos de los puestos de avanzada brillaban extraordinariamente.

Mientras tanto, había que maniobrar con mayor precisión entre los témpanos, que se iban estrechando.

El barquero se levantó y los mujiks volvieron a sus pértigas. Todo el mundo tenía mucho que hacer y el gobierno de la almadía era cada vez más difícil, porque el lecho del río se iba obstruyendo

a ojos vistas.

Miguel Strogoff se había deslizado hasta la proa, seguido por Alcide Jolivet, y ambos escuchaban lo que decían el barquero y sus hombres.

—¡Vigila a la derecha!

—¡Cuidado con esos témpanos de la izquierda!

—¡Aguanta! ¡Aguanta con la pértiga!

—¡Antes de una hora estaremos bloqueados...!

—¡Si lo quiere Dios...! —respondió el viejo barquero—. ¡Contra su voluntad no hay nada que hacer!

—Ya le está oyendo —dijo Alcide Jolivet.

—¡Sí —respondió Miguel Strogoff—, pero Dios está con nosotros!

Sin embargo, la situación iba poniéndose cada vez más grave. Si se detuviera la deriva de la almadía, no sólo no llegarían a Irkutsk los fugitivos, sino que tendrían que abandonar el aparato flotante, que se desharía bajo sus pies por la presión de los hielos. Se romperían entonces los cordajes de mimbre, los troncos de pinos, violentamente separados se hundirían bajo la capa endurecida y los infortunados no tendrían más remedio que buscar refugio en los propios témpanos. Y, al llegar de día, los tártaros los verían y los matarían sin piedad.

Miguel Strogoff volvió a la popa, donde le esperaba Nadia. Se acercó a la muchacha y, cogiéndole la mano, le hizo la pregunta invariable:

—Nadia, ¿estás dispuesta?

—¡Estoy dispuesta! —contestó ella, como siempre.

Durante algunas verstas más, la almadía siguió derivando entre los hielos flotantes. Si el Angara se cubría por completo de hielo, se formaría una barrera y entonces sería imposible seguir la corriente. Ya la deriva era mucho más lenta. Chocaban o se desviaban a cada instante. Aquí era un abordaje lo que había que evitar, más allá un pasadizo por el que meterse... En fin, unos retrasos muy inquietantes.

En efecto, ya no quedaban más que unas pocas horas de noche. Si los fugitivos no llegaban antes de las cinco de la mañana a Irkutsk, perderían toda esperanza de entrar jamás en la ciudad.

Y a la una y media, a pesar de todos los esfuerzos que

intentaron, la almadía fue a dar contra una sólida barrera para detenerse definitivamente. Los témpanos que aún venían a la deriva desde río arriba se arrojaron sobre ella, oprimiéndola contra el obstáculo e inmovilizándola como si hubiese embarrancado en algún arrecife.

En aquel lugar, el Angara se estrechaba y su lecho se reducía a la mitad de la anchura normal. De ahí la acumulación de témpanos, que se habían ido soldando entre ellos bajo la doble influencia de la presión, ya de por sí considerable, y del frío, cuya intensidad arreciaba. Quinientos pasos más abajo, el lecho del río se ensanchaba de nuevo y los témpanos, desgajándose poco a poco del borde inferior de aquel banco de hielo, seguían derivando hacia Irkutsk. Era probable, pues, que, sin el estrechamiento de las orillas, no se hubiera formado la barrera y la almadía hubiera podido seguir descendiendo por la corriente. Pero la desgracia era irreparable y los fugitivos debían renunciar a la esperanza de alcanzar su objetivo.

Si hubieran tenido a mano los utensilios que suelen emplear los balleneros para abrir canales a través de los *ice-fields*[96] si hubieran podido cortar aquel banco hasta el lugar en que se ensanchaba el río, quizá no les habría faltado el tiempo. Pero no tenían ni una sierra, ni un pico, nada con lo que hubieran podido romper aquella corteza, que se había puesto más dura que el granito por culpa del intenso frío.

¿Qué decisión tomar?

En aquel momento sonaron disparos en la orilla derecha del Angara y una lluvia de balas cayó sobre la almadía. ¿Habrían sido descubiertos aquellos infortunados? Era evidente que sí, porque en la orilla izquierda sonaron otras descargas. Cogidos entre dos fuegos, los fugitivos se convirtieron en el blanco de los tiradores tártaros. Algunos cayeron heridos por aquellas balas, aunque en medio de la oscuridad sólo llegaran al azar.

—Ven, Nadia —murmuró Miguel Strogoff al oído de la muchacha.

Sin hacer la menor observación y «dispuesta a todo», Nadia cogió la mano de Miguel Strogoff.

—Se trata de atravesar la barrera —le dijo éste en voz baja—. Guíame, pero que no nos vea nadie abandonar la almadía.

Nadia obedeció. Miguel Strogoff y ella se deslizaron rápidamente por la superficie del banco de hielo, en medio de aquella oscuridad, rota de vez en cuando por los disparos. Nadia marchaba arrastrándose delante de Miguel Strogoff. A su alrededor caían las balas como un violento granizo, crepitando sobre el hielo. La superficie del banco, escabrosa y cubiertas de aristas vivas, les dejó las manos ensangrentadas, pero seguían avanzando.



Nadia marchaba arrastrándose delante de Miguel Strogoff

Diez minutos más tarde llegaban al borde inferior de la barrera. Allí las aguas del Angara volvían a quedar libres. Algunos témpanos que se desgajaban poco a poco del banco de hielo volvían a la corriente y se deslizaban hacia la ciudad.

Nadia comprendió lo que se proponía Miguel Strogoff. Vio uno de aquellos témpanos que sólo se sujetaba por una estrecha lengua.

—Ven —dijo Nadia.

Y se recostaron los dos en aquel pedazo de hielo, que se separó de la barrera con un leve balanceo.

El témpano empezó a derivar. Al ensancharse el lecho del río, la vía quedaba libre.

Miguel Strogoff y Nadia oían los disparos, los gritos de auxilio, los alaridos de los tártaros que restallaban río arriba... Después, poco a poco, aquellas muestras de profunda angustia y de alegría feroz se apagaron en la lejanía.

—¡Pobres compañeros! —murmuró Nadia.

Durante media hora la corriente arrastró con rapidez el témpano que transportaba a Miguel Strogoff y a Nadia. En cualquier momento podían temer que se hundiera bajo sus pies. Cogido por el curso de las aguas, seguía la mediana del río y no sería necesario darle una dirección oblicua hasta que tuviera que atracar en los muelles de Irkutsk.

Con los dientes apretados y el oído alerta, Miguel Strogoff no pronunciaba una sola palabra. Nunca había estado tan cerca de su objetivo. ¡Sentía que iba a alcanzarlo...!

Hacia las dos de la mañana, una doble fila de luces se encendió en el sombrío horizonte, donde se confundían las riberas del Angara.

A la derecha estaban las luces de Irkutsk. A la izquierda, los fuegos del campamento tártaro.

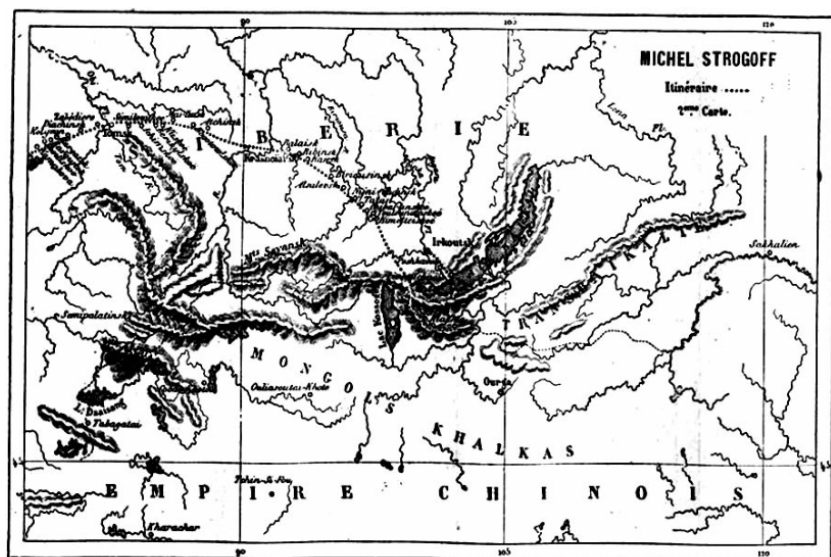
Miguel Strogoff no estaba más que a media versta de la ciudad.

—¡Al fin! —murmuró.

Pero, de pronto, Nadia lanzó un grito.

Ante aquel grito, Miguel Strogoff se enderezó sobre el témpano vacilante. Su mano se extendió hacia el cielo, sobre el Angara. Su cara, iluminada con reflejos azules, se convirtió en una máscara espantosa y, entonces, como si sus ojos hubieran vuelto a abrirse a la luz:

—¡Ah...! —exclamó—. ¡Así que hasta Dios mismo está contra nosotros!



XII. Irkutsk

Irkutsk, capital de la Siberia oriental, es una ciudad poblada en época ordinaria por unos treinta mil habitantes. Un ribazo bastante elevado, que se alza a la orilla derecha del Angara, sirve de basamento a sus iglesias, dominadas por una alta catedral, y a sus casas, dispuestas en pintoresco desorden.

Vista desde alguna distancia, desde lo alto de la montaña que se eleva a una veintena de verstas, sobre la gran ruta siberiana, toma un aspecto bastante oriental, con sus cúpulas, sus campaniles, sus agujas espidadas como minaretes, sus cimborrios barrigudos como búcaros japoneses. Pero esta fisonomía desaparece de la vista del viajero cuando se entra en ella. La ciudad, medio bizantina, medio china, se vuelve europea con sus calles empedradas, bordeadas de aceras, atravesadas por canales, sombreadas por álamos gigantescos, con sus casas de ladrillo y madera, algunas de las cuales tienen varios pisos, con los numerosos carruajes que la recorren, no sólo tarantás o telegas, sino también cupés y calesas, y, en definitiva, con toda una categoría de habitantes muy adelantados en los progresos de la civilización y a los que no resultan en absoluto extrañas las modas más recientes de París.

En aquella época, Irkutsk, que servía de refugio a los siberianos de la provincia, estaba abarrotada. Abundaban los recursos de todas clases. Irkutsk es el lugar donde se almacenan las innumerables mercancías que se intercambian entre China, Asia central y Europa. No había habido reparo en atraer a ella a los campesinos del valle del Angara, mongoles jalkas[97], tunguces y burets, dejando el territorio desierto entre los invasores y la ciudad.

Irkutsk es la residencia del gobernador general de la Siberia oriental. Por debajo de él están el gobernador civil, en cuyas manos se concentra la administración de la provincia, un jefe de policía, muy ocupado en una ciudad donde abundan los exiliados y el alcalde, personaje de mucho peso por su inmensa fortuna y por la influencia que tiene sobre sus administrados.

La guarnición de Irkutsk se componía entonces de un regimiento de cosacos de infantería, con un total de dos mil hombres y un cuerpo de gendarmes sedentarios, que llevaban casco y uniforme azul con galones de plata.

Además, como ya se sabe, y debido a circunstancias especiales, el hermano del zar estaba encerrado en la ciudad desde el principio de la invasión, situación que precisa explicarse.

Era un viaje de alta importancia política lo que había llevado al Gran Duque hasta aquellas lejanas provincias del Asia oriental.

Después de haber recorrido las principales ciudades siberianas, viajando más como militar que como príncipe, sin el menor boato, acompañado por sus oficiales y escoltado por un destacamento de cosacos, el Gran Duque había llegado hasta las lejanas comarcas de la Transbaikalia. Nikolaievsk, última ciudad rusa en el litoral del Mar de Ojotsk, había sido honrada con su visita.

Tras haber llegado hasta los confines del inmenso Imperio moscovita, el Gran Duque volvía hacia Irkutsk, desde donde contaba con reemprender la ruta hacia Europa, cuando le llegaron las noticias de aquella invasión tan amenazadora como súbita. Se apresuró a alcanzar la capital, pero cuando llegó a ella, las comunicaciones con Rusia estaban a punto de interrumpirse. Aún recibió algunos telegramas desde Petersburgo y Moscú, a los que incluso pudo responder. Luego, los hilos quedaron cortados en las circunstancias que conocemos e Irkutsk quedó aislada del resto del mundo.

No le quedaba al Gran Duque más que organizar la resistencia y a eso se dedicó con esa firmeza y sangre fría de la que ha dado pruebas indiscutibles en otras circunstancias.

Las noticias de la toma de Ichim, Omsk y Tomsk llegaron sucesivamente a Irkutsk. Había que salvar, pues, a toda costa de la ocupación a aquella capital de Siberia. No había que contar con socorros inmediatos y las pocas tropas diseminadas por las provincias del Amur y en la de Yakutsk no eran lo bastante numerosas para acudir a detener a las columnas tártaras. Y, puesto que Irkutsk no podía escapar al asedio, lo más importante era poner a la capital en situación de soportar un asedio de cierta duración.

Los preparativos empezaron el día en que Tomsk cayó en manos de los tártaros. Al mismo tiempo que se enteraba de aquella última

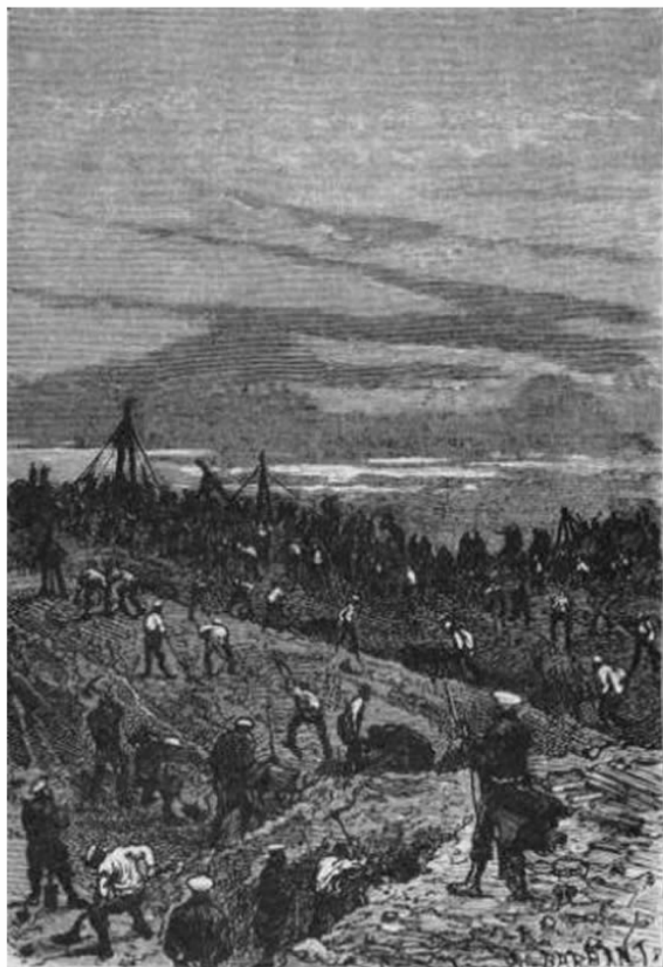
noticia, le llegaba al Gran Duque la de que el emir de Bujará y los kanes aliados dirigían en persona aquel movimiento, pero en cambio ignoraba que el lugarteniente de aquellos jefes bárbaros era Iván Ogareff, oficial ruso a quien él mismo había degradado y al que no conocía.

En primer lugar, como se ha visto, se conminó a los habitantes de la provincia de Irkutsk a abandonar ciudades y pueblos. Los que no se refugiaron en la capital tuvieron que hacerlo más allá, al otro lado del Baikal, a donde probablemente la invasión no llegaría a extender sus estragos. Las cosechas de trigo y de forrajes fueron requisadas para la ciudad y aquel último baluarte del poder moscovita en el extremo Oriente quedó en situación de resisitir por algún tiempo.

Irkutsk, fundada en 1611, está situada en la confluencia del Irkut y del Angara, en la orilla derecha de este último. Dos puentes de madera contruidos sobre pilotes, dispuestos de forma que dejan abierta toda la anchura del canal para las necesidades de la navegación, unen la ciudad a los arrabales que se extienden en la orilla izquierda. Por aquel lado la defensa era sencilla. Los arrabales quedaron abandonados y se destruyeron los puentes. El paso del Angara, muy ancho en aquel punto, no habría sido posible bajo el fuego de los sitiados.

Pero la corriente podía franquearse río arriba y río abajo y, en consecuencia, la ciudad de Irkutsk corría el riesgo de ser atacada por su parte oriental, que no estaba protegida por ninguna muralla.

A lo que primero se destinaron, pues, todos los brazos fue a las obras de fortificación. Se trabajó día y noche. El Gran Duque se encontró con una población diligente en la tarea y que más tarde demostraría ser valerosa en la defensa. Soldados, comerciantes, exiliados, campesinos, todos se entregaron a la salvación común. Ocho días antes de que aparecieran los tártaros en el Angara se habían levantado murallas de tierra, se había excavado un foso entre la escarpa y la contraescarpa[98]. No podría tomarse ya la ciudad por medio de un golpe de mano; habría que cercarla y asediarla.



Se trabajó día y noche

La tercera columna tártara, la que acababa de subir por el valle del Yeniséi, apareció el 24 de septiembre delante de Irkutsk y ocupó inmediatamente los suburbios abandonados, cuyas casas habían sido destruidas, para no estorbar el tiro de la artillería del Gran Duque, desgraciadamente insuficiente.

Los tártaros se organizaron, pues, en espera de las otras dos columnas, mandadas por el emir y sus aliados.

La reunión de todos estos cuerpos se verificó el 25 de septiembre, en el campamento del Angara y todo el ejército, con la excepción de las guarniciones que habían dejado en las ciudades conquistadas, se concentró bajo el mando de Feofar Kan.

Al considerar Iván Ogareff impracticable el paso del Angara ante Irkutsk, una buena parte de las tropas atravesó el río unas cuantas veristas corriente abajo por unos pontones de barcas instalados al efecto. El Gran Duque no intentó oponerse a aquel paso. Lo único que podría haber hecho habría sido estorbarlo, pero no impedirlo, ya que no tenía artillería de campaña a su disposición, razón por la cual se quedó encerrado en Irkutsk.

Los tártaros ocuparon la orilla derecha del río; luego subieron hasta la ciudad, incendiando al paso la residencia de verano del gobernador, situada entre los bosques que dominan desde lo alto el curso del Angara y tomaron posiciones definitivamente para el asedio, después de haber cercado por completo Irkutsk.

Iván Ogareff, hábil ingeniero, estaba perfectamente capacitado para dirigir las operaciones de un asedio en regla, pero le faltaban medios materiales para operar con rapidez. Además, había esperado sorprender Irkutsk, objetivo de todos sus esfuerzos.

Se ve que las cosas se habían desarrollado de una forma distinta a la que él esperaba. Por una parte, la marcha del ejército tártaro que se había retrasado por la batalla de Tomsk; por otra, la extraordinaria rapidez que el Gran Duque le había dado a las obras de defensa: esas dos razones habían bastado para hacer fracasar sus proyectos. Tenía que enfrentarse, pues, con la necesidad de acometer un asedio en toda regla.

Sin embargo, siguiendo su consejo, el emir intentó por dos veces tomar la ciudad al precio de un gran sacrificio de hombres. Arrojó a sus soldados sobre las fortificaciones de tierra, que presentaban algunos puntos débiles, pero aquellos asaltos fueron rechazados con

gran derroche de valor. El Gran Duque y sus oficiales no se quedaron atrás en aquella ocasión, sino que se pusieron en primera fila, arrastrando a toda la población a las murallas. Burgueses y mujiks cumplieron valerosamente con su deber. Al segundo asalto, los tártaros habían conseguido forzar una de las puertas de la muralla. En el extremo de la gran avenida de Bolchaia, que viene a dar a la orilla del Angara, se produjo un feroz combate, pero los cosacos, las milicias y ciudadanos opusieron una viva resistencia y los tártaros tuvieron que volver a sus posiciones.

Iván Ogareff pensó entonces buscar en la traición lo que no podía darle la fuerza. Es sabido que su proyecto consistía en penetrar en la ciudad, llegar hasta el Gran Duque, captar su confianza y, cuando llegara el momento, entregar una de las puertas al invasor. Hecho esto, saciaría su venganza en el hermano del zar.

La cingara Sangarra, que le había acompañado al campamento del Angara, le impulsó a poner en marcha aquel proyecto.

En efecto, convenía actuar sin demora. Las tropas rusas del gobierno de Yakutsk marchaban sobre Irkutsk. Estaban concentradas en el curso superior del Lena, por cuyo valle venían subiendo. Antes de seis días habrían llegado, de modo que era necesario que Irkutsk quedara a merced de los tártaros mediante la traición.

Iván Ogareff no dudó más.

Una tarde, el 2 de octubre, se celebró un consejo de guerra en el gran salón del palacio del gobernador general. Allí era donde residía el Gran Duque.

El palacio, que se elevaba al final de la avenida Bolchaia, dominaba el curso del río en un amplio radio. A través de las ventanas de su fachada principal se divisaba el campamento tártaro y una artillería de sitio de mayor alcance que la de los invasores lo habría dejado inhabitable.

El Gran Duque, el general Voranzoff, el gobernador de la ciudad y el presidente del gremio de mercaderes, a quienes se había unido buena cantidad de oficiales superiores, acababan de adoptar varias resoluciones.

—Señores —dijo el Gran Duque—, ya conocen ustedes con exactitud nuestra situación. Tengo la firme esperanza de que podremos resistir hasta la llegada de las tropas de Yakutsk.

Entonces podremos expulsar a estas hordas de bárbaros y no seré yo quien impida que paguen cara esta invasión del territorio moscovita.

—Vuestra Alteza sabe que puede contar con toda la población de Irkutsk, —respondió el general Voranzoff.

—Sí, general —respondió el Gran Duque—, y rindo homenaje a su patriotismo. Gracias a Dios aún no se ha visto sometida a los horrores de las epidemias o el hambre y tengo razones para creer que escapará a ellas. Pero en los baluartes no he podido dejar de admirar su valor. Está usted escuchando mis palabras, señor presidente del gremio de mercaderes, y le ruego que las transmita exactamente a sus cofrades.

—Doy las gracias a Vuestra Alteza en nombre de la ciudad —respondió el jefe de los mercaderes—. ¿Me atreveré a preguntaros cuál es el plazo máximo que dais a la llegada del ejército de socorro?

—Seis días como máximo, señor —respondió el Gran Duque—. Un emisario diestro y valeroso ha podido penetrar esta mañana en la ciudad y me ha informado que cincuenta mil rusos avanzan a marchas forzadas a las órdenes del general Kisselef. Hace dos días estaban a las orillas del Lena, en Kirensk, y ni el frío ni la nieve les impedirán llegar a partir de ahora. Una buena tropa de cincuenta mil hombres que ataquen a los tártaros por los flancos podrán liberarnos en poco tiempo.

—Añadiré —dijo el jefe de los mercaderes— que el día en que Vuestra Alteza ordene una salida, estaremos preparados para ejecutar las órdenes.

—Bien, señor —respondió el Gran Duque—. Esperemos a que aparezcan las cabezas de nuestras columnas sobre las colinas y aplastaremos a los invasores.

Y volviéndose al general Voranzoff, dijo:

—Mañana visitaremos las obras de la orilla derecha. El Angara ya está arrastrando témpanos; no tardará en cerrarse el hielo y, en ese caso, los tártaros quizá pudieran atravesarlo.

—Que Vuestra Alteza me permita hacerle una observación —dijo el jefe de los mercaderes.

—Hágala, por favor.

—He visto caer más de una vez la temperatura por debajo de

treinta y cuarenta grados bajo cero, y el Angara sigue fluyendo sin llegar a congelarse por entero. Eso se debe, sin duda, a la rapidez de la corriente. Si los tártaros no disponen de otro medio para atravesar las aguas, puedo garantizar a Vuestra Alteza que no entrarán así en Irkutsk.

El gobernador general confirmó la afirmación del presidente del gremio de mercaderes.

—Es una circunstancia afortunada —respondió el Gran Duque—. Sin embargo, nos mantendremos preparados para cualquier eventualidad.

Y volviéndose hacia el jefe de la policía, le preguntó:

—¿No tiene usted nada que decirme?

—Tengo que dar a conocer a Vuestra Alteza —contestó el jefe de la policía— una súplica que os es dirigida por mediación mía.

—¿Dirigida por quién?

—Por los exiliados de Siberia que, como sabe Vuestra Alteza, forman un grupo de quinientos en esta ciudad.

En efecto, los exiliados políticos, repartidos por toda la provincia, habían sido concentrados en Irkutsk desde el principio de la invasión. Habían obedecido a la orden de reunirse en la ciudad, abandonando las poblaciones donde ejercían sus diversas profesiones, unos médicos, otros profesores, ya fuera en el gimnasio[99], en la escuela japonesa o en la de navegación. Desde el principio, el Gran Duque confiaba, cómo el zar, en su patriotismo, les había dado armas y había encontrado en ellos a unos bravos defensores.

—¿Qué piden los exiliados? —dijo el Gran Duque.

—Piden a Vuestra Alteza —respondió el jefe de la policía— autorización para formar un cuerpo especial y colocarse en vanguardia desde la primera salida.

—¡Sí! —respondió el Gran Duque, con una emoción que no intentó ocultar—. ¡Estos exiliados son rusos y tienen derecho a batirse por su país!

—Creo que puedo afirmar a Vuestra Alteza —dijo el gobernador general— que no dispondrá de mejores soldados que ellos.

—Pero necesitarán un jefe —respondió el Gran Duque—. ¿Quién va a serlo?

—Desearían someter a la aprobación de Vuestra Alteza —dijo el

jefe de la policía— a uno de ellos que se ha distinguido ya en varias ocasiones.

—¿Es un ruso?

—Sí, un ruso de las provincias bálticas.

—¿Y se llama...?

—Vasili Fedor.



«Vasili Fedor»

Aquel exiliado era el padre de Nadia.

Como es sabido, Vasili Fedor ejercía en Irkutsk la profesión de médico. Era un hombre instruido y caritativo y estaba dotado del mayor valor y sincero patriotismo. Todo el tiempo que no consagraba a sus enfermos lo empleaba en organizar la resistencia. Era él quien había reunido a sus compañeros de exilio en una acción común. Mezclados hasta entonces con las filas de la población, los exiliados se habían comportado de una forma que atrajo la atención del Gran Duque. En varias salidas habían pagado con su sangre la deuda que tenían con la Santa Rusia —¡santa en realidad, y adorada por sus hijos!—. Vasili Fedor había actuado como un héroe. Su nombre había sido citado varias veces, pero nunca había pedido gracias ni favores y, cuando los exiliados de Irkutsk concibieron la idea de formar un cuerpo especial, incluso ignoraba que tuviesen la intención de elegirlo como jefe.

Cuando el jefe de la policía pronunció aquel nombre ante el Gran Duque, éste respondió que el nombre de ese exiliado no le era desconocido.

—En efecto —respondió el general Voranzoff—. Vasili Fedor es un hombre de gran valor y coraje. Su influencia sobre sus compañeros ha sido siempre muy grande.

—¿Desde cuándo está en Irkutsk? —preguntó el Gran Duque.

—Desde hace dos años.

—¿Y su conducta...?

—Su conducta —respondió el jefe de la policía— es la de un hombre sometido a las leyes especiales que se imponen a los exiliados.

—General —respondió el Gran Duque—, general, tenga la bondad de presentármelo inmediatamente.

Las órdenes del Gran Duque se pusieron en ejecución y aún no había pasado media hora, cuando Vasili Fedor se presentaba ante él.

Era un hombre de cuarenta años como mucho, alto, con aspecto severo y triste. Podía verse que toda su vida se resumía con esta palabra: lucha. Y que había luchado y sufrido. Sus rasgos recordaban notablemente a los de su hija Nadia Fedor.

Más que a nadie, la invasión tártara le había herido en sus más queridos afectos, arruinando su más preciada esperanza de padre,

exiliado a ocho mil verstas de distancia de su ciudad natal. Por una carta se había enterado de la muerte de su mujer y, al mismo tiempo, de la partida de su hija, que había obtenido del gobierno autorización para reunirse con él en Irkutsk.

Nadia había debido salir de Riga el 10 de julio. La invasión había empezado el 15 de julio. Si Nadia había conseguido cruzar la frontera en aquella fecha, ¿qué sería de ella en medio de los invasores? Es comprensible que el infortunado padre fuera presa de la inquietud, porque, desde aquel momento estaba sin noticias de su hija.

En presencia del Gran Duque, Vasili Fedor se inclinó y esperó a ser interrogado.

—Vasili Fedor —le dijo el Gran Duque—, tus compañeros de exilio han pedido permiso para formar un cuerpo de élite. ¿No saben que en esos cuerpos hay que saber dejarse matar hasta el último hombre?

—Lo saben —respondió Vasili Fedor.

—Te quieren a ti por jefe.

—¿A mí, Alteza?

—¿Aceptas ponerte a la cabeza de ellos?

—Si me lo exige el bien de Rusia, sí.

—Comandante Fedor —dijo el Gran Duque—, ya no eres un exiliado.

—Gracias, Alteza, pero ¿acaso puedo ponerme al mando de los que siguen siéndolo?

—¡Ya no lo son!

Para todos sus compañeros de exilio, sus compañeros de armas a partir de aquel momento, aquello era el indulto, otorgado por el hermano del zar.

Vasili Fedor estrechó con emoción la mano que le tendió el Gran Duque y salió.

Éste, volviéndose a sus oficiales, les dijo sonriendo:

—¡El zar no se negará a aceptar la carta de indulto que otorgo en su nombre! Necesitamos héroes para defender la capital de Siberia y acabo de encontrarlos.

Era en efecto un acto de justicia y de buena política aquel indulto tan generosamente otorgado a los exiliados de Irkutsk.

Para entonces ya había llegado la noche. A través de las

ventanas del palacio veíanse brillar los fuegos del campamento tártaro, al otro lado del Angara. El río arrastraba numerosos témpanos, algunos de los cuales se atascaban en los primeros pilotes de los antiguos puentes de madera. Los que la corriente mantenía en el canal derivaban con extraordinaria rapidez. Era evidente, como había señalado el presidente de los mercaderes, que el Angara tendría dificultades para congelarse en toda la superficie. Por tanto, el peligro del asalto por aquel lado no debía preocupar a los defensores de Irkutsk.

Acababan de dar la diez de la noche. El Gran Duque iba a despedir a sus oficiales y retirarse a sus aposentos, cuando se produjo un cierto tumulto en el exterior del palacio.

Casi en seguida se abrió la puerta del salón y compareció un ayudante de campo que, adelantándose hacia el Gran Duque, dijo:

—¡Alteza, un correo del zar!

XIII. Un correo del zar

Un impulso simultáneo hizo volverse a todos los miembros del consejo hacia la puerta entreabierta. ¡Un correo del zar que había llegado a Irkutsk! Si los oficiales hubieran reflexionado por un momento en la improbabilidad de aquel hecho, sin duda lo habrían considerado imposible.

El Gran Duque se había precipitado hacia su ayudante de campo.

—¡Que pase ese correo! —dijo.

Un hombre entró en el salón, con aspecto de estar agotado por la fatiga. Llevaba ropas de campesino siberiano, gastadas, rotas incluso, en las que se veían agujeros de bala. Le cubría la cabeza un gorro moscovita. Una cicatriz aún sin cerrar del todo le cruzaba la cara. Aquel hombre había seguido evidentemente un camino largo y penoso. Sus zapatos destrozados demostraban que incluso había tenido que hacer una parte del viaje a pie.



Un hombre entró en el salón, con aspecto
de estar agotado por la fatiga

—¿Su Alteza el Gran Duque? —exclamó al entrar.

El Gran Duque fue hacia él:

—¿Eres correo del zar? —le preguntó.

—Sí, Alteza.

—¿De dónde vienes...?

—De Moscú.

—¿Cuándo saliste?

—El 15 de julio.

—¿Y cómo te llamas...?

—Miguel Strogoff.

Era Iván Ogareff, que había tomado el nombre y la calidad de aquél a quien creía haber reducido a la impotencia. Ni el Gran Duque ni ninguna otra persona lo conocía en Irkutsk y ni siquiera había tenido que disfrazar sus rasgos. Como tenía la posibilidad de demostrar su falsa identidad, nadie podría dudar de él. Sostenido por una voluntad de hierro, venía, pues, a precipitar mediante la traición y el asesinato el desenlace del drama de la invasión.

Tras la respuesta de Iván Ogareff, el Gran Duque hizo una señal y todos sus oficiales se retiraron. El falso Miguel Strogoff y él se quedaron solos en el salón.

El Gran Duque miró a Iván Ogareff unos instantes con extremada atención. Luego le preguntó:

—¿Estabas el 15 de julio en Moscú?

—Sí Alteza, y en la noche del 14 al

15 vi

a Su Majestad en el Palacio Nuevo.

—¿Tienes una carta del zar?

—Hela aquí.

E Iván Ogareff entregó al Gran Duque la carta imperial, reducida a unas proporciones casi microscópicas.

—¿Te dieron la carta en este estado? —preguntó el Gran Duque.

—No, Alteza, pero tuve que desgarrar el sobre para poder esconderla mejor de los soldados del emir.

—¿Has estado prisionero de los tártaros?

—Sí, Alteza, durante varios días —respondió Iván Ogareff—. Por eso es por lo que, aun habiendo partido de Moscú el 15 de julio, como indica la fecha de esa carta, no he llegado a Irkutsk hasta el 2 de octubre, tras setenta y nueve días de viaje.

El Gran Duque tomó la carta, la desplegó y reconoció la firma del zar, precedida de la fórmula sacramental, escrita de su puño y letra. Así, pues, no cabía la menor duda de la autenticidad de aquella carta, ni de la identidad del correo. Si la fisonomía cruel de aquel hombre había despertado una desconfianza de la que el Gran Duque no dejó traslucir nada, la sospecha desapareció por completo tras de aquello.

El Gran Duque se quedó en silencio unos instantes. Leía la carta con atención para calar bien en su sentido.

Y tomando inmediatamente la palabra:

—Miguel Strogoff, ¿conoces el contenido de esta carta? —preguntó.

—Sí, Alteza, podía verme obligado a destruirla para que no cayera en manos de los tártaros y, llegado el caso, deseaba poder repetir su texto exactamente a Vuestra Alteza.

—¿Sabes que esta carta nos exige que muramos en Irkutsk antes que entregar la ciudad?

—Lo sé.

—¿Sabes también que indica los movimientos de tropas organizados para detener la invasión?

—Sí, Alteza, pero esos movimientos no han tenido éxito.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que Ichim, Omsk, Tomsk, por no citar más que las ciudades más importantes de las dos Siberias, han sido ocupadas sucesivamente por soldados de Feofar Kan.

—Pero ¿ha habido combates? ¿Se han enfrentado nuestros cosacos con los tártaros?

—Varias veces, Alteza.

—Y, ¿han sido rechazados?

—No tenían fuerzas suficientes.

—¿Dónde se han producido los enfrentamientos de los que hablas?

—En Kolyvan, en Tomsk...

Hasta entonces, Iván Ogareff no había dicho más que la verdad; pero, con el fin de quebrantar la moral de los defensores de Irkutsk exagerando las ventajas obtenidas por las tropas del emir, añadió:

—Y la tercera vez, ante Krasnoiarsk...

—Y, ¿este último enfrentamiento...? —preguntó el Gran Duque,

con los labios apretados, dejando apenas pasar las palabras.

—Fue más que un enfrentamiento, Alteza —respondió Iván Ogareff—, fue una batalla.

—¿Una batalla?

—Veinte mil rusos, llegados de las provincias de la frontera y del gobierno de Tobolsk, chocaron contra ciento cincuenta mil tártaros. Y, a pesar de su coraje, quedaron aniquilados.

—¡Mientes! —exclamó el Gran Duque—, intentando en vano dominar su cólera.

—Digo la verdad, Alteza —respondió fríamente Iván Ogareff—. ¡Yo estaba presente en aquella batalla de Krasnoiarsk y allí fue donde me hicieron prisionero!

El Gran Duque se tranquilizó y con una señal dio a entender a Iván Ogareff que no dudaba de su sinceridad.

—¿Qué día tuvo lugar esa batalla de Krasnoiarsk? —preguntó.

—El 2 de septiembre.

—Y, ahora, ¿están todas las tropas tártaras concentradas alrededor de Irkutsk?

—Todas.

—Y ¿en cuánto las estimas...?

—Unos cuatrocientos mil hombres.

Nueva exageración de Iván Ogareff en la cuantía de los ejércitos tártaros, siempre con la misma finalidad.

—Y, ¿no debo esperar ningún socorro de las provincias del Oeste? —preguntó el Gran Duque.

—Ninguno, Alteza, al menos hasta el final del invierno.

—Pues bien, escucha esto, Miguel Strogoff. ¡Aunque no llegue ningún socorro, ni del Oeste, ni del Este, y aunque estos bárbaros alcancen a ser seiscientos mil, jamás rendiré Irkutsk!

Los ojos malévolos de Iván Ogareff se fruncieron ligeramente. El traidor parecía decir así que el hermano del zar no contaba con la traición.

El Gran Duque, de temperamento nervioso, apenas conseguía mantener la calma al enterarse de aquellas desastrosas noticias. Iba y venía por el salón, ante los ojos de Iván Ogareff, que lo acechaban como a una presa reservada para su venganza. Se detenía en las ventanas. Miraba los fuegos del campamento tártaro, intentaba percibir los ruidos, la mayor parte de los cuales procedían de los

choques de los témpanos que arrastraba la corriente del Angara.

Pasó un cuarto de hora sin que volviera hacer ninguna pregunta. Luego, tomando de nuevo la carta, releyó un pasaje y dijo:

—¿Sabes, Miguel Strogoff, que se habla en esta carta de un traidor de quien deberé desconfiar?

—Sí, Alteza.

—Intentará penetrar en Irkutsk bajo un disfraz, ganarse mi confianza y, llegado el momento, entregar la ciudad a los tártaros.

—Lo sé todo, Alteza, y también sé que Iván Ogareff ha jurado vengarse personalmente del hermano del zar.

—¿Por qué?

—Dicen que ese oficial fue condenado por el Gran Duque a una degradación humillante.

—Sí... lo recuerdo... Pero lo merecía aquel miserable, que más tarde se alzaría en armas contra su país, a la cabeza de una invasión de bárbaros.

—Su Majestad el zar deseaba fervientemente que estuvierais prevenido contra los criminales proyectos de Iván Ogareff contra vuestra persona.

—Sí, la carta habla de ello...

—Y Su Majestad me lo dijo, advirtiéndome que durante mi viaje a través de Siberia debería desconfiar de ese traidor por encima de todo.

—Y, ¿te lo has encontrado?

—Sí, Alteza, tras la batalla de Krasnoiarsk. Si hubiera podido sospechar que yo era portador de una carta dirigida a Vuestra Alteza en la que se desvelaban sus proyectos, no habría tenido piedad de mí.

—¡Sí, habría sido tu fin! —respondió el Gran Duque—. Y, ¿cómo pudiste escapar?

—Arrojándome al Irtysh.

—¿Cómo entraste en Irkutsk...?

—Gracias a una salida que se ha hecho esta misma tarde para rechazar a un destacamento tártaro. Me mezclé con los defensores de la ciudad, pude darme a conocer y me condujeron inmediatamente ante Vuestra Alteza.

—Bien, Miguel Strogoff —respondió el Gran Duque—, has demostrado valor y afán en esta misión. No lo olvidaré. ¿Tienes

algún favor que pedirme?

—Ninguno, salvo el de luchar al lado de Vuestra Alteza —respondió Iván Ogareff.

—Sea, Miguel Strogoff. Desde hoy te tomo a mi servicio personal y te alojarás en este palacio.

—¿Y si, conforme a la intención que se le supone, Iván Ogareff se presenta ante Vuestra Alteza bajo nombre falso?

—Lo desenmascararemos gracias a ti, que lo conoces, y morirá bajo los golpes del knut. Puedes irte.

Iván Ogareff, sin olvidar que era capitán del cuerpo de correos del zar, saludó militarmente al Gran Duque y se retiró.

El traidor acababa de desempeñar con éxito su indigno papel. La confianza del Gran Duque se le había entregado por entero. Podría abusar de ella y cuando le conviniera, viviría en el propio palacio, estaría al tanto de las operaciones de defensa. Tenía, pues, la situación en sus manos. Nadie lo conocía en Irkutsk, de modo que nadie podría arrancarle la máscara. Decidió, pues, poner manos a la obra sin más tardanza.

En efecto, el tiempo apremiaba. Era necesario tomar la ciudad antes de la llegada de los rusos del Norte y del Este, en cuestión de algunos días. Una vez que los tártaros fueran dueños de Irkutsk, no sería fácil arrebatársela. En todo caso, si tuvieran que abandonarla más tarde, no sería antes de haberla arruinado de arriba a abajo y sin que la cabeza del Gran Duque rodara a los pies de Feofar Kan.

Al disponer de todo tipo de facilidades para ver, observar y actuar, Iván Ogareff se ocupó desde el día siguiente de visitar los baluartes. Por todas las partes fue acogido con felicitaciones cordiales por oficiales, soldados y ciudadanos. Aquel correo del zar era para ellos como un vínculo que recuperaban con el Imperio. Iván Ogareff contó, pues, con un aplomo que no se desdecía jamás, las falsas peripecias de su viaje. Y luego, hábilmente y sin insistir demasiado al principio, habló de la gravedad de la situación exagerándola, de los éxitos de los tártaros, como había hecho con el Gran Duque, y de las fuerzas que disponían los bárbaros. Al oírle, los socorros que se esperaban resultaban insuficientes, si es que conseguían llegar, y se temía que una batalla que se librara ante los muros de Irkutsk fuese tan funesta como las de Kolyvan, Tomsk y Krasnoiarsk.



Por todas partes fue acogido con felicitaciones cordiales

Sus insidiosas sugerencias, Iván Ogareff no las prodigaba demasiado. Las dejaba caer poco a poco y con cierta circunspección en el espíritu de los defensores de Irkutsk. Daba la sensación de no querer responder hasta que se sentía demasiado estrechado a preguntas y como a regañadientes. En todo caso, siempre añadía que había que defenderse hasta el último hombre y arrasar la ciudad antes que rendirla.

No por ello habría hecho menos daño, si hubiera podido hacerlo. Pero la guarnición y los habitantes de Irkutsk eran demasiado patriotas para dejarse amilanar. De entre aquellos soldados y paisanos encerrados en una ciudad aislada en el confín del mundo asiático, ni uno solo habría pensado en hablar de capitulación.

En todo caso, nadie sospechaba tampoco el odioso papel que desempeñaba Iván Ogareff, nadie podía adivinar que el supuesto correo del zar no era más que un traidor.

Una circunstancia completamente natural hizo que desde su llegada a Irkutsk se establecieran relaciones frecuentes entre Iván Ogareff y uno de los más valerosos defensores de la ciudad, Vasili Fedor.

Ya se conoce la inquietud que devoraba al infortunado padre. Si su hija Nadia había salido de Rusia en la fecha de la última carta que recibió de Riga, ¿qué habría sido de ella? ¿Seguiría intentando atravesar las provincias invadidas, o llevaría ya tiempo prisionera de los tártaros? Vasili Fedor sólo encontraba algún lenitivo para su dolor cuando podía luchar contra los tártaros, en demasiado escasas ocasiones, para las que él hubiera deseado.

Así, pues, cuando se enteró de la inesperada aparición de un correo del zar, tuvo el presentimiento de que aquel mensajero podría darle noticias de su hija. No era más que una esperanza quimérica, probablemente, pero se aferró a ella. ¿No había estado prisionero aquel correo, igual que podía estarlo Nadia en aquel momento?

Vasili Fedor fue a buscar a Iván Ogareff, que aprovechó la ocasión para entrar en contacto cotidiano con el comandante. ¿Pensaría, pues, el renegado en explotar la circunstancia? ¿Juzgaría a todos los hombres por su propio rasero? ¿Creería que un ruso, incluso un exiliado político, podría ser tan miserable como para traicionar a su país?

Sea como fuere, Iván Ogareff respondió con una solicitud hábilmente fingida a las preguntas que le hizo el padre de Nadia. Éste, ya al día siguiente de la llegada del supuesto correo, se dirigió al palacio del gobernador general, donde dio a conocer a Iván Ogareff las circunstancias en que su hija había debido abandonar la Rusia europea y le contó sus inquietudes respecto a ella.

Iván Ogareff no conocía a Nadia, aunque se había encontrado con ella en la posta de Ichim el día en que estaba allí con Miguel Strogoff. Pero entonces no le había prestado más atención que a los dos periodistas que también se encontraban en la casa de postas. No pudo dar, por tanto, ninguna noticia de su hija a Vasili Fedor.

—Pero ¿en que época debió salir su hija del territorio ruso? —preguntó Iván Ogareff.

—Más o menos al mismo tiempo que usted —respondió Vasili Fedor.

—Yo salí de Moscú el 15 de julio.

—Nadia también debió salir de Moscú en esas fechas. En su carta me lo decía expresamente.

—¿Estaba en Moscú el 15 de julio? —preguntó Iván Ogareff.

—Sí, estoy seguro de ello.

—Pues entonces... —empezó a responder Iván Ogareff.

Y, dominándose:

—Pero, no... me equivoco... Iba a confundir las fechas —añadió —. Desgraciadamente, es muy probable que su hija haya podido cruzar la frontera, y sólo le queda una esperanza, que se haya detenido al enterarse de las noticias de la invasión tártara...

Vasili Fedor bajó la cabeza. Conocía bien a su hija y sabía que nada habría podido impedirle partir.

Iván Ogareff acababa de cometer gratuitamente un verdadero acto de crueldad. Con unas pocas palabras habría podido tranquilizar al infortunado padre. Por más que Nadia hubiera cruzado la frontera en las circunstancias ya conocidas, relacionando la fecha en que su hija se encontraba en Nizhni Nóvgorod y la del decreto que prohibía la salida de los rusos, Vasili Fedor habría llegado, sin duda, a la conclusión de que no podía haberse visto expuesta a los peligros de la invasión y que, a pesar suyo, se encontraba aún en el territorio europeo del Imperio.

Iván Ogareff, obedeciendo a su naturaleza de hombre a quien no

pueden conmover los sufrimientos de los demás, habría podido decir esas palabras... Pero no lo hizo.

Vasili Fedor se retiró con el corazón destrozado. Después de aquella entrevista, su última esperanza acababa de esfumarse.

Durante los dos días siguientes, 3 y 4 de octubre, el Gran Duque llamó varias veces al falso Miguel Strogoff y le hizo repetir varias veces todo lo que había oído en el gabinete imperial del Palacio Nuevo. Iván Ogareff, preparado para todas aquellas preguntas, respondió siempre sin dudar. A propósito, no ocultó que al gobierno del zar le había cogido la invasión completamente por sorpresa, que el levantamiento había sido preparado por los tártaros con el mayor sigilo, que éstos eran ya dueños de la línea del Obi cuando llegaron a Moscú las noticias y, finalmente, que no había nada preparado en las provincias rusas para lanzar sobre Siberia las tropas necesarias para rechazar a los invasores.

Luego, libre como estaba para moverse, Iván Ogareff empezó a estudiar Irkutsk, el estado de sus fortificaciones, sus puntos débiles, para aprovecharse después de sus observaciones, en el caso de que alguna circunstancia le impidiera consumir su acto de traición.

Se empeñó muy especialmente en examinar la puerta de Bolchaia, que quería entregar a los invasores.

Por dos veces fue al glacis[100] de aquella puerta al atardecer. Por allí se paseaba sin temor a que le alcanzaran los disparos de los sitiadores, cuyos primeros puestos se encontraban a menos de una versta de las murallas. Sabía perfectamente que no se exponía e, incluso, que sería reconocido. Había entrevisto una sombra que se deslizaba hasta el pie de los terraplenes.

Con riesgo de su vida, Sangarra venía a intentar ponerse en comunicación con Iván Ogareff.

Por otra parte, los sitiados disfrutaban desde hacía dos días de una tranquilidad a la que los tártaros les habían desacostumbrado desde el principio del cerco.

Aquello obedecía a órdenes de Iván Ogareff. El lugarteniente de Feofar Kan había decidido que se suspendieran todas las tentativas de tomar la ciudad por la fuerza. Así, desde su llegada a Irkutsk la artillería se había callado por completo. ¿Quizá se relajaría así, esperaba el traidor, al menos, la vigilancia de los sitiados? En todo caso, varios miles de tártaros se mantenían preparados, en los

puestos de avanzada, para lanzarse contra la puerta desguarnecida de sus defensores, cuando Iván Ogareff les hubiera dado a conocer la hora de actuar.

Aquello no podía demorarse más. Había que terminar antes que llegasen los cuerpos rusos a la vista de Irkutsk. Iván Ogareff tomó la decisión y, aquella noche, desde lo alto del glacis, cayó un billete en las manos de Sangarra.



Aquella noche, desde lo alto del glacis, cayó un billete

Al día siguiente, en la noche del 5 al 6 de octubre, a las dos de la mañana, era cuando Iván Ogareff había resuelto entregar Irkutsk.

XIV. La noche del 5 al 6 de octubre

El plan de Iván Ogareff había sido puesto a punto con el mayor cuidado y, salvo circunstancias imprevistas, habría de tener éxito. Era necesario que la puerta de Bolchaia estuviera libre en el momento en que la entregara. Así, pues, era imprescindible que en aquel momento la atención de los defensores se desviara hacia otro punto de la ciudad, para lo que se había convenido una maniobra de diversión táctica con el emir.

Aquella maniobra se haría por la parte de los arrabales de Irkutsk, río arriba y río abajo, en la orilla derecha. Se produciría un serio ataque en aquellos dos puntos y, al mismo tiempo, se fingiría una tentativa de paso del Angara en la orilla izquierda. La puerta de Bolchaia quedaría probablemente abandonada, tanto más cuanto parecía que por aquel lado los puestos de avanzada habían sido retirados.

Era el 5 de octubre. Antes de veinticuatro horas la capital de la Siberia oriental debía encontrarse en manos del emir y el Gran Duque en poder de Iván Ogareff.

Durante aquella jornada hubo un movimiento desacostumbrado en el campamento del Angara. Desde las ventanas del palacio y de las casas de la orilla derecha se veían claramente los importantes preparativos al otro lado del río. Numerosos destacamentos de tártaros convergían hacia el campamento, reforzando hora tras hora las tropas del emir. Era la maniobra de diversión convenida, que se preparaba de una manera muy ostensible.

Por otra parte, Iván Ogareff no ocultó al Gran Duque que habría que temer algún ataque por aquel lado. Decía saber que iba a lanzarse un asalto río arriba y río abajo y aconsejó al Gran Duque reforzar aquellos dos puntos más directamente amenazados.

Los preparativos que se observaban apoyaban las recomendaciones hechas por Iván Ogareff, era urgente tomarlas en consideración. Así, pues, tras un consejo de guerra que se reunió en palacio se dieron órdenes de concentrar la defensa en la orilla derecha del Angara y en los dos extremos de la ciudad, donde los

terraplenes terminaban apoyándose en el río.

Era precisamente lo que quería Iván Ogareff. No contaba desde luego con que la puerta de Bolchaia quedara completamente desguarnecida; sino que quedara sólo un número reducido de defensores. Además, Iván Ogareff iba a dar a la maniobra de diversión tal importancia que el Gran Duque se vería obligado a oponerle todas las fuerzas disponibles.

En efecto, un incidente de excepcional gravedad, concebido por la mente de Iván Ogareff, había de prestar una importante ayuda al cumplimiento de sus proyectos. Incluso si Irkutsk no hubiera sido atacada en puntos alejados de la puerta de Bolchaia y por la orilla derecha del río, aquel incidente habría bastado para atraer a todos los defensores allá donde Iván Ogareff quería precisamente llevarlos. Al mismo tiempo debía provocar una espantosa catástrofe.

Se daban, pues, todas las circunstancias favorables para que pudiera entregarse la puerta de Bolchaia, libre a la hora indicada, a los miles de tártaros que esperaban a cubierto de los bosques del Este.

Durante aquella jornada, la guarnición y la población civil de Irkutsk estuvieron constantemente alerta. Se habían tomado todas las medidas que exigía el ataque inminente de unos puntos respetados hasta el momento. El Gran Duque y el general Voranzoff visitaron los puestos, reforzados de acuerdo con sus instrucciones. El cuerpo de élite de Vasili Fedor ocupaba el norte de la ciudad, pero con órdenes estrictas de dirigirse allí donde el peligro fuera más grave. La orilla derecha del Angara había sido guarnecida con la poca artillería que había podido disponerse. Con aquellas medidas adoptadas a tiempo, gracias a las recomendaciones que tan oportunamente había hecho Iván Ogareff, podía esperarse que el ataque no prosperaría. En tal caso, desmoralizados por algún tiempo, los tártaros aplazarían, sin duda, algunos días una nueva tentativa contra la ciudad. Y, como las tropas que esperaba el Gran Duque podían llegar de un momento a otro, la salvación o la pérdida de Irkutsk colgaban de un hilo.

Aquel día el sol, que había salido a las seis y veinte, se ponía a las cinco cuarenta, después de trazar su arco diurno durante once horas sobre el horizonte. El crepúsculo tenía aún dos horas para luchar contra la noche. Después, el espacio se llenaría de espesas

tinieblas, porque se estaban inmovilizando en el aire unas gruesas nubes y al ser luna nueva, ésta no aparecería. Esa profunda oscuridad aún sería más favorable para los planes de Iván Ogareff.

Desde hacía ya varios días, un frío vivísimo preludiaba los rigores del invierno siberiano y aquella noche se hacía sentir aún más. Los soldados apostados en la orilla derecha del Angara, obligados a no dar señales de su presencia, no habían encendido fuego alguno, por lo que sufrían cruelmente con el terrible descenso de la temperatura. A algunos pies por debajo de ellos pasaban los témpanos que seguían la corriente del río. Durante toda aquella jornada se les había visto derivar, estrechamente agrupados, entre las dos orillas. Aquella circunstancia, que no había escapado a la observación del Gran Duque y de sus oficiales, se había considerado afortunada. Era evidente en efecto que, si el Angara no quedaba obstruido, el paso del río sería completamente impracticable. Los tártaros no podrían maniobrar barcas ni almadías. En cuanto a admitir que pudiesen franquear el río sobre los témpanos, era imposible. El campo de hielo, cerrado recientemente, no habría ofrecido suficiente consistencia al paso de una columna de asalto.

Pero, precisamente porque esa circunstancia parecía favorable a los defensores de Irkutsk, Iván Ogareff habría tenido que lamentar que se hubiera producido. Pero no hubo tal. Y es que el traidor sabía bien que los tártaros no intentarían pasar el Angara y que por aquel lado al menos, su tentativa no sería más que una finta.

Sin embargo, hacia las diez de la noche, el estado del río cambió notablemente, para gran sorpresa de los sitiados y en perjuicio de ellos. Impracticable hasta entonces, el paso se hizo posible de pronto. El curso del Angara quedó libre. Los témpanos, que habían estado pasando en gran número desde hacía varios días, desaparecieron río abajo y apenas cinco o seis ocuparon el espacio comprendido entre las dos orillas. Ni siquiera presentaban la forma de los que se forman en condiciones ordinarias y bajo la influencia de un frío regular. No eran más que simples trozos arrancados de algún banco de hielo cuyos bordes, cortados limpiamente, no presentaban zonas rugosas.

Los oficiales rusos, al darse cuenta del cambio del estado del río, informaron de ello al Gran Duque. Por lo demás, la explicación estaba en que habían debido acumularse los témpanos, formando

una barrera, en alguna parte estrecha del Angara.

Ya se ha visto que así había sido.

El paso del Angara estaba, pues, abierto a los sitiadores, por lo que los rusos deberían estar más vigilantes que nunca.

Ningún incidente se produjo hasta la medianoche. Por el lado Este, más allá de la puerta Bolchaia, la calma era completa. Ni un fuego en el macizo de bosques que se confundían en el horizonte con las nubes bajas del cielo.

En el campamento del Angara había bastante agitación, de la que daban testimonio los frecuentes movimientos de luces.

A una versta arriba y abajo del punto en que venía a apoyarse la escarpa en las orillas del río, se oía un sordo murmullo, que probaba que los tártaros esperaban a pie firme alguna señal.

Pasó una hora más. Nada nuevo.

Iban a sonar las dos de la mañana en el campanario de la catedral de Irkutsk y ni un solo movimiento había delatado aún las intenciones hostiles de los sitiadores.

El Gran Duque y sus oficiales se preguntaban si no les habrían inducido a error, si entraba realmente en los planes de los tártaros intentar sorprender a la ciudad. Las noches anteriores no habían resultado tan tranquilas, ni de lejos. Las descargas de fusilería solían sonar en la dirección de los puestos de avanzada, los obuses atravesaban los aires, pero esa noche, nada.

El Gran Duque, el general Voranzoff y sus ayudantes de campo esperaban, pues, preparados para dar las órdenes que exigieran las circunstancias.

Sabemos que Iván ocupaba una habitación en el palacio. Era una sala bastante grande, situada en la planta baja, cuyas ventanas se abrían a una terraza lateral. Bastaba con dar algunos pasos en aquella terraza para dominar el curso del Angara.

Una profunda oscuridad reinaba en aquella sala. Iván Ogareff, de pie ante una ventana esperaba que llegara la hora de actuar. Evidentemente la señal no podía venir más que de él. Una vez que se diera la señal, cuando los defensores de Irkutsk hubieran sido llamados a los puntos que recibieran el ataque directo, tenía el proyecto de abandonar el palacio e ir a dar cumplimiento a su tarea.

Esperaba, pues, en las tinieblas como una fiera dispuesta a

lanzarse sobre su presa.



Esperaba, pues, en las tinieblas

Mientras tanto, algunos minutos antes de las dos, el Gran Duque mandó llamar a Miguel Strogoff, único nombre por el que conocía a Iván Ogareff. Un ayudante de campo fue hasta su habitación, cuya puerta estaba cerrada, y llamó...

Iván Ogareff, inmóvil junto a la ventana e invisible en la sombra, se guardó mucho de responder.

Se informó, pues, al Gran Duque que el correo del zar no estaba en aquel momento en palacio.

Sonaron las dos. Era el momento de provocar la maniobra de diversión convenida con los tártaros, dispuestos para el asalto.

Iván Ogareff abrió la ventana de su habitación y fue a apostarse en el ángulo norte de la terraza lateral.

Por abajo, entre las sombras, pasaban las aguas del Angara, rugiendo al romperse contra las aristas de los pilares.

Iván Ogareff sacó una cerilla del bolsillo y la encendió para dar fuego a un poco de estopa, impregnada de pólvora, que arrojó al río...

¡Habían sido sus órdenes las que habían hecho verter toneladas de aceite mineral en la superficie del Angara!

Río arriba de Irkutsk, en la orilla derecha, entre el pueblo de Poshkavsk y la ciudad, se explotaban unos surtidores de nafta. Iván Ogareff había decidido emplear aquel terrible recurso para provocar el incendio de Irkutsk. Se apoderó de los inmensos depósitos que encerraban el combustible líquido y bastó con derribar un lienzo de pared para provocar un derrame a raudales.

Eso era lo que se había hecho algunas horas antes, y por aquella razón la almadía que llevaba al verdadero correo del zar, a Nadia y a los fugitivos flotaba sobre una corriente de aceite mineral. A través de las brechas de aquellos depósitos, que contenían millones de metros cúbicos, la nafta se había precipitado como un torrente y, tras seguir las pendientes naturales del suelo, se había extendido por la superficie del río, donde flotaba gracias a su menor densidad.

¡Así era como Iván Ogareff entendía la guerra! ¡Aliado de los tártaros, actuaba como un tártaro, en contra de sus propios compatriotas!

La estopa cayó en las aguas del Angara. En un instante, como si la corriente fuera de alcohol, río arriba y río abajo, toda la superficie se inflamó, con eléctrica rapidez. Por entre las dos orillas

corrían espirales de llamas azuladas, coronadas por gruesas nubes de vapor fuliginoso. Los pocos témpanos que bajaban a la deriva, cogidos por el líquido incendiado, se fundían como la cera en la placa de un horno y grandes chorros de vapor se escapaban por el aire con ensordecedores silbidos.

En aquel mismo instante, estallaron descargas de fusilería al norte y al sur de la ciudad. Las baterías del campamento del Angara empezaron a disparar andanadas. Varios miles de tártaros se precipitaron al asalto de los terraplenes. Las casas de la ribera, hechas de madera, se habían incendiado por todas partes. Una inmensa claridad había disipado las sombras de la noche.



Una inmensa claridad disipó las sombras de la noche

—¡Al fin! —dijo Iván Ogareff.

¡Y tenía razones para aplaudirse a sí mismo! La maniobra de diversión que había concebido era terrible. Los defensores de Irkutsk se encontraban entre el ataque de los tártaros y los desastres del incendio. Tocarón las campanas y todos los hombres disponibles de la población se lanzaron a los puntos donde se producían los ataques y a las casas devoradas por el fuego, que amenazaba con comunicarse a toda la ciudad.

La puerta de Bolchaia estaba casi desguarnecida. Apenas habían quedado unos pocos defensores. E incluso, bajo la inspiración del traidor, para que lo ocurrido pudiera explicarse dejándole a él libre de sospechas y sólo por razones políticas, aquellos pocos defensores se habían elegido entre el pequeño cuerpo de exiliados. Iván Ogareff volvió a su habitación, brillantemente iluminada entonces por las llamas del Angara, que subían por encima de la balaustrada de las terrazas. Luego se dispuso a salir.

Pero, apenas abrió la puerta, una mujer se precipitó en la habitación, con las ropas empapadas y los cabellos en desorden.

—¡Sangarra! —exclamó Iván Ogareff, con la sorpresa del primer momento y sin imaginarse que pudiera tratarse de otra mujer que la cingara.

No era Sangarra, era Nadia.

En el momento en que la joven, refugiada como estaba en el témpano, había lanzado el grito al ver el incendio que se propagaba por la corriente del Angara, Miguel Strogoff la había cogido en sus brazos y se había sumergido con ella, para buscar refugio contra las llamas en las profundidades del propio río. Ya se ha visto que el témpano que los llevaba no se encontraba entonces más que a una treintena de brazas del primer muelle, río arriba de Irkutsk.

Tras nadar bajo las aguas, Miguel Strogoff había conseguido poner pie en tierra en el muelle junto con Nadia. ¡Por fin había alcanzado su objetivo! ¡Estaba en Irkutsk!

—¡Al palacio del gobernador! —dijo a Nadia.

En menos de diez minutos ambos llegaban a la entrada del palacio, cuyos basamentos de piedra lamían las llamas del Angara, sin poder quemarlos.

Más allá ardían todas las casas de la ribera.

Miguel Strogoff y Nadia entraron sin dificultad en el palacio,

abierto a todos. En medio de la confusión, nadie se fijó en ellos, por más que sus ropas estaban empapadas.

Una turba de oficiales que venía a recibir órdenes y de soldados que corrían a ejecutarlas atestaba la sala grande de la planta baja. Allí, en un brusco remolino de la multitud enloquecida, Miguel Strogoff y la muchacha quedaron separados.

Nadia corría como loca por las salas bajas, llamando a su compañero, pidiendo que la llevaran ante el Gran Duque. Una puerta que daba a una habitación llena de luz se abrió ante ella. Entró y se encontró de repente frente a aquél a quien había visto en Ichim, al que había visto en Tomsk, frente a aquél cuya mano, unos momentos más tarde, iba a entregar la ciudad.

—¡Iván Ogareff! —exclamó.

Al oír pronunciar aquel nombre, el miserable se estremeció. Si llegaba a conocerse su nombre, todos sus planes se vendrían abajo. Sólo podía hacer una cosa: matar a aquel ser, quienquiera que fuese, que acababa de pronunciarlo.

Iván Ogareff se arrojó sobre Nadia; pero la joven, con un cuchillo en la mano, se puso de espaldas a la pared, decidida a defenderse.

—¡Iván Ogareff! —volvió a gritar Nadia, sabiendo que aquel odiado nombre haría venir algún socorro.

—¡Ah! ¿Vas a callarte? —dijo el traidor.

—¡Iván Ogareff! —gritó por tercera vez la intrépida muchacha, con una voz cuya fuerza había multiplicado el odio.

Loco de ira, Iván Ogareff sacó un puñal de su cinturón, se lanzó sobre Nadia y la arrinconó contra una esquina de la sala.

Era ya el fin para ella, cuando el miserable, levantado por una fuerza irresistible, cayó rodando por tierra.



Levantado por una fuerza irresistible, cayó rodando por tierra

—¡Miguel! —exclamó Nadia.

Era Miguel Strogoff, que había oído su llamada. Guiado por la voz había llegado hasta la habitación de Iván Ogareff y había entrado por la puerta que había quedado abierta.

—No temas, Nadia —dijo, poniéndose entre ella e Iván Ogareff.

—¡Ah! —exclamó la muchacha—, ¡ten cuidado, hermano...! ¡El traidor está armado y ve perfectamente!

Iván Ogareff se había levantado y, creyendo que le sería fácil deshacerse del ciego, se precipitó sobre él.

Pero, con una mano, el ciego asió el brazo del vidente y, desviando su arma con la otra, lo arrojó al suelo por segunda vez.

Iván Ogareff, pálido de ira y de vergüenza, se acordó que llevaba una espada. La sacó de la vaina y volvió al ataque.

También él había reconocido a Miguel Strogoff. ¡Un ciego! ¡Sólo tenía que habérselas con un ciego! ¡La partida iba a resultarle fácil!

¡Horrorizada por el peligro que amenazaba a su compañero en una lucha tan desigual, Nadia se lanzó hacia la puerta pidiendo socorro!

—¡Cierra la puerta, Nadia! —dijo Miguel Strogoff—. ¡No llares a nadie y déjame hacer! ¡El correo del zar no tiene nada que temer hoy de este miserable! ¡Que venga a mí si se atreve, lo espero!

Mientras tanto, Iván Ogareff, encogido sobre sí mismo como un tigre, no decía una palabra. Quería evitar que el oído del ciego captara el ruido de sus pasos, de su respiración incluso. Quería herirlo antes que se diera cuenta que se acercaba, sin arriesgar nada. El traidor no pensaba en batirse, sino en asesinar a aquél a quien había robado el nombre.

Nadia, llena a la vez de espanto y confianza, contemplaba con una especie de admiración aquella terrible escena. Parecía que la calma de Miguel Strogoff la alcanzara a ella también de repente. Miguel Strogoff no tenía más arma que su cuchillo siberiano y no veía a su adversario, armado con una espada, es cierto. Pero ¿por qué gracia del cielo parecía dominarlo, y desde tan alto? ¿Cómo seguía haciendo frente, casi sin moverse, a la propia punta de la espada?

Iván Ogareff espiaba con visible ansiedad a su extraño adversario. La calma sobrehumana de éste ejercía una fuerte influencia sobre él. ¡Recurriendo a la razón, en vano se decía que,

por la desigualdad del combate, toda la ventaja estaba a favor suyo! La inmovilidad del ciego le dejaba helado. Había buscado con la vista el lugar donde debía herir a su víctima y lo había encontrado... ¿Qué era lo que le impedía acabar de una vez?

Al fin, dio un salto, lanzando una estocada al pecho de Miguel Strogoff.

Un movimiento imperceptible del cuchillo del ciego desvió el golpe. Miguel Strogoff no fue alcanzado, parecía esperar fríamente, sin desafiarlo siquiera, un segundo ataque. Un sudor helado perlaba la frente de Iván Ogareff. Retrocedió un paso y volvió a lanzarse a fondo. Pero, igual que la primera, esta segunda estocada tampoco alcanzó su objetivo. Una simple parada del cuchillo de monte bastó para desviar la inútil espada del traidor.

Éste, loco de rabia y de terror frente a aquella estatua viviente, detuvo su mirada llena de espanto en los ojos muy abiertos del ciego. Aquellos ojos que parecían leer en el fondo de su alma, que no veían, que no podían ver, obraban sobre él una especie de estremecedora fascinación.

De repente, Iván Ogareff lanzó un grito. Una luz inesperada se había hecho en su cerebro.

—¡Ve! —exclamó—. ¡Puede ver...!

Y, como una fiera que tratara de volver a su cubil, paso a paso, aterrorizado, retrocedió hasta el fondo de la sala.

Entonces, la estatua cobró vida. El ciego se fue derecho hacia Iván Ogareff y colocándose frente a él, dijo:

—¡Sí, veo! ¡Veo el latigazo con el que te marqué, traidor y cobarde! ¡Veo el lugar donde te voy a herir! ¡Defiende tu vida! ¡Es un duelo lo que me digno a ofrecerte! ¡Mi cuchillo me bastará contra tu espada!

—¡Ve! —se decía Nadia—. ¡Dios todopoderoso, será posible!

Iván Ogareff se sintió perdido. Pero, con un sobresalto de su voluntad, recuperando valor, se precipitó apuntando con la espada a su impasible adversario. Las dos hojas se cruzaron, pero, ante el choque con el cuchillo de Miguel Strogoff, manejado por aquella mano de cazador siberiano, la espada voló hecha pedazos y el miserable, alcanzado en el corazón, cayó sin vida al suelo.

En aquel momento, la puerta de la sala se abrió empujada desde fuera. El Gran Duque, acompañado por algunos de sus oficiales, se

mostró en el umbral.

El Gran Duque se adelantó y reconoció en tierra el cadáver de aquél a quien creía correo del zar.

Y entonces, con voz amenazadora:

—¿Quién ha matado a este hombre? —preguntó.



«¿Quién ha matado a este hombre?» preguntó

—Yo —respondió Miguel Strogoff.

Uno de los oficiales le apuntó con un revólver a la sien, dispuesto a hacer fuego.

—¿Cuál es tu nombre? —preguntó el Gran Duque, antes de dar la orden de que le volaran la cabeza.

—¡Alteza —respondió Miguel Strogoff—, preguntadme más bien el de el hombre que está tendido a vuestros pies!

—¡A este hombre lo conozco! ¡Es un servidor de mi hermano! ¡Es el correo del zar!

—¡Este hombre, Alteza, no es un correo del zar! ¡Es Iván Ogareff!

—¿Iván Ogareff? —exclamó el Gran Duque.

—¡Sí, Iván el traidor!

—Pero, y tú, ¿quién eres?

—¡Miguel Strogoff!

XV. Conclusión

Miguel no estaba ciego, nunca lo había estado. Un fenómeno puramente humano, a la vez moral y físico, había neutralizado la acción de la hoja incandescente que el ejecutor de Feofar había puesto ante sus ojos.

Recuérdese que, en el momento del suplicio, Marfa Strogoff estaba allí, con las manos extendidas hacia su hijo. Miguel Strogoff la miraba como sólo un hijo puede mirar a su madre cuando lo hace por última vez. Subiéndole a borbotones del corazón a los ojos, se le habían acumulado tras de los párpados unas lágrimas que el orgullo trataba en vano de retener y, al volatilizarse sobre la córnea, le habían salvado la vista. La capa de vapor formada por aquellas lágrimas, al interponerse entre el sable ardiente y las pupilas había bastado para anular la acción del calor. Fue un efecto idéntico al que se produce cuando un fundidor, tras haber sumergido su mano en el agua, atraviesa con ella impunemente un chorro de hierro en plena fusión.

Miguel Strogoff comprendió inmediatamente el peligro que correría si dejaba que se conociera su secreto. Se dio cuenta del partido que, por el contrario, podría sacarle a aquella situación para dar cumplimiento a sus proyectos. Precisamente porque le creían ciego le dejarían en libertad. Era necesario, pues, que estuviera ciego, que lo estuviera para todos, incluso para Nadia, que lo fuera en todas partes y que ni un gesto pudiera hacer dudar en ningún momento de la sinceridad de su papel. La decisión estaba tomada. Hasta la propia vida debería arriesgar para dar pruebas a todos de su ceguera, y ya se ha visto cómo la arriesgó.

Sólo su madre conocía la verdad. Se lo había dicho él al oído en la propia plaza de Tomsk, cuando la cubría de besos, inclinado sobre ella en las sombras.

Es comprensible, por tanto, que cuando Iván Ogareff, con cruel ironía, le puso la carta delante de los ojos que creía sin vida, Miguel Strogoff pudiera leer aquella carta que desvelaba los odiosos designios del traidor. De ahí nacía la energía que desplegó durante

la segunda parte de su viaje. De ahí, su indestructible voluntad de llegar a Irkutsk y de conseguir dar cumplimiento de viva voz a su misión. ¡Sabía que la ciudad había de ser entregada! ¡Que la vida del Gran Duque estaba amenazada! La salvación del hermano del zar y de Siberia estaba, pues, todavía en sus manos.

En pocas palabras el Gran Duque fue puesto al corriente de toda aquella historia y Miguel Strogoff contó también la parte que había tomado Nadia en ella y, ¡con qué vibrante emoción lo hizo!

—¿Quién es esa muchacha? —preguntó el Gran Duque.

—La hija del exiliado Vasili Fedor —respondió Miguel Strogoff.

—La hija del comandante Fedor —dijo el Gran Duque— ha dejado de ser la hija de un exiliado. ¡Ya no hay exiliados en Irkutsk!

Nadia, menos fuerte en la alegría de lo que había sido en el dolor, cayó a los pies del Gran Duque, que la levantó con una mano mientras tendía la otra a Miguel Strogoff. Una hora después, la muchacha estaba en brazos de su padre.

Miguel Strogoff, Nadia y Vasili Fedor estaban por fin reunidos, en la plenitud de su felicidad.

Los tártaros habían sido rechazados en su doble ataque contra la ciudad. Vasili Fedor, con su escasa tropa, había aplastado a los primeros asaltantes que se habían presentado ante la puerta de Bolchaia, contando con que la encontrarían abierta, a la que por un instintivo presentimiento había querido quedarse a defender.

Al mismo tiempo que eran expulsados los tártaros, los sitiados conseguían dominar el incendio. Al haber ardido rápidamente la nafta líquida en la superficie del Angara, las llamas, que se habían concentrado en las casas de la ribera, respetaron los demás barrios de la ciudad.

Antes de alzarse el día, las tropas de Feofar Kan habían vuelto a sus campamentos dejando un buen número de muertos a los pies de las murallas.

Entre aquellos muertos se encontraba la cingara Sangarra, que había intentado en vano reunirse con Iván Ogareff. Durante dos días, los asaltantes no intentaron ningún nuevo asalto. Estaban desmoralizados por la muerte de Iván Ogareff. Aquel hombre era el alma de la invasión y el único que con sus tramas urdidas desde hacía tanto tiempo había ejercido bastante influencia sobre los kanes y sus hordas como para arrastrarlos a la conquista de la Rusia

asiática.

Mientras tanto, los defensores de Irkutsk se mantuvieron alerta, y el cerco de la ciudad seguía sin alzarse.

Pero el 7 de octubre, a las primeras luces del alba, resonó el cañón en las alturas de los alrededores de Irkutsk.

Era el ejército de socorro que llegaba a las órdenes del general Kisselef y que señalaba así su presencia al Gran Duque.

Los tártaros no esperaron mucho tiempo, no querían correr la suerte de una batalla frente a los muros de la ciudad y rápidamente se alzó el campamento del Angara.

Irkutsk estaba por fin liberada.

Con los soldados rusos entraron también en la ciudad dos amigos de Miguel Strogoff. Eran los inseparables Blount y Jolivet. Al llegar a la orilla derecha del Angara por la barrera de hielo, habían podido escaparse, igual que los demás fugitivos, antes que las llamas del río alcanzaran la almadía. Todo aquello era anotado por Alcide Jolivet en su libreta de esta forma:

¡Casi acabamos como un limón en un tazón de ponche!

Su alegría fue inmensa al encontrar sanos y salvos a Nadia y a Miguel Strogoff, especialmente cuando se enteraron de que su valeroso compañero no estaba ciego, lo que llevó a Harry Blount a redactar esta observación:

Hierro al rojo insuficiente para destruir la sensibilidad del nervio óptico, ¡deberá modificarse la técnica!

Bien instalados en Irkutsk después, ambos corresponsales se ocuparon de poner orden en sus impresiones de viaje. Luego enviaron a Londres y a París dos interesantes crónicas relativas a la invasión tártara que, cosa rara, no se contradecían prácticamente en nada más que en lo menos importante. Por lo demás, la campaña fue mala para el emir y sus aliados. Aquella invasión, inútil como todas las que atacan al coloso ruso, le resultó funesta. En seguida fueron divididos por las tropas del zar, que reconquistaron sucesivamente todas las ciudades que habían sido tomadas. Además, el invierno fue terrible y de aquellas hordas, diezmadas por el frío, sólo una pequeña parte regresó a las estepas de la Tartaria.

La ruta de Irkutsk a los montes Urales estaba, pues, libre. El

Gran Duque tenía prisa por volver a Moscú, pero retrasó el viaje para asistir a una ceremonia conmovedora, que tuvo lugar algunos días después de la entrada de las tropas rusas.

Miguel Strogoff había ido a buscar a Nadia y, ante su padre, le había dicho:

—Nadia, aún hermana mía, cuando dejaste Riga para venir a Irkutsk, ¿dejaste tras de ti algún recuerdo que no fuera el de tu madre?

—No —respondió Nadia—. Ninguno y de ninguna clase.

—Así, pues, ¿no quedó allí ningún trozo de tu corazón?

—Ninguno, hermano.

—Entonces, Nadia —dijo Miguel Strogoff—, no creo que, tras hacer que se cruzaran nuestros caminos, tras imponernos tan duras pruebas, Dios haya querido unirnos de otro modo que para siempre.

—¡Ah! —exclamó Nadia, cayendo en brazos de Miguel Strogoff.

Y, volviéndose hacia Vasili Fedor:

—¡Padre mío! —dijo, sonrojándose.

—¡Nadia! —le respondió Vasili Fedor—, ¡será una dicha para mí poder llamaros hijos míos a los dos!

La ceremonia de la boda se celebró en la catedral de Irkutsk. Fue muy sencilla en los detalles, muy hermosa por la concurrencia de toda la población civil y militar, que quiso dar testimonio de su profundo agradecimiento a aquellos dos jóvenes cuya odisea ya se había hecho legendaria.



«¡Será una dicha para mí poder llamaros hijos míos a los dos!»

Naturalmente, Alcide Jolivet y Harry Blount asistían a aquella boda, de la que deseaban dar cuenta a sus lectores.

—¿Y no le dan a usted ganas de imitarlos? —preguntó Alcide Jolivet a su colega.

—¡Bah! —exclamó Harry Blount—. ¡Si tuviera una prima, como usted...!

—¡Mi prima ya no es una mocita casadera! —respondió Alcide Jolivet.

—Tanto mejor —añadió Harry Blount—, porque se habla de las dificultades que están empezando a surgir entre Londres y Pekín. ¿Acaso no desea ver lo que ocurre por ahí?

—¡Válgame Dios, mi querido Blount! —exclamó Alcide Jolivet—. ¡Iba a proponérselo!

Y así fue como aquellos dos inseparables decidieron partir hacia la China...

Algunos días después de la ceremonia, Miguel y Nadia Strogoff, en compañía de Vasili Fedor, reemprendieron el camino de Europa. Aquel camino de dolor a la ida se convirtió en un camino de felicidad a la vuelta. Viajaron a una velocidad extraordinaria, en uno de esos trineos que se deslizan como un expreso por las estepas heladas de Siberia.

Sin embargo, al llegar a las riberas del Dinka, antes de Birscoe, se detuvieron un día.

Miguel pudo encontrar el lugar donde había sepultado al pobre Nicolás. Se alzó una cruz allí y Nadia pudo rezar por última vez ante la tumba de aquel humilde y heroico amigo al que jamás habrían de olvidar.

En Omsk, la anciana Marfa les esperaba en la casita de los Strogoff. Estrechó entre sus brazos con pasión a aquélla a quien ya había llamado cien veces hija en su corazón. La valerosa siberiana pudo al fin aquel día reconocer a su hijo y mostrarse orgullosa de él.

Tras varios días en Omsk, Miguel y Nadia Strogoff volvieron a Europa y, al haber fijado su residencia Vasili Fedor en San Petersburgo, ni su hijo ni su hija tuvieron otra ocasión de separarse de él que no fuera para ir a ver a su anciana madre.

El joven correo fue recibido por el zar, que lo tomó a su servicio personal y le entregó la Gran Cruz de San Jorge.

Más tarde, Miguel Strogoff alcanzó una elevada posición en el Imperio. Pero no es la historia de sus éxitos, sino la de sus esfuerzos la que merecía ser contada.

Índice de ilustraciones

Pulsar sobre el título resaltado para dirigirse al inicio del capítulo en el que se localiza la imagen.

Portadilla

1. Portadilla

Primera parte

2. Moscú

I. Una fiesta en el Palacio Nuevo

3. «¡Realmente, Señor mío, esta fiestecita es encantadora!»
4. Salió a un amplio balcón a respirar el aire puro

II. Rusos y tártaros

5. «Sí, general, y voy a enseñarte lo que ignoras»
6. «¡Que Vuestra Majestad me perdone...!»

III. Miguel Strogoff

7. Algunos instantes después, el correo Miguel Strogoff entraba en el gabinete imperial
8. «¡Ve, pues, Miguel Strogoff...!»

IV. De Moscú a Nizhni Nóvgorod

9. Miguel Strogoff se arrellanó en su rincón
10. El tren volvía a ponerse en marcha sin que nadie se preocupase en absoluto del retrasado
11. Luego, con los ojos bajos..., se dispuso para un trayecto que aún debía durar algunas horas
12. Viajeros más o menos sacudidos, gritos, confusión, desorden

general en los vagones

V. Un decreto en dos artículos

13. «¿Qué haces aquí?»

14. Era un movimiento, una excitación

15. Entonces, en voz alta, leyó la declaración siguiente...

VI. Hermano y hermana

16. Allí, en un banco, derrumbada más que sentada

17. «Hermana...»

VII. El descenso del Volga

18. Itinerario. Mapa 1

19. Allí dormían no sólo sobre los bancos

VIII. Remontando el río Kama

20. Se acercó al portalón del vapor en el momento en que el grupo de gitanos

21. ¿Iba, pues, a perder el barco Alcide Jolivet?

IX. En tarantás noche y día

22. Media hora más tarde, tres caballos estaban enganchados al tarantás

23. El tarantás dejaba Perm en medio de una nube de polvo

X. Una tempestad en los Urales

24. «Tienes que estar dispuesta a todo. ¡Ya está aquí la tormenta!»

25. Dotado de un vigor poco común, consiguió, no sin esfuerzo, dominar los caballos

26. «¡Gritos, hermano! ¡Escucha!»

XI. Viajeros en peligro

27. Las ráfagas, rotas bruscamente en cada esquina

28. ¿Estás herida, hermana?

29. Si el yemshik no se hubiera retirado prudentemente

XII. Una provocación

30. El diligente francés había encontrado un tarantás...
31. El 22 de julio llegaron las dos tarantás
32. Una posta en Siberia
33. «¡Defiéndete porque no te voy a dar cuartel!»

XIII. Ante todo, el deber

34. «¡Por la Patria y por el Padre!», murmuró al fin, terminando su oración de la noche
35. «¡Vete, amigo mío vete!», le dijo, «¡Podría matarte!»
36. Se apoderaron de ella y la pusieron en una de las barcas

XIV. Madre e hijo

37. «¡No hables, padrecito, no hables! Aún estás muy débil»
38. «¡Hijo mío!»
39. «¿Sabes, vieja, que puedo hacer que te torturen...?»

XV. Los pantanos de la Baraba

40. El caballo de Miguel Strogoff aguijoneado por aquellos venenosos dípteros

XVI. Un último esfuerzo

41. «¿Puedes responderme?» le dijo con voz grave
42. Miguel Strogoff avanzaba, pues, tan deprisa como era posible
43. «¡Antorchas!», se dijo
44. Sin que le temblara la mano, le apuntó un instante
45. Y el caballo de Miguel Strogoff, herido en el costado

XVII. Versículos y canciones

46. Dos verstas más adelante, siguiendo el curso del Obi, una pequeña ciudad
47. El campo de batalla de Kolyvan
48. El puesto fue invadido entonces por los soldados tártaros

Segunda parte

49. De Moscú a Irkutsk

I. Un campamento tártaro

50. La tienda de Feofar dominaba las tiendas vecinas
51. «Así que, ¿es usted un poco médico?»

II. Una actitud de Alcide Jolivet

52. Allí estaba Sangarra
53. Iván Ogareff desmontó del caballo, entró en ella y se halló ante el emir
54. Iván Ogareff tomó las cartas que le tendía Harry Blount y las leyó con atención
55. La muchacha estaba allí y le daba su brazo como apoyo

III. Golpe por golpe

56. La gran ruta siberiana no bordeaba las riberas de Tom
57. Venían a beber también...
58. «¡Venga!» dijo Iván Ogareff
59. Y, levantando el knut, desgarró con él el rostro de Iván Ogareff

IV. La entrada triunfal

60. Aquella mujer, reina o esclava, era admirablemente bella
61. «¡Vas a morir!» le dijo

V. «¡Mira con los ojos bien abiertos, mira!»

62. Inmediatamente comenzaron los bailes
63. «¡Mira con los ojos abiertos, mira!»
64. Miguel Strogoff estaba ciego

VI. Un amigo en el camino real

65. «¿Estás ahí. Nadia?» preguntó
66. «Es una carreta. La conduce un joven»
67. «¡Es linda!» dijo Nicolás

VII. El paso del Yeniséi

68. Eran las siete de la tarde
69. En seguida estuvieron el aparato y su motor en la superficie del río
70. Empuñando con vigorosa mano la brida del asustado caballo

VIII. Una liebre que atraviesa el camino

71. «¡Una liebre que acaba de cruzarse en nuestro camino!»

72. Era el cadáver de un mujik

73. El caballo se precipitó con su jinete en el fondo de aquel barranco

IX. En la estepa

74. ¡Dominando la repugnancia, Nadia miraba todos aquellos cadáveres...!

75. Del suelo salía una cabeza

76. El cuerpo de Nicolás, con las manos unidas sobre el pecho, reposó en seguida en aquella tumba

X. Baikal y Angara

77. Un viejo barquero del Baikal había tomado el mando de la balsa

78. «Venga conmigo» le dijo Nadia

XI. Entre dos orillas

79. El viejo, tumbado en la proa junto a sus hombres...

80. Nadia marchaba arrastrándose delante de Miguel Strogoff

81. Itinerario. Mapa 2

XII. Irkutsk

82. Se trabajó día y noche

83. «Vasili Fedor»

XIII. Un correo del zar

84. Un hombre entró en el salón, con aspecto de estar agotado por la fatiga

85. Por todas partes fue acogido con felicitaciones cordiales

86. Aquella noche, desde lo alto del glacis, cayó un billete

XIV. La noche del 5 al 6 de octubre

87. Esperaba, pues, en las tinieblas

88. Una inmensa claridad disipó las sombras de la noche

89. Levantado por una fuerza irresistible, cayó rodando por tierra

90. «¿Quién ha matado a este hombre?» preguntó

XV. Conclusión

91. «¡Será una dicha para mí poder llamaros hijos míos a los dos!»

Apéndice

Vida del autor

Nacimiento

Nace en la ciudad portuaria de Nantes el 8 de febrero de 1828, hijo de Pierre Verne y Sophie Allotte de la Füye. La tradición familiar de su padre, hombre de leyes que había abierto despacho hacía pocos años e hijo de un magistrado, le señalaba una tendencia al orden, pero la de su madre, hija y nieta de armadores y marinos, le inclinaba hacia la aventura. Otra mujer, viuda de un capitán de la marina mercante, le enseña las primeras letras, hasta que a los ocho años entra en el seminario.

Primera aventura

A los once se enrola como grumete en un buque que zarpa para unos cuantos meses, pero su padre lo alcanza en el último puerto del estuario del Loira y, después de reprenderle enérgicamente, le hace acabar confesando que pretendía traerle un collar de corales a su prima Carolina, de la que ya andaba enamorado, y prometer que no volvería a viajar más que con la imaginación.

Primeros

Termina el bachillerato en el liceo de Nantes; inmediatamente después comienza a estudiar Derecho, mientras sigue enamorado de su prima, la del collar de corales, y empieza a escribir sus primeras obras en verso: unos sonetos y una tragedia nunca representada y de la que no queda rastro.

*Primer
desengaño*

Carolina se casa, dejando a su primo Julio, con 19 años, sumido en la desesperación, en el mismo año en que se examina del primer curso de Derecho, por libre, en París. Pero tanta pena no le impide seguir escribiendo y consigue leer ante un público muy selecto de Nantes una obra dramática, ya en prosa. Como le interesa el teatro y para eso no hay nada mejor que París, convence a su padre para que lo deje ir allí a concluir los estudios de Derecho.

*Bohemia y
literatura*

Vive de pensión en la gran capital, llevando la vida del clásico estudiante junto a un amigo de su ciudad natal, con el que llega a compartir el mismo frac, que se ponen una noche cada uno para poder frecuentar los ambientes mundanos. Su pasión por la lectura llega hasta hacerle ayunar tres días para poder gastar lo ahorrado en comprarse el teatro completo de Shakespeare.

*Primer
estreno*

Sigue escribiendo obras dramáticas, animado por Alejandro Dumas padre, que le invita a asistir en su palco del Théâtre

Historique, fundado por éste en 1847, al estreno de *La juventud de los tres mosqueteros*. En este mismo teatro estrena en 1850 *Les Pailles rompues*, comedia en verso, pero cuatro o cinco más quedan inéditas, camino del escenario.

*Primeras
publicaciones*

En el mismo año concluye los estudios de Derecho, para dar gusto a su padre, que deseaba hacerle seguir sus pasos, pero no pasa de ahí. Se queda en París, ya sin la ayuda económica paterna, y se dedica a escribir, mientras da clases para ganarse la vida. En 1852 publica sus primeras obras cortas en prosa, en las que se prefigura al autor de los *Viajes extraordinarios* y entra como secretario del Théâtre Lyrique, que ocupa el mismo edificio donde había estrenado su primera obra.

Al mismo tiempo publica su primera novela, *Martín Paz*, de tema histórico, ambientada en el Perú, donde no había estado jamás. Un año después estrena una opereta, titulada *Le Colin Maillard (La gallina ciega)*, como autor del libreto y con música del Aristide Hignard. En 1853 deja su empleo en el Théâtre Lyrique y se dedica de lleno a escribir.

La boda

En 1857 se casa con Honorine Morel, de soltera Du Fraisne de Viane, joven viuda de 26 años, madre de dos hijas, de la nobleza provinciana. Apoyado por su suegro y con dinero que le entrega su padre, encantado de verlo entrar en razón tras unos años de «locura literaria», se convierte en agente asociado de cambio en la Bolsa de París. Pero no por eso deja de escribir, especialmente operetas y vodeviles en colaboración. Empieza en esa época a viajar por Inglaterra y Escocia (1859) y Escandinavia (1861). De estos años es el manuscrito recientemente exhumado *Voyage à reculons en Angleterre et Ecosse (Viaje a trompicones por Inglaterra y*

Escocia). El 3 de agosto de 1861, durante uno de sus viajes, nace su hijo Michel.

*Primer
éxito*

Al año siguiente se produce su primer contacto con el editor y político progresista Hetzel, junto al que se consolida definitivamente su éxito literario. Entra en las oficinas de la editorial con el manuscrito de *Cinco semanas en globo* y sale con un contrato firmado por veinte años, que cuenta entre sus cláusulas la de que todas sus novelas habrían de «presentar de forma atractiva facetas del conocimiento científico a los adolescentes». En diciembre se publica el libro, consigue un triunfo clamoroso y empieza a traducirse inmediatamente a varias lenguas. El tema de la novela se lo había inspirado Nadar, pionero de la fotografía y apasionado de las novedades, con quien acababa de trabar amistad y que había construido y hecho volar un enorme globo.

*Viaje a
América*

En 1866 se instala en Le Crotoy, pueblo costero situado en la bahía de la Somme, en Normandía, y se dedica a vivir de la literatura. No sólo escribe sus novelas de aventuras, sino también libros de divulgación de geografía y de viajes. Un año después se embarca hacia los Estados Unidos, visita Nueva York y las cataratas del Niágara, de donde vuelve fascinado por la joven república e incipiente potencia industrial.

Honores

Con los buenos rendimientos de su trabajo consigue comprarse en 1868 un pesquero transformado, el Saint-Michel, con el que se dedica a la navegación costera de placer, y poco después cierra su

casa de Auteuil, en París. Ya es un consagrado, hasta el punto que en 1870 Napoleón III le concede la Legión de Honor en uno de sus últimos gestos como Emperador. Uno de sus padrinos fue Fernando de Lesseps, creador de los canales de Suez y Panamá.

La guerra

Al estallar la guerra franco-prusiana lo movilizan en la Guardia Nacional y se ocupa de la defensa costera, con escasísimos medios y municiones. Hace varios viajes a París, se queda espantado con la situación en que se encuentra la Comuna y, burgués al fin, se pone del lado de los «versalleses», representantes de derechas.

Con el fin de la guerra le llegan algunas dificultades económicas, puesto que Hetzel anda escaso de liquidez, pero sigue escribiendo para él. El 3 de noviembre de 1871, muere su padre, con el que había tenido una muy difícil relación y a quien llegó a sustituir idealmente por su gran editor.

En seguida vuelve el éxito económico: en 1872 publica la *Vuelta al mundo en ochenta días*, primero en forma de folletín y al año siguiente en un tomo ilustrado, con el que alcanza una edición de más de cien mil ejemplares... Poco después se estrena en el teatro de la Porte de Saint-Martin una obra suya antigua *Un neveu d'Amérique*

que marca el comienzo de sus éxitos teatrales con adaptaciones de las novelas de *Viajes extraordinarios*.

Problemas familiares

En 1874, después de unos cuantos años de tenerle preocupado por su mala conducta, mete en una clínica psiquiátrica a su hijo Michel, sin éxito, de forma que luego tendrá que llevarlo a un reformatorio. En ese mismo año empieza a escribir el proyecto de *Miguel Strogoff* llamado aún El Correo del Zar, inspirándose en

unas revueltas tártaras que habían tenido cierto eco en la prensa en París y Londres. Su hijo no mejora de conducta y sigue preocupándole mucho, aunque no deja por ello de escribir y trabaja incluso en varias novelas al mismo tiempo.

Su buena posición económica le permite encargar un yatecito, botado con el nombre de Saint-Michel II, que un año después cambiará por un verdadero yate de vela y motor, de noventa pies, con capacidad para una buena docena de pasajeros. Da fiestas sonadas y empieza a soñar con la Academia. En 1878 zarpa con su flamante barco hacia Lisboa, Tánger y Argel, después de haber dejado a su rebelde hijo embarcado en un carguero que se dirige a las Indias orientales, en un viaje que se supone de castigo y corrección, pero que resulta una delicia para el muchacho, a quien todos a bordo miman como hijo de un famoso escritor.

*Nuevos
éxitos*

Siguen saliendo libros, estrenándose obras de teatro sobre sus novelas (*El doctor Ox*, opereta con música de Offenbach) e incrementándose su fortuna.

Su mujer sigue enferma y su hijo Michel, ya con 18 años, sigue dándole disgustos: ahora le pide la emancipación para casarse con una cupletista, de la que no tardará en separarse, tras haber secuestrado a una menor. Lo echa de casa pero corre con sus gastos, para evitar males mayores. Mientras tanto se estrena en un teatro de París la adaptación teatral de *Miguel Strogoff*, con tal éxito que llega a poner de moda los gorros rusos (chatkas) y el caviar, sin hablar de los ingresos por derechos de autor.

*Viaje
a
África*

Una vez conseguido el divorcio de su primera mujer, Michel Verne se casa en 1883 con su joven novia, Jeanne, pianista en

ciernes, que, ante la sorpresa de todo el mundo, consigue hacer de él una persona formal y fundar una familia de tres hijos. Un año después, más tranquilo al verse múltiple abuelo, Verne emprende un largo crucero por el Mediterráneo, con su esposa, ya curada, y es recibido por el Bey de Túnez, por el Papa y, en Mallorca, por el Archiduque Luis Salvador de Austria, que se dedica a la investigación oceanográfica, a la literatura y a la contemplación en su hermosa propiedad de Miramar.

En 1886, vuelven a empezar las desgracias. Tras verse obligado a deshacerse de su yate, por no poderlo mantener, el hijo de su hermano Paul, Gastón, en un ataque de paranoia aguda, le dispara con una pistola, alcanzándolo en un pie y dejándolo lisiado para siempre y durante largos meses sin poder andar. Poco después muere Hetzel, que además de su editor había sido como un padre para él, y ni siquiera puede ir al entierro. Ese mismo año muere también una mujer, Mme. Duchesne, con la que Verne tuvo una discreta, pero larga e intensa relación. Al año siguiente muere su madre.

Labor pública

En 1888 le proponen y acepta una candidatura de concejal para el ayuntamiento de Amiens, en la lista del partido radical socialista, que a pesar de su nombre es bastante moderado, y resulta elegido. Su labor pública está a la altura de su obra. Se ocupa de asuntos artísticos y culturales y a él se debe la construcción del circo municipal. También se toma interés por el urbanismo moderno, cuyas líneas progresistas expondrá en su novela *Los quinientos millones de la Begum*.

Entre las ruinosas aventuras empresariales de su hijo, cuyos déficits terminan corriendo por cuenta del padre, y el descenso de su popularidad empieza a tener preocupaciones económicas por primera vez en mucho tiempo. En 1896, su novela *Frente a la bandera* le acarrea una querrela por difamación del inventor de la melinita, poderoso explosivo, el químico Turpin, que cree verse representado en un personaje. Lo defiende el futuro presidente de la

República Raymond Poincaré y sale absuelto.

Las adversidades, moderadas, desde luego, no le hacen perder el aliento literario y continúa escribiendo a pesar de que su salud empeora. En 1897 muere su hermano Paul, con el que estaba muy unido.

Muerte

Con el cambio de siglo empieza a perder la visión, pero sigue escribiendo o dictando hasta poco antes de morir, víctima de una crisis diabética, el 24 de febrero de 1905, a las diez de la mañana, rodeado de toda su familia. Hasta 1920 siguen publicándose novelas póstumas suyas y en 1989 sale un último manuscrito, que se creía perdido, en el que cuenta su primer viaje a Inglaterra y Escocia.

La época y el novelista

*Francia:
dos tercios
del siglo XIX*

La vida de Julio Verne coincide con dos buenos tercios del siglo XIX y con un período bastante tumultuoso de su patria. A los dos años de su nacimiento comenzó la colonización de Argelia. Poco después, la revolución liberal de 1830 derribó a Charles X, el último Borbón francés y proclama Rey a Louis Philippe I, duque de Orléans, recuperando la bandera tricolor. Los republicanos estaban en minoría y así siguieron hasta que, en 1848, la primera industrialización emprendida por la alta burguesía entró en crisis y se extendió el paro, al mismo tiempo que se reducían las tímidas libertades del régimen monárquico parlamentario. Cuando el novelista acababa de cumplir veinte años, una coalición liberal y socialista hace abdicar al «Rey burgués» y convoca elecciones a una Asamblea constituyente, después de proclamar la Segunda

República. Una insurrección de los socialistas encabezada por Blanqui tras la victoria electoral de los conservadores, termina en un baño de sangre. El 10 de diciembre, por una mayoría del 73 por 100, resulta elegido Presidente de la República por 4 años Luis Napoleón Bonaparte, casado con la española Eugenia de Montijo. Tras unas cuantas vicisitudes republicanas, que incluyen un golpe de Estado, se extiende el período presidencial a diez años y, en diciembre de 1852, por medio de un plebiscito en el que saca el 97 por 100 de los votos, el Presidente se convierte en «Emperador por la gracia de Dios y la voluntad de la nación», con el nombre de Napoleón III. Éste es el período en que los franceses conquistan sus mejores colonias de África y Asia y se inicia una gran prosperidad. Un ambicioso programa de obras públicas: ferrocarriles, carreteras, canales, acaba con el paro. El arquitecto y urbanista Hausmann transforma París en una ciudad moderna. Francia empieza a exportar progreso y a intervenir en la política internacional como gran potencia, aprovechando la guerra de Crimea y los movimientos nacionalistas de los Balkanes y de Italia, a quienes presta apoyo. En 1859 empieza a construirse el canal de Suez, mientras se consolida el dominio en Indochina. Pero pronto choca con Alemania. Bismark le para los pies al Emperador cuando quiere anexionarse Bélgica, Luxemburgo y el Palatinado. Fracasa la aventura mexicana de Maximiliano III gracias a la ayuda que los Estados Unidos prestan a los rebeldes. Toda América del Sur era ya independiente entonces de España y Portugal, pero no había conseguido cumplir el deseo de Bolívar de organizarse en una Unión Sudamericana.

A partir de 1864 cambia el signo del régimen y empieza a convertirse en el «Imperio liberal», que se somete a plebiscito en 1870 y gana el 83 por 100 de los votos.

*Fin del
Imperio*

Eso no impide que se declare la guerra franco-prusiana el 10 de julio de 1870, año en que Verne, ya en buena posición económica, publica *Veinte mil leguas de viaje submarino* y *Alrededor de la Luna*. Menos de dos meses después el general Mac Mahon es

derrotado en Sedán y Napoleón III capturado. Se acaba el Imperio y se inicia una resistencia «nacional» por iniciativa de los republicanos Fabre y Gambetta, con la proclamación de la Tercera República. Pero la milicia nacional republicana no tiene fuerzas ante la máquina de guerra prusiana y Francia capitula en enero de 1871, perdiendo Alsacia y Lorena.

Alemania e Italia pasan a tener un protagonismo en la escena mundial.

*Insurrección
popular:
la Columna*

Tras la derrota, el republicano conservador Thiers forma un gobierno provisional y adopta una serie de medidas impopulares que conducen a la insurrección de la Comuna, promovida por los Blanquistas, socialistas-revolucionarios y anarquistas. Thiers huye a Versalles y encarga a Mac Mahon, el derrotado de Sedán, la represión de los sublevados. Esta vez, contra su propio pueblo, el general resulta victorioso y en el mes de mayo caen fusilados unos veinte mil «comunards», que aún hoy son objeto de algún culto popular en poemas y canciones.

*Calma
política*

Todos estos episodios impresionaron mucho a Julio Verne. En 1873, año de la *Vuelta al mundo en ochenta días*, el general derrotado por los alemanes y vencedor de los franceses, Mac Mahon, alcanza la Presidencia del Gobierno provisional, dispuesto a conseguir una restauración monárquica en la persona del pretendiente Borbón, conde de Chambord, que fracasa por no aceptar la bandera tricolor. La Cámara legislativa decide entonces, por mayoría de un voto, proclamar la Tercera República. Se inicia entonces una era política de bastante tranquilidad, quizá porque los gobiernos no duran mucho y porque tiene que recurrirse

constantemente a la coalición de varios partidos. Se crea una burocracia basada en principios de neutralidad. Se desarrolla el Derecho Administrativo de carácter democrático, que ha servido de base doctrinal a casi toda la organización administrativa de la órbita europea occidental. Sólo en 1877, un año después de publicarse *Miguel Strogoff*, Mac Mahon fracasa en un golpe de Estado que acaba fortaleciendo las posiciones republicanas. En 1879, cuando salen *Las tribulaciones de un chino en China* y *Los quinientos millones de la Begum* Jules Grevy llega a la Presidencia con una política de concentración liberal republicana y amnistía a los «comunards» que quedaban presos. Se asienta el régimen republicano democrático y se extiende la educación laica, gratuita y obligatoria que ha dado gloria a la pedagogía francesa de la segunda mitad del siglo XIX y primera del XX; se instauran las libertades de asociación y prensa, el matrimonio civil, la organización municipal, que aún sigue vigente en sus líneas generales, y los fundamentos para la libertad sindical. Julio Verne se encuentra ya en un mundo más acorde con sus principios ideológicos.

Francia:
un país
moderno

Francia es ya un país moderno en el sentido más verniano del término, tanto, que en 1889, tras un trienio autoritario encabezado por Boulanger, se celebra la primera gran muestra comercial e industrial del mundo, la Exposición Universal de París, a la sombra de la Torre Eiffel.

El propio Papa León XIII, tras su encíclica *Rerum Novarum*, donde inaugura la doctrina social de la Iglesia, autoriza a los católicos a colaborar con la República. Con el único sobresalto del asunto Dreyfus, oficial judío condenado con pruebas falsas por un inexistente delito de espionaje, defendido por Zola en su famoso artículo «

J'accuse

», mientras la derecha política se estructura bajo la inspiración de

Carlos Maurras y León Daudet, Francia camina a través de la *belle époque* y Verne se va haciendo viejo y achacoso. En 1905, año de su muerte, su amigo Aristide Briand[101] está en el poder e instaaura definitivamente en Francia la separación de la Iglesia y el Estado, mientras en Rusia se desencadena la primera revolución popular, que servía de precedente para la de 1917.

*Verne,
lector
infatigable*

Julio Verne había seguido con mucho interés todas las convulsiones políticas de su propio país y del mundo entero. Las peripecias de la descolonización sudamericana, hija de la Revolución Francesa y en marcha, la Guerra de Secesión entre yanquis y sudistas, la conquista francesa de África e Indochina, la expansión rusa por Asia, todas estas aventuras le apasionaron. Lector infatigable, no sólo de libros sino también de periódicos, puesto que antes de ser escritor de libros lo fue de artículos en revistas, estaba al corriente de la actualidad política, económica, científica y tecnológica de todo el mundo. Sin embargo, como puede verse por su vida, Julio Verne no es precisamente un personaje que hubiera podido protagonizar alguna de sus novelas. Justo es decir que, al menos en su adolescencia, lo intentó y, de no haber sido por su severo progenitor, quizá hubiera podido empezar una carrera de aventurero mientras buscaba corales para la prima Carolina de sus sueños. Pero las cosas son como son y sólo hay una realidad.

*Un buen
burgués*

Toda su vida vivió como el buen pequeño burgués que era y las pocas incomodidades que sufrió le ocurrieron de estudiante, como a tantos otros. Pero no se dejó vencer del todo por el espíritu rígidamente tradicional de su padre. Había decidido escribir la

aventura, ya que no podía vivirla y lo hizo, ¡vaya si lo hizo!

*Vida
ordenada
y ficción*

En realidad, su amor por la literatura tenía varias facetas. Por un lado estaba la ficción que colmaba los huecos que en su amor por la acción dejaba la ordenada vida provinciana. Por otro, el prestigio del artista que aureola al escritor. Sin olvidar los honores de la inmortalidad que en algún momento buscó, sin éxito, en la Academia francesa. Pero, aunque nunca se le ha considerado, desde luego, un genio literario de los de primera fila, lo cierto es que, casi cien años después de su muerte, se le sigue publicando y, lo que es más importante, leyendo en bastante mayor medida que a muchos de aquellos «inmortales» de su tiempo que le cerraron las puertas de tan rancia institución.

Era un espíritu obediente, a pesar de todo. Se plegó ante su padre, y aceptó estudiar Derecho. Tras un período de moderada rebeldía en que coqueteó con el teatro, se hizo agente de bolsa, pero sin abandonar su mayor afición y, cuando consiguió un contrato seguro con un gran editor, se dedicó de lleno a ella, casi a la manera de un honesto funcionario, aceptando cualquier sugerencia de su «jefe». Hay que decir que Hetzel debía ser un hombre de grandes dotes persuasivas, animoso, hábil y cultísimo, hasta el punto de que Verne lo adoptó como contrafigura del padre extremadamente conservador y autoritario que le dio la naturaleza.

*Pasión por
los avances
científicos*

No es del todo cierta la leyenda que corre de que Julio Verne no hubiera salido nunca de su ciudad natal. Viajó algo por Europa y el norte de África, y se permitió alguna aventurilla marinera. Conoció en París a lo mejorcito de la sociedad de su época y se interesó por

todos los avances científicos y técnicos en un momento de verdadera efervescencia. Le apasionaron las novedades en el campo de la física y la química. Hay en su obra una especie de culto a la electricidad como resumen de los grandes inventos de la primera sociedad industrial, que no es simplemente un decorado sino que forma parte inseparable de la trama de casi todas sus novelas. Es conocida la precisión con que describe los fenómenos que sirven de base a esas tramas. En alguna ocasión llega a publicar al final de una novela un estudio hecho por un ingeniero de minas con los cálculos que podrían permitir cambiar el eje de rotación de la Tierra.

Su fama de precursor forma parte de una cierta leyenda benevolente, puesto que todo lo que parece haber profetizado existía ya en mayor o menor medida cuando él lo escribía. Sin embargo, no puede dejar de admirarse su capacidad de estar al día de los más insospechados inventos y, sobre todo, de construir unas estupendas historias de ellos.

Influencia romántica

Pero ni la ciencia ni la técnica ocultan la influencia del romanticismo, con sus héroes individualistas movidos por las fuerzas fatales del destino, sólo rotas por la necesidad de encontrar algunos finales felices para unos libros destinados a educar a los jóvenes.

Es cierto que no salió de los límites del mundo más civilizado de su época y que jamás llegó a conocer ni la Rusia imperial, ni la Siberia, oriental u occidental. Que sólo estuvo en la Costa Este norteamericana unas pocas semanas y que de los Polos sólo sabía lo que había leído. Cuanto más lejos le quedaban África central, el Pacífico, la Micronesia, China y la India... Sin embargo, los paisajes descritos en sus obras suenan tan reales como si los hubiera fotografiado él mismo y nos lo estuviera contando después.

Al no poder recorrer el mundo en persona, como seguramente habría deseado, viajó con la imaginación y, al contarlos, entusiasmó y sigue entusiasmando a varias generaciones de incontables

adolescentes de todas las edades, incluyendo a los que por partida de nacimiento dejan de tener derecho a serlo.

*Político
moderado*

Progresista ante los inventos y descubrimientos de su época no lo fue tanto en política, donde se movió, no mucho, por entre los círculos de la moderación. Amante de la buena vida tranquila, puesto que tenía su ración de emociones cubierta por la escritura, fue un gran trabajador, hizo lo que pudo como padre y marido y resultó genial como autor de libros de aventuras: con una experiencia de viajero bastante discreta consiguió escribir una hermosa colección de novelas, gran parte de las cuales se agrupan con toda justicia bajo el nombre de «Viajes extraordinarios».

El Correo del Zar

*El reinado
del zar
Alejandro II*

La época en que se sitúa la novela, una de las pocas en que Julio Verne no ejerce su tarea de precursor y divulgador de los conocimientos científicos del momento entre los jóvenes, es la del reinado del zar Alejandro II, cuyo nombre pidió el editor que no se citara por razones diplomáticas, para no incomodar a nadie en Rusia, con la que Francia deseaba estrechar sus relaciones por aquel entonces y en la que circulaban ya numerosas traducciones de obras de Julio Verne. Lo cierto es que el libro pasó una especie de censura por parte del Quai

d'Orsay

, Ministerio de Asuntos Exteriores de Francia. Parece incluso que lo leyó en galeradas Iván Turguénev y que lo encontró

extraordinariamente exacto y documentado. La descripción del emperador democrático y comprensivo con los exiliados liberales en Siberia, en contraposición con el conservador jefe de la policía, permite imaginar que Verne se inspiró en este monarca de espíritu progresista. El zar Alejandro II intentó modernizar algo la vieja Rusia. Abolió la servidumbre, liberando a los campesinos, que estaban jurídicamente sujetos a la tierra, como si fueran árboles o animales. En el exterior, le tocó la derrota en la guerra de Crimea, sellada con la Paz de París, una de cuyas consecuencias fue la concesión de la autonomía para Polonia. En el interior, la derrota pone al descubierto el enorme atraso de la sociedad y, sobre todo, de la administración rusa. Se emprende una reforma de largo alcance que empieza con la abolición parcial de la gleba y una tímida redistribución de la tierra; sigue con el fomento de la educación primaria y secundaria, y con la autonomía universitaria. Se ponen límites a la censura de prensa y se inicia una modernización del sistema penal, con jueces teóricamente independientes y procesos públicos. La administración recibe cierta autonomía y se llegan a crear consejos municipales, con un sistema de sufragio censatario, según el cual deben demostrarse medios de fortuna para poder elegir o ser elegido. Justo es decir que este Zar no le volvió la espalda a su época y que esta moderada liberalización se tuvo que iniciar sin remedio para que pudiera iniciarse una relativa revolución industrial en Petersburgo y Moscú y, al mismo tiempo, gracias a ese progreso industrial. Pero estas medidas tan loables y bienintencionadas no permitieron que el Zar muriera en su lecho. En 1881 cae asesinado por unos nihilistas y le sucede Alejandro III, que instaura una monarquía autocrática de la mayor violencia, apoyándose de nuevo en la Iglesia y en una policía política de nuevo cuño, la que sería tristemente famosa Ojrana.

Julio Verne muestra con la descripción de Alejandro II un cierto gusto por la monarquía, y quizá se pueda pensar que estaba manifestando en cierto modo su nostalgia del Segundo Imperio y de Napoleón III, de quien guardaba una imagen positiva porque había contribuido a la modernización de las estructuras urbanísticas e industriales de Francia y a quien debía agradecer la más alta condecoración civil de su país, olvidando las carencias democráticas del pequeño Emperador.

*La expansión
del
Imperio ruso*

El trasfondo en el que se mueve el mensajero de este excelente monarca es el de la expansión hacia el Este del Imperio ruso, que venía haciéndose desde los tiempos de Iván el Terrible. La acción se desarrolla en medio de una rebelión de los pueblos colonizados contra el colonizador, para la que Verne pudo inspirarse en alguna de las muchas insurrecciones que regularmente se producían en las zonas fronterizas con el Imperio turco y más concretamente en la que concluyó con la toma de Khiva por los rusos en 1873. Muy en consonancia con la visión eurocéntrica del mundo que predomina en París en la época de Verne, y que ha perdurado incluso en sectores supuestamente progresistas hasta después de la Segunda Guerra Mundial, aquí los «buenos» son los rusos, los blancos, los europeos, y los «malos» son los tártaros y su perversísimo aliado, el mestizo Ogareff, paradigma de la traición a la parte blanca de su sangre. La pizca de racismo de Julio Verne, sentimiento muy común en su época, todo hay que decirlo, alcanzaba también a los gitanos, como puede verse en el episodio de la feria de Niznih Nóvgorod. Faltaba aún mucho tiempo para que, a pesar de las ideas que dieron paso en Francia a la Revolución de 1798, a la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano del 26 de abril del mismo año y, más tarde, a la aventura de la Comuna de París, se impusiera el respeto a la soberanía de los pueblos y la igualdad de todos los seres humanos como algo natural y reconocido por todos. Precisamente, los recuerdos de la Comuna debieron influir en el terror que el novelista le inspiraba la subversión.

*El
Protagonista*

Es legítimo pensar que Julio Verne eligió el nombre de Miguel para el *Correo del Zar* con el propósito de que su hijo Miguel cambiara un poco de actitud y llegara a identificarse con el

nobilísimo héroe siberiano. Está en la línea de los objetivos de toda su obra, destinada por el editor a formar el espíritu de los jóvenes. Lo cierto es que Miguel Strogoff es un hombre de una pieza, como dice el propio Emperador al encargarle la misión. No hay agente secreto en la literatura universal que sea tan completamente devoto de su Señor, valeroso, cortés, robusto, hábil, tierno, leal, obediente, tenaz y, al final, astuto como este correo que hace buena parte de su larguísimo camino cegado por la brutalidad de los salvajes tártaros. Sin embargo, aquí se detiene la fantasía: la aventura de este héroe exige de él virtudes un poco exageradas, pero es perfectamente realista.

La ceguera, recibida como un sacrificio en aras a los más altos valores en los que Strogoff cree, es el símbolo de esa obediencia que lo convierte en simple mano ejecutora de los designios del «Padre», título que recibe el Zar en alguna parte de la obra, por los que hasta llega a abandonar a su madre en los peores peligros. El vuelco del último capítulo refuerza el simbolismo de esta ceguera, que se torna voluntariamente fingida para servir mejor los deseos del Zar.

*Ogareff:
paradigma
de la traición*

En línea con todas esas cualidades, Miguel es un empedernido optimista, completamente inasequible al desaliento, paradigma de las virtudes que se deben inculcar a un joven en período de formación. Lo malo es que entre tanta virtud no cabe, hasta muy adelantada la acción, un pequeño defecto como la desconfianza, hija de la experiencia. Así, las cosas le van más o menos bien hasta que se encuentra con el traidor Ogareff. A partir de ese momento, en la noche en que se inaugura la feria de Nizhni Nóvgorod, todo empieza a salirle mal, en un *crescendo* que cobra visos aterradores casi al final de la novela, cuando la perversidad del oficial felón organiza una espectacular catástrofe justo cuando está llegando a la meta el Correo del Zar.

Y es que es un viaje iniciático. Miguel es un hombre hecho y derecho a los ojos de los lectores adolescentes, pero Julio Verne,

que tenía 52 años cuando se publicó la novela, debía de verlo como un muchacho. Lo cierto es que le da el título de «joven» a lo largo de todo el relato. A un joven pues se le puede hacer viajar a través de un cúmulo de pruebas casi rituales con el fin de introducirlo en el aprendizaje de las cosas secretas de la vida, de lo escondido, de lo difícil. Desde luego a Strogoff no le faltan lecciones que aprender durante su tremenda aventura, y el tesón que pone en no olvidarlas, hace que, gracias a un golpe de suerte, a un designio del destino o a la ternura que siente por su madre, otra más de sus virtudes, todo ello hábilmente manejado por la astucia del aplicado aprendiz, llegue entero y firme hasta la meta. Un excelente modelo a seguir, en suma.

*Un
contrapunto
femenino*

El contrapunto femenino del héroe aparece pronto y casualmente en un tren, medio de transporte particularmente grato al autor, enamorado de la incipiente era industrial. La joven y hermosa Nadia, que cae en seguida bajo la protección de Miguel, es otro dechado de virtudes, perfecto modelo para aquellas jovencitas que lleguen a leer la novela destinada a sus hermanos en la mente del editor. Nadia tiene, además del coraje y el amor filial, la virtud de la modestia. Es una compañera ideal para el correo, se mantiene siempre en un segundo plano, pero llega a convertirse en los ojos de Miguel cuando éste se queda, aparentemente, ciego. Es su apoyo, su refugio, su «fin». Aun a finales del siglo XIX, faltaba todavía mucho para que pudiera mostrarse una heroína independiente ante los ojos de los jóvenes.

*La
madre*

La figura de la madre, Marfa Strogoff, sugiere también algunas reflexiones sobre la consideración que Verne tenía hacia las

mujeres; no puede decirse que la trate con especial cuidado; primero, evidentemente por estrictas exigencias del guión, la hace meter la pata de una forma angustiosa en perjuicio de su propio hijo. Y después se lo hace pagar con creces... Parece que Verne era un poco misógino y que sus relaciones conyugales no eran precisamente idílicas. No hay que reprocharle pues que, para dar más verosimilitud al desarrollo de la aventura, se permitiera recrearse en permitir la tortura de una pobre campesina a manos de unos salvajes tártaros, si con ello sublimaba un poco sus problemas familiares.

Un coro cómico

Aparecen además dos personajes que componen algo parecido a un coro cómico: Alcide Jolivet y Harry Blount, una pareja destinada a servir de aliviadero para la tensión dramática y, al mismo tiempo, de elementos neutrales, con una perspectiva plenamente «civilizada» y europea, frente a una aventura de orientales. No hay que olvidar que Miguel Strogoff es, además de ruso, un siberiano. Esa perspectiva, considerada con mucha ironía, le sirve al novelista para tomar una distancia personal respecto a cierta forma frívola de hacer periodismo y para sacar a relucir en clave de humor una cuestión histórica: la rivalidad entre ingleses y franceses, que se resuelve como no podía ser menos a favor de sus paisanos. Estos tipos de graciosos aparecen a menudo con otras identidades en las novelas de Verne.

El éxito

La aventura de Miguel Strogoff tuvo desde el momento en que se publicó un éxito enorme, que se reflejó en los llenos totales del teatro durante años a partir del estreno de la adaptación de la novela, con una escenografía digna de la obra y de su autor. No es de extrañar, porque es difícil que el lector no sienta algo especial cuando sube por las pendientes de los Urales junto al valeroso

Correo del Zar, en medio de una tremenda tormenta, o al atravesar con él los inmensos pantanos de la Baraba, perseguido por una horda de tártaros dispuestos a hacer cualquier barbaridad con el héroe y sus acompañantes, o cruzando ríos caudalosos sobre una frágil carreta, o navegando en un témpano de hielo por encima de un mar de fuego. Y todo ello sin escuchar jamás una queja de sus labios, viéndolo siempre seguro de sí mismo, hasta en la peor adversidad, convencido hasta el fondo de sus entrañas de que llegará a su destino y, más aún, de que conseguirá poner fuera de combate a su enemigo sin más ayuda que la de sus propias fuerzas y las de su compañera Nadia. No es de extrañar pues que siga leyéndose esta novela con ardor un siglo y cuarto después de que saliera la primera edición.

Íñigo Valverde MORDT

Bibliografía

* Prepublicadas en la revista *Le Magasin illustré et de récréation d'éducation*

.

** Prepublicadas en la revista *Musée des familles*.

Con «s. a.» indicamos «sin año» aunque la publicación castellana es próxima a la edición original.

Además de las novelas y el teatro, escribió Verne letras de canciones —de las que se conservan poco más de veinte— discursos, artículos y otro tipo de ensayos. En momentos de distracción, hizo incluso textos de logogrifos y crucigramas: entre sus papeles se han encontrado de tres a cuatro mil de estos divertimentos.

AÑO	TÍTULO ORIGINAL	TÍTULO CASTELLANO
	Narrativa	
1863	<i>Cinq semaines en ballon</i>	<i>Cinco semanas en globo</i> (s. a.)
1864	<i>Voyage au centre de la Terre</i>	<i>Viaje al centro de la Tierra</i> (1867)
1865	<i>De la Terre à la Lune</i>	<i>De la Tierra a la Luna</i> (1882)
1866	<i>Voyages et Aventures du capitaine Hatteras</i>	<i>Aventuras del capitán Hatteras</i> (s. a.)
(2 t	.)*	
67/68	<i>Les Enfants du Capitaine Grant</i> (3t.)*	<i>Los hijos del capitán Grant</i> (s. a.)
69/70	<i>Vingt Mille Lieues sous les mers</i>	<i>Veinte mil leguas de viaje submarino</i>
(1868-70)		

1870	.)*	<i>Autour de la Lune</i>	<i>Alrededor de la Luna</i> (1921)
1871		<i>Une Ville flottante</i>	<i>Una ciudad flotante</i> (1880)
1872		<i>Aventures de trois Russes et de trois Anglais*</i>	<i>Aventuras de tres rusos y tres ingleses en el África Austral</i> (1879)
1873		<i>Le Tour du Monde en quatre-vingts jours</i>	<i>La vuelta al mundo en ochenta días</i> (1873)
1873 (2 t		<i>Le pays des fourrures</i>	<i>El país de las pieles</i> (1873)
1874	)*	<i>Le Docteur Ox</i> — Contiene además: <i>Maître Zacharius; Un drame dans les airs; Un hivernage dans les glaces; Les Forceurs de blocus</i>	<i>El Doctor Ox</i> —Contiene además: <i>Maese Zacarías; Un drama en los aires; Un invierno entre los hielos; Los forzadores del bloqueo</i> (1886)
1874 (2 t		<i>L'Ile mystérieuse</i>	<i>La isla misteriosa</i> (1883)
1875	.)*	<i>Le «Chancellor»</i>	<i>El «Chancellor»</i> (s. a.)
1876		<i>Un Drame au Mexique</i>	<i>Un drama en México</i> (1879)
1876 (2 t		<i>Michel Strogoff</i>	<i>Miguel Strogoff. De Moscú a Irkutsk</i> (1876)
1877	.)*	<i>Les Indes Noires</i>	<i>Las Indias negras</i> (1877)
1877 (2 t		<i>Hector Servadac</i>	<i>Héctor Servadac</i> (1877)
1877	.)*	<i>Martin Paz**</i>	<i>Martín Paz</i> (1880)
1878 (2 t		<i>Un capitaine de quinze ans</i>	<i>Un capitán de quince años</i> (1878)

	.)*	
1878	<i>La Découverte de la Terre</i>	<i>Los descubrimientos del globo</i> ⁽¹⁸⁷⁹⁾
1879	<i>Les Grands Navigateurs du XVIII^e siècle</i>	<i>Los grandes navegantes del siglo XVIII</i> (1888)
(2 t	.)	
1879	<i>Les Tribulations Chinoises en Chine</i>	<i>Las tribulaciones de un chino en China</i> ^(s. a.)
d'un		
1879	<i>Les Cinq Cents Millions de la Béguine</i> *	<i>Los quinientos millones de la princesa</i> ⁽¹⁸⁷⁹⁾
1880	<i>Les Voyageurs du XIX^e siècle</i>	<i>Los grandes exploradores del siglo XIX</i> (1881)
(2 t	.)	
1880	<i>La Maison à vapeur</i>	<i>La casa de vapor</i> (1882)
(2 t	.)*	
80/81	<i>La Jangada</i>	<i>La Jangada</i> ^(s. a.)
(2 t	.)	
1882	<i>Le Rayon vert</i>	<i>El rayo verde</i> ⁽¹⁸⁸⁴⁾
1882	<i>Dix Heures en Chasse des Robinsons</i>	<i>Diez horas de caza</i> (1888)
1882		<i>Escuela de tos Robinsones</i> ⁽¹⁸⁸⁴⁾
L'École	*	
1883	<i>Kéran le Têtu</i>	<i>Kerabán el testarudo</i> ^(s. a.)
(2 t	.)*	
1884	<i>en feu</i>	<i>El archipiélago de fuego</i> ^(s. a.)
L'Archipel		
1884	<i>du Sud</i>	<i>La estrella del Sur</i> (1886)
L'Etoile	*	
1885	<i>Mathias Sandorf</i>	<i>Matías Sandorf</i> ⁽¹⁸⁹⁴⁾

1885	<i>du «Cynthia»</i>	<i>El naufrago del</i>
<i>L'Épave</i>		<i>«Cynthia»</i> ⁽¹⁸⁸⁷⁾
	(con André Laurie)	
1886	<i>Robur-le-Conquérant</i>	<i>Robur el conquistador</i>
		(s. a.)
1886	<i>Un billet de loterie —</i>	<i>Un billete de lotería —</i>
	Contiene además: <i>Frritt-Flacc</i>	Contiene además: <i>Frritt-Flacc</i> (s. a.)
1887	<i>Nord contre Sud</i>	<i>Norte contra Sur</i> (s. a.)
(2 t	.)*	
1887	<i>Le Chemin de France</i>	<i>El camino de Francia</i>
	—Contiene además: <i>Gil Braltar</i>	—Contiene además: <i>Gil Braltar</i> (s. a.)
1888	<i>Deux Ans de vacances</i>	<i>Dos años de vacaciones</i> ⁽¹⁸⁸⁸⁾
(2 t	.)*	
88/89	<i>Famille-Sans-Nom</i>	<i>Familia sin nombre</i>
(2 t	.)	⁽¹⁸⁸⁹⁾
1889	<i>Sans Dessus Dessous</i>	<i>El secreto de Maston</i>
		⁽¹⁹⁶⁷⁾
1890	<i>César Cascabel</i>	<i>César Cascabel</i> (s. a.)
(2 t	.)*	
1891	<i>Mistress Branican</i>	<i>Mistress Branican</i> (s. a.)
(2 t	.)*	
1892	<i>Le Château des Carpathes</i> *	<i>El castillo de los Cárpatos</i> (s. a.)
1893	<i>Claudius Bombarnac</i>	<i>Claudius Bombarnac</i>
		⁽¹⁹⁵⁶⁾
1893	<i>Bonhomme</i>	<i>Aventuras de un niño irlandés</i> ⁽¹⁸⁹⁴⁾
<i>P'tit</i>		
(2 t	.)*	
1894	<i>Mirifiques aventures de Maître Antifer</i>	<i>Maravillosas aventuras de Antifer</i>
		⁽¹⁸⁹⁵⁾

(2 t	.)*	
1895	<i>à hélice</i>	<i>La isla de hélice</i> (s. a.)
<i>L'Ile</i>		
(2 t	.)*	
1896	<i>Face au drapeau</i> *	<i>Ante la bandera</i> (s. a.)
1896	<i>Clovis Dardentor</i> *	<i>Clovis Dardentor</i> (s. a.)
1897	<i>Le Sphinx des glaces</i>	<i>La esfinge de los hielos</i> (s. a.)
(2 t	.)*	
1898	<i>Le Superbe Orénoque</i>	<i>El soberbio Orinoco</i> (s. a.)
(2 t	.)*	
1899	<i>Le Testament excentrique</i>	<i>El testamento de un excéntrico</i> (s. a.)
<i>d'un</i>		
(2 t	.)*	
1900	<i>Seconde Patrie</i>	<i>Segunda patria</i> (s. a.)
(2 t	.)*	
1901	<i>Le Village aérien</i> *	<i>El pueblo aéreo</i> (s. a.)
1901	<i>Les Histoires de Jean-Marie Cabidoulin</i>	<i>Las historias de Juan María Cabidoulin</i> (1911)
1902	<i>Les Frères Kip</i>	<i>Los hermanos Kip</i> (s. a.)
(2 t	.)*	
1903	<i>Bourse de voyage</i>	<i>Beca de viaje</i>
(2 t	.)*	
1904	<i>Un drame en Livonie</i> *	<i>Un drama en Livonia</i> (1911)
1904	<i>Maître du Monde</i> *	<i>El dueño del mundo</i> (s. a.)
1905	<i>de la mer</i>	<i>La invasión del mar</i> (s. a.)
<i>L'invasion</i>	*	
1905	<i>Le Phare du bout du</i>	<i>El faro del fin del</i>

	<i>monde*</i>	<i>mundo</i> (s. a.)
1906	<i>Le Volcan</i>	<i>El volcán de oro</i> (s. a.)
<i>d'or</i>		
(2 t	.)	
1907	<i>Thompson and Co</i>	<i>La agencia Thompson</i>
<i>L'Agence</i>		<i>y Cía.</i> (1910)
(2 t	.)	
1908	<i>La Chasse au météore</i>	<i>La caza del meteoro</i>
		(1910)
1908	<i>Le Pilote du Danube</i>	<i>El piloto del Danubio</i>
		(1910)
1909	<i>Les Naufragés du</i>	<i>Los naufragos del</i>
	<i>«Jonathan»</i>	<i>«Jonathan»</i> (s. a.)
(2 t	.)	
1910	<i>Le Secret de Wilhelm</i>	<i>El secreto de Wilhelm</i>
	<i>Storitz</i>	<i>Storitz</i> (1958)
1910	<i>Hier et Demain —</i>	<i>Ayer y mañana —</i>
	Contiene: <i>La Famille</i>	Contiene: <i>La familia</i>
	<i>Raton; M. RéDiéze et</i>	<i>Ratón; El Señor Re-</i>
	<i>Mlle Mi-Bémol; La</i>	<i>Sostenido y la</i>
	<i>Destinée de Jean</i>	<i>Señorita Mi-Bemol; El</i>
	<i>Morenas; Le Humbug,</i>	<i>destino de Jean</i>
	<i>Au XXIX A-siècle: La</i>	<i>Morenas; El Humbug;</i>
	<i>Journée journaliste</i>	<i>Siglo XXIX: La</i>
	<i>américain en 2889;</i>	<i>jornada de un</i>
	<i>Adam</i>	<i>periodista americano</i>
<i>d'un</i>		<i>en el 2889; El eterno</i>
<i>L'Étemel</i>		<i>Adán.</i>
1919	<i>Aventure de la</i>	<i>La impresionante</i>
	<i>mission Barsac</i>	<i>aventura de la misión</i>
<i>L'Étonnante</i>		<i>Barsac</i> (s. a.).
	·	
	Ensayos	
1863	<i>A Propos du «Géant»</i>	<i>A propósito del</i>

1864	<i>Edgar Poe et ses œuvres</i>	«Gigante» <i>Edgar Poe y sus obras</i>
1864	<i>Le Comte de Chanteleine</i>	<i>El Conde de Chanteleine</i> (1884)
1879	<i>Les Révoltés de «La Bounty»</i>	<i>Los amotinados de «La Bounty»</i> (1879)

	Teatro (no representado)	Teatro (representado)
1847	<i>Alexandre VI</i> 1850 (tragedia en verso)	<i>Les Pailles rompues</i> (en verso)
47/48	<i>La Conspiration des poudres</i> 1853 (tragedia en verso)	<i>Le Colin-Maillard</i> (ópera cómica. Libreto: Verne-Carré. Música: Hignard)
1848	<i>Une promenade en mer</i> 1855 (vodevil)	<i>Les Compagnons de la Marjolaine</i> (ópera cómica. Libreto: Verne-Carré. Música: Hignard)
1848	<i>Le Quart de Rabelais</i> 1858 (comedia en verso)	<i>Monsieur de Chimpanzé</i> (opereta. Verne-Carré. Música: Hignard)
1849	<i>Un drame sous Louis XV</i> 1860 titulada <i>Un drame sous la Régence</i>) (tragedia en verso)	<i>des Atdennes</i> (ópera cómica. Libreto: Verne-Carré. Música: Hignard)
1849	<i>Abdallah</i> (vodevil) 1861	<i>Onze Jours de siège</i> (comedia Verne-Wallut)
1850	<i>La Cuimard</i> 1873 (comedia)	<i>Un neveu ou Les Deux Frontignac</i>
	<i>d'Amérique</i>	

1850	<i>Quiridine et Quidineri</i> (en verso)	1874	(comedia) <i>Le Tour du monde en 80 jours</i>
(Verne-d'Ennery			. Música: Debillemont)
1851	<i>Les Savants</i> (comedia en verso)	1877	<i>Le Docteur Ox</i> (ópera bufa, sacada de la obra de Verne por Ph. Gille. Música: J. Offenbach)
1851	<i>De Charybde en Scylla</i> (comedia en verso)	1878	<i>Les Enfants du capitaine Grant</i>
(Verne-d'Ennery			. Música: Debillemont)
51/53	<i>Léonard de Vinci</i> —también titulada <i>La Joconde y Monna Lisa</i> — (comedia en verso)	1880	<i>Michel Strogoff</i>
(Verne-d'Ennery			)
1852	<i>Les Châteaux en l'impossible</i> (Verne-d'Ennery)	1882	<i>Voyage à travers</i>
<i>Pierre qui roule n'amasse pas mousse</i>			)
	(comedia de Verne y Pitre Chevalier)		
1852	<i>La Tour de Montlhéry</i> (drama de Verne y Charles Wallut)	1883	<i>Kéran le Têtu</i>
1853	<i>Un fils adoptif</i> (comedia Verne-Wallut)	1887	<i>Mathias Sandorf</i> (drama. Verne-Busnach-Maurens)
1854	<i>Guerre aux Tyrans</i> (comedia en verso)		
1855			

1856

l'Adour

*Les Heureux du
jour* (en verso)
Au bord de

(comedia)

1857

Les Sabines
(opereta. Verne-
Wallut)

Índice de contenido

Cubierta

Miguel Strogoff (Ilustrado)

Primera parte

I. Una fiesta en el Palacio Nuevo

II. Rusos y tártaros

III. Miguel Strogoff

IV. De Moscú a Nizhni Nóvgorod

V. Un decreto en dos artículos

VI. Hermano y hermana

VII. El descenso del Volga

VIII. Remontando el río Kama

IX. En tarantás noche y día

X. Una tempestad en los Urales

XI. Viajeros en peligro

XII. Una provocación

XIII. Ante todo, el deber

XIV. Madre e hijo

XV. Los pantanos de la Baraba

XVI. Un último esfuerzo

XVII. Versículos y canciones

Segunda parte

I. Un campamento tártaro

II. Una actitud de Alcide Jolivet

III. Golpe por golpe

IV. La entrada triunfal

V. «¡Mira con los ojos bien abiertos, mira!»

VI. Un amigo en el camino real

VII. El paso del Yeniséi

VIII. Una liebre que atraviesa el camino

IX. En la estepa

X. Baikal y Angara

XI. Entre dos orillas

XII. Irkutsk

XIII. Un correo del zar

XIV. La noche del 5 al 6 de octubre

XV. Conclusión

Índice de ilustraciones

Apéndice

Bibliografía

Índice de contenido

Notas

Notas

[1] Todas estas danzas fueron muy populares durante el siglo XIX. La *polca* y la *mazurca* son de origen polaco, el *scottish*, de origen escocés, y el *vals* de origen alemán. < <

[2] Probablemente la Lubranka, edificio donde tradicionalmente ha tenido su sede la policía rusa de todos los regímenes. < <

[3] Moscú. < <

[4] Los *georgianos* eran soldados procedentes de Georgia, república soviética que ocupa la parte occidental de los territorios situados entre el Gran Cáucaso y la frontera turca; los cosacos eran reclutados, según normas especiales, entre las poblaciones nómadas o semisedentarias del sudeste de la Rusia europea, del Ural, de Turkestán y de Siberia, y son soldados que siguen gozando de gran reputación en el ejército soviético actual; los *lesghios* pertenecían a los lesghi, pueblo de lengua caucásica que habita en el sur del Daguestán y en el norte de Azerbaidján. Nuestra *Colección Laurín* ha publicado una recopilación de *Cuentos populares azerbaidjanos*.

< <

[5] Carrera de obstáculos hípica, inspirada en la caza del zorro. (En inglés en el original). < <

[6] En el original francés, *Passage de canards*, juego de palabras con la polisemia de *canard*, que puede ser «pato», o bien «bulo», «noticia falsa», «periodicucho». < <

[7] Se trata de Alejandro I Pávlovich
(1777-1825)

, emperador de Rusia que, en 1812, se enfrentó a Napoleón. Éste venció a los rusos en Borodino, pero, tras el incendio de Moscú, los franceses sufrieron una desastrosa retirada. < <

[8] Horace Vernet (1789-1863) fue un pintor francés, autor de marinas, caballos y escenas militares, que fue, por excelencia, el pintor del Primer y Segundo Imperio. < <

[9] Medida de longitud equivalente a

5 572 m

. < <

[10] Alejandro II (1818-1881), zar reformista que mantuvo buenas relaciones con Francia. Abolió la esclavitud de la gleba e introdujo reformas en el ejército y en la administración. < <

[11] Evidentemente se trata del Océano Ártico. Las regiones antárticas no fueron avistadas hasta 1820, y en 1832 el británico John Biscoe desembarcó en una isla próxima a la Península Antártica. A lo largo del siglo se realizaron algunas expediciones, pero hay que esperar hasta el 14 de diciembre de 1911, en que el noruego Roald Amundsen llegó al Polo Sur. < <

[12] Los *kirguiz* constituyen un pueblo de origen turco, que actualmente habitan en la República Soviética de Kirguizistán y en China, que vive principalmente de la ganadería. Los *chukchi* es un pueblo que ocupa el extremo oriental de Siberia, en la comarca soviética homónima, que se dedica a la caza de cetáceos y a la cría de los renos. < <

[13] Decreto personal del zar. < <

[14] Carros típicos rusos usados para viajar, sólidos y rápidos, hechos completamente de madera con cuatro ruedas y tirados por tres caballos. < <

[15] La versta vale

1 067

metros, es decir, poco más de un kilómetro. [Nota del autor]. < <

[16] Unos 27 francos. El rublo (plata) vale unos 3 francos con 75 céntimos. El kopek (cobre) vale 4 céntimos. (Nota del autor). [Estos valores son de 1870; hoy, un rublo vale casi un dólar y medio].

< <

[17] Territorio sometido a la jurisdicción de un Kan. < <

[18] Alexis Iraklievitch Levchin
(1798-1879)

, agrónomo y explorador ruso, promovió las reformas que condujeron a la emancipación de los campesinos. Gran estudioso de los pueblos de los que se habla en esta novela, los dio a conocer en su *Descripción de las hordas y estepas de los kirguizkaisaks*. < <

[19] Religión cristiana ortodoxa, que abandonó la obediencia a la católica romana con el Cisma de Oriente, tras el proceso que la Iglesia de Roma abrió contra Focio (c. 820 - c. 895), patriarca de Constantinopla, en el año 867. < <

[20] Abel de Rémusat

(1788-1832)

, fue un médico francés que fundó la Academia Asiática de París y publicó valiosos estudios sobre la lengua y la cultura de los chinos, mongoles y otros pueblos de Asia. < <

[21] Más de 50 000 kilómetros cuadrados. < <

[22] Una milla inglesa equivale a

1 609

.33 kilómetros, por lo que la muralla tiene cerca de 13 kilómetros de perímetro. < <

[23] Se trata de Abu Ali al-Husayn ibn Sina, conocido por Avicena, (980-1037)

filósofo persa medieval, impulsor de la física, matemática, medicina y astronomía; fue el gran seguidor de la filosofía aristotélica. < <

[24] Timur Lang, *el Cojo*, o Tamerlán
(1336-1405)

, fue un conquistador tártaro que llegó a formar un gran imperio. Se proclamó heredero y continuador de Gengis Kan, recorriendo durante 35 años el Medio y Próximo Oriente realizando estragos donde pasaba. Estableció la capital en Samarcanda, pero a su muerte su gran imperio se desintegró entre sus hijos y nietos. < <

[25] Gengis Kan o Cingiz Jan (c. 1115-1227), sobrenombre de Timuyin, fue el fundador del Imperio mongol. Fue proclamado Gran Kan en 1206; se apoderó de Asia Central, Asia Occidental y China, conquistando su capital en 1215. A su muerte, su inmenso Imperio alcanzaba desde el Mar Negro hasta el Mar de China. < <

[26] En español, «cogen las cosas al vuelo». < <

[27] Iván Serguéievich Turguenev
(1818-1883)

, escritor ruso autor de novelas como *Relatos de un cazador*, *Dos amigos*, *Jakov Pásinkov*, *Rudin*, *Padres e hijos* y *Primer amor*, esta última publicada en el número 12 de esta misma colección. < <

[28] Tribu de pieles rojas de América del Norte. < <

[29] Se trata de Samuel Chamil (c.
1795-1871)

, jefe musulmán de Daguestán y héroe de la independencia del Cáucaso. De 1834 a 1859 se enfrentó a los rusos en una larga guerra. Al fin, se le hizo prisionero y se le desterró con su familia a Kaluga. En 1869 obtuvo la autorización para trasladarse a La Meca, y se retiró a Medina. < <

[30] Pueblo de origen mongol que habita principalmente en la actual república autónoma soviética de Bashkiria, en la cual se asentaron a fines del siglo XVI. < <

[31] Campesino ruso. < <

[32] Sable turco, cuya cuchilla, de unos

50 cm

, describe una línea curva en dos sentidos opuestos. < <

[33] Los calmuco o mongoles occidentales son un pueblo mongol que habita en la república socialista soviética homónima, al oeste del bajo Volga. < <

[34] En la época en que se escribió la novela el territorio de Alaska pertenecía al Imperio ruso. < <

[35] Unas 22 500 leguas (12 500 kilómetros). Nota del autor. < <

[36] Unas 1 000 leguas (5 000 kilómetros). Nota del autor. < <

[37] Nombre antiguo de la actual Letonia. < <

[38] Después de la revolución de octubre del 17, se le cambió el nombre y ahora se llama Gorki. < <

[39] Barco de vapor, en inglés en el original. < <

[40] Literalmente en ruso, cismáticos o disidentes. Así los llamaba la Iglesia ortodoxa oficial, pero se trataba de sectas ultraortodoxas que preconizaban la vuelta a las más puras esencias litúrgicas y teológicas, algo parecido a los actuales integristas de las distintas creencias. < <

[41] Especie de pastel de hojaldre. (Nota del autor). < <

[42] Alrededor de trescientos noventa y tres millones de francos.

< <

[43] En realidad, gitanos, porque todas estas tribus se reconocen como tales entre sí, independientemente de las teorías sobre su origen. Esta de los egipcios no es más que una de tantas, como la de que vienen de la India. < <

[44] Objeto abandonado o resto flotante a merced de las olas. < <

[45] Esta frase esconde una burla del autor contra las falsificaciones, que ya en la época eran corrientes, al parecer. < <

[46] En ruso, transliterado, territorio de un gobierno provincial.

< <

[47] El caviar es un plato ruso que se compone de huevas de esturión saladas. Nota del autor. (*Nota del traductor*: en la época de la primera edición de esta novela, el caviar no sólo era poco conocido en Francia, sino que tampoco era apreciado...). < <

[48] Pieza gruesa y curva, de madera o hierro, que forma la proa de la nave. < <

[49] Los servicios de postas consistían en ventas a distancias más o menos regulares, provistas de caballos de refresco, comida, pienso, materiales para reparar los coches, etc., para facilitar los viajes en una época en que éstos eran de por sí difíciles. < <

[50] Propinas. < <

[51] En el original, «*grands chemins*». En la época de las carretas y diligencias se llamaban así los caminos que luego se han convertido en las actuales carreteras nacionales. < <

[52] Brida pequeña que se pone a los caballos por si falla la grande.
< <

[53] Esta vestimenta se llama dakha; es muy ligera y, sin embargo, absolutamente impermeable al frío. (Nota del autor). < <

[54] Vasija de cobre que se emplea para mantener el agua en constante ebullición con objeto de hacer té siempre que se desea.

< <

[55] El monte Narodnaya, con 1 894 metros sobre el nivel del mar, en realidad 6 214 pies ingleses. < <

[56] Especie de látigo ruso. < <

[57] Sverdlosk, en la actualidad. < <

[58] Moneda de oro rusa que vale 5 rublos. El rublo es una moneda de plata que vale 100 kopeks, es decir, 3,92 francos. (Nota del autor). < <

[59] Más o menos: «todo el mundo al suelo». < <

[60] De almohaza, cepillo especial para los caballos con el que se les da masaje, siguiendo la dirección del pelo, antes y después de una carrera o viaje. < <

[61] Bebida alcohólica a base de cebada. < <

[62] Equivalente al dicho clásico sobre el caballo de Atila. Lo mismo podría decirse de todos los ejércitos invasores que en el mundo han sido. < <

[63] Tejido basto de algodón. < <

[64] Jean Pierre Béranger

(1780-1859)

, hijo de un modesto sastre parisino, llegó a ser como autodidacta un celebrado poeta, dramaturgo y canzonetista y, por sus posturas políticas avanzadas, sufrió prisión bajo la restauración monárquica.

< <

[65] Tejido de algodón, típico de la ciudad del mismo nombre. < <

[66] Doctores de la ley y teología musulmana, con jurisdicción en asuntos religiosos y para administrar justicia. < <

[67] Tienda de los pieles rojas norteamericanos. < <

[68] Aborigen de las islas Andamán, en el golfo de Bengala, que a fines del siglo XIX vivían como en el neolítico. < <

[69] Correa en bandolera, para sujetar la espada o el sable. < <

[70] Es el equivalente al título de «Sire» (Majestad), que se da a los sultanes de Bujará. (Nota del autor). < <

[71] En efecto, el Transiberiano empezó a construirse pocos años después de la publicación de la novela, y se inauguró en 1895. < <

[72] Prueba ecuestre, típica de los países árabes, medio deportiva, medio militar, que se desarrolla entre salvas de pólvora y gritos.

< <

[73] Moneda de oro de la antigua Persia (del árabe tumán = diez mil). < <

[74] Nielar: incrustar con diminutos fragmentos de esmalte negro (sulfuro de plata). < <

[75] Se refiere a las condecoraciones, que suelen ser de tamaño de una moneda grande. < <

[76] En español en el original. < <

[77] Olíbano: incienso. < <

[78] Sacerdotisas bailarinas dedicadas a la diosa Deméter, llamada Cibeles en Roma. < <

[79] Instrumento de cuerda de la familia del laúd. Constaba de un número variable de cuerdas, desde dos a siete, se tañía con los dedos. < <

[80] Instrumento autófono, especie de pandero guarnecido con cascabeles y anillos de cobre. Lo usan los naturales del Cáucaso en unas orquestas llamadas sazandas. < <

[81] Parte de la gimnástica que enseña a dar saltos difíciles y peligrosos. < <

[82] Parecida es la «espatadantsa» de los vascos. < <

[83] Movía al mismo tiempo las patas de cada lado. < <

[84] Teodor Vasillievich, conde de Rostopchin
(1763-1826)

, antiguo Ministro de Asuntos Exteriores caído en desgracia por oponerse a la alianza con la Francia republicana, fue Gobernador General de Moscú en 1810, se enfrentó a la invasión napoleónica y fue acusado de incendiar Moscú, cosa que negó toda su vida. Murió en París, después de escribir comedias, libros de viaje y unas *Mémoires écrites en dix minutes*. < <

[85] La Virgen María, en su advocación griega más conocida; literalmente traducido sería: «Toda santa». < <

[86] Tablas que sirven de paredes laterales a los carros (de «lateralis»). < <

[87] Unos 42 grados bajo cero. (Nota del autor). < <

[88] Errata del original, ya que debe decir 5 de septiembre. < <

[89] 550 metros. < <

[90] Verne da el nombre genérico de mediterráneo a los mares que cumplen el requisito de estar en medio de las tierras, de acuerdo con la etimología del nombre. < <

[91] Es el equivalente al cura secular de la Iglesia romana en el culto ortodoxo, con la diferencia de que no se les impone el celibato.

< <

[92] Dinastía de reyes polacos, descendientes de un príncipe de Lituania, Gedimín, al que sucedieron sus hijos Olgierd y Keistuti, que gobernaron juntos hasta la muerte del primero. Al sucederle su hijo Jagiello, mató a su tío y gobernó como señor absoluto. Tras la muerte de Ludovico el Grande de Polonia, Jagiello se convirtió al cristianismo para casarse con Eduvigis, hija de Ludovico, fundando así la dinastía que llevó su nombre, aunque reinó con el de Ladislao II. < <

[93] Cabotaje: navegación costera para transportar mercancías entre puertos cercanos. < <

[94] Nombre que se daba antiguamente a ciertos líquidos volátiles e inflamables. < <

[95] Toda la zona central de Estados Unidos, desde Montana a Texas, desde Arizona a Luisiana. < <

[96] En inglés en el original, bancos de hielo. < <

[97] Grupo de tribus que habitan en la Mongolia Exterior. Son pastores nómadas. < <

[98] De los dos taludes o pendientes que forman las paredes del foso, el que está del lado interior, se llama escarpa, el de exterior contraescarpa. < <

[99] Entendido en el sentido clásico, es decir, no como lugar para hacer deporte, sino para estudiar, equivalente a los institutos de segunda enseñanza. < <

[100] Explanada en declive que se deja en las fortificaciones delante de los baluartes, para obligar a los asaltantes a ponerse al descubierto. Es evidentemente un término sacado del francés. < <

[101] Briand propondría en 1929, siendo Presidente del Gobierno y ministro de Asuntos Exteriores, un proyecto de Estados Unidos de Europa que, basado en una unión económica y aduanera, prefiguraba la CE y la futura Unión Europea que hoy parece estar en marcha. ¡Dios los cría y ellos se juntan...! (Verne y Briand). < <